

CRIMEN & CIA.

Michael
Dibdin



Vendetta

SERIE MAYOR



Lectulandia

El sangriento asesinato del propietario de una importante constructora en su villa de Cerdeña, dotada de los más avanzado sistemas de seguridad, conmociona a la opinión pública italiana. Cuando el caso ya parecía resuelto, Aurelio Zen recibe el encargo de amañar las pruebas para evitar que en esta sórdida historia se vea involucrado un influyente político, lo que le obliga a indagar las turbias ramificaciones de este caso en Roma y Cerdeña, nadando en las aguas no siempre cristalinas de la política italiana...

Lectulandia

Michael Dibdin

Vendetta

Aurelio Zen - 2

Crimen & Cía. (Serie Mayor) - 29

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Vendetta*
Michael Dibdin, 1990
Traducción: Bettina Blanch Tyroller

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ROMA

MIÉRCOLES, 01:50-02:45

AURELIO Zen estaba tendido en el sofá como un dios lánguido, y se dedicaba a resucitar a los muertos. Con un chasquido de los dedos los despertaba de nuevo a la vida. Uno a uno, los bultos informes y bañados en sangre se estremecieron, se arrastraron un poco por los alrededores y después se incorporaron hasta quedar de pie. A juzgar por su expresión, aquella resurrección tan literal los había tomado por sorpresa, o tal vez la causa de su asombro era la visión de sus cuerpos, las terribles heridas y deformaciones, los charcos y las salpicaduras de sangre. Pero cuando Zen prosiguió con su milagrosa intervención, todo se arregló por sí solo: las rasgaduras de la carne y la tela se cerraron de nuevo, la sangre se limpió como por arte de magia y, en cuestión de pocos segundos, lo único que quedaba era la escena de una fiesta corriente, la fiesta que se había estado celebrando hasta que había sucedido lo imposible. Ninguno de los cuatro pareció advertir lo curioso de aquella escena de una vida después de la muerte, es decir, que todo ocurría al revés.

—Lo hizo él.

La madre de Zen estaba de pie junto a la puerta, su cuerpo menudo envuelto en el camisón.

—¿Qué pasa, mamá?

La madre señaló el televisor; la pantalla mostraba entonces una playa de blanca arena brillante flanqueada por rocas de curvas suaves. Un hombre nadaba al revés surcando las pequeñas olas. De pronto emergió del agua con un movimiento ligero, aterrizó limpiamente sobre una roca y se dirigió de espaldas hacia las tumbonas dispuestas a la sombra, donde los demás descansaban, aspiraban humo y lo introducían en sus cigarrillos.

—Él lo hizo. Estaba enamorado de la mujer del otro y por eso lo mató. Salió en otra la semana pasada, en el Canal Cinco. Creían que era un espía, pero resulta que era su hermano gemelo. Hacía los dos papeles. Lo hacen con espejos.

Madre e hijo se miraron a través de la estancia iluminada por la luz del sol almacenada electrónicamente desde el verano, que había terminado hacía más de tres meses. Eran casi las dos de la madrugada, e incluso las calles de Roma se habían sumido en el silencio.

Zen oprimió el botón del mando a distancia y el vídeo enmudeció.

—¿Por qué estás levantada, mamá? —inquirió mientras intentaba que su voz no sonara irritada. Se estaba saltando las reglas. Cuando su madre se iba al dormitorio, ya no volvía a salir de él en toda la noche. Era el respeto por estas normas tácitas el que hacía que su convivencia fuese más o menos soportable desde este punto de vista.

—Me ha parecido oír algo.

Seguían mirándose fijamente. Era como si la mujer que había traído a Zen al

mundo fuera la hija que este nunca había tenido, una niña que se hubiera despertado de una pesadilla y ahora buscara consuelo. Se levantó y atravesó la estancia en su dirección.

—Lo siento, mamá. He bajado el volumen y...

—No me refiero al televisor.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó él con una mirada escrutadora.

—Era como una especie de arañazo —respondió ella con un ligero estremecimiento.

—¿Un arañazo? ¿A qué te refieres?

—Sonaba como la barca del tío Umberto.

A menudo la madre de Zen sacaba a colación recuerdos de un pasado que para ella siempre sería más real que el presente. Había olvidado a Umberto, grueso y digno propietario de un supermercado situado cerca del puente de San Jeremías. Utilizaba la barca para transportar frutas y verduras desde el mercado de Rialto, así como cajas, cartones, botellas y frascos desde la bodega de su casa, que a los ojos de Zen, quien entonces apenas contaba diez años, era como una cueva de Aladino atestada de manjares exóticos. Cuando no utilizaba la barca, Umberto la amarraba a un poste junto al canal que corría frente a su casa. El poste tenía una anilla de latón que servía para proteger la madera, y poco después del paso de los *vaporettos*, las olas alzaban la barca y la regala se restregaba contra la anilla de latón, produciendo una especie de arañazo metálico.

—Seguramente me has oído moverme por aquí —la tranquilizó Zen—. Vuelve a la cama antes de que pilles un resfriado.

—El ruido no procedía de aquí. Venía del otro lado del canal, y sonaba exactamente igual que esa maldita barca.

Zen la cogió por el brazo y se sobresaltó al percibir su fragilidad. Su madre había enviudado durante la guerra y, a partir de entonces, se había dedicado a enfrentarse al mundo en representación de su hijo. Había intentado arrancar concesiones a comerciantes y burócratas, había aceptado los empleos más bajos para estirar al máximo la pensión. Había cocinado, limpiado, cosido y remendado, había hecho de todo sin descanso y con ingenio, solo con el fin de excavar un hueco en el que su hijo pudiera crecer. No era de extrañar, por tanto, que todos aquellos esfuerzos la hubieran reducido a una figura diminuta, a una personita que tenía miedo de los ruidos y de la oscuridad. Su única afición consistía en seguir los seriales televisivos, cuyos personajes y tramas empezaban a formar un confuso revoltijo en su mente. La maternidad que había sobrellevado era comparable a aquellos trabajos en los que los obreros a veces quedan mutilados; la única diferencia estribaba en que no existía nadie a quien las madres pudieran dirigirse para reclamar por daños y perjuicios.

Zen la condujo de vuelta al mohoso dormitorio que ocupaba en la parte trasera del piso. La estancia estaba abarrotada de muebles que la mujer había traído desde su casa de Venecia. Todas las piezas eran de madera oscura y pesada como el hierro, y

estaban talladas con complicadas filigranas. Cubrían cada centímetro de las paredes, así como la salida de incendios y la mayor parte de la ventana, la cual, por otro lado, siempre mantenía escrupulosamente cerrada.

—¿Vas a quedarte a ver el resto de la película? —preguntó ella cuando Zen la empujó con suavidad al interior de la habitación.

—Sí, mamá, y no te preocupes si oyes un ruido; solo soy yo.

—El ruido venía de afuera. En fin, ya te lo he dicho. Lo hizo el hombre delgado del bañador.

—Ya lo sé, mamá —murmuró—. Eso es lo que todos creen.

Volvió al salón en el momento en que las campanas de las iglesias del Vaticano daban las dos. Antes de sentarse, Zen contempló los rostros conocidos, encerrados en la pantalla temblorosa. No solo a él le resultaban conocidos, sino a todos los que habían mirado la televisión y leído la prensa aquel otoño. Durante meses, la atención de las noticias había estado centrada en los trágicos sucesos y las implicaciones sensacionalistas del «caso Burolo».

Hasta cierto punto era lógico que la madre de Zen hubiera confundido los personajes del vídeo con los del reparto de una película que había visto. De hecho, lo que estaba viendo Zen era una película, una película algo especial, eso sí, puesto que no había sido comercializada y solo él tenía acceso a ella en su calidad de inspector de la sección de la policía criminal del Ministerio del Interior. Le habían encargado la redacción de un informe que sintetizara todos los datos del caso recabados hasta la fecha. En realidad, no debería haberse llevado la cinta a casa, pero el Ministerio no proporcionaba aparatos de vídeo a sus empleados, aunque tuviesen el cargo de Vice-Questore. Así que Zen les había preguntado qué se suponía que debía hacer, porque no conocía el contenido de la cinta. ¿Acaso debía mirarla a la luz, junto a la ventana, toma por toma?

Volvió a sentarse en el sofá, alargó el brazo para coger el mando a distancia y oprimió el botón para que los personajes pudieran volver a reír, charlar y, en general, hacer el payaso delante de la cámara. Por supuesto, sabían que la cámara los estaba filmando. Oscar Burolo no se preocupaba de ocultar que le encantaba grabar los momentos culminantes de su vida. Por el contrario, todos los que visitaban al empresario en su escondite de Cerdeña quedaban impresionados ante la cámara subterránea que contenía una enorme colección de cintas de vídeo y discos de ordenador, todos ellos cuidadosamente ordenados y etiquetados. Al igual que toda buena biblioteca, la colección de Oscar aumentaba día a día. De hecho, poco antes de su muerte había hecho instalar una serie de estanterías nuevas, en las que se guardarían sus ejemplares más recientes.

—Pero ¿es que los mira alguna vez? —puede preguntar el invitado.

—No es necesario —responderá Oscar con una sonrisa peculiar—. Me basta con saber que están aquí.

Si las seis personas que descansaban junto al agua se sentían de algún modo

incómodos ante la perspectiva de que sus figuras quedaran grabadas para la posteridad, lo cierto es que no lo exteriorizaban. Las invitaciones a Villa Burolo eran unos bienes tan cotizados que nadie iba a quejarse de las condiciones impuestas por el anfitrión. Aparte de lo que significaba la experiencia en sí misma, se trataba de algo de lo que después uno podría jactarse en las fiestas durante meses. «¿Quieres decir que realmente has estado allí?», preguntaría la gente, mientras su envidia se dejaba sentir como unas bragas mal ajustadas. «Cuéntame, ¿es cierto que hay leones y tigres sueltos por los jardines y que solo se puede llegar a la finca en helicóptero?». Arropado por la certeza de que nadie iba a contradecirle, el exinvitado de Oscar Burolo podía elegir entre distorsionar los hechos («... y te lo juro solemnemente. Yo que he estado allí y lo he visto con mis propios ojos, te digo que Burolo tiene más de treinta criados... o, más bien, ¡esclavos! Sí, se los compró al presidente de cierto país africano...») o si, por el contrario, se encontraba en compañía de oyentes más sofisticados, insinuaría que la verdad era mucho más extraña que los ridículos y ordinarios rumores que habían estado circulando.

En realidad, el morboso interés suscitado era el rasgo más extraño de todo aquel asunto. Nada más insignificante para un italiano rico que comprarse una villa en Cerdeña. Al decir «Cerdeña», la gente se refería, por supuesto, a la Costa Smeralda, que se encontraba en la zona norte de la isla. El Aga Khan la había comprado por cuatro chavos a los campesinos de la zona y la había convertido en un paraíso de vacaciones para multimillonarios, un miniestado que cobraba vida durante los dos meses de verano. Sus ciudadanos procedían de todos los rincones del mundo y de todos los sectores sociales: eran estrellas de cine, empresarios, jeques, políticos, delincuentes, cantantes de música pop, banqueros. Este lugar tan cosmopolita contaba con la protección de una fuerza policial extremadamente eficiente, pero el régimen interno era perfectamente democrático e igualitario. La discriminación, ya fuera política, racial o religiosa, era un concepto desconocido. El único requisito que había que cumplir era tener dinero, mucho dinero.

No cabía duda que Oscar Burolo, fundador de una empresa de construcción cuyo vertiginoso ascenso constituía casi un misterio, cumplía de sobra este requisito. Pero, en lugar de comprar su pedacito de paraíso en la Costa como todo el mundo, hizo algo inaudito, algo tan increíble y extraño que hizo afirmar a algunas personas que el asunto ya tenía un cariz ominoso desde el principio. Oscar escogió una granja abandonada bien alejada de la zona norte, en la casi deshabitada costa oriental de la isla, y además, ¡no estaba situada al borde del mar, por el amor de Dios, sino a varios kilómetros de la costa!

Los italianos no tienen en muy buen concepto las excentricidades, y lo cierto era que la actitud de Burolo podría haber suscitado desprecio por doquier. Sin embargo, el brío con el que Burolo satisfacía todos sus caprichos hizo que la reacción de la gente fuese totalmente distinta. La empresa Construcciones Burolo llegó a la isla con toda su maquinaria para transformar la granja de arriba abajo y convertirla en una

edificación irreconocible. Poco a poco, todos los argumentos de los detractores de Oscar perdieron vigor y empezaron a parecer poco convincentes.

De la cuestión de la seguridad, aspecto esencial en una zona famosa por los secuestros, se ocupaba la empresa líder del país, que procuraba, sin reparar en gastos, que la villa estuviera a prueba de intrusos. El asesor de la empresa, acostumbrado a tener que recortar presupuestos para que la seguridad fuese un negocio rentable, se sintió muy satisfecho cuando se enteró de que, por una vez, podía diseñar un sistema de seguridad sin ningún tipo de restricciones.

—Si alguien consigue entrar en esta casa —aseguró a su cliente cuando el trabajo quedó terminado—, empezaré a creer en fantasmas.

Después de alcanzar la tranquilidad de espíritu con este sistema de seguridad, Oscar añadió al cuadro un toque personal. En un parque zoológico que había ido a la quiebra, situado en las cercanías de Cagliari, compró dos leones bastante apollados y los dejó sueltos por los jardines. Calculaba que la publicidad que daría su presencia sería tan efectiva como la alta tecnología en materia de seguridad a la hora de disuadir a los intrusos.

Pero ni siquiera Oscar podía cambiar el hecho de que la villa se encontrara a unos doscientos kilómetros del aeropuerto más cercano y de los lujosos locales nocturnos de la Costa Smeralda. Eran doscientos kilómetros de carreteras tortuosas y en mal estado, en las que ninguna valla electrificada podía protegerlo de los secuestradores. Esto era un inconveniente, ¿no? En fin, pensaba Oscar, lo era para alguien que todavía utilizara el automóvil como medio de transporte. Pero la distancia que mediaba entre Olbia y la Costa era de tan solo unos cien kilómetros para un pájaro que volara en línea recta, y si el pájaro podía alcanzar una velocidad de doscientos veinte kilómetros por hora... A fin de redondear el argumento, Oscar metía a sus invitados en el «pájaro» (un helicóptero Agusta) y los conducía personalmente a Palau o a Porto Cervino, donde llegaban a tiempo para tomar el aperitivo.

Por lo que se refiere a la natación, Oscar no iba a la costa como todo el mundo, de modo que se había hecho traer la costa hasta su casa. Ordenó excavar un hoyo de las dimensiones de un pequeño lago en la tierra seca y roja que había detrás de la casa. Se rodeó el hoyo de cemento, se lo llenó de agua y se lo decoró con una playa de arena y rocas de contornos redondeados por las olas, que habían sido arrancadas con cargas de dinamita de la playa de la costa con percebes y todo. Y los percebes crecían y se multiplicaban, ya que para sorpresa del invitado de Burolo que se sumergía en el lago por primera vez, el agua estaba salada.

—Directamente del Mediterráneo —explicaba Burolo con orgullo—. Bombeada hasta aquí por un acueducto con un diámetro de sesenta centímetros y una longitud de 5437 metros. Un filtro se ocupa de eliminar las impurezas, seis estimuladores de olas asincrónicos agitan el agua constantemente, y la salinidad del agua se observa y se nivela en todo momento con ayuda de ordenadores.

Oscar gustaba de palabras tales como «asincrónico» y «salinidad», así como de

citar cifras y más cifras, ya que reforzaban el efecto que la villa ya había comenzado a surtir en el invitado. Pero sabía cuándo detenerse, y en aquel instante, solía golpear amistosamente al invitado en la espalda, o, si se trataba de una mujer, le ponía la mano en la base de la espalda, justo por encima de las nalgas, al tiempo que decía:

—Así pues, ¿qué es lo que falta, aparte de montones de pescado, cangrejos y langostas? No os preocupéis, también tenemos de eso. Lo que ocurre es que todos ellos saben cuál es su lugar... ¡el plato!

Zen volvió a detener el vídeo al oír ruido de pasos en la calle. Se cerró la puerta de un coche. Pero, al contrario de lo que esperaba Zen, no se escuchó el sonido del coche al ponerse en marcha, sino que los pasos retrocedieron por donde habían llegado y se detuvieron cerca del edificio.

Se dirigió a la ventana y abrió las contraventanas. Las persianas de madera estaban bajadas, pero podía ver fragmentos de lo que ocurría en el exterior si miraba por entre las tablillas. La calle estaba llena de coches aparcados a ambos lados, junto a los árboles que flanqueaban la calzada y sobre las aceras. A cierta distancia de la casa se veía un turismo rojo, solo y encarado hacia el edificio. Al parecer, estaba vacío.

Zen cerró las contraventanas y regresó al sofá. Se detuvo al verse reflejado en el gran espejo que colgaba de la pared, encima de la repisa de la chimenea, como si la persona que veía en él estuviera en posesión de la clave del asunto que lo preocupaba. Los huesos prominentes y la ligera tirantez de la piel, sobre todo alrededor de los ojos, conferían a su rostro un aire exótico, debido con toda probabilidad a la sangre eslava o judía de algún antepasado veneciano de la familia. Un rostro que no revelaba nada, pero que parecía encontrarse siempre al borde de una explosión de emociones que nunca acababan de aflorar. Era este rostro el que le había proporcionado su fama como interrogador, ya que era la pantalla perfecta, en la que los demás podían proyectar sus propias sospechas, sus temores y sus aprensiones. Mientras que otros policías empleaban con los delincuentes la porra u otros objetos, según se terciara, las personas sometidas al interrogatorio de Zen se hallaban frente a frente con un hombre que apenas parecía existir, pero que, como un espejo, les permitía ver los secretos más íntimos de sus corazones. Leían cada una de sus emociones, aun las más efímeras, en aquellas facciones límpidas, y entonces sabían que estaban perdidos.

Al igual que el resto del mobiliario del piso, el espejo era antiguo, aunque no valioso, y ya se empezaban a desprender algunos fragmentos de cristal. El pecho de Zen estaba cubierto por una de las manchas causadas por las roturas, lo cual le recordó las terribles escenas del vídeo que estaba viendo. En ellas, Oscar Burolo retrocedía ante el impacto de las balas que habían salido de ninguna parte, que habían burlado las sofisticadas medidas de seguridad de la finca como si no existieran.

Con un ligero estremecimiento, Zen se hizo a un lado para apartar de sí la mancha de oscuridad. Había algo extraño en el caso Burolo, algo con lo que nunca se había topado durante su carrera. Algunos casos le habían obsesionado profesionalmente,

apoderándose de su ser hasta impedirle dormir o pensar en cualquier otra cosa, pero este caso era mucho más desconcertante. Tenía la sensación de que la aureola de misterio y horror que rodeaba los asesinatos le había alcanzado también a él; de que, de algún modo, su vida también estaba amenazada por la fuerza desconocida que se había desatado sobre Villa Burolo. Por supuesto, esto era absurdo. El caso estaba cerrado, la policía había arrestado a una persona, y la participación de Zen en el asunto era temporal, indirecta y superficial. Sin embargo, la sensación de peligro persistía, y el simple sonido de pasos en la calle bastaba para hacerle correr hacia la ventana, donde un coche aparcado a cierta distancia de la casa parecía constituir una amenaza.

Lo cierto es que ya era hora de irse a la cama; en realidad, ya había pasado la hora. Zen volvió al sofá, cogió un paquete arrugado de cigarrillos Nazionali, consideró por un momento si debía fumarse uno antes de retirarse, decidió que no y al cabo de un instante encendió uno. Bostezó y miró el reloj. Las dos y cuarto. No era de extrañar que tuviera una sensación tan extraña. A través de las brumas del insomnio, todo tiene la textura insustancial y borrosa de un sueño. Alargó la mano para tomar el mando a distancia, puso en marcha el vídeo e intentó concentrarse en lo que sucedía en la pantalla.

¡Había que reconocerlo! No cabía duda que el ángulo de la cámara había sido escogido con toda minuciosidad pero, aún así, había que admitir que resultaba muy difícil creer que aquella playa, aquellas rocas, aquellas pequeñas olas que rompían en la orilla, no formaban parte de una costa auténtica sino de una piscina situada a cinco kilómetros del mar. El grupo sentado alrededor de la mesa protegida por una enorme sombrilla azul y verde, que jugaba con sus bebidas, las cartas y revistas de pasatiempos, estaba compuesto por el tipo de personas que podían verse en la villa cualquier día de julio o agosto. Aparte de Oscar y su mujer solo estaban presentes cuatro personas más. A Burolo le gustaba conservar la aureola mítica que rodeaba la villa, y por ello restringía el número de invitados, a fin de que estos creyeran ser los íntimos, los privilegiados. Justificaba esta norma con el pretexto de que la casa no estaba preparada para organizar grandes fiestas. A pesar de las hablaturías referentes a su comunidad de esclavos, lo cierto era que el personal de Oscar se reducía a un criado de mediana edad, su esposa y un joven que cuidaba de los leones y ayudaba en las tareas del jardín. Oscar ponía mucho empeño en acentuar su imagen de hombre que se ha hecho a sí mismo y, en consecuencia, evitaba todo tipo de exhibición ostentosa.

—Yo soy lo que soy —repetía—. Un simple constructor y nada más.

La verdad era que se había dado cuenta de que era más sencillo dominar y manipular a los grupos pequeños que a los grandes. El vídeo constituía una buena prueba de ello. En todas las escenas, ya fueran de interiores o de exteriores, Oscar era siempre el centro de atención. Tendido en su playa privada, ataviado con pantalones cortos de color plateado y una llamativa camisa de seda rosa y azul, su cabeza

exageradamente grande, como ideada por la pluma de un caricaturista. En aquella pose, Oscar parecía el hijo del hombre de Michelin y una gorila obesa. Uno de sus rivales, que por cierto jamás había conseguido nada, había comentado que los que todavía no creían en la teoría de la evolución no conocían a Burolo. Pero hacerse el gracioso a costa de Oscar era una pérdida de tiempo. Se hizo con la historia de inmediato, la transformó, la contó con muchísimo salero y terminó diciendo:

—Y por eso yo he sobrevivido y Roberto fue desechado por inútil, como el dinosaurio que es.

¡Oscar el ingenioso! ¡Oscar el irrefrenable! Era intocable... o al menos, eso parecía.

El encanto de Burolo era tal que uno tenía que hacer un verdadero esfuerzo para advertir la presencia de los demás. El hombre ligeramente saturnino, de escaso cabello gris y rostro en forma de cuña, que se sentaba a la izquierda del anfitrión, era un arquitecto siciliano que había colaborado con Construcciones Burolo en el proyecto de un nuevo generador de electricidad en Rieti. Por desgracia, el proyecto había sido rechazado por cuestiones técnicas (un contratiempo inaudito), y la obra había sido adjudicada a otra empresa. El doctor Vianello lucía un impecable traje de algodón color crema y una sonrisa algo tensa, probablemente porque se veía obligado a escuchar a la esposa de Burolo, la cual le explicaba todo lo referente a un fallido viaje a Olbia para ir de compras. Rita Burolo había sido una mujer muy exuberante en sus buenos tiempos, y la sensación de poder derivada de esta circunstancia prevalecía en su comportamiento, aun cuando sus encantos se estaban desvaneciendo a todas luces. Sus comentarios triviales habían acaparado la atención general durante tanto tiempo que la señora había empezado a creer por fin que tenía algo más que ofrecer que sus pechos y sus piernas, lo cual no dejaba de ser un consuelo ahora que estas partes de su anatomía ya no eran materia de primera clase. Frente a ella se sentaba la esposa del arquitecto siciliano, una mujer diminuta y ratonil, de ojos asustados y bigote incipiente. Maria Pia Vianello contemplaba el espectáculo que constituía su anfitriona en pleno auge con una especie de adoración de avestruz, como una colegiala que hubiera perdido la chaveta por su profesor. Era evidente que ella jamás podría siquiera soñar con atraer en tal medida la atención de la concurrencia.

A pesar de estas diferencias sin importancia, los Burolo y los Vianello tenían muchas cosas en común. Los dos matrimonios habían dejado atrás la juventud, pero eran lo suficientemente ricos para seguir manteniendo la edad a raya durante unos cuantos años más. Los hombres lo conseguían gracias a su preponderancia profesional, que recordaba aquellos juguetes llamados tentetiesos, mientras que las mujeres se dedicaban a exudar la displicencia de los que han nadado en todos los lujos imaginables, salvo el de la libertad y la responsabilidad. Sin embargo, el tercer matrimonio era distinto.

Zen volvió a oprimir el botón de marcha atrás, de modo que el nadador emergió

otra vez del agua y, a continuación, congeló la imagen para estudiar al hombre que había acaparado los titulares de las noticias durante los tres últimos meses. Renato Favelloni era un hombre enjuto, parecido a un hurón, su pecho y sus miembros delgados, junto con la mata de pelo grasiento y la sonrisa artificial, le conferían aspecto de *playboy* de provincias, ora truculento, ora servil, convencido de ser un regalo de Dios para el mundo en general y las mujeres en particular, pero dispuesto a rebajarse en cualquier momento si sabía que con ello podría progresar. Al principio Zen no podía imaginar que aquel hombre hubiera sido el eje de los asuntos que, según se rumoreaba, habían tenido entre manos Oscar Burolo y una personalidad muy destacada de la vida política, a la que la prensa se refería como «*l'onorevole*», sobrenombre que, según se creía, mencionaba Burolo en sus informes relativos a la conexión entre los dos hombres. Zen tardó algún tiempo en comprender que la única razón por la que Favelloni había sido escogido como mediador era precisamente su apariencia repulsiva. Todavía hay clases incluso en la corrupción y los manejos más cínicos. Dado que Favelloni representaba el grado más despreciable posible, sus clientes podían permitirse el lujo de sentirse decentes en comparación con él.

Tanto él como su mujer eran unos diez años más jóvenes que el resto de los presentes. Nadia Favelloni era exactamente el encantador bombón que Rita Burolo debió de ser a su edad. Por supuesto, esta circunstancia no contribuyó a que Rita sintiera simpatía alguna por la esposa de Favelloni, y tampoco ayudó el hecho de que la mujer más joven tuviera el hábito de pasearse semidesnuda por todas partes. Puesto que había alcanzado la edad en la que las mujeres empiezan a servirse de la ropa para disimular lo que antes procuraban exhibir, la señora Burolo siempre llevaba alguna prenda discreta, confeccionada con cierto material que, desde luego, era bastante menos transparente de lo que podía parecer en un principio.

Zen fue presa de un repentino sentimiento de repulsión al pensar en lo que estaba a punto de suceder a aquella carne consentida y cubierta. La vanidad, la lujuria, los celos, el aburrimiento, la malignidad, la belleza, el donaire..., ¿qué importaban ahora todas aquellas cosas? Mientras aquellos rostros se volvían coquetos hacia la cámara, y sus dueños se preguntaban qué tal estarían quedando, Zen sintió ganas de gritarles «¡Váyanse! ¡Salgan de esa casa inmediatamente!».

Por supuesto, esto era lo que habían hecho los Favelloni, lo cual había dado pie a que todo el mundo, desde el juez encargado del caso hasta el sabelotodo del bar de la esquina, estuviera de acuerdo con la madre de Zen en que Renato Favelloni era «el que lo había hecho». Una vez se hubieron deshecho del pesado y desaliñado Roberto y de su molesta mujer semidesnuda, los dos matrimonios restantes cenaron en el tranquilo comedor de la villa, una estancia de suelos embaldosados, que contaba con una enorme mesa de caballetes que antaño había adornado el refectorio de un monasterio franciscano. Cuando terminó la cena se sirvieron cafés y licores, y Oscar volvió a poner en funcionamiento la cámara para filmar la sobremesa, dominada, como de costumbre, por su voz atronadora y vehemente y los golpes que daba en la

mesa con su puño peludo.

El primer indicio de lo que estaba a punto de ocurrir, aparte de un distante chasquido metálico cuyo significado y procedencia se desconocían, se observó en los ojos nerviosos de la señora Vianello. La esposa del arquitecto estaba sentada junto al anfitrión, que en aquellos momentos contaba una historia picante sobre un conocido presentador de televisión, una actriz de películas pornográficas que se había convertido en diputada del Parlamento y lo que se suponía que habían hecho durante el intermedio del programa en el que ella había sido entrevistada. Maria Pia Vianello había estado escuchando con una sonrisa vaga pintada en el rostro, como si no estuviera segura de si debía aparentar que entendía la historia o no. De pronto, algo atrajo su atención desde el otro lado de la habitación, algo que borró de su mente aquellas consideraciones insignificantes. La sonrisa desdibujada se desvaneció abruptamente, y sus facciones quedaron como petrificadas.

Los demás no habían advertido nada. Lo único que se oía era la voz de Oscar. Entonces, lo que había visto la señora Vianello se puso en movimiento, y en aquel momento también lo vio Oscar. Se interrumpió en medio de una frase, arrojó su servilleta sobre la mesa y se levantó.

—¿Qué es lo que quiere?

No obtuvo ninguna respuesta ni se produjo sonido alguno. La esposa de Oscar y el doctor Vianello, que estaban sentados de espaldas a la cámara, se volvieron hacia ella. La expresión de Vianello apenas cambió; sus facciones tan solo se endurecieron un poco.

—¿Qué es lo que quiere? —repitió Burolo con las cejas enarcadas en una expresión de confusión y enojo. De repente, apartó la silla y se dirigió con brusquedad hacia el intruso, mirándole desde arriba como el que se dispone a regañar a un niño travieso. Dirán lo que quieran, pensó Zen, pero ese hombre tenía redaños. O tal vez no fuera más que un estúpido y estaba intentando pavonearse delante de sus invitados, a fin de mantener hasta el final la imagen de hombre valiente. Sea como fuere, los ojos de Oscar no reflejaron el miedo hasta el último momento, en el que se cubrió el rostro con las manos en un intento de protegerse.

Un brutal estruendo invadió la banda sonora. Las manos de Oscar quedaron literalmente desintegradas por el disparo y desaparecieron, mientras que en su rostro y en su cuello empezaban a aparecer ronchas de color rojo brillante como si de una infección instantánea se tratara. Retrocedió por el impacto del disparo con los muñones de sus muñecas en alto. De algún modo consiguió recuperar el equilibrio y volverse de espaldas, pero de inmediato recibió otra descarga que se llevó la mitad de su pecho y lo lanzó contra una esquina de la mesa, donde cayó convertido en una masa sanguinolenta a los pies de su mujer.

Llena de desesperación, Rita Burolo se apartó del cadáver de su marido, al tiempo que Vianello se escondía debajo de la mesa y sacaba una pistola. El sonido característico de una escopeta al ser recargada se mezcló con el de los dos disparos

que partieron del revólver del arquitecto. La banda sonora se repitió dos veces en rápida sucesión. El primer disparo se vació debajo de la mesa, arrancó astillas de la madera, hizo añicos platos y vasos, hirió gravemente a la señora Vianello en las piernas y redujo a su marido a una figura de pesadilla que se arrastraba por el suelo como un animal torturado. El segundo disparo alcanzó a Rita Burolo cuando intentaba desesperadamente salir por la ventana que daba a la terraza. Dado que estaba más lejos que los demás, las heridas que recibió quedaron más repartidas por su cuerpo, del mismo modo en que la llovizna se reparte por el parabrisas. Con un grito agónico cayó sobre las piedras del suelo de la terraza, donde quedó tendida y se desangró lentamente.

A pesar de las heridas de las piernas, Maria Pia Vianello consiguió incorporarse. Aunque era muy menuda, también daba la impresión de mirar al asesino desde arriba.

—Un momento, por favor —murmuró mientras se escuchaba otra vez el sonido seco y frío de la escopeta al ser cargada—. Me temo que aún no estoy preparada. Lo siento.

El disparo fue efectuado a bocajarro, y la alcanzó con tal furia que una parte de sus intestinos salió despedida a través de la pared de su abdomen. El segundo disparo la hizo girar de un modo grotesco. Por un instante se aferró a la pared, y después cayó al suelo hecha un bulto confuso y desmelenado, y mientras caía iba dejando un complicado dibujo de trazas oscuras en el yeso blanqueado.

En menos de veinte segundos, la estancia se había transformado en un matadero. Quince segundos más tarde apareció el criado, que había llegado corriendo desde el apartamento de dos habitaciones en el que él y su esposa habían estado viendo un programa televisivo de variedades. Hasta aquel momento no se oyó ni un solo sonido, aparte del vino que se derramaba lentamente de una botella rota y caída en una esquina de la mesa, y una especie de susurro causado por los espasmos del brazo moribundo de Vianello.

«Si alguien consigue entrar en esta casa», había asegurado el asesor a Oscar Burolo, «empezaré a creer en fantasmas».

Sin embargo, alguien o algo había entrado, había asesinado brutalmente a los presentes y había desaparecido sin dejar rastro, todo ello en menos de un minuto y en completo silencio. A plena luz del día y en compañía de otras personas ya resultaba difícil ignorar la dimensión casi sobrenatural de los asesinatos, pero, desde luego, en la misteriosa calma de la noche, a solas, parecía imposible creer que existiera alguna explicación racional para los terribles sucesos.

El silencio de la cinta en movimiento fue interrumpido por una especie de arañazo distante. Zen se estremeció y se le erizaron los pelos de la nuca. Alargó la mano para coger el mando a distancia y quitó el sonido del vídeo. El ruido seguía oyéndose; se trataba de un arañazo lejano, pero persistente. «Como la barca del tío Umberto», había dicho su madre.

Zen atravesó el pasillo del piso sin hacer ruido, abrió la puerta de la habitación de

su madre y echó un vistazo al interior.

—¿Lo oyes? —susurró una voz desde la oscuridad.

—Sí, mamá.

—Menos mal. Creía que tal vez lo había imaginado. A veces mi cabeza no funciona muy bien.

Dirigió la mirada hacia el lecho invisible. Era la primera vez que la oía reconocer su estado mental. Permanecieron en silencio durante unos instantes, pero el ruido no se repitió.

—¿De dónde viene? —preguntó Zen.

—Del armario.

—¿Qué armario?

Había tres en la habitación, y todos ellos estaban atestados de ropa que nadie volvería a llevar jamás, prendas conservadas con grandes cantidades de naftalina, que daba a la estancia un olor fúnebre permanente.

—El grande —respondió su madre.

El armario grande ocupaba el tercio central de la pared que daba al patio del edificio. Aquello había preocupado a Zen en su momento, puesto que el mueble obstruía la salida de incendios, pero el armario era tan grande que no cabía en ninguna otra parte.

Zen caminó hacia la cama y ordenó la colcha y las sábanas. Después tomó la mano que emergió de debajo de las sábanas, una mano cubierta por gran profusión de arterias y músculos envejecidos, que se dibujaban por entre la piel apergaminada.

—No es más que una rata, mamá.

La mejor forma de desvanecer sus temores confusos e infantiles era conseguir que se concentrara en algo asqueroso, pero concreto.

—Pero era un sonido metálico.

—El rodapié está recubierto de zinc —improvisó—. Es para que no puedan colarse. Mañana por la mañana hablaré con Giuseppe y llamaremos a los exterminadores. Ahora intenta dormir.

Volvió al salón, apagó el televisor y rebobinó la cinta, mientras intentaba alejar de sí la vaga sensación de angustia que le producía el informe que tenía que escribir al día siguiente. Todo le parecía extraño y amenazador porque era muy tarde, sí, era la hora en la que, según le había contado una vez su tío, las casas no pertenecen a aquellas personas que viven ahora en ellas, sino a todos los que las precedieron a lo largo de los siglos. A la mañana siguiente todo adquiriría de nuevo sus proporciones normales, y los aspectos inexplicables del caso Burolo no parecerían más que tonterías sin sentido. La cuestión era si debía o no mencionarlos en el informe. No es que quisiera ni tuviera la necesidad de ocultar nada. Si tuviera que hacerlo, no sabría por dónde empezar, puesto que no sabía a quién iba destinado el informe. El problema residía en que resultaba muy difícil mencionar algunos de los detalles del caso Burolo sin correr el riesgo de parecer estúpido y crédulo. Ahí estaba, por

ejemplo, la declaración de la hija del abogado de Oscar Burolo, una niña de siete años, que había estado en la villa a finales de julio. Como privilegio especial, se le había permitido cenar con los adultos y, en medio de su agitación, tomó un sorbo de café de la taza de su padre, lo cual no la dejó dormir. Era una clara noche de verano, de modo que la niña salió de su habitación para explorar la casa. Según su declaración, vio la silueta de una persona que salía de una de las habitaciones de la parte más antigua de la casa.

—Al principio me alegré —manifestó la niña—, porque pensaba que era un niño, y yo no tenía a nadie con quien jugar. Pero entonces me acordé de que no había niños en la casa. Me asusté y volví corriendo a mi habitación.

Si incluía detalles como aquel en su informe, corría el riesgo de convertirse en el hazmerreír del departamento, mientras que si no lo hacía, podría enfrentarse a una acusación por omisión de pruebas. Por fortuna, el cometido de Zen no le obligaba a sacar conclusiones ni expresar opiniones. Todo lo que tenía que hacer era redactar un informe en el que se explicaran las distintas vías de investigación seguidas por la policía y los carabinieri, y que incluyera una relación de las pruebas reunidas contra los distintos sospechosos. En pocas palabras, una tarea rutinaria, en la que su única aportación era la capacidad de leer entre líneas en los documentos oficiales para separar el grano de lo que no se decía de la paja de lo que sí se decía. El vídeo había sido la última etapa de su investigación. Ya solo tenía que sentarse y redactar el informe. A la mañana siguiente pondría manos a la obra y lo escribiría antes de que se le olvidaran todos los detalles. Y por la tarde, el caso Burolo no tendría mayor importancia para él que para cualquier otra persona corriente.

Volvió a oír ruido de pasos en la calle. Al cabo de unos minutos, el silencio de la noche quedó interrumpido bruscamente por el sonido de un coche que se ponía en marcha y se alejaba con un fuerte chirrido de neumáticos. Cuando Zen llegó a la ventana, el coche ya estaba fuera de su campo de visión, muy limitado por las persianas bajadas. El ruido del motor se hizo cada vez más débil, y las intersecciones de las calles alejaron cada vez más el eco hasta extinguirlo. La luz de la farola estaba en fase creciente, y cuando alcanzó su intensidad normal, Zen vio que el coche rojo que había estado aparcado cerca del edificio había desaparecido. Cerró las contraventanas preguntándose si la presencia o la ausencia del coche tenían algo que ver con él. No encontró respuesta alguna, por lo que decidió que ya era hora de irse a la cama.

Ya casi ha terminado. Todo se desvanece: las dudas, los temores, las preocupaciones, la confusión, incluso el dolor. Todo desaparece espontáneamente. No tengo necesidad de hacer nada; no hay nada que hacer.

Cuando lo vi allí, de pie, con el arma en la mano, fue como verme y o en un espejo.

Se había apoderado de mi papel, había surgido de la nada, implacable, seguro de sí mismo, previsible. Su tono era impaciente, me insultaba con un nombre extraño, me amenazaba. «No sirve de nada esconderse», dijo. «Acabemos de una vez». Como de costumbre, hice lo que me ordenaban.

Lanzó un grito enfurecido, incrédulo. Sea lo que fuere lo que esperaba, seguro que no era aquello. Entonces algo se abalanzó sobre mí, me golpeó, me abrió. No podría haberme resistido aunque hubiese querido. No era como la primera vez, cuando el hombre escondido debajo de la mesa me hirió con su revólver. Todo lo que me causó fue dolor. Esto era diferente. Por primera vez, tenía la certeza de que iba a morir.

Ya no falta mucho. Ya me siento insustancial, como si flotara y me estuviera disolviendo. La oscuridad se mueve, se hincha para encerrarme, envolverme en sus infinitos pliegues. Todo fluye y se diluye. Las rocas se desvanecen al contacto de mis manos, el suelo bajo mis pies desaparece como si el río hubiera vuelto a su cauce, cuevas inexploradas se abren a mi paso como fuegos artificiales. Me he perdido; yo, que conozco este lugar como la palma de mi mano.

MIÉRCOLES, 07:20-12:30

CUANDO Zen cerró la puerta tras de sí, las bisagras emitieron su chirrido característico, que resonó de inmediato desde el piso superior. Uno de los inquilinos de arriba tenía un pájaro enjaulado que, al parecer, creía que la puerta del piso de Zen era un compañero, de modo que respondía al lúgubre chirrido con una retahíla de gorjeos bulliciosos.

Zen bajó los escalones de dos en dos, sin hacer caso del ascensor encerrado en su jaula de hierro. Gracias a Dios que tenía un trabajo, pensó, que le proporcionaba la excusa perfecta para escapar del piso oscuro y cerrado, así como de la anciana que había llevado las cosas hasta tal extremo que volvía a sentirse como un niño sin derechos ni independencia. ¿Qué ocurriría cuando ya no pudiera llenar sus días de aquel modo tan cómodo? El gobierno había empezado a hablar de la necesidad de reducir la plantilla del abigarrado sector público. Una de las soluciones más obvias era la de la jubilación anticipada. Por suerte, lo más probable era que todo quedara en agua de borrajas. Para un gobierno consistente en una coalición de cinco partidos, cada uno de los cuales blandía un hacha y tenía clientes a los que contentar, era prácticamente imposible introducir una legislación que no fuese acogida de mala gana aun por el sector más insignificante de la población, por no hablar de que no podía atacar a la hidra burocrática que garantizaba empleo estable a una tercera parte de la población activa. Sin embargo, algún día tendría que retirarse. Este pensamiento le obsesionaba como la perspectiva de una enfermedad crónica. ¿Qué sería de él durante el día? ¿Qué haría? Su vida había entrado en un callejón sin salida.

Giuseppe, el portero, observaba con ojos vigilantes las salidas y las entradas desde la ventana de su piso del entresuelo. Zen no se detuvo para hablar con él de los arañazos que había oído la noche anterior. A plena luz del día, aquello parecía tan irreal como un sueño.

La suave luz del sol de noviembre y todo tipo de sonidos inundaban las calles. Junto a él pasaron varios grupos de escolares ruidosos, que hacían gala de las personalidades que quedarían enterradas en vida durante las cinco horas siguientes. El rugido metálico de las persianas anunciaba que las tiendas del barrio estaban a punto de abrir. Desde las ventanas abiertas de los talleres de los sótanos, en los que los trabajadores realizaban misteriosas operaciones con innumerables tabloncillos de madera, llegaba el sonido abrupto de un martillo y el susurro persistente de una pistola de pintura. Pero el ruido del tráfico dominaba sobre todos los demás: el murmullo sordo y uniforme de los coches nuevos, el traqueteo característico de los viejos, el gorjeo bronco de los diésel, el zumbido enojado de las motos y las furgonetas de tres ruedas, el profundo rugido de los autobuses, el quejido de sierra mecánica de los ciclomotores trucados, el chirrido de los frenos, el grito estridente de

las bocinas en constante conflicto.

En la esquina, el dueño del quiosco daba los últimos toques a la exposición de periódicos y revistas repartidos por el mostrador en un complicado dibujo de papel superpuesto. Como de costumbre, Zen se detuvo a comprar el diario, pero ni siquiera echó un vistazo a los titulares. Se sentía bien, tranquilo, libre de preocupaciones y de la especie de magia negra que se había apoderado de su alma la noche anterior. Ya tendría tiempo más tarde de enterarse de las catástrofes y los escándalos que nada tenían que ver con él.

Frente al quiosco, en la esquina del edificio siguiente, estaba el café al que solía ir Zen, sobre todo porque no había sucumbido a la extendida plaga de la leche desnatada, que reducía la rica espuma de un buen capuccino a una sustancia insípida. El camarero, que lucía un exuberante bigote para compensar la calva absoluta que se había adueñado de su cráneo, saludó a Zen con ademán respetuoso y se volvió para prepararle el café.

—¡Animales! —exclamó un hombre rechoncho enfundado en un traje de *tweed*, mientras levantaba la vista del periódico que había extendido frente a él, sobre la barra—. ¡Maníacos! ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Qué esperan conseguir?

Zen se sirvió un *brioche* a punto de desmigajarse antes de remover la espuma salpicada de chocolate del capuccino que le había traído Ernesto. Después de encontrarse cada mañana en el bar durante años, Zen había descubierto por fin, gracias a una muela que reclamaba asistencia médica urgente, que el indignado lector era el dentista cuyo nombre figuraba en una de las dos placas de latón a las que Giuseppe religiosamente sacaba brillo cada mañana. Se felicitó por haber resistido la tentación de abrir el periódico. Sin duda llevaba una revelación espectacular relativa al caso Burolo. Apenas pasaba un día sin que publicaran alguna. Pero mientras que para el dentista este tipo de cosas no eran más que puro entretenimiento, un pretexto para hacer un alarde público de moralidad, para Zen aquello significaba trabajo, y no entraba a trabajar hasta una hora después. Se preguntó distraído qué dirían los demás hombres del bar si supieran que en el bolsillo llevaba una cinta de vídeo en la que se podía ver hasta el último detalle de los terribles asesinatos.

En aquel momento, dejó la taza de café y se palpó el bolsillo del abrigo para comprobar que la cinta estaba en su sitio. Realmente, era un error que no se podía permitir. Ya se había cometido uno muy grave, cuando unos fotogramas de una cinta grabada por Burolo, que mostraban escenas íntimas entre su esposa y el joven cuidador de leones, habían sido publicados en una repugnante revista sensacionalista. Si Zen perdía la cinta, las sospechas recaerían inmediatamente sobre él, ya que había firmado en el registro al sacarla del archivo. Todo el mundo creería que la había vendido, y de nada serviría que la revista o la cadena de televisión en cuestión negaran el asunto... si es que se molestaban en negarlo. Vincenzo Fabri había esperado durante meses a que se le presentara una oportunidad semejante. ¡No iba a dejar que se le escapara el tren!

Zen sabía que había llevado muy mal su inesperado ascenso desde las rutinarias tareas anteriores a las filas de la prestigiosa división de la policía criminal del Ministerio. Esto se debía al concepto muy extendido, pero erróneo, que se tenía de este grupo. La prensa, intoxicada por el hechizo de los cuerpos de élite, lo pintaba como un equipo de poderosos «superpolicías» que iban por toda la península resolviendo los casos que resultaban demasiado difíciles para la policía local. Zen debía haberlo sabido mejor, puesto que tantas veces había reflexionado con tristeza sobre ello desde entonces. Debería haberse dado cuenta de que la labor policial jamás tenía en cuenta la capacidad individual. Tan solo era cuestión de seguir una serie de procedimientos y nada más. En ocasiones, estos procedimientos desembocaban en la solución de un caso, pero no era este el auténtico objetivo, sino que se trataba simplemente de mantener o reajustar el equilibrio de las estructuras de poder en el seno del cuerpo. El resultado quedaba reflejado en una constante agitación, una actividad frenética que podía confundirse muy fácilmente con acción bien dirigida.

Sin embargo, se trataba de un error que Zen no debería haber cometido y que había pagado con creces. Cuando le enviaban a Bari, Bérgamo o cualquier otro lugar se lanzaba de cabeza a los casos que le habían asignado, formulaba preguntas de sondeo, criticaba, reorganizaba la investigación y, por lo general, volvía todo del revés. A su modo de ver, aquella era la forma más rápida de obtener resultados, pero no se había percatado de que los resultados que esperaba el Ministerio diferían por completo de los suyos. No tenía que mover un dedo; de hecho, era importante que no lo hiciera. Lejos de la imagen de «007 del Ministerio» que la prensa se empeñaba en plasmar, el personal de la policía criminal era comparable a los inspectores de escuelas o aeropuertos. Sus visitas permitían al Ministerio obtener una visión de conjunto razonablemente fiable de lo que sucedía, recordaban a las autoridades locales que, en última instancia, era Roma la que detentaba el poder absoluto, y demostraban a los grupos de presión que se estaba haciendo algo respecto al asunto en cuestión. Nadie quería que Zen resolviera el caso que le habían, asignado. Ni la policía local, ya que en ese caso le preguntarían por qué no había obtenido resultados semejantes sin ayuda, ni el Ministerio, ya que la solución de un caso no era más que una nueva fuente de problemas. Lo único que tenía que hacer para tener a todo el mundo contento era proceder de acuerdo con las reglas.

Por desgracia, cuando por fin descubrió todo aquello, Zen ya se había enemistado con la mayoría de sus nuevos compañeros. Hay que reconocer que había empezado con mal pie a causa de la forma en que había conseguido el ascenso, gestionado por uno de los sospechosos del caso Miletti, un secuestro que había investigado en Perugia. Por ello, no era de extrañar que muchas personas consideraran que el nombramiento de Zen era algo así como una recompensa, lo cual no dejó de causar resentimiento entre sus compañeros. Pero es posible que se lo hubieran perdonado si no hubiera sido por toda la energía que el advenedizo desplegaba descaradamente, y si no se hubiera enemistado con uno de los hombres más destacados y populares del

equipo. En varias ocasiones, Vincenzo Fabri habían intentado utilizar su influencia política para obtener un ascenso, y no podía perdonar a Zen el hecho de haber conseguido aquello en lo que él mismo había fracasado. Fabri había logrado que aumentaran los sentimientos de antipatía hacia Zen, y los mantenía vivos a base de bromas pesadas y anécdotas malintencionadas que solo llegaban a oídos de Zen cuando el mal ya estaba hecho. Y puesto que el rencor de Fabri era completamente irracional, Zen sabía que había grandes probabilidades de que durara mucho tiempo.

Estrujó la servilleta de papel entre los dedos hasta convertirla en una pelota, la arrojó al cubo de la basura y fue a pagar a la caja, situada en el ángulo que quedaba entre las dos puertas del bar. El periódico que había estado leyendo el dentista estaba abierto sobre la barra, y Zen no pudo evitar ver el enorme titular: «VUELVEN LAS BRIGADAS ROJAS». Leyó en diagonal el artículo correspondiente y así se enteró de que un juez había sido asesinado a tiros la noche anterior en su domicilio de Milán.

Así que era eso a lo que aludía la pregunta retórica del dentista. Era cierto, ¿qué sentido tenía todo aquello? Antaño, los estúpidos, aunque espectaculares atentados terroristas al menos habían sido gestos épicos de importancia indiscutible. Pero todo eso era agua pasada, y el regreso de los terroristas no era solo un asunto moralmente repugnante, sino que también resultaba obsoleto, de segunda mano.

Mientras se dirigía a la parada del autobús leyó la noticia en su propio diario. El juez asesinado, un tal Bertolini, había sido abatido a tiros cuando regresaba a casa desde el trabajo. Su chófer, que también había resultado muerto en el atentado, había disparado contra los atacantes, y se creía que había herido a uno de ellos. Bertolini no era una personalidad especialmente importante y, al parecer, no estaba relacionado con los juicios que se seguían contra miembros de las Brigadas Rojas. Daba la sensación de que habían escogido a Bertolini porque era una víctima fácil, lo cual constituía, de por sí, una prueba de que el poder de los terroristas, que en sus buenos tiempos parecían poder atacar a su libre albedrío, estaba en pleno declive.

Los ojos de Zen recorrieron los titulares más pequeños que se veían en la parte inferior de la página. Uno de ellos rezaba: «QUEMADOS VIVOS POR ADULTERIO». El artículo hablaba de un hombre de Génova que al sorprender a su mujer con otro hombre, había rociado a ambos con gasolina y les había prendido fuego. Plegó el diario de golpe y se lo puso debajo del brazo. No es que tuviera por qué preocuparse en este sentido, por supuesto. ¡Al menos, tenía esa suerte!

Cuando el autobús llegó a la parada, todos los que habían esperado en las aceras se apresuraron a acercarse a la calzada para jugar a la eterna lotería de adivinar dónde estarían las puertas traseras cuando el autobús se detuviera. Zen tuvo bastante suerte aquella mañana, y como consecuencia, los menos afortunados, que intentaban dar un empujoncito a su suerte, empezaron a asediarlo desde todas partes. Alguien empleó el codo con tanta contundencia que Zen se volvió para protestar, por lo que estuvo a punto de perder su lugar. Pero al final venció la justicia, y Zen consiguió subir al autobús a empellones.

Los sucesos publicados en el periódico ya habían tenido ciertas repercusiones en el Viminale. Los accesos al edificio del Ministerio estaban custodiados por tanquetas blindadas con torretas para ametralladoras. Las barreras estaban bajadas y los guardias registraban minuciosamente todos los vehículos. Los peatones accedían al edificio por una escalera que subía desde la Piazza y atravesaban unas pesadas verjas de metal que, por lo general, permanecían abiertas. Pero aquel día toda persona que quisiera entrar en el recinto tenía que identificarse ante dos guardias que se protegían con chalecos antibalas y metralletas.

Después de pasar los controles de seguridad, Zen subió al tercer piso, en el que la Policía Criminal ocupaba una serie de despachos que daban a la fachada delantera del edificio. El contraste entre estos y la celda sin ventanas en la que había estado confinado antes era sencillamente abrumador. Las reformas, que habían sido llevadas a cabo con excelente gusto, y a las que se había añadido un surtido de macetas con plantas y grabados antiguos, habían convertido aquellas estancias en un lugar de ambiente agradable, en el que no se sentía la atmósfera opresiva y deprimente que normalmente se asocia a los edificios gubernamentales.

—¡Como en los viejos tiempos! —comentó Giorgio De Angelis cuando Zen pasó junto a él—. A los de arriba les encanta, por supuesto. Un poco más y podrán recuperar todos los poderes especiales que les quitaron cuando las aguas volvieron a su cauce.

De Angelis era un hombre alto y corpulento, cuyo cabello había ido retrocediendo por el cráneo hasta dejar al descubierto una frente amplia y brillante, de las que la gente asocia a las mentes nobles y privilegiadas. Pero su nariz estropeaba esta impresión. Se trataba de una nariz imponente, con unas fosas nasales de proporciones semejantes a las de un negro, y de las que emergía una mata de pelos, como plantas que se hubieran abierto paso en un edificio semiderruido. Era natural de Crotona, una ciudad situada al este de las montañas de Sila, en el centro de Calabria. Una de las cosas extrañas que Zen recordaba de los tiempos del colegio era que Crotona había sido la patria de Pitágoras. Tal vez por ello De Angelis le parecía a Zen un cruce entre filósofo griego y pirata bárbaro, es decir, que no conocía ni su carácter ni sus motivaciones.

—Sinceramente, no me extrañaría nada que todo este asunto estuviera amañado —prosiguió el de Calabria en tono jovial—. Parece que las Brigadas Rojas han negado la autoría del atentado. De todas formas, Bertolini no tenía nada que ver con el terrorismo. ¿Por qué se lo cargaron a él?

Zen se quitó el abrigo y lo colgó. Le hubiera gustado sentir simpatía por De Angelis, el único de sus nuevos compañeros que había hecho un esfuerzo por mostrarse amable con él. Pero precisamente este hecho, junto con la tendencia de De Angelis a hacer comentarios políticos provocativos, indujo a Zen a sospechar que el de Calabria había sido seleccionado ex profeso para sonsacarle, para tenderle una especie de trampa a fin de que revelara confidencias perjudiciales. Aun teniendo en

cuenta la hostilidad existente entre los miembros de la policía criminal y sus colegas de la policía política de «arriba», el último comentario de De Angelis estaba completamente fuera de lugar.

—¿Has leído el periódico? —preguntó De Angelis—. «Vuelven los terroristas». «Cunde el pánico en los pasillos del poder». Un montón de mierda, si quieres saber mi opinión. Los cabrones de las Brigadas Rojas no van por ahí acribillando a la gente con balas de escopeta. Lo mejor para nuestros terroristas *yuppies* es el *hardware* más avanzado. Las M425, Armalites, Kalashnikov. Las escopetas son para los delitos de la vieja escuela.

Miró a Zen, que estaba palpando los bolsillos de su abrigo con el ceño fruncido.

—¿Has perdido algo?

Zen se volvió distraído.

—¿Qué? Ah, sí, creo que sí. Pero en ese caso dudo mucho que hayan sido los de la política.

—¿A qué te refieres?

Zen rebuscó en todos sus bolsillos durante un rato, pero no encontró nada.

—En fin, parece que han utilizado el arma correcta.

De Angelis le dirigió una mirada desconcertada. De pronto comprendió y emitió un silbido muy significativo.

—Ah, quieres decir... Oye, Aurelio, sería mejor que bajases la voz si vas a ponerte a decir cosas así.

Zen se dio cuenta demasiado tarde de que había caído en una trampa.

—No quiero decir que lo hayan matado ellos —aclaró De Angelis—. Solo que han conseguido que los medios de comunicación difundieran la noticia de su muerte como ellos querían. Es decir, no creerás que...

—No, claro que no.

Se volvió con una sonrisa torva dibujada en el rostro. Se acababa de mostrar del peor modo posible, manifestando lo que sin duda todos sospechaban, pero que ningún empleado del Ministerio que quisiera prosperar podía permitirse decir en voz alta. Pero no importaba; ahora no. Lo único que tenía importancia en aquel momento era que la cinta de vídeo de los asesinatos de Villa Burolo había desaparecido de su bolsillo.

Zen atravesó los biombos que dividían el espacio destinado a cada oficial, se dejó caer en su silla y encendió un cigarrillo. Recordaba con espantosa claridad lo que había ocurrido en el autobús. Se trataba de la clásica técnica del carterista, que aprovechaba los golpes en zonas «seguras», tales como la espalda o los hombros, para distraer la atención de la víctima del leve tirón que se producía al extraer el billetero o la agenda. Sin duda, el ladrón había visto el abultado bolsillo del abrigo de Zen y lo consideró muy prometedor.

Visto desde el lado bueno, todavía quedaban esperanzas, en fin, una leve esperanza al menos, de que al ver que se había equivocado, el ladrón se limitara a

deshacerse de la cinta. Aunque le picara la curiosidad hasta el extremo de mirar el contenido, lo cierto era que las primeras escenas no resultaban demasiado interesantes. A menos que uno reconociera a Burolo y a los demás, la cinta no parecía otra cosa que un vídeo familiar, un recuerdo de las vacaciones de verano. Todo dependía del ladrón y de si se daba cuenta de que había conseguido algo más valioso que todas las carteras que pudiera robar en su vida. Tal vez se diera cuenta, o tal vez no. La única cosa que estaba clara era que Zen no podía influenciar el desenlace en ninguno de los dos supuestos.

Había creído que la redacción del informe sería una tarea rutinaria y aburrida, pero la verdad es que le acometió una sensación de alivio al quitar la funda de la máquina de escribir, insertar una hoja de papel y ponerse manos a la obra. Le llevó poco tiempo completar la primera parte, en la que resumía la investigación relativa a las pruebas encontradas en el escenario del crimen. Dado que se disponía del vídeo y de la rápida llegada del criado al lugar, tanto el momento como el método de los asesinatos eran indiscutibles. El arma asesina no había sido hallada, pero la policía suponía que se había cometido el crimen múltiple con la escopeta Remington que faltaba de la colección que Burolo guardaba en una estantería situada junto al comedor. Los cartuchos encontrados en el comedor eran de la misma marca y del mismo calibre que los de los cajones que había debajo de la estantería. Se habían descubierto huellas dactilares no identificadas en la estantería y en otros rincones de la casa. El aspecto de las heridas de las víctimas daba a entender que los disparos habían sido efectuados de abajo a arriba, lo cual sugería que el asesino había disparado con el arma colocada a la altura de la cadera. Desde luego, a aquella distancia no era necesario apuntar con mucho esmero, tal como el vídeo había demostrado a las claras. Las dos balas correspondientes a los disparos que Vianello había efectuado con su propio revólver habían sido recuperadas, y en una de ellas se habían encontrado restos de sangre del mismo grupo que el de unas manchas descubiertas en el lugar en el que se suponía que se hallaba el asesino al empezar a disparar. También había manchas de sangre de este grupo, que coincidía con el de Oscar Burolo, María Pía Vianello y Renato Favelloni, en el camino que conducía a la cámara subterránea en la que Oscar Burolo guardaba su colección de vídeos y discos de ordenador. Durante el registro de la casa se había descubierto que en esta cámara reinaba el más completo desorden. Las nuevas estanterías que Oscar había hecho instalar yacían volcadas en el suelo, y las cintas y los discos estaban esparcidos por doquier. Asimismo, la policía halló numerosas huellas dactilares idénticas a las que habían sido descubiertas en la estantería de las armas.

Zen dejó de escribir un momento para apagar el cigarrillo. Desde el otro lado del biombo llegó a sus oídos el ruido de voces masculinas discutiendo sobre las virtudes y los defectos del último modelo de Fiat. Distinguió las voces de Vincenzo Fabri y otro oficial, Bernardo Travaglini. En aquel momento advirtió un movimiento por el raballo del ojo y al volverse vio que Tania Biacis estaba de pie ante su escritorio.

—¿Cómo dices? —tartamudeó.

—No he dicho nada.

—Ah.

Se la quedó mirando con un sentimiento de impotencia, paralizado por el deseo de alargar el brazo y tocarla. Estas frases, repletas de *non sequitur* y puntos muertos eran características de sus conversaciones. Probablemente, Tania creía que Zen era un poco cabeza de chorlito y no daba mayor importancia al asunto. O, al menos, así lo esperaba él.

—Esto es para ti.

Le alargó uno de los sobres del montón de correspondencia interna que estaba repartiendo.

—Bueno, ¿qué hiciste anoche? —preguntó Zen—. ¿Fuiste a la ópera o a ver la última de Fellini?

—La Ópera se ha declarado en huelga —repuso ella tras una breve vacilación—. Y por lo que respecta a Federico, ya pasamos de él después de la última película. Vale que el hombre era un genio, pero se ha pasado. No, fuimos a comer a un pequeño restaurante en el campo, Tivoli. ¿Has estado allí alguna vez? Está haciendo furor. Estaba Enrico Montesano con la mujer más rara que he visto en mi vida; bueno, si es que era una mujer. Pero será mejor que te des prisa si quieres ir allí. La comida ya empieza a estar de capa caída, y dentro de una semana ya no valdrá un chavo.

Zen permaneció sentado con la mirada fija en ella y sin apenas oír lo que decía. Tania era una muchacha alta, de huesos largos y poco pecho. Sus cejas siempre estaban ligeramente arqueadas sobre los profundos ojos castaños. Con sus pómulos prominentes, el cuello robusto, y el grueso labio superior que siempre tenía curvado en una expresión divertida, Tania parecía una madonna bizantina que se hubiera bajado del mosaico de cualquier ábside tenebroso, pero no una madonna apenada, sino llena de gozo, de un secreto júbilo, que sabía que el universo era un enorme chiste y que apenas podía creer que alguien se lo tomara en serio. Al igual que él, Tania era del norte, de un pueblo de la región de Friuli, al este de Udine. Este hecho había creado al instante un lazo entre ellos. Con el paso del tiempo, Zen se enteró de su afición por el cine, la música, la navegación a vela, el esquí, la cocina, los viajes y los idiomas. También averiguó que tenía catorce años menos que él y que estaba casada.

—No me importa lo que diga tu concesionario —exclamó en aquel instante Vincenzo Fabri—. Nadie, ni siquiera Agnelli, sabe cómo reaccionará una caja de cambios hasta que haya hecho cien mil kilómetros, y cien mil kilómetros en condiciones reales, no en una pista de pruebas de Turín.

—¿Y a mí qué me importa? —replicó Travaglini con brusquedad—. Con el descuento que me hacen puedo conducir el coche hasta que se acabe la garantía y todavía salgo ganando si después lo doy como entrada para uno nuevo. Eso significa coche gratis por un año.

—¿Puedes hacerme un favor? —susurró Tania.

—Por supuesto.

—Todavía no sabes de qué se trata.

—No importa.

Zen no creía que hubiera nada extraño en su respuesta, ya que no era más que la pura verdad. Pero cuando Tania se volvió con una expresión desconcertada se dio cuenta de que sus palabras habían sonado mal, bien demasiado efusivas o bien demasiado casuales.

—Olvídalo —dijo Tania mientras desaparecía detrás del biombo como un actor haciendo mutis.

Zen se quedó sentado mientras le acometía un dolor agudo que creía haber olvidado, la clase de dolor causado por un amor que no has pedido y que quizás no deseas, pero que viene a por ti. Era corriente sufrir este dolor en la juventud, por supuesto, pero ¿qué había hecho él para merecer un destino así a su edad?

Abrió el memorándum que Tania le había traído.

De: Dogliotti, archivero adjunto, Archivos.

A: Zeno, vicequestore, Policía Criminal

Asunto: 46428 BUR433/K/95 (cinta de vídeo, una).

Se solicita devuelva el objeto arriba especificado lo antes posible, ya que es.....

Alguien había escrito unas palabras ininteligibles sobre la línea de puntos.

Zen se metió el memorándum en el bolsillo con un débil suspiro. Había estado tan preocupado por las terribles repercusiones que tendría el hecho de que la cinta cayera en manos peligrosas que había olvidado los problemas inmediatos que se derivaban de la pérdida de tan valioso objeto. La copia que Burolo había sacado del Ministerio no era más que eso, una copia, ya que los jueces de Nuoro habían conservado el original. Técnicamente, la pérdida de la cinta no constituía más que un pequeño engorro, pero eso no significaba que Zen pudiera plantarse en el archivo para contarles lo sucedido. En teoría solo se podía sacar material oficial del Ministerio con una autorización de salida firmada por el jefe del departamento. En la práctica nadie hacía el menor caso de las normas, pero bastaba que surgiera algún problema para que la ley fuera aplicada con todo rigor.

Una vez más, Zen se lanzó al trabajo para evadirse de estos problemas. La segunda parte del informe era mucho más complicada que la primera. Mientras que los hechos del caso Burolo eran bien sencillos, las conclusiones que se podían sacar de él eran pura dinamita política. El informe de Zen quedaría almacenado en el banco central de datos del Ministerio, y todo aquel que tuviera en su poder el terminal y el código adecuados tendría libre acceso a él. Así pues, las opiniones y las conclusiones de Zen quedarían inmortalizadas. ¡Menos mal que por lo menos no tenía que trabajar con las pantallas de aquellos malditos aparatos! El empleo de ordenadores se extendía inexorablemente a todas las fuerzas del orden, aunque el sueño de crear una base

electrónica de datos unificada se desvaneció cuando se descubrió que los sistemas de los Carabinieri y la policía no eran compatibles, ni entre ellos ni con el sistema utilizado por las instituciones judiciales, cuya configuración era bien distinta. El hecho de que a los oficiales de la policía criminal que así lo desearan se les hubiera permitido conservar sus anticuadas Olivetti con los caracteres de los años cincuenta, que volvían a estar de moda, se consideraba un indicio de que pertenecían a la élite.

Zen encendió otro de aquellos cigarrillos nacionales, de sabor áspero, levantó los ojos hacia los paneles rectangulares del techo y se puso a teclear de nuevo.

«Debido a la dificultad de entrar en la villa sin autorización del dueño, el número de sospechosos era muy reducido. Sin embargo, en distintos momentos se consideró que había cinco posibilidades que merecían ser investigadas. La primera de ellas, por orden cronológico, señala a Alfonso y Giuseppina Bini. Bini era el criado y además se ocupaba del mantenimiento de la casa, mientras que su mujer se dedicaba a la cocina y a la limpieza. Ambos llevaban diez años al servicio de Burolo. El matrimonio afirma que, en el momento de los asesinatos, ambos estaban viendo la televisión en sus habitaciones, situadas en el ala norte de la propiedad. Este alojamiento está separado del comedor por un edificio, es decir, por los gruesos muros exteriores de la granja original. Giuseppina Bini es un poco dura de oído, por lo que el volumen del televisor estaba bastante alto. Unas pruebas realizadas posteriormente han confirmado la declaración de los dos sirvientes, quienes dijeron en su momento que al principio apenas habían oído los disparos. Alfonso no fue a investigar hasta que se repitió el sonido.

»La única prueba que se obtuvo contra los Bini era el hecho de que estaban en la casa en el momento de los asesinatos, pero, puesto que todos los demás presentes estaban muertos y parecía imposible creer que un intruso hubiera entrado en la casa, no es de extrañar que en un principio las sospechas recayeran sobre ellos. No obstante, no existía motivo alguno, y el vídeo había demostrado a las claras que Alfonso había sufrido una impresión fortísima al descubrir la matanza. Además, en el minucioso registro que se hizo en la villa, de la que el matrimonio no se había movido, no se encontró ninguna pista del arma asesina».

Zen se detuvo para dar un respiro a sus dedos agarrotados. A continuación tenía la teoría de la *vendetta*, lo cual significaba que había que aclarar el trasfondo del intento de secuestro que había sufrido Oscar Burolo. El caso no había sorprendido a nadie; lo que sí causó sorpresa fue el hecho de que la víctima saliera del trance con un simple rasguño en el hombro. Maldita sea, había murmurado la gente con una mezcla de admiración y exasperación en sus voces, ¿cómo lo hace? En Cerdeña, el secuestro era un modo de vida, y a Burolo no se le había ocurrido nada mejor que escoger una finca situada al pie del macizo de la Barbagia, el centro de operaciones de las bandas de secuestradores y el lugar donde se hallaban las guaridas subterráneas en las que ocultaban a sus víctimas. ¡Se la estaba buscando!

Y lo consiguió. Por suerte para Oscar, el Lincoln Continental que conducía en el

momento del secuestro era un modelo algo particular. Había sido fabricado especialmente para el presidente africano que había dado pie a la historia de los «esclavos». Oscar tenía muchos negocios en África, y le gustaba decir que este continente era una «tierra de las oportunidades», al tiempo que ponía los ojos en blanco de un modo muy cómico para insinuar a qué oportunidades se refería. Por desgracia, el presidente en cuestión había sido derrocado antes de que Oscar pudiera ir a recoger el contrato que el presidente había firmado para la construcción de un nuevo aeropuerto en la segunda ciudad en importancia del país. Había perdido un proyecto que prometía ser más lucrativo que la mayoría de los que había realizado en toda su vida.

Mientras que otras empresas podían contar con un margen de beneficios de un veinte o un treinta por ciento sobre el presupuesto de la obra, y consideraban que toda ganancia adicional era un increíble golpe de suerte, los proyectos de los que se encargaba Construcciones Burolo parecían capaces de generar unos beneficios que a menudo excedían el presupuesto inicial. Oscar se había ganado a pulso el sobrenombre de «Rey Midas» por su capacidad de convertir en oro la roca más dura, el suelo más árido y la marisma más fangosa. En el caso del aeropuerto africano, su factura ya ascendía al cuatro por ciento del producto interior bruto del país, pero, en aquella ocasión, Oscar se había visto obligado a ser realista. Aunque el nuevo gobierno había estado dispuesto a cumplir los compromisos del antiguo presidente, hubiera sido muy difícil hacerlo, ya que el estadista, en un arranque de prudencia, había desviado un buen pellizco del PNB al banco suizo que ahora financiaba su retiro prematuro. El asunto era muy lamentable, pero Oscar era un hombre realista. Sabía que los gobiernos aparecen y desaparecen, pero que los negocios continúan. Así pues, en lugar de poner en juego sus posibilidades de intervenir en el futuro del país con pleitos absurdos, aceptó a regañadientes un arreglo económico que apenas cubría los gastos de la operación. A fin de que el trago no resultase tan amargo, pidió como compensación mínima el Lincoln Continental, el cual le fue entregado de inmediato.

En aquel momento, Oscar consideraba el coche como uno más de los objetos elegantes de los que le gustaba rodearse, pero no cabía duda de que le salvó la vida cuando los secuestradores intentaron llevárselo. El incidente se produjo cuando Oscar regresaba a casa desde la iglesia del pueblo. Para sorpresa de la mayoría de la gente, Oscar nunca faltaba a la misa de domingo. La experiencia le había demostrado la importancia de mantenerse a la derecha de los que ostentaban el poder, y en comparación con los favores y el servilismo que exigían algunas de estas personas, lo cierto era que Dios era bastante modesto en lo concerniente a sus requerimientos. Por supuesto, nunca se sabía con certeza si Dios estaba allí, y si, en tal caso, estaba dispuesto a ponerse del lado de los buenos, pero, al fin y al cabo, podía decirse más o menos lo mismo de la mayoría de los romanos. Oscar creía que, en tanto la única obligación que debía cumplir para con Él consistiera en comulgar cada domingo, la

cosa bien valía la pena. Por desgracia, en los alrededores de la iglesia no había ningún lugar en el que pudiera aterrizar el Augusta, de modo que tenía que ir en coche.

Aquel domingo, al doblar una curva, Oscar encontró la carretera bloqueada por lo que a primera vista era un accidente de poca importancia. En la cuneta había un coche volcado y el camión que al parecer lo había sacado de la carretera estaba inclinado sobre un costado y de cara a la limusina que se aproximaba. Tres hombres estaban arrodillados junto a otro que yacía boca abajo en el suelo.

Cuando Oscar salió del coche para ofrecer su ayuda, los hombres se volvieron para mirarle.

—¡Me di cuenta en seguida! —contó más tarde a un sinnúmero de oyentes—. No me pregunten cómo, ¡pero me di cuenta!

Corrió de vuelta al coche cuando la «víctima del accidente» rodó hacia un lado y dejó al descubierto los rifles y escopetas sobre los que había estado tendido. Se produjeron varios disparos, uno de los cuales rozó el hombro de Burolo. Ni siquiera lo advirtió. Metió la marcha atrás y pisó el acelerador a fondo.

Los secuestradores empezaron a perseguirlo a pie y a disparar mientras corrían. Pero el presidente africano, que aún era más realista que Burolo, había hecho poner una carrocería blindada y lunas antibalas, de modo que las balas de los secuestradores rebotaron sin causar desperfecto alguno. Al llegar a la esquina, Oscar se dispuso a dar la vuelta al coche. En aquel instante, el más joven de los cuatro hombres se abalanzó sobre el coche, cayó encima del capó, oprimió el cañón del rifle contra el parabrisas y apretó el gatillo. Como era de esperar, el disparo tan solo produjo un pequeño arañazo en el vidrio, pero durante unos segundos, Oscar miró a la muerte cara a cara. Frenó con todas sus fuerzas para que el hombre saliera despedido, aceleró y pasó por encima de su cuerpo.

Cuando la policía llegó al lugar no se veía nada salvo unas cuantas marcas de neumáticos y un poco de sangre mezclada con las piedrecillas que se habían desprendido del pavimento. Al cabo de unos días fue oficiado el funeral por un joven pastor llamado Antonio Melega en un pueblo de montaña situado a unos cuarenta kilómetros al noroeste del lugar. Sus familiares declararon con rostro amargado y taciturno que había sido atropellado al volver de los pastos por un conductor que después se había dado a la fuga.

El secuestro fallido convirtió a Oscar Burolo en el héroe de la comunidad de propietarios de villas de la isla, que, por su parte, también eran perfectos candidatos para intentos de secuestro. El dueño de una tienda hizo un negocio de lo más rentable con la venta de camisetas que llevaban en el pecho la siguiente leyenda «Italianos 1, Sardos 0», hasta que el alcalde protestó. Pero aunque en público Burolo disfrutaba de los halagos, en privado era un hombre asustado, obsesionado por el recuerdo del golpe sordo que sonó debajo del coche y el grito que lanzó el hombre cuando el peso de la carrocería blindada le arrancó hasta el último soplo de vida. Sabía que al matar a uno de los secuestradores había abierto una cuenta que solo quedaría saldada con su

propia muerte. Burolo había nacido en el norte, pero su padre era de un pequeño pueblo de la provincia de Matera, y había explicado a su hijo la historia de los feudos de sangre y la terrible obligación de *vendetta* que podía recaer sobre un hombre contra su voluntad, que le destruían a él y a todos los que le rodeaban por algo con lo que no tenía nada que ver y que tal vez incluso desaprobaba. Oscar se había sentido muy impresionado al oír estas historias. Para su mente infantil, representaban la verdad absoluta y no se distinguían en nada de los rituales arbitrarios y violentos que celebraba con los niños de su edad. Del mismo modo que había sabido que aquellos hombres eran secuestradores apenas se cruzaron sus miradas, ahora sabía que no descansarían hasta haber vengado la muerte de su compañero.

Enfrentado a esta terrible realidad, un hombre menos valeroso hubiera tirado la toalla, hubiera vendido la casa (¡en caso de encontrar un comprador, claro!) y hubiera escogido otro lugar para pasar las vacaciones. Pero el realismo de Oscar también tenía un límite: terminaba allí donde empezaba su vanidad. Si se hubiera tratado de un asunto de negocios, en el que los únicos interesados fueran él mismo y la otra parte, tal vez se hubiera marchado. Pero había invertido toda su autoestima en aquella villa, por no hablar de unos cuantos miles de millones de liras, y haría falta algo más que un hatajo de pastorzuelos insignificantes, como solía calificarlos sarcásticamente, para que se fuera.

Sin embargo, alguien había conseguido que se fuera, y como era de esperar, las sospechas recayeron también sobre los familiares y los amigos de Antonio Melega. Aparte de la increíble brutalidad de los asesinatos, algunas de las pruebas físicas parecían reforzar esta hipótesis. Los habitantes de Cerdeña, sobre todo los que viven en las zonas deprimidas de las montañas, son los más bajos de todos los países de la cuenca del Mediterráneo. Las huellas dactilares halladas en los cartuchos de la escopeta empleada en el crimen eran excepcionalmente pequeñas, «como las de un niño», había comentado el experto de los Carabinieri, un comentario muy inoportuno que había llenado de gozo al cuerpo rival. Pero un tirador de corta estatura ya era otra cosa, y aquello explicaría también el ángulo de fuego, que se había atribuido en un principio a que el asesino sostenía el arma a la altura de la cadera. Además, los pastores estaban habituados a moverse y actuar con sigilo, lo cual sería la causa del misterioso silencio que había desconcertado a todos los que habían visto la cinta.

«Desgraciadamente», escribió Zen, «había una circunstancia crucial que desbarataba por completo la hipótesis: el problema de la entrada. El sistema de seguridad de Villa Burolo había sido diseñado especialmente para impedir un ataque de esta índole. Si bien es cierto que en la sala de control no había nadie en el momento de los asesinatos, el sistema estaba preparado para que sonaran las alarmas de toda la villa si entraba alguien. A fin de comprobar la eficacia de estas alarmas, una unidad especial de montaña de los Carabinieri intentó penetrar en la villa por diversos caminos, incluso en paracaídas y en planeador. Pero las alarmas siempre se habían puesto en funcionamiento. Por lo tanto, había que descartar un asalto de este

tipo, ya fuera por parte de los secuestradores o por parte de cualquier otro grupo».

Zen escribió un asterisco después de la palabra «grupo» y a pie de página añadió: «Tras una valoración de la situación que este departamento realizó en septiembre, el doctor Vincenzo Fabri sugirió que tal vez el blanco del asesino no fuera Oscar Burolo, que estaba desarmado y cuyo comportamiento en el vídeo demostraba que no temía al asaltante, sino Edoardo Vianello, uno de sus invitados. Fabri señaló que el hecho de que el arquitecto llevara una pistola constituía una prueba de que temía por su seguridad, e indicó que tal vez una investigación de los asuntos privados de Vianello revelaría su relación con el crimen organizado, la actividad más característica de su Sicilia natal. Como solución al problema de la entrada a la finca, Fabri sugirió que Giuseppina Bini trabajaba en secreto para la Mafia, y llamó la atención sobre el hecho de que su abuelo materno había nacido en Agrigento en 1861. Pero por alguna razón, nadie tomó demasiado en serio esta ingeniosa teoría, que, sin duda, merecía un gran respeto».

Zen esbozó una sonrisa amarga. Tenía muy pocas oportunidades de devolverle una a Vincenzo Fabri. ¿Qué pretendía aquel hombre, se preguntó, extendiendo ese rumor absurdo y traído por los pelos?

Al pasar al siguiente candidato de la lista, Zen lanzó un suspiro de alivio.

«Furio Pizzoni fue interceptado a su regreso a la villa dos horas después de los asesinatos. Cuando le preguntaron dónde había estado las horas anteriores, afirmó haber pasado la velada en el bar del pueblo. El dueño del bar y algunos parroquianos confirmaron su coartada. No cabe duda de que Pizzoni tenía acceso al sistema de control remoto mencionado más adelante (v. Favelloni, Renato). No tardaron en disiparse las sospechas que pesaban sobre él, aunque volvió a convertirse en el centro de atención durante un breve lapso cuando se descubrieron unas cintas de vídeo que mostraban escenas íntimas entre él y Rita Burolo».

Zen expiró las últimas bocanadas de humo y apagó el cigarrillo. Tras unos instantes de reflexión decidió no entrar en detalles. Incluso la revista que había pagado un precio tan elevado por las fotografías tomadas a partir de la cinta había ocultado la verdadera naturaleza de este pequeño triángulo amoroso tras un velo de palabrería. Era difícil explicar, sin caer en la grosería, que la mujer asesinada tenía la costumbre de encontrarse con Pizzoni a la luz de la luna en la caseta en la que los leones moraban durante el día, y que ambos retozaban por la paja infestada de sudor y excrementos mientras el joven proporcionaba placer a la mujer de mil y un modos que ni tan siquiera podían imaginarse en el reino animal. Algunas personas apenas pudieron dar crédito a sus oídos cuando se enteraron de que Burolo sabía de estas orgías y no había hecho nada al respecto, sino que se había limitado a instalar una cámara de vídeo en una viga de la cabaña para grabar las escenas de amor y deleitarse con ellas más tarde.

De repente, Zen oyó la voz de Tania al otro lado del biombo.

—¿Me lo prometes? —preguntaba ansiosa.

—¡Pues claro!

La voz profunda y monótona pertenecía a un oficial llamado Romizi.

—Es que si no me metería en muchos problemas —insistió Tania.

—No te preocupes, me ocuparé de ello.

Zen se inclinó hacia adelante hasta que su frente tocó la caja metálica de la máquina de escribir. Así que había encontrado a otro para pedirle el favor, después de que él la hubiera ahuyentado con su burdo arranque de impetuosidad. Respiró profundamente, soltó el aire con un largo suspiro y se puso a aporrear otra vez las teclas de la Olivetti.

«Teniendo en cuenta que el asesino debía conocer a la fuerza y en profundidad el sistema de seguridad de la villa, era inevitable que las sospechas recayeran también sobre el único superviviente de su familia más cercana, es decir, su hijo Enzo. Las relaciones entre padre e hijo habían sido bastante tensas en los últimos tiempos, en especial porque el joven se negaba a renunciar a su deseo de convertirse en violinista profesional en beneficio de los deseos de su padre, el cual insistía en que debía estudiar Medicina o Derecho. En agosto, Enzo Burolo estaba estudiando en un conservatorio de los Estados Unidos, y las investigaciones llevadas a cabo por el FBI confirmaron que el joven había estado en Boston antes y después de los asesinatos, por lo que esa línea de investigación quedó descartada de inmediato».

Zen flexionó los dedos hasta que las articulaciones crujieron como madera vieja. Ya se había ocupado de los sospechosos que los jueces habían descartado. Tan solo quedaba el hombre al que habían arrestado y que ahora esperaba el juicio en la prisión de Nuoro. Y aquí debía ir con pies de plomo.

«El último sospechoso era Renato Favelloni», escribió. «Favelloni había visitado a Burolo en la villa en numerosas ocasiones, y se había alojado allí en la época inmediatamente anterior a los asesinatos. Aquella tarde, Oscar Burolo los llevó en helicóptero al aeropuerto de Olbia para que tomaran el vuelo IG113 de Alisarda con destino a Roma. Según el testimonio de Nadia Favelloni, poco antes de embarcar, su marido le dijo que había olvidado un documento de gran importancia en la villa y que tenía que regresar a recogerlo. Ella debía regresar a Roma y él tomaría un vuelo posterior. Así pues, Nadia Favelloni tomó el avión, pero las investigaciones realizadas después revelaron que Favelloni no había reservado ningún billete para los vuelos posteriores. En el interrogatorio, Favelloni declaró al principio que había volado a Milán en lugar de ir a Roma. Cuando le comunicaron que su nombre tampoco figuraba en la lista de pasajeros del vuelo con destino a Milán afirmó que en realidad había ido a visitar a su amante. Declaró que esa era la razón por la que había contado a su esposa la historia del documento olvidado en Villa Burolo y por la que había reservado el billete bajo un nombre supuesto. Su mujer era muy celosa, y en una ocasión había contratado a un detective privado para vigilar sus movimientos. Sea como fuere, ningún miembro de la tripulación del vuelo de Milán pudo identificar a Favelloni, y puesto que el testimonio de la amante no es fiable, no hay

prueba alguna de que Favelloni abandonara Cerdeña la noche de los asesinatos.

»La clave del caso Burolo es la cuestión del acceso a la finca. Oscar Burolo había pagado un precio astronómico para convertir su propiedad en una fortaleza, y, sin embargo, el asesino entró en la finca y salió de ella sin que se activara una sola alarma y en tan solo unos pocos minutos. ¿Cómo lo hizo?

»La respuesta más probable a esta pregunta requería que se tuvieran en cuenta los accesos y salidas utilizados por los propios habitantes de la casa. Dado que Burolo se negaba a que las puertas y la sala de control fueran manejadas por guardias de seguridad, todo tenía que funcionar automáticamente, mediante un sistema de control remoto o instrumento de “proximidad” parecido al que se utilizaba para abrir las puertas de garaje. Pero mientras que los sistemas comunes que existen en el mercado ofrecen pocas garantías en lo referente a la seguridad, ya que es posible averiguar los códigos con relativa facilidad, el sistema instalado en Villa Burolo era prácticamente infalible, porque el código cambiaba cada vez que se ponía en funcionamiento. Al mismo tiempo que emitía el código existente que abría las puertas, la unidad de control remoto transmitía un nuevo grupo de números generados de un modo aleatorio, que sustituían al código anterior y servirían para activar el mecanismo la vez siguiente. Cada señal era única, por lo que era imposible que un atacante corriente la duplicara. Pero cualquiera que hubiera entrado en la casa podría haber sacado el aparato y utilizarlo para volver a entrar en la finca sin activar las alarmas».

De momento, todo en orden, pensó Zen. La jerga técnica sobre los aparatos de control remoto no constituía ningún problema. Pero la cosa se ponía fea cuando uno ya no tenía que ocuparse del modo y la oportunidad, sino del móvil. Todo el mundo creía que Favelloni había estado tantas veces en la villa durante aquel verano porque estaba implicado en los negocios entre Oscar Burolo y el político que recibía el sobrenombre de *l'onorevole*. Según la opinión general, la influencia del político había sido decisiva para que Burolo obtuviera la concesión de lucrativos proyectos en el sector público. Según los rumores que circulaban en la prensa y en otros sectores, la relación entre Burolo y el político había terminado recientemente, y Oscar había amenazado con hacer públicos los informes que daban detallada cuenta de las lucrativas transacciones que habían efectuado a lo largo de los años. Antes de poder cumplir su amenaza, él y sus invitados habían sido asesinados a balazos, su colección de vídeos y discos de ordenador había sido saqueada y *l'onorevole* consiguió librarse de situaciones ciertamente embarazosas.

Probablemente, este era el aspecto del caso que acaparaba la atención del juez que se encargaba de él, pero Aurelio Zen, que no estaba protegido por el poder y la majestad de la judicatura, quería rehuir el asunto en la medida de lo posible. Por fortuna podía alegar un buen pretexto. Aunque estas teorías habían sido pregonadas a los cuatro vientos, el secreto con el que se había preparado la investigación del caso había hecho que quedaran en simples teorías, ya que no carecían de pruebas que las respaldaran. Cuando Renato Favelloni compareciera ante el tribunal, es decir, dentro

de pocas semanas, probablemente, las cosas cambiarían drásticamente, pero hasta entonces nadie tendría conocimiento de la cantidad o la gravedad de las pruebas presentadas contra él. Así pues, lo único que tenía que hacer Zen era fingir que no sabía una palabra del asunto.

«Como ya se ha mencionado, los detalles del caso permanecen *sub judice*», concluyó, «pero el hecho de que se trate de una acusación de conspiración para el asesinato indica que se cree en la participación de otra persona o de varias. Puede haberse deducido esto porque, al parecer, el doctor Vianello hirió al asesino con su revólver, probablemente en la pierna, mientras que el examen médico practicado al acusado no reveló ninguna herida reciente. Según esta hipótesis, Renato Favelloni robó el aparato de control remoto de la villa y se lo entregó a un cómplice, tal vez un asesino profesional, el cual lo utilizó para entrar en Villa Burolo y volver a salir tras cometer los asesinatos. Por supuesto, lo más lógico sería que un asesino profesional hubiera empleado su propia arma, tal vez con silenciador. Se puede aducir que esta circunstancia refuerza las pruebas existentes contra Favelloni, ya que demuestra que el asesino o los asesinos intentaron ocultar que el crimen era fruto de una conspiración premeditada para atentar contra la vida de Oscar Burolo».

Zen golpeó las hojas contra la mesa para obtener un fajo uniforme y releyó lo que había escrito mientras corregía unos cuantos errores aquí y allá. A continuación introdujo el informe en una carpeta y atravesó con ella el biombo que separaba su zona de trabajo de la de Carlo Romizi.

—¿Qué tal? —preguntó.

Romizi levantó la vista desde el horario de trenes que estaba estudiando.

—¿Sabías que uno de los trenes indicados en el horario no existe?

En todas las empresas y organizaciones hay al menos una persona que induce a sus compañeros a preguntarse: «Pero ¿cómo habrá conseguido el trabajo?». En la Policía Criminal, esta persona era Carlo Romizi, un hombre de la región de Umbria con cara de lunático. Aun después de un trabajo arduo, Carlo seguía estando fresco como una lechuga y jamás perdía su expresión de niño asombrado.

—No, no lo sabía —respondió Zen.

—Me lo acaba de decir De Angelis.

—¿Y cuál es?

—Ahí está la gracia. No se sabe. Cada año se inventan un tren que simplemente pasa de una columna del horario a otra, pero si te miras todas las columnas en conjunto, te das cuenta de que el tren no hace más que describir círculos, sin llegar jamás a ninguna parte. Parece que todo empezó un año en el que se equivocaron. Y ahora lo hacen a propósito, en plan de broma. Todavía no lo he encontrado, pero tiene que estar. Me lo ha dicho De Angelis.

Zen hizo un vago gesto de asentimiento.

—¿Qué quería la Biacis? —preguntó como al azar.

Romizi frunció el entrecejo en un esfuerzo por recordar.

—Ah, sí, me estaba dando la vara por una cuenta de gastos que presenté. Al parecer, Moscati cree que es excesiva. Quiero decir que cree que es excesivamente excesiva. Le dije que le enviaría una cuenta revisada, pero no me he acordado de hacerlo.

La juventud no es más que una sensación liviana en el corazón, pensó Zen mientras se alejaba, feliz como un niño, solo porque después de todo, Tania no había hecho confidencias a Romizi.

Al contrario que las oficinas de la Policía Criminal, las de la administración, situadas en la planta baja, estaban amuebladas como las de antes, con mesas macizas dispuestas en hileras como si fueran tanques en un desfile militar. Tania no aparecía por ninguna parte. Uno de sus compañeros lo envió al departamento de contabilidad, donde intentó durante un buen rato llamar la atención de un empleado que estaba sentado a cierta distancia de él, con un teléfono pegado a cada oreja y repitiendo: «¡Por supuesto!» y «¡Por supuesto que no!». Sin levantar la vista, entregó a Zen un formulario que decía: *No doblar, enrollar o romper*, en el que había garabateado «¿Personal?».

En la sección de personal, situada en el cuarto piso, Franco Ciliani comunicó que la Biacis se acababa de ir después de hincharle las pelotas de tal forma que no creía que pudiera recuperarse jamás.

—¿Sabes lo que le pasa? —la pregunta de Ciliani era puramente retórica—. Folla demasiado poco. El problema de las mujeres es que si no te las tiras a menudo hasta la locura pierden el sentido de la proporción. Tendríamos que darle un toque a su marido, para recordarle sus obligaciones.

Aquellas palabras tan sabias constituyeron toda la aportación de Ciliani, pero cuando Zen bajaba las escaleras desconsolado, Tania se materializó junto a él.

—Te he buscado por todas partes —le dijo Zen.

—Salvo en el lavabo de señoras, supongo.

—Ah.

Le entregó la carpeta mientras seguían bajando juntos.

—Este es el informe que me pidió Moscati. ¿Puedes hacer unas cuantas fotocopias antes de irte a comer?

—Claro —repuso Tania en tono áspero—. Para eso estoy aquí.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dicho algo Ciliani?

—No, solo que me pone los nervios de punta —replicó encogiéndose de hombros—. No es culpa suya; es que me recuerda a mi marido.

Este comentario era tan extraño que Zen lo pasó por alto. Hasta entonces, todo lo que Tania decía parecía indicar que ella y su marido formaban el matrimonio perfecto.

Al llegar al rellano del tercer piso Zen la tomó por el brazo.

—¿Cuál era el favor que me querías pedir?

Ella le dirigió una mirada y volvió a apartarla en seguida.

—Nada, no importa.

Sin embargo, no se movió y Zen no le soltó el brazo. Con la mano libre señaló la escalera. El que había diseñado el Ministerio del Interior había creído firmemente en la idea de que el prestigio de una institución está relacionado proporcionalmente con las dimensiones de su escalera principal. La del Ministerio era de las que piden a gritos trajes suntuosos y gestas heroicas.

—Quizás sería mejor que cantáramos —sugirió Zen con una sonrisa algo histérica.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Tania perpleja.

Zen sabía que no debería haber abierto la boca, pero se sentía como en una nube a causa de la presencia de ella.

—Este lugar me recuerda una ópera. Quiero decir que da la sensación de que no es suficiente hablar. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Se apartó de ella, extendió un brazo, se puso el otro sobre el pecho y empezó a cantar:

—¿Cuál era el favor que me querías pedir?

—¿Y qué tendría que decir yo?

—Tú tendrías un aria en la que me revelarías la respuesta. Unas cuarenta veces.

Sus miradas se cruzaron durante un instante. Después Tania garabateó algo en un trozo de papel.

—Llama a este número esta tarde a las siete. Di que llamas del Ministerio y que a causa del asesinato del juez se ha presentado un asunto urgente y me necesitarán hasta medianoche.

Zen cogió el papel.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Zen asintió lentamente con la cabeza, como si comprendiera, y se alejó.

Sangre por todas partes, mi sangre. Me desvanezco como un saco de trigo que las ratas hubieran roído hasta abrir un agujero. Nunca me encontrarán. Soy la única persona que conoce este lugar. Desapareceré.

Yo hacía desaparecer cosas. También personas, pero eso vino más tarde. Al fin y al cabo, la gente cae muerta cada dos por tres. Las cosas son más perdurables. Los cuencos, las sillas, las palas y los cuchillos pueden estar en una casa durante tanto tiempo que al final nadie sabe de dónde han salido. Es como si siempre hubieran estado allí. Cuando de repente desaparecían, todo el mundo intentaba acallar el escándalo. «Tiene que estar por alguna parte. No os preocupéis, ya aparecerá. Esperad y veréis». Se había producido una grieta en su mundo. Y por ella sentían durante un instante el frío, y entreveían la oscuridad que también los esperaba a

ellos.

Ya he reunido una buena colección. ¿Qué será de ella? Tazas, plumas, cuerda, lazos, cartas, carteras, clavos, ropa, herramientas..., todo ello apilado en la oscuridad, como si se tratara de una ofrenda al dios cuya ausencia siento de noche, en el espacio que hay entre las estrellas, informe y vasto.

Las cosas no desaparecen así como así. «Todo tiene una explicación», suele decir el viejo Tomasso, mientras asiente con su cabeza malformada, que tiene el aspecto de una roca abandonada en un campo y condenada a ser ignorada o volada por los campesinos. Sí, me gustaría volar su sabia cabeza. «¿Por qué razón?» me preguntaría al apretar el gatillo. Ya es demasiado tarde para eso.

Tal vez él hubiera comprendido por fin, tal vez los demás también comprendían. Tal vez la expresión de sus rostros no se debía tan solo al dolor y al terror, sino también a la comprensión. En cualquier caso, la grieta existe, la posibilidad de obtener la gracia existe gracias a mí. Las cosas no son lo que parecen. Este lugar no es lo que parece. Yo he sido buena prueba de ello.

Y ellos también lo demostraron... con su muerte.

MIÉRCOLES, 20:25-22:05

—¿VAMOS a seguir mucho tiempo más? —preguntó el taxista en tono quejumbroso, al tiempo que se volvía hacia el asiento trasero.

El pasajero le lanzó una mirada indiferente.

—¿Y a usted qué le importa? Al fin y al cabo, le voy a pagar, ¿no?

El taxista golpeó el volante con la palma de la mano y se oyó un ruido sordo.

—Bueno, ¡eso espero! Pero en la vida hay otras cosas además del dinero, ¿sabe? Hace casi una hora que estamos aquí sentados. Normalmente me paro a comer algo por aquí. Quiero decir que si quería que trabajara para usted toda la noche, tendría que habérmelo dicho.

La calle en la que estaba aparcado el taxi se extendía en línea recta entre hileras de bloques de pisos construidos a espacios regulares sobre columnas de hormigón armado. En la mayor parte de los edificios, la planta baja estaba destinada a aparcamiento de coches, pero en el bloque más cercano, la mitad de aquel espacio consistía en unas cuantas tiendas, que a aquella hora estaban cerradas. Entre dos de ellas se veía un local iluminado sobre el que colgaba un cartel de neón que rezaba: «BAR».

—¿Y bien? —preguntó el taxista.

—De acuerdo. Pero no se pase ahí toda la noche.

El taxista salió del coche resoplando con fuerza. Los largos años de tensión y falta de ejercicio parecían haber convertido todos sus huesos y músculos en una masa flácida.

—Solo voy a comer algo rápido, nada más —se quejó—. Ni siquiera el coche funciona si no se le llena el depósito.

Con los enormes pantalones arremangados, vadeó por entre tres contenedores de metal llenos a rebosar de bolsas y sacos de plástico. Zen lo observó mientras se abría camino entre las torrenteras y los morones, que parecían pilas de nieve congelada a la luz mortecina de las farolas ultramodernas.

Todo lo demás estaba en silencio. No había nadie en la calle. Aparte del bar, no había ningún lugar en el barrio que incitara a los vecinos a salir de sus casas tras la caída de la noche. Toda la zona tenía un aire provisional, a medio hacer, como si el responsable de su construcción hubiera perdido el interés antes de terminar el trabajo. Sin duda, había que buscar la razón en una de esas cláusulas que los contratos de Construcciones Burolo siempre incluían, y que les permitían hacerse con todo el beneficio de un proyecto sin tener que preocuparse por los aburridos acabados.

Al igual que los demás, el bloque junto al que habían aparcado era de construcción muy reciente, y parecía como si lo hubieran armado en unos cinco minutos a base de piezas prefabricadas, como los juegos con los que los niños hacen

edificios. Se accedía a los cuatro rellanos de pisos por unos empinados tramos de escaleras que descendían como huecos de ascensor hacia el aparcamiento de la planta baja. La azotea del edificio estaba sembrada de antenas de televisión, que parecían juncos crecidos en aquella marisma antes de la llegada de los constructores.

En algunas de las ventanas las persianas estaban subidas, y de vez en cuando aparecía una figura en aquellas pantallas luminosas, la única señal que vio Zen de los vecinos de barrio. Era imposible saber si los gestos de aquellas siluetas tenían algo que ver con él. Había examinado la lista de inquilinos que había junto a cada tramo de escaleras. El nombre de Bevilacqua figuraba frente a la puerta catorce, pero la puerta que daba a la escalera estaba cerrada y Zen no se había atrevido a entrar en el edificio. Le parecía que eso sería ir demasiado lejos.

Había pasado la mayor parte de la tarde intentando solucionar el problema de la cinta de vídeo robada. En una tienda de aparatos electrónicos comprobó que había una serie de inconvenientes con los que no había contado, ya que existía una gran variedad de tipos, marcas y duraciones. Por fin optó por una cuya principal ventaja radicaba en que se podía comprar sola, es decir, que no era necesario llevarse un paquete de tres. En realidad, no importaba, se dijo. O lo comprobaban o no lo comprobaban. Si lo hacían, no los apaciguaría el hecho de que Zen hubiera sustituido la cinta desaparecida por el mismo tipo de cinta, pero virgen, o por un capítulo de la serie de dibujos animados de Bugs Bunny.

De vuelta en el Ministerio, bajó los dos tramos de escaleras funcionales de cemento que le separaban del sótano, en el que se encontraba el departamento de los archivos. Tal como había calculado, a aquella hora del día solo estaba de servicio un empleado, de modo que Zen solicitó ver los expedientes de uno de sus antiguos casos, que eligió al azar, y consiguió así que el mostrador quedara vacío por espacio de unos cinco minutos. No estaba mal, ya que Zen tuvo tiempo de sobra para examinar con rapidez la colección de tampones de goma, encontrar uno que dijera «*Propiedad del Ministerio del Interior - número de índice...*», aplicarlo a la etiqueta anterior y posterior de la cinta y copiar el número de índice del memorándum que le habían enviado.

Cuando el empleado regresó con el expediente que le había pedido, Zen se puso a hojearlo durante unos instantes para guardar las apariencias. Era un caso del que se había encargado veinte años atrás, en la época en que Zen estaba destinado en la Questura de Milán. Volvió las páginas con cariño y nostalgia, mientras se deleitaba en el contraste existente entre los anticuados formularios de los informes y su propia escritura de entonces, juvenil y adornada. Pero mientras repasaba los detalles de aquel caso, estas inocentes sensaciones dejaron paso a recuerdos mucho más tenebrosos. ¿Por qué había escogido aquel expediente de entre todos los del archivo?

La pregunta era al mismo tiempo la respuesta, ya que el caso Spadola no era una más de las investigaciones en las que Zen había participado a lo largo de su carrera. Había sido su primer gran triunfo y, al mismo tiempo, un primer gran fracaso.

Después de la guerra, al cesar las hostilidades en Italia, muchos partisanos de izquierdas estaban dispuestos a llevar más lejos la lucha armada, a fin de derrocar al gobierno y establecer un estado del proletariado. Algunos de ellos lo hacían por razones ideológicas, otros, sencillamente, se intoxicaron con la emoción y la gloria de influenciar activamente el curso de la historia; no se conformaban con la idea de volver a una existencia vulgar y mal pagada, aun suponiendo que fuera posible encontrar trabajo. Para estos hombres, y Vasco Spadola era uno de ellos, la decisión del líder comunista, Togliatti, de seguir una vía de reforma en lugar de una vía revolucionaria constituía una traición. Una vez se comprobó que la situación de la clase obrera italiana no iba a mejorar, Spadola y sus camaradas pusieron sus armas y su experiencia al servicio de una campaña de atracos que intentaron justificar con la explicación de que se trataba de «actos de la lucha de clases».

El éxito de estos delitos pronto provocó fuertes tensiones en el seno del grupo. Por un lado, el grupo encabezado por Udo y Carlo Trocchio todavía defendía una línea de política doctrinaria, mientras que los seguidores de Spadola empezaban a ser conscientes de las posibilidades de este tipo de empresa privada. Sin embargo, estos problemas quedaron resueltos al cabo de un tiempo, ya que los hermanos Trocchio fueron asesinados a tiros en un bar del barrio de Rho, situado en la periferia de Milán.

En ausencia de estos dos hombres, la banda renunció a sus pretensiones de librar una batalla política y se dedicó a luchar a brazo partido para consolidar su influencia en todos los flancos de la vida delictiva de la ciudad. Los atracos a bancos, que comportaban muchos riesgos, fueron sustituidos por operaciones delictivas de menor envergadura, tales como el juego, la prostitución, el tráfico de drogas y la extorsión. La policía sabía con certeza que Spadola participaba en todos estos negocios, pero Vasco no había olvidado uno de los aspectos de su formación como partisano: estructurar una organización de tal modo que pudiera bien sobrevivir a la penetración de unidades individuales o bien capturarlas. Aunque muchas de las operaciones fueron descubiertas y muchos de sus socios, arrestados, nunca pudo relacionarse a Trocchio con el asunto Tondelli.

Bruno Tondelli no era precisamente una de las personalidades más respetables de Milán, pero el hecho de que lo mataran con un cuchillo de carnicero seguía significando que se había cometido un asesinato. Los hombres de Tondelli habían estado enzarzados en una larga lucha territorial con los hombres de Spadola, por lo que, sin duda, Spadola había considerado apropiado desaparecer de la faz de la tierra inmediatamente después del asesinato. Sin embargo, la policía no tenía la más mínima posibilidad de cargar a Spadola con el muerto.

Un buen día, Zen, a quien le habían asignado la desagradecida tarea de conducir la investigación sobre la muerte de Tondelli, recibió un mensaje de un informador que solicitaba una entrevista. Para proteger al confidente, su nombre y su dirección auténticos figuraban en un expediente guardado bajo llave, al que tan solo tenían acceso unos cuantos oficiales de alta graduación. El resto de los miembros de la

policía se referían a él por su nombre en clave. El hombre que había llamado a Zen, cuyo sobrenombre era «el ruiseñor», era una de las fuentes de información más fiables de la policía.

Tal como se había acordado, el encuentro tuvo lugar en un compartimiento de segunda clase de uno de los trenes *Ferrovía Nord*, que se dirigían a Seveso. Era una brumosa noche de febrero. En una de las estaciones intermedias, un hombre pálido, medio calvo y tímido, con aspecto de oficinista o profesor universitario, entró en el compartimiento acordado. Le comunicó que Vasco Spadola permanecía oculto en una granja situada al este de la ciudad.

—Estuve allí la noche en que asesinaron a Tondelli —prosiguió el confidente—. El propio Spadola lo apuñaló. «Esto será una lección para toda esa escoria», dijo.

—No sirve de nada si no está usted dispuesto a testificar —intervino Zen en tono agrio.

—¿Quién ha dicho que no voy a testificar? —preguntó en tono zumbón.

Y, en efecto, testificó. Y lo que es más, la policía irrumpió en la granja situada en las cercanías del pueblo de Melzo, y encontraron a Vasco Spadola y un cuchillo con restos de sangre del mismo grupo que la que había corrido por la venas de Tondelli.

Spadola fue condenado a cadena perpetua y Aurelio Zen vivió tres días de gloria. Al cabo de ese tiempo, se enteró por un colega envidioso de que el cuchillo había sido empapado de la sangre procedente de un análisis practicado a Tondelli y colocado en el escenario del crimen por la policía. También se enteró de que «el ruiseñor» había accedido a comparecer ante el tribunal para jurar que había visto a Spadola cometer el asesinato porque los Tondelli le habían pagado una sustanciosa cantidad para que lo hiciera.

Zen cerró el expediente y se lo devolvió al empleado junto con la cinta virgen.

—Ah, por cierto, si no es demasiada molestia, ¿cree que podrá escribir mi nombre correctamente la próxima vez? —preguntó con sarcasmo mientras señalaba el memorándum.

—¿Qué le pasa al nombre? —replicó el empleado cogiendo la cinta sin tan siquiera echarle un vistazo.

—Resulta que mi nombre es Zen, no Zeno.

—Zen no es un nombre italiano.

—Exacto, es veneciano. Pero puesto que solo tiene tres letras, había creído que incluso usted sería capaz de escribirlo bien. Y ya que estamos en ello, ¿qué demonios significa esto?

Señaló las palabras garabateadas sobre la línea de puntos del formulario.

—«... ya que lo necesita otro oficial» —leyó el empleado—. Tal vez necesite gafas.

Zen frunció el entrecejo sin hacer caso del comentario.

—¿Quién lo ha pedido?

El empleado esbozó una leve sonrisa, abrió un archivador y hojeó las tarjetas.

—Fabri, Vincenzo.

Incluso ahora, sentado en el taxi mientras contemplaba las calles desiertas de la ciudad dormitorio, Zen seguía sintiendo el pánico que habían provocado en él aquellas palabras. ¿Por qué habría solicitado Vincenzo Fabri, de entre todos los oficiales, la cinta del caso Burolo? No tenía nada que ver con el asunto, ninguna razón justificada para ver la cinta. Era muy mala suerte, por no decir otra cosa. No solo porque la sustitución de Zen saldría a relucir, sino porque también saldría a relucir en las oficinas de su encarnizado enemigo. Zen encendió un cigarrillo con ademán nervioso, sin hacer caso del cartelito colocado junto al salpicadero, en el que se le daba las gracias por no fumar. Le acometió una intensa sensación de intranquilidad al pensar que Vincenzo Fabri no podría haber encontrado una forma mejor de destrozar a su rival aunque se lo hubiera propuesto.

La primera parte de la tarde no había contribuido a mejorar el estado de ánimo de Zen. La cena siempre era el momento más duro del día. Por las mañanas podía escaparse al trabajo, y cuando llegaba a casa, la asistenta, Maria Grazia, suavizaba la situación con su presencia bulliciosa y locuaz. Más tarde, ya por la noche, la cosa mejoraba, ya que su madre apagaba las luces y se instalaba delante del televisor, cambiando de canal según se le antojaba, sumergiéndose en los distintos seriales como quien se detiene a charlar con los vecinos por unos instantes. Pero antes de ello tocaba la dura prueba de la cena.

Para colmo, aquel día su madre tenía un ataque de «sordera», es decir, era incapaz, o, al menos, eso pretendía, de oír nada hasta que se lo hubieran repetido tres o cuatro veces a un volumen cada vez más alto. Dado que su conversación se había reducido hacía ya tiempo a los mínimos denominadores comunes, Zen se vio obligado a vociferar comentarios tan banales que hubiera resultado embarazoso incluso murmurarlos.

Zen sintió un gran alivio al comprobar que en las noticias no se decía nada acerca del descubrimiento de un vídeo que mostraba todos los detalles de los asesinatos de villa Burolo. De hecho, por una vez no se hizo siquiera mención del caso. El centro de atención del boletín de aquella noche era el asesinato del juez Giulio Bertolini. Transmitieron una emocionante entrevista con la viuda de la víctima, en el curso de la cual ella denunció la protección insuficiente que le habían proporcionado a su esposo.

—¡Ni siquiera movieron un dedo cuando Giulio recibió amenazas! Solicitamos ayuda, rogamos, y...

—¿Su marido había recibido amenazas de muerte? —la interrumpió el periodista.

—No explícitamente —repuso la señora Bertolini con un gesto—. Pero observamos indicios ocultos, cosas extrañas. Por ejemplo, una vez alguien echó un sobre en nuestro buzón, y en su interior no había más que un montón de pequeñas bolas de metal, como caviar, pero duro. Y después a Giulio le robaron la cartera, y más tarde la encontramos en el salón, y todos los papeles y el dinero estaban esparcidos por el suelo. Pero cuando denunciemos estos incidentes, el fiscal nos dijo

que no había razón suficiente para proteger a mi marido. Y tan solo unos días más tarde fue asesinado, un hombre indefenso, traicionado por los que deberían...

Zen dirigió una mirada a su madre. Hasta entonces ninguno de los dos había mencionado el misterioso sonido metálico que la había asustado la noche anterior, y que él había atribuido a una rata escarbando en el rodapié. Esperaba que las palabras de la señora Bertolini no le hubieran dado pie a pensar en otra posible explicación del sonido, la misma que se le había ocurrido a él: que alguien hubiera estado intentando entraren el piso.

—¿No te gusta la sopa? —preguntó a su madre, que con gesto huraño removía las verduras y la pasta que había en su plato.

—¿Qué?

—¡LA SOPA! ¿NO TE LA VAS A COMER?

—Tiene nabos.

—¿Y qué tienen de malo los nabos?

—Los nabos son para el ganado, no para las personas —le informó su madre, cuya sordera había experimentado una notable mejoría.

—La última vez te los comiste.

—¿Qué?

Zen respiró hondo.

—¡APÁRTALOS Y CÓMETE LO DEMÁS! —vociferó repitiendo al pie de la letra la fórmula que ella había empleado antaño con él.

—No tengo hambre —replicó su madre, malhumorada.

—Eso no te impedirá comerte media caja de bombones mientras miras la tele.

—¿Qué?

—¡NADA!

Zen apartó su plato y encendió un cigarrillo. En la pantalla del televisor, la señora Bertolini seguía lanzando sus acusaciones confusas e insípidas. Aunque, como era lógico, Zen lo sentía por ella, de pronto le acometió un sentimiento de rabia. Se había vuelto demasiado fácil culpar a las autoridades de todo lo que sucedía. Tras la muerte en accidente de unos motoristas, ya salían los familiares por televisión diciendo que no habían muerto porque conducían a doscientos por hora en el carril contrario de una autopista, sino a causa de la negligencia criminal de la policía, que no ofrecía una respuesta adecuada a las necesidades de las personas que ejercían su derecho a conducir como psicópatas.

A la siete menos un minuto, Zen se dirigió por el pasillo hacia el teléfono y marcó el número que le había dado Tania. Contestó una mujer.

—¿Diga?

—Buenas tardes. Tengo un recado para la señora Biacis.

—¿Quién es?

La voz de la mujer era seca y escueta, como si tuviera que pagar por cada palabra y no le hiciera ninguna gracia hacerlo.

—El Ministerio del Interior.

Se escucharon unos chillidos ahogados a través del auricular, que la mujer había cubierto con la mano para hablar con otra persona.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina con brusquedad.

—Llamo desde el Ministerio —recitó Zen—. Tengo un recado para la señora Biacis.

—Soy su marido. ¿Qué es lo que pasa?

—Sin duda habrá oído la noticia del reciente atentado terrorista, señor Biacis...

—Bevilacqua, Mauro Bevilacqua —interrumpió el hombre.

Zen apuntó el nombre en el cuadernillo colocado junto al teléfono. Era evidente que al igual que muchas mujeres italianas casadas, Tania Biacis había conservado su nombre de soltera.

—Como consecuencia, todo el personal del Ministerio está en alerta. Su mujer tiene que trabajar medio turno esta noche.

El hombre gruñó enojado.

—¡Es la primera vez que pasa algo así!

—No, al contrario, pasa continuamente.

—¡Me refiero a que nunca han llamado a mi mujer para algo así!

—Entonces es que ha tenido mucha suerte —repuso Zen en tono sentencioso y colgó.

Eso era todo lo que tenía que hacer, pensó Zen mientras estaba sentado en el taxi y esperaba que regresara el taxista. No le había pedido nada más y él no tenía derecho a hacer nada más. Pero en lugar de volver al salón y hacer compañía a su madre, levantó de nuevo el auricular y llamó a un taxi.

La dirección que figuraba en la guía telefónica bajo el nombre «Mauro Bevilacqua» no figuraba en el plano de Roma que tenía Zen. El taxista tampoco sabía dónde estaba, pero después de preguntar a la central averiguó que se encontraba en uno de los nuevos barrios construidos en la zona este de la ciudad, detrás del Grande Raccordo Anulare.

Tal vez las instrucciones de la central no eran correctas, o tal vez el taxista las hubiera olvidado, pero lo cierto es que tuvieron que realizar una buena excursión por calles sin asfaltar que pronto se convirtieron en caminos de carros llenos de baches, escalones y tuberías cubiertas de cemento que asomaban en la superficie destrozada. Hasta hacía poco tiempo, toda aquella zona había sido terreno de pastos sin vallar, donde las ovejas pacían rodeadas de los acueductos y las torres bajas y circulares que habían dado sus nombres a los nuevos barrios, los cuales habían comenzado a surgir cuando la capital inició su patológico proceso de desarrollo de la posguerra. Las calles habían sido construidas poco a poco, a medida que crecía la zona y se extendían por todas partes sin objetivo alguno y a menudo terminaban en callejones sin salida que obligaban a los conductores a tomar desvíos largos y confusos. En este barrio quedaba reflejado a las claras el desarrollo abusivo de los años sesenta. Se

trataba de un barrio de chabolas sembrado de conejeras prehistóricas, ocupadas por inmigrantes del sur y rodeadas de un pequeño terreno vallado en el que comían gallinas y burros entre retretes viejos y montones de jergones destrozados. A continuación se veía un sector más antiguo, lleno de villas que pertenecían a los más acomodados, rodeadas de pinos y perros guardianes. Más allá se abría una enorme extensión de asfalto iluminada por gigantescos focos que se sostenían por postes de acero. Allí se había instalado un grupo de gitanos en caravanas protegidas por toldos de plástico. Detrás de esta extensión había unos campos de pastos, y a continuación empezaban los bloques de catorce pisos, contruidos a intervalos tan regulares que parecían las piezas de un tablero de ajedrez para gigantes sobre una tierra que había sido invadida y torturada hasta morir. Después se habían construido los bloques de pisos a los que se accedía por escaleras exteriores, en uno de los cuales habían formado su hogar Mauro Bevilacqua y Tania Biacis.

Zen se reclinó en el asiento mientras se preguntaba por qué demonios habría ido allí. En cuanto regresara el taxista volvería a casa. Sin duda, Tania ya se habría marchado hacía tiempo, mientras el taxi estaba atrapado en la jungla urbana del centro. Al fin y al cabo, no había sido su intención seguirla. Si consideraba el comentario que había hecho acerca de su marido aquella mañana y el hecho de que hubiera pedido a Zen que la llamara con un falso pretexto para salir de casa, no resultaba difícil imaginar a dónde se dirigía. Y lo último que deseaba era comprobarlo. Había aceptado que Tania estuviera casada feliz e inexorablemente. Ahora no tenía ganas de aceptar que, por el contrario, tuviera una aventura con alguien, pero no con él.

En una de las ventanas del edificio apareció una silueta. Zen intentó imaginarse el panorama que se veía desde aquella ventana: la calle desierta, el coche aparcado. Le recordaba la noche anterior, y de pronto comprendió lo que le había resultado tan extraño al ver el coche rojo. Al igual que el taxi, el coche rojo había estado aparcado a unos cincuenta metros de la casa y en el lado opuesto de la calle, es decir, en la clásica posición de vigilancia. Pero no tuvo tiempo de seguir el hilo de sus pensamientos, ya que en aquel mismo instante una mujer apareció en uno de los tramos de escaleras del edificio.

Empezó a caminar en dirección al taxi, se detuvo de repente y volvió rápidamente sobre sus pasos. En aquel momento, como si hubiera estado esperando su entrada, el taxista salió del bar, y, a continuación, un hombre moreno y vestido con una camiseta sin mangas corrió hacia el aparcamiento del edificio mientras lanzaba miradas furibundas en torno suyo. La mujer se desvió hacia la izquierda, en dirección al bar, pero el hombre no tuvo ninguna dificultad en cerrarle el paso. Empezaron a forcejear. El hombre la agarró por los brazos e intentó empujarla hacia la entrada del edificio.

Zen salió del coche y se dirigió hacia ellos mientras sacaba su placa de identificación.

—¡Policía!

La pareja, enzarzada en su desmañado forcejeo, no advirtió su presencia. Zen agarró al individuo por el hombro y lo zarandeó.

—¡Suéltela!

El hombre giró en redondo e intentó asestar un puñetazo a Zen, pero este lo esquivó sin problemas, agarró al hombre por el cuello para hacerle perder el equilibrio y lo empujó de manera que retrocedió dando traspiés y acabó cayendo al suelo cuan largo era.

—Muy bien, ¿de qué prefiere que le acuse? —preguntó—. ¿Asalto a un policía...?

—¡Usted fue el que me asaltó! —gritó el hombre indignado mientras se incorporaba.

—... ¿O por molestar a esta señora? —prosiguió Zen.

El hombre profirió una risa grosera. Era bajo y enclenque y tenía un aire fanfarrón que parecía emanar de su bigotillo cuidadosamente recortado.

—¿Señora? ¿Qué es eso de señora? ¡Es mi mujer! ¿Lo capta? ¡Esto es un asunto familiar!

Zen se volvió hacia Tania Biacis, que le miraba con muda admiración.

—¿Qué ha ocurrido?

—Estaba abandonando su casa, sus deberes —exclamó su marido con los brazos extendidos como si pronunciara un discurso ante un público invisible.

—Yo... el taxi... creía que estaba libre —farfulló Tania.

Era obvio que la aparición de Zen la había desconcertado por completo.

—Quería cogerlo, pero entonces vi que había alguien dentro, así que decidí ir al bar para pedir uno por teléfono.

Mauro lanzó una mirada furiosa a Zen.

—¿Y se puede saber qué hace rondando por aquí? Esto es peor que Rusia, con policías en cada esquina.

—Resulta que hay un alarma por el atentado terrorista —repuso Zen con frialdad.

Tania se volvió triunfante hacia su marido.

—¡Ya te lo dije!

Tras recuperar la presencia de ánimo se volvió de nuevo hacia Zen.

—Trabajo en el Ministerio del Interior. Me llamaron para hacer un turno extraordinario esta noche, pero mi marido no se lo creía. No quería dejarme el coche. Me dijo que estaba mintiendo, que todo era una excusa para salir de casa.

Zen sacudió la cabeza con ademán asqueado.

—¡Vaya, vaya! Su mujer, señor, es un miembro clave de un equipo que está dando lo mejor de sí, día y noche, para defender este país contra una banda de peligrosos anarquistas, ¡y lo único que se le ocurre es difamarla con acusaciones absurdas y escandalosas! Debería darle vergüenza.

—¿Y a usted quién le ha dado vela en este entierro? —masculló Bevilacqua.

—Si decido coger una vela —le advirtió Zen— puede usted ir a parar a prisión

por asalto —se detuvo un momento para dejar que sus palabras calaran hondo—. Pero por suerte para usted tengo cosas más importantes que hacer. Igual que su mujer. No obstante, para que se tranquilice, la acompañaré personalmente hasta el ministerio. ¿Está satisfecho? ¿O tal vez preferiría que reuniera una escolta armada para asegurarse de que llega sana y salva hasta su lugar de trabajo?

Mauro Bevilacqua se puso a agitar los brazos de arriba a abajo como un pájaro impedido que intentara levantar el vuelo.

—¿Sabe lo que preferiría? ¿Lo sabe? ¡Preferiría que empezara a comportarse como una esposa en lugar de andar por ahí sola a estas horas de la noche!

Se volvió bruscamente hacia Tania.

—¡En primer lugar, nunca deberías haber aceptado ese trabajo! Nunca me gustó la idea.

—Si sacaras un sueldo decente de ese banco asqueroso no tendría que trabajar.

Mauro Bevilacqua la miró con odio en los ojos.

—¡Hablaremos de eso cuando vuelvas a casa! —escupió mientras se alejaba.

Zen empujó a Tania al interior del taxi y después se sentó en el asiento delantero, junto al conductor.

—¿Qué diablos estabas haciendo aquí? —inquirió Tania después de unos instantes de silencio.

Zen no respondió. Ahora que había terminado su pequeña farsa, le había abandonado toda su seguridad. Se sentía incómodo.

—No estarías vigilando a alguien, ¿verdad? —explotó ella.

Por lo general, Zen no tenía dificultades en inventar excusas para ocultar sus verdaderos motivos, pero en aquella ocasión no sabía cómo salir del embrollo. No podía decirle la verdad, pero tampoco quería mentirle.

—No oficialmente.

Se volvió a mirarla. Cada vez que pasaban por una farola, la luz se movía de un modo regular revelando los contornos de su rostro y de su cuerpo.

—Has estado muy convincente —comentó Tania.

Zen se encogió de hombros.

—Cuando le cuentas a alguien un montón de mentiras no valen medias tintas.

Con ayuda de las indicaciones de Tania alcanzaron rápidamente la Via Casilina, y muy pronto la ciudad había vuelto a cerrarse en torno a ellos. Zen se sentía como si acabara de regresar de un viaje por el espacio exterior.

—¿Cómo soportas vivir en un lugar como ese? —preguntó.

Mientras pronunciaba estas palabras, se dio cuenta de que eran muy groseras. Pero Tania no pareció ofenderse.

—Me lo pregunto cada mañana cuando salgo de casa y cada noche cuando vuelvo. La respuesta es muy sencilla: dinero.

Siempre podrías reducir gastos en tu vida social, pensó Zen con amargura, renunciar a las cenas elegantes, al abono de temporada de la ópera, a los fines de

semana esquiando y haciendo submarinismo. Se dio cuenta de que se le estaba pasando muy deprisa el enamoramiento. Pero no dijo nada. Mauro Bevilacqua tenía razón; no era de su incumbencia.

—Bueno, ¿dónde vamos? —preguntó el taxista cuando se aproximaban a Porta Maggiore.

Zen permaneció en silencio. Quería que fuera Tania quien tomara la decisión, y quería que tuviera todo el tiempo del mundo para hacerlo. Aunque había ayudado a encubrir la infidelidad de Tania, la verdad es que le molestaba un poco su comportamiento, como a Mauro Bevilacqua. Pero era evidente que él no se lo podía hacer notar. También era consciente de que la chica tendría que inventar otra excusa para él, porque la que había empleado con su marido ya no servía. Y Zen quería que fuera una buena excusa, convincente, algo que no hiriera sus sentimientos. Él había hecho el trabajo sucio que ella le había pedido. Pues bien, quería ver cómo lo utilizaba para borrar las huellas.

—¡Oigan, señores! —exclamó el taxista—. Solo necesito algún tipo de señal, nada más. Este coche no es una mula, saben. No anda solo. Hay que manejar el volante. Bueno, ¿dónde vamos?

Tania soltó una risita nerviosa.

—Para serte sincera, solo quería ir al cine.

En fin, era mejor que decir a bocajarro que iba a encontrarse con su amante, pensó Zen. Pero no mucho mejor si se tenía en cuenta que llevaba meses exponiéndole sus opiniones acerca de todas las películas que se estrenaban y contando a todo el mundo que ella y su marido iban al cine con la misma frecuencia con que otros encienden el televisor.

Aquella mentira tan directa, tan evidente era un terrible insulto. No era de extrañar que pareciera tan avergonzada. Al fin y al cabo, no podía esperar que la creyera, ni por un instante. Tenía que haberlo hecho a propósito, para arrancarle la verdad a su admirador fiel, estúpido y entontecido. Pues bien, ¡lo había conseguido! ¡Por fin lo comprendía todo!

—¿Has pensado en alguna película en concreto? —preguntó en tono sarcástico.

—Ninguna en especial.

Hablaba con cierto desprecio, no cabía duda que se había impacientado porque creía que Zen no había captado la cuestión. Pero él se apresuró a sacarla de su error.

—Via Nazionale —indicó al taxista y volviéndose hacia Tania agregó—. Estoy seguro de que allí encontrarás lo que buscas, sea lo que sea.

Cuando sus miradas se cruzaron, Zen tuvo la desagradable sensación de que había entendido algo mal. Pero ¿cómo era posible eso? ¿Qué otra explicación cabía?

—Pare, por favor —ordenó Tania al taxista.

—Todavía no hemos llegado.

—¡No importa! Pare.

El taxi giró y al hacerlo obstruyó dos carriles, provocando un alud de bocinazos

de los coches que lo seguían. Tania entregó al taxista un billete de diez mil liras.

—Dedúzcalo de lo que le debe este señor.

Salió del coche, cerró de un portazo y se alejó.

—Bueno, ¿a dónde vamos ahora?

—Al lugar al que me fue a buscar —repuso Zen.

Bajaron por la Via Nazionale y atravesaron la Piazza Venezia. El taxista señaló con el pulgar el monumento a Vittorio Emanuele.

—¿Sabe qué oí el otro día? Llevaba a un concejal del ayuntamiento y pasamos por aquí. ¿Sabe lo del Soldado Desconocido que enterraron aquí? Pues el concejal me contó que hace un par de años hicieron unos trabajos de mantenimiento y tuvieron que exhumar el cadáver. ¿Y sabe qué encontraron? Al pobre desgraciado le habían pegado un tiro por la espalda. Tenía que ser un desertor, que se escapó durante la batalla y lo mató la policía militar. ¿No es el colmo? El maldito monumento al valor militar, con los dos centinelas de guardia todo el santo día, ¡y resulta que el pobre cabrón que estaba enterrado ahí era un desertor! Da qué pensar, ¿eh?

Zen contestó que, en efecto, estas cosas daban qué pensar, pero, en realidad, su mente estaba en otro lugar. Ante sus ojos desfilaba la historia de sus relaciones con las mujeres, como si se tratara de la vida de un hombre a punto de ahogarse. Y, de hecho, Zen se sentía como si estuviera ahogándose en una piscina de indiferencia y gélida inercia. El fracaso de su matrimonio no contaba: Luisella y él se habían casado demasiado jóvenes y por motivos equivocados. Era una historia de lo más corriente. Pero lo terrible era lo que había sucedido después de su matrimonio, o, mejor dicho, lo que no había sucedido. Zen era completa y dolorosamente consciente de que no había conseguido establecer un solo lazo sentimental duradero que ocupara el lugar de su matrimonio.

El último golpe había sido la partida de Ellen, la divorciada americana que había estado viendo de vez en cuando durante más de tres años. Su modo de marcharse le había dolido más que el hecho en sí. Ellen había dejado claro que Zen le había fallado en todos y cada uno de los aspectos de su relación, y una vez hubo superado el enojo por sentirse rechazado, le había resultado muy difícil negar la verdad de las palabras de ella. Había tenido la oportunidad al alcance de la mano, pero había dudado, vacilado, había hecho tonterías, utilizando a su madre como pretexto, hasta que las cosas habían llegado a un punto crítico. Después había llegado el típico demasiado, el demasiado tarde, cuando Zen había farfullado sin pensar una oferta de matrimonio que a ella le debió parecer el colmo de los insultos. No era el matrimonio lo que Ellen le exigía, sino un compromiso hacia ella. Y Zen había sido incapaz de comprometerse de corazón.

Por supuesto, aquello no era de extrañar a su edad. Con cada año que transcurría disminuía el número de cosas que le importaban de verdad, y Zen se convenció a sí mismo de que su fracaso con Ellen no era más que un indicio de que el amor empezaba a ser antes una fuente de problemas que de alegrías. ¿Por qué, si no, habría

dejado escapar semejante oportunidad? ¿Y por qué jamás había encontrado tiempo para contestar las postales y las cartas que Ellen le enviaba desde Nueva York? Todo aquel asunto no había sido más que el fracaso de un hombre de mediana edad, que era incapaz de aceptar que el amor también era algo a lo que debía aprender a renunciar con elegancia.

Cuando Zen había logrado por fin poner en orden todos sus sentimientos, Tania Biacis entró en su vida. En el primer día de trabajo de Zen en el Ministerio, Tania se presentó como una de las empleadas administrativas y empezó a explicarle todos los intríngulis burocráticos del departamento. Zen asentía, sonreía, lanzaba algún gruñido e incluso se las arregló para formular un par de preguntas importantes, pero lo cierto era que llevaba el piloto automático, y que toda su sabiduría de segunda mano se había desvanecido por la presencia viva de aquella mujer, a quien, para su regocijo y desesperación, deseaba de aquel modo tan familiar, tan puro, doloroso e inútil.

Al contrario que el matrimonio genovés, aparecido en los periódicos de aquella mañana, Tania y él no corrían ningún peligro de que un marido enfurecido hiciera de ellos una barbacoa, porque Mauro Bevilacqua no tenía absolutamente ningún motivo para estar celoso, al menos, por lo que se refería a Zen. Era cierto que Tania y él habían llegado a ser amigos, pero la amistad era el mejor modo de evitar la pasión. Las largas charlas casuales que antes parecían tan prometedores ahora deprimían a Zen sobremanera. Era como si Tania le tratara como a una amiga, como si para ella él careciera por completo de sexo, y por tanto pudiera contarle cualquier cosa sin correr el riesgo de comprometerse.

Algunas veces Tania adoptaba un tono más personal, en especial cuando hablaba de su padre, que había sido el maestro del pueblo, un idealista muy poco práctico que huía a las montañas a la menor oportunidad. El nombre de Tania no era un diminutivo de Stefania, como había creído Zen, sino de Tatania. Su padre la había bautizado así en honor a la cuñada de Gramsci, que había permanecido junto al pensador comunista durante los once años que estuvo en prisión, condenado por los fascistas. Pero del grado de intimidad que procuraban estas confidencias, Tania nunca había dado a Zen la menor señal de que se interesara por él, y Zen, por su parte, había tenido buen cuidado de no revelar sus sentimientos. Le obsesionaba pensar en la reacción de Tania si se enteraba de la verdad. A juzgar por lo que siempre decía, ella y su marido llevaban una vida rica, plena y llena de emociones. ¿Qué podría ofrecerle Zen que ella necesitase o desease?

Por todo ello, había sido un duro golpe descubrir que, al parecer, Tania deseaba o necesitaba cosas que no podía obtener en su matrimonio. Y no solo no se había vuelto hacia Zen en busca de esas cosas, sino que lo había tratado como a alguien a quien se puede utilizar y después mentir.

Aquella traición le causaba un dolor tal que activó un mecanismo creado hacía mucho tiempo, en la nebulosa de la infancia de Zen, cuando su padre desapareció en una anónima tumba rusa. La pérdida aún dolía como una vieja fractura en un día de

lluvia, pero en el momento en que sucedió era totalmente insoportable. A fin de sobrevivir, Zen se había refugiado en el presente, había negado la realidad del pasado, y se había limitado al aquí y ahora. La traición de Tania desencadenó la misma reacción y los resultados fueron tan buenos que cuando llegaron a su casa y el taxista le dijo cuánto le debía, Zen creyó que estaba intentando engañarlo.

—¿129 000 liras por un viaje tan corto por la ciudad?

—¿De qué coño está hablando? —replicó el taxista—. ¡Dos horas y cuarto! ¡Podría haber hecho el triple de dinero con carreras cortas en vez de congelarme en ese barrio de mierda!

Zen contó lentamente los billetes. En fin, era el último servicio de vigilancia de tres al cuarto que hacía, se juró mientras el taxi se alejaba y pasaba junto a un turismo rojo aparcado al otro lado de la calle, a unos cincuenta metros de distancia.

Las únicas personas que se veían en la calle eran dos ancianos que caminaban por la acera opuesta a paso de tortuga. Zen atravesó la calle en dirección al coche; era un Alfa Romeo con matrícula de Roma. En la carrocería se veían algunas rascadas y abolladuras profundas, y faltaba uno de los tapacubos, a pesar de que el coche era bastante nuevo. Zen echó un vistazo al interior por el cristal sucio. Sobre uno de los asientos tapizados en cuero, que parecía recién estrenado, había un paquete de Marlboro. El suelo estaba cubierto de colillas y quemaduras de cigarrillo. En la bandejita de la palanca de cambios vio la funda de una cinta de Adriano Celentano; la cinta estaba insertada en el radiocasete.

Zen se incorporó al oír ruido de pasos. Pero tan solo se trataba del matrimonio anciano. Pasaron junto a él arrastrando los pies. El hombre caminaba unos pasos por delante de su mujer. No se miraban, aunque mantenían una especie de conversación inconexa.

—Entonces podemos...

—Exacto.

—O no, ¿quién sabe?

—Bueno, en fin...

Zen apuntó el número de la matrícula del coche y se dirigió a su casa. Giuseppe no trabajaba a aquellas horas, de modo que la entrada principal estaba cerrada con llave. El ascensor estaba en uno de los pisos superiores, por lo que Zen pulsó el botón de la luz y empezó a subir de dos en dos los escalones de mármol. Desde arriba llegó a sus oídos un ruido sordo seguido de un quejido que indicaba que el ascensor estaba bajando. Al cabo de unos instantes el cubículo iluminado pasó junto a él mostrando la silueta de su único ocupante a través del cristal traslúcido.

Zen estaba sin aliento al llegar al cuarto piso. Se detuvo un instante para recobrar antes de abrir la puerta de su casa. De la lejanía llegó un chasquido cuando el ascensor se detuvo en la planta baja. De repente, el rellano se sumió en la oscuridad al apagarse la luz automática. Zen se dirigió a tientas hacia la puerta del piso, la abrió y encendió la lámpara del recibidor. Al cerrar se dio cuenta de que había

un sobre en el aparador, lo tomó y echó a andar por el pasillo, junto a las lúgubres vitrinas, las cómodas talladas y las mesas para las que jamás se había presentado la ocasión apropiada. Mientras se acercaba al salón oyó el sonido de voces en plena discusión.

—¡... nunca, ni en cien años, ni siquiera en mil, permitiré que te cases con este hombre!

—¡Pero, padre, amo a Alfonso más que a nada en el mundo!

—¡No oses pronunciar otra vez su nombre maldito! Mañana partirás hacia el convento, para hacer votos más sagrados y más comprometidos que los que intentas utilizar para deshonar nuestra casa.

—¡El convento no! ¡No, padre, por favor! ¡No me condenes a morir en vida, querido padre...!

Zen empujó la puerta acristalada, y a la luz parpadeante del televisor vio a su madre dormida en el sillón. Atravesó la oscura habitación y bajó el volumen del aparato al mínimo, con lo cual las voces enmudecieron, pero las figuras de la pantalla seguían realizando sus trágicos movimientos. A continuación se dirigió hacia la ventana, abrió las contraventanas y miró por entre las tablillas de la persiana. El coche rojo había desaparecido.

Puso el sobre contra la luz que emanaba del televisor. Parecía estar vacío, aunque era sorprendentemente pesado. Su nombre estaba escrito en letras de imprenta y no se veía dirección ni sello algunos. Se preguntó cómo habría llegado al aparador. Por lo general, el cartero dejaba la correspondencia en el buzón de la entrada principal o se la entregaba a Giuseppe. Si se trataba de un mensaje entregado en mano, entonces Maria Grazia lo llevaba al salón.

Rasgó el sobre. Todavía daba la impresión de estar vacío, pero algo en el interior produjo de pronto un sonido parecido a un arañazo. Zen rasgó a toda prisa las paredes de papel del sobre y entonces, en el rincón más alejado del interior del sobre, vio un montón de bolitas de metal. Zen las recogió en la palma de la mano. A la luz intermitente que procedía del televisor, podían ser casi cualquier cosa: medicamentos, semillas, incluso adornos para un pastel. Pero Zen sabía que no se trataba de nada parecido.

Eran perdigones.

Las noches constituían un alivio. De noche me movía con libertad, sentía que las fuerzas volvían a mí. Los demás jamás se aventuran a salir tras la caída de la noche. El mundo, disuelto en la oscuridad, ya no es su mundo. Se quedan en casa, cierran las puertas y miran figuras en movimiento hechas de luz.

Tienen miedo a la oscuridad. Y con razón.

Más allá de sus puertas cerradas y sus persianas bajadas yo volvía a ser la persona de siempre, moviéndome sin esfuerzo de un lugar a otro, apareciendo y desapareciendo a voluntad, rindiéndome a la oscuridad como al abrazo de un amante secreto. Hasta que volvía a hacerse la luz, los presos volvían a agitarse y la cárcel despertaba al nuevo día.

No fue difícil encontrar el lugar. Siempre había ido y venido a placer. Nunca lo comprendieron. Jamás trataron de comprenderlo. Nadie me preguntaba nada. Me decían cosas. Me decían que mi encarcelamiento, como ellos lo llamaban, había sido un accidente, un error. «¡Cuánto debe haber sufrido!», dijeron. Había perdido mi hogar, mi familia, pero ellos aún no estaban satisfechos. Querían que también yo me perdiera. ¿Qué soy si no lo que la oscuridad hizo de mí? Si fue un error, un accidente, entonces eso es lo que soy.

A veces venía el sacerdote. También él tenía cosas que decirme, sobre un padre que amaba, un hijo torturado, una madre virgen. No como mi familia, pensé, con un padre que llegaba a casa borracho y se tiraba a su mujer hasta que esta gritaba, y volvió a gritar cuando nació el hijo. Un cabrón engreído, arrogante y egoísta, pavoneándose como si fuera el amo del lugar, y solo por esa cosa que pendía entre sus piernas, que no era más grande que mi dedo meñique. Pero mantenía la boca cerrada. No creía que al sacerdote le gustara mucho que le hablara de ellos.

¿Y dónde estaba yo cuando la familia estaba junta? El espíritu santo, supongo. El espíritu impío.

JUEVES, 07:55-13:20

AQUELLA mañana, la conversación versaba únicamente sobre la redada que la policía y los Carabinieri habían hecho para detener a simpatizantes de izquierdas en Milán, Turín y Génova.

—¡Ya era hora! —comentó el dentista.

Pero uno de los trabajadores de los talleres del sótano se mostró en desacuerdo.

—Los verdaderos terroristas no tienen nada que ver con estos *sinistrini*. Solo es una maniobra de los polis para causar buena impresión. Dentro de una semana estarán otra vez todos en la calle, y tendremos que empezar desde cero.

Ernesto, el camarero, y el dentista se volvieron hacia Zen, que no soltaba prenda. No permanecía en silencio porque estuviera haciendo alarde de reserva profesional ni porque desaprobaba el tono cínico del trabajador, sino porque no estaba prestando ninguna atención a la conversación. Tenía otras cosas en que pensar, problemas tan acuciantes que no podía permitirse el lujo de discutir los de los demás, problemas mucho más inmediatos.

La noche anterior se había quedado levantado hasta altas horas de la madrugada, intentando encontrar el eslabón que faltaba para unir los sucesos acaecidos en los últimos días. No había llegado a ninguna conclusión y, de hecho, dudaba que pudiera llegar a alguna. Sabía que no debía caer en la tentación de encajar las piezas una a una en un sencillo rompecabezas. Bien podía ser que existieran dos o más rompecabezas.

Una cosa era cierta. En algún momento de las tres horas en las que no había estado en casa, alguien había entrado en su piso y había dejado un sobre lleno de perdigones sobre el aparador del recibidor. Zen había cerrado la puerta con llave y cuando volvía seguía cerrada. Había hecho unas cuantas preguntas sutiles a su madre para no asustarla, y así había comprobado que no había dejado entrar a nadie. Aparte de ellos dos, la única que tenía llave del piso era Maria Grazia. Antes de marcharse al trabajo, Zen la había interrogado sin éxito. Guardaba la llave en su bolso, y no lo había perdido ni se lo habían robado. Todos los miembros de la familia de Maria Grazia eran católicos devotos, de aquellos a los que remuerde la conciencia si se quedan una moneda de cien liras que acaban de encontrar tirada en la calle. Era absurdo pensar que alguno de ellos pudiera haber aceptado un soborno a cambio de entregar la llave a una tercera persona. Zen también interrogó a Giuseppe sobre el asunto, ya que el portero tenía copias de las llaves de todos los pisos. Pero el hombre también negó categóricamente haber dado la llave a alguien y, de todas formas, teniendo en cuenta el fanatismo con el que cumplía con sus obligaciones, era muy improbable que el intruso hubiera entrado en el edificio con su consentimiento.

Así pues, tan solo quedaba el arañazo metálico que la madre de Zen había oído la

noche anterior. Según ella, el sonido procedía del otro lado de la habitación, es decir, del lugar en el que se encontraba el armario. A buen seguro, el sonido había sido producido por alguien que intentaba forzar la cerradura de la salida de incendios y que se había dado cuenta de que estaba bloqueada por el ropero colocado al otro lado. En vista del fracaso, el intruso había aprovechado la ausencia de Zen para intentar una operación más arriesgada: forzar la cerradura de la puerta principal del piso.

Lo más desconcertante del incidente era lo que no había sucedido. El intruso no había robado ni desordenado nada; el sobre era la única huella que había dejado de su presencia. Había venido a dejar un mensaje, y tal vez el detalle más importante era que no había hecho nada más. Era una demostración de poder, de arrogante seguridad en sí mismo, que a Zen le recordó al asesino de Villa Burolo. «Puedo ir y venir como me plazca», rezaba el mensaje. «Esta vez he decidido no dejar más que un mensaje. La próxima vez... ya veremos».

Con la firme decisión de que no habría una próxima vez, Zen había hecho jurar a Maria Grazia por santa Rita de Casia, cuya imagen siempre llevaba consigo como un amuleto de la buena suerte, que echaría la cadena de la puerta cuando él se marchara y que no se iría hasta que volviera del trabajo.

—¿Y qué pasa con la compra? —protestó ella.

—Traeré algo de la *tavola calda* —repuso Zen impaciente—. ¡Eso no importa ahora!

Acobardada por la inusual brusquedad de su jefe. Maria Grazia le recordó tímidamente que tendría que marcharse a las seis a más tardar, ya que tenía que atender los quehaceres de su propia casa.

—Para entonces ya estaré de vuelta —replicó Zen—. Pero no deje el piso solo, bajo ningún concepto. ¿Entendido? No quite la cadena de la puerta y no abra a nadie salvo a mí.

Cuando llegó a la oficina, Zen llamó a la Jefatura de tráfico para averiguar detalles del Alfa Romeo rojo que había visto en la calle la noche anterior. Era un disparo al azar, pero el coche tenía algo que despertaba sus sospechas, aunque no sabía exactamente de qué se trataba.

La información que obtuvo era bastante descorazonadora. El propietario del vehículo era un tal Riño Attilio Lusetti, con domicilio en el elegante barrio de Parioli, situado al norte de Villa Borghese. En la Questura le dijeron que Lusetti no tenía antecedentes penales. Zen se daba cuenta de que aquello era un disparo a ciegas, pero puesto que no tenía nada mejor que hacer se puso a buscar el número de teléfono de Lusetti en la guía y llamó a su casa. Una áspera voz femenina le informó de que el doctor Lusetti estaba en la universidad. Después de unas cuantas llamadas infructuosas por varios departamentos de la institución, Zen acabó por averiguar que el propietario del coche que había estado aparcado cerca de su casa las dos últimas noches era profesor de Filología en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Roma.

Giorgio De Angelis entró en el cubículo de Zen cuando este hacía la última llamada.

—¿Problemas? —inquirió cuando Zen colgó.

—Un asunto personal —repuso Zen con un encogimiento de hombros—. Alguien se dedica a aparcar constantemente delante de mi puerta.

—Dale una buena capa de barniz en el parabrisas —aconsejó De Angelis—. Lo mejor es el poliuretano. Resiste las inclemencias del tiempo, es duradero y opaco. Es una verdadera putada tener que sacarlo.

Zen asintió.

—Por cierto, ¿qué le has contado a Romizi sobre un tren que describe círculos?

De Angelis soltó una carcajada estridente, echando la cabeza hacia atrás y mostrando los dientes.

—¡Maldito Romizi! ¡Se lo cree todo! ¿Sabes que le encanta la pasta de anchoas? Pero como es un maldito tacaño, no para de quejarse todo el día de lo cara que es. Bueno, pues un día le dije: «Oye, ¿quieres aprender a hacerla tú mismo? Bueno, pues coges un gato, le das de comer anchoas y aceite de oliva y lo que sale por el otro lado es pasta de anchoas».

—Pero no me dirás que se lo creyó.

—No lo sé. Pero no me extrañaría que lo intentara. Me encantaría verlo. ¡Daría cualquier cosa por verle untar una rebanada con mierda de gato!

Al tiempo que De Angelis lanzaba una nueva carcajada, un movimiento cercano atrajo la atención de Zen. Al volverse vio que Vincenzo Fabri los miraba por entre las juntas del biombo. Llevaba un jersey de color amarillo canario, corbata azul celeste, chaqueta informal de color marrón, pantalones bombachos y zapatos sólidos confeccionados a mano. La ropa informal cara era la etiqueta de marca de Fabri. Su atuendo casaba con sus gestos lentos y calmados y con su voz profunda y melodiosa. «Estoy tan relajado, tan tranquilo», decía su aspecto. «No soy más que un tipo perezoso que quiere vivir en paz».

En comparación con Zen, que todavía se ponía traje para ir a trabajar, se sentía como un *appatchik* ministerial pasado de moda, un adicto al trabajo, entregado y gris. Lo más irónico del asunto era que Vincenzo Fabri era el hombre más ambicioso con el que Zen se había cruzado a lo largo de toda su carrera. Su conversación estaba sembrada de referencias a clubes de campo, caballos, tenis, veleros y vacaciones en Brasil. Fabri quería todo aquello y mucho más aún. Quería mansiones, coches, yates, ropa y mujeres. Comparado con los Oscar Burolo de este mundo, Fabri no era más que un tipo de tercera, por supuesto. No estaba interesado en lo que verdaderamente importaba: poder, influencia, prestigio. Lo único que quería eran chucherías, adornos, juguetes y ajorcas. Pero lo deseaba con enorme intensidad. Zen, que a estas alturas no quería más que a Tania Biacis, no sabía si debía envidiarlo o despreciarlo por la voracidad infantil de sus deseos.

—¡Giorgio! —exclamó Fabri con suavidad con la mirada vuelta hacia

De Angelis.

Su rostro había adoptado una expresión de complicidad divertida, como si quisiera compartir un secreto con el único hombre del mundo que sería capaz de apreciarlo.

En aquel preciso instante sonó el teléfono del escritorio de Zen.

—¿Diga?

—Esto..., es decir..., ¿hablo con el, esto, doctor Aurelio Zen?

Fabri, que hasta entonces había ignorado la presencia de Zen, tenía ahora la vista clavada en él mientras murmuraba algo al oído de De Angelis.

—Yo mismo.

—Esto, bueno..., es decir..., llamo desde el Palazzo Sisti.

La voz se detuvo como para dejar que las palabras surtieran su efecto. Zen lanzó un gruñido poco comprometedor. Sabía que había oído hablar del Palazzo Sisti, pero no podía recordar en qué contexto.

—Hay cierto interés en contemplar la posibilidad de que pudiera ser factible arreglar...

Zen no escuchó el resto de la frase porque de repente Tania Biacis apareció junto a él diciendo algo que quedó ahogado por las misteriosas palabras de la persona que le llamaba. Zen cubrió el auricular con la mano.

—¿Cómo dices?

—Inmediatamente —insistió Tania con impaciencia, como si ya lo hubiera dicho demasiadas veces.

Tenía aspecto cansado y profundas ojeras.

—¿Estás bien? —inquirió Zen.

—¿Yo? ¿Y qué tengo yo que ver con esto?

Sus palabras restallaron como una bofetada. Desde el otro lado del teléfono, el hombre seguía parloteando como un programa radiofónico al que nadie presta atención.

—Así que arréglalo en seguida, ¿vale? —insistió Tania.

—Arreglar, ¿qué?

—¡Lo de la cinta de vídeo! Estaban muy enfadados. Les dije que los llamarías antes de una hora. No sé por qué me meten a mí en esto. ¡No tengo nada que ver!

Se alejó enojada, apartando de un empujón a De Angelis, que en aquel momento regresaba a su escritorio. Había perdido el buen humor, y su expresión era ahora seria y preocupada. Fabri había desaparecido.

Zen se acercó de nuevo el auricular al oído.

—Lo siento. Me han interrumpido —dijo a su interlocutor.

—Así pues, ¿quedamos según lo acordado? —preguntó la voz. No era más que una pregunta retórica.

—Bueno...

—Le espero allí dentro de veinte minutos.

El hombre colgó.

Zen consideró por un instante la posibilidad de llamar al Archivo, pero se dio cuenta de que carecía de sentido. Estaba claro qué había pasado. Fabri les había dicho que la cinta de los asesinatos de Villa Burolo estaba vacía y estaban intentando localizar lo antes posible a Zen para averiguar qué había sucedido con el original. Sin duda, aquella era la noticia que se había apresurado a dar a De Angelis.

Pero ¿cómo había descubierto Fabri tan rápidamente que era Zen quien había tomado prestada la cinta antes que él? Lo más probable era que se lo dijeran los del Archivo, a menos que...

A menos que el objetivo del carterista del autobús no fuera su cartera, sino la cinta. A Fabri no le resultaría difícil dar con un carterista que estuviera más que contento de poder hacer un favor a un hombre tan influyente. Una vez tuvo la cinta en su poder, Fabri la había solicitado en los Archivos tras asegurarse de que su pérdida comprometía oficialmente a Zen. Ahora, sin duda alguna, vendería el original al mejor postor, con lo cual amasaría una pequeña fortuna y al mismo tiempo provocaría un escándalo que podría desembocar incluso en el arresto y condena de su enemigo. Se trataba de una obra maestra de la falta de escrúpulos, una acción desaprensiva contra la que Zen no podía hacer absolutamente nada.

Mientras salía del Ministerio y cruzaba las barreras custodiadas por los centinelas armados, Zen se preguntaba si no estaría dando rienda suelta a su imaginación. A la cálida luz del sol todo aquel asunto parecía un poco traído por los pelos. Mientras esperaba el taxi que había pedido encendió un cigarrillo. Había decidido no ir en un coche oficial, ya que el hombre de la llamada no había especificado si se trataba de una visita oficial o no. De hecho, no había especificado casi nada, ni siquiera le había dicho su nombre. Lo único que Zen sabía a ciencia cierta era que la llamada procedía del Palazzo Sisti. Zen no sabía qué significaba todo aquello, pero era evidente que el taxista conocía la dirección, ya que encendió el taxímetro sin pedir más indicaciones.

Viajaron por el valle llano que se extendía entre las colinas de Viminale y Quirinale, dejaron atrás las frías avenidas de los barrios periféricos y atravesaron la Piazza Venezia en dirección a los angostos e intrincados intestinos del casco antiguo. Zen miraba por la ventana con expresión dispersa y la mente llena de preocupaciones. Aparte de la verdad acerca de la cinta de vídeo, se cernía sobre él otra amenaza. El modo en que había recibido el mensaje ya era de por sí preocupante, pero el contenido empeoraba las cosas. Según la señora Bertolini, su marido había «recibido amenazas» antes de su muerte. «Observamos indicios ocultos, cosas extrañas», había dicho. «Por ejemplo, una vez alguien echó un sobre en nuestro buzón, y en su interior no había más que un montón de pequeñas bolas de metal, como caviar, pero duro».

Sin duda era sintomático que él hubiera asociado las bolitas a los adornos de los pasteles y ella, al caviar. Pero lo que estaba claro es que, en ambos casos, las bolitas eran lo mismo. Y unos días después de recibir este «mensaje», el juez Giulio Bertolini había sido asesinado con el mismo tipo de bolas de metal, que le alcanzaron

con la velocidad que da una escopeta.

Zen no tenía intención de que su imaginación se desbocara hasta el extremo de creer que existía alguna relación directa entre ambos incidentes. Al contrario, sospechaba que otra persona, probablemente Vincenzo Fabri, intentaba asustarlo, desequilibrarle hasta que fuera incapaz de pensar con claridad y percatarse de la verdadera amenaza que se cernía sobre él. Sin duda, el carterista de Fabri había intentado entrar en su casa para robar la cinta. Al ver que la salida de emergencia estaba bloqueada, había acechado a Zen en la parada del autobús y le había robado el vídeo. Después Fabri había oído en las noticias las palabras de la viuda del juez, y, con su habitual oportunismo, había visto el modo de garantizar el éxito de su plan, ya que con su broma pesada Zen estaría muy ocupado haciendo cábalas y se preocuparía por falsas alarmas.

El taxi rodó lentamente por las callejuelas de la zona norte del Tíber hasta llegar a una pequeña plaza. Según los criterios de su tiempo, el Palazzo Sisti era una edificación de dimensiones modestas, pero compensaba esta carencia con una riqueza arquitectónica notable. La familia Sisti conocía el lugar que le correspondía en la complicada jerarquía de la sociedad romana del siglo XVI, pero había querido demostrar que, a pesar de ello, su buen gusto y distinción podían competir sin merma con los de las familias Farnese y Barberini. Pero su buen gusto y su modestia no les habían servido de mucho a la larga, porque, en la actualidad, el Palazzo Sisti no se diferenciaba mucho de los enormes bloques divididos en viviendas y oficinas. La única diferencia estribaba en que al otro lado de la plaza había un *jeep* con dos Carabinieri armados, y en que la fachada del edificio estaba cubierta por una enorme pancarta que predicaba el lema «UNA ALTERNATIVA MAS JUSTA» y mostraba las iniciales de uno de los pequeños partidos políticos que configuraban la mayoría del gobierno en el parlamento.

Zen asintió lentamente con la cabeza, por supuesto, ya sabía dónde había escuchado antes el nombre. «Palazzo Sisti» se utilizaba en los medios de comunicación como una referencia a la dirección del partido, del mismo modo que «Piazza Gesú» representaba a los demócrata-cristianos. Este partido en concreto había aparecido muchas veces en las noticias en los últimos tiempos, porque uno de los dirigentes más importantes era el ministro de Obras Públicas. Circulaba el rumor de que había mantenido una relación muy provechosa con Oscar Burolo antes del temprano fallecimiento de este.

La entrada estaba tan oscura como un túnel, era ancha y de techos lo suficientemente altos para albergar un carruaje y los correspondientes caballos de tiro, y estaba iluminada tan solo por una lámpara de luz mortecina suspendida del techo abovedado. Al otro lado de la entrada se abría un pequeño patio lleno de limusinas, cuyos chóferes, enfundados en trajes baratos y pulcros, charlaban en grupos o sacaban brillo a los cromados.

De repente se abrió una puerta de vidrio situada a la izquierda y apareció un

anciano del tamaño de un enano.

—¿Sí? —preguntó a Zen en tono brusco.

Una mujer joven cargada con un montón de expedientes salió tras él de la portería.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡No lo sé! —gritó el portero exasperado—. ¿Entiende? ¡No lo sé!

—Su obligación es saberlo.

—¡No me diga cuál es mi obligación!

—¡Muy bien, entonces dígame usted!

—Perdonen —intervino Zen mientras se aproximaba a ellos.

Ambos se volvieron hacia él con expresión furibunda.

—Aurelio Zen, del Ministerio del Interior.

—¿Y qué? —replicó el portero con un encogimiento de hombros.

—Me están esperando.

—¿Quién?

—Si lo supiera, no tendría que molestarme en hablar con un imbécil como usted, ¿no le parece?

La mujer estalló en carcajadas. En la portería empezó a sonar un teléfono. Tras lanzarles una mirada de profundo desprecio el portero se alejó para contestar.

—¿Diga? Sí, *dottore*. Sí, *dottore*. No, acaba de llegar. Muy bien *dottore*, en seguida.

El portero salió de la portería y señaló con el pulgar la escalera.

—Primer piso. Le están esperando.

—¿Y la Sección de Juventud? —preguntó la joven.

—¡¿Cuántas veces tengo que decirle que no lo sé?!

La escalera era una suave cascada de mármol curvado caprichosamente. En comparación con ella, la escalera del Ministerio parecía vulgar y chabacana. Cuando Zen llegó al rellano del primer piso, una figura que había tomado por una estatua salió del nicho en el que había estado esperando y se dirigió hacia él. El hombre parecía haber sido confeccionado, como el monstruo de Frankenstein, a base de piezas sueltas. Cada una de ellas hubiera encajado a la perfección en el contexto correcto, pero el conjunto era un desastre. Se detuvo a cierta distancia de Zen y recorrió su atuendo con la mirada.

—No llevo —le dijo Zen—. De hecho, nunca llevo.

El hombre se lo quedó mirando como si hubiera hablado en una lengua extranjera.

—Mire, no tiene sentido llevar un arma a menos que se esté dispuesto a usarla —prosiguió Zen como si pronunciara un discurso—. Y si no se está dispuesto usarla, entonces no hace más que empeorar las cosas. Da una falsa sensación de seguridad y pone a todo el mundo muy nervioso. Así que es mejor no llevar.

El hombre clavó una mirada inexpresiva en el rostro de Zen y⁵ a continuación se

volvió de espaldas.

—Por aquí.

Condujo a Zen por un pasillo que a primera vista parecía más largo que el edificio. Pero lo cierto era que esta ilusión óptica se debía a un espejo enorme que cubría la pared del fondo y reflejaba a los dos hombres que caminaban hacia él. El pasillo estaba iluminado a intervalos regulares por unas ventanas altas que daban al patio. Frente a cada ventana se alzaba una puerta de madera de nogal pulido, que brillaba con suavidad a la tenue luz del pasillo.

El hombre que acompañaba a Zen llamó a una de las puertas y se quedó quieto escuchando y sin soltar el llamador de plata.

—¡Adelante! —ordenó una voz lejana.

La estancia era larga y relativamente estrecha. Una de las paredes estaba cubierta por un enorme tapiz, tan desvaído que apenas se advertían las borrosas huellas de una escena de caza. Frente a él se alzaba una librería acristalada en la que yacían adormecidos montones de libros más o menos grandes, que tenían el aspecto de no haber sido molestados durante mucho tiempo.

En el extremo más alejado de la habitación, un hombre joven estaba sentado detrás de un escritorio antiguo, frente a una ventana que llegaba hasta el alto techo. Al entrar Zen, dejó a un lado la pila de hojas mecanografiadas que había estado estudiando y se levantó con la mano extendida para saludarlo.

—Buenos días, *dottore*. Estoy muy contento de que pudiera encontrar un minuto para, esto...

Era un hombre de poco más de treinta años, delgado, refinado, de labios estrechos, facciones delicadas y ojos que parecían siempre a punto de salirse de las órbitas, como si les asombrara todo lo que veían. Sus gestos refinados y sus maneras tímidas le daban aire de esteta de fin de siglo, y no de fiera política.

Señaló a Zen una silla hecha de varillas de alguna madera carísima y con asiento de mimbre. Parecía extremadamente valiosa y espantosamente frágil. Zen se sentó con sumo cuidado. El joven regresó a su lugar detrás del escritorio, donde permaneció de pie unos instantes, con los brazos extendidos como si fuera un sacerdote detrás del altar.

—En primer lugar, *dottore*, permítame expresarle, en nombre de... el interés que, esto..., es decir, el extraordinario interés que su, esto...

Tomó los papeles que había estado leyendo y los volvió a dejar caer sobre la mesa. En aquel momento resonó un golpe por toda la habitación.

—¡Adelante! —ordenó el joven.

Apareció un camarero llevando una bandeja con dos tazas de café.

—Sí, esto, me he tomado la libertad de, esto...

Señaló las dos tazas de café.

—¿Y cuál es la que...?

—La del reborde rojo —le informó el camarero.

El joven lanzó un suspiro significativo cuando la puerta se cerró detrás del camarero.

—Por desgracia, la cafeína, para algunos...

Zen tomó su taza de café descafeinado y desenvolvió los dos terrones de azúcar suministrados por el bar, mientras estudiaba «Los interesantes misterios del mundo de la Naturaleza» impresos en el envoltorio y esperaba a que el joven prosiguiera.

—Como sin duda sabrá, *dottore*, hemos pasado una época triste y difícil. Naturalmente, ya conocíamos los hechos que explicita usted en su informe con tanta claridad, es decir, que las pruebas que incriminan a Renato Favelloni son circunstanciales. No cabe duda de que su inocencia quedaría demostrada en un juicio.

Zen advirtió el condicional empleado por el joven mientras el café se deslizaba por su garganta.

—¡Pero para entonces, vive Dios, el mal ya estará hecho! —continuó el joven.

Había dejado de lado sus vacilaciones y repeticiones como si fueran un disfraz que ya hubiera cumplido su cometido.

—Si se siguen lanzando infamias como se ha hecho hasta ahora, alguna de ellas dejará una huella indeleble. Y no solo saldrá perjudicado Renato Favelloni, sino todos los que hayan estado asociados con él o, esto, hayan hecho uso de sus servicios en alguna ocasión. Este es el problema, *dottore*. Confío en que no me tomará por un hombre indiscreto si agrego que ya habíamos empezado a desesperar de encontrar una solución. ¡Imagínese, pues, la satisfacción que nos causó su informe! ¡La esperanza que nos brinda! ¡Las nuevas e interesantes perspectivas que abre! «“La luz al final del túnel”, como dijo *l'onorevole*».

Zen dejó la taza y el platillo sobre la mesa tapizada de cuero.

—Mi informe no es más que un resumen de las investigaciones llevadas a cabo por otras personas.

—¡Exacto! Esto es lo más interesante del asunto. Si usted fuera uno de nuestros, esto, contactos en el Ministerio, sus averiguaciones no hubieran despertado ni la mitad de interés. Para serle sincero, hemos sido defraudados por otras personas en el pasado, personas que nos habían prometido esto y lo de más allá, y después no podían cumplir sus promesas. Hace tan solo unos días pedimos a nuestro hombre que nos consiguiera una copia de la cinta de vídeo que contiene las imágenes de los asesinatos de Villa Burolo. Ya ve que es una petición bastante sencilla, ¿no? Pues ni siquiera esto pudo hacer nuestro hombre. Y no era la primera vez que nos había fallado, de modo que creímos que ya era hora de encontrar a una persona nueva, una persona que reuniera los requisitos necesarios. Alguien que tuviera la experiencia requerida en este tipo de trabajos. Y debo reconocer, que, por el momento, no hemos lamentado nuestra decisión. Por supuesto, todavía falta la verdadera prueba, pero ya estamos favorablemente impresionados por su informe, por el modo en que ha expuesto la fragilidad de las acusaciones contra Favelloni y por la claridad con la que ha revelado la existencia de varias alternativas, que no han sido investigadas a fondo

por razones puramente políticas.

El joven se detuvo un momento, los dedos delgados se unían como si estuviera rezando.

—La labor que debemos llevar a cabo ahora consiste en garantizar que no nos perjudique tanto el juicio de este hombre inocente como nos perjudicaría si fuera realmente culpable. En otras palabras, este juicio de espectáculo que debe celebrarse contra Renato Favelloni, y, en consecuencia, contra *l'onorevole*, debe ser abortado antes de su inicio. En su informe queda completamente claro que las pruebas contra Renato Favelloni han sido reunidas a base de la recopilación de fragmentos sueltos e inconexos. Con un poco de iniciativa y unos cuantos recursos, estos mismos fragmentos podrían ser utilizados para construir un caso más convincente contra alguno de los otros sospechosos que usted menciona en el informe.

Zen, instalado peligrosamente en la silla baja y frágil, se sentía como un espectador sentado en la primera fila de la platea que intentara enterarse de lo que sucedía en el escenario. La expresión del joven parecía indicar que le tocaba mover a Zen, pero este no quería hacerlo hasta que no supiera qué significaba todo aquello.

—¿Le molesta si fumo? —preguntó por fin.

El joven le dio permiso con un gesto impaciente.

—¿En qué otros sospechosos ha pensado? —murmuró Zen como al azar mientras encendía un cigarrillo.

—Bueno, nos parece que existen varias posibilidades que merece la pena explotar.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, el hijo de Burolo, por ejemplo.

—Pero estaba en Boston el día de los asesinatos.

—Podría haber contratado a alguien.

—No sabría cómo hacerlo. Y de todas formas, los hijos no van por ahí contratando a asesinos profesionales para matar a sus padres solo porque estos quieren que estudien Derecho en vez de música.

El joven admitió este punto con un prolongado parpadeo.

—Estoy de acuerdo en que habría que trabajar a fondo esta hipótesis antes de conseguir que pareciera creíble, pero, de todas formas, la posibilidad queda abierta. Sin embargo, Enzo Burolo está relacionado con nuestros aliados en el gobierno, por lo que no sería muy acertado insistir en el asunto. Se trataba de un simple ejemplo. Otro ejemplo, que da la impresión de ser más esperanzador, sería el del tío al que contrató Burolo para cuidar a los absurdos leones que compró.

Zen expiró una bocanada de humo.

—¿Pizzoni? También tiene una coartada.

—Sí, es cierto. ¿Y eso qué significa? Que media docena de campesinos del pueblo han sido sobornados o amenazados para mentir, para decir que lo habían visto en el bar aquella noche.

—¿Y por qué proteger a Pizzoni? Era un don nadie, un advenedizo.

El joven se inclinó hacia adelante.

—¿Y si eso no fuera cierto? Supongamos que le digo que el verdadero nombre de ese hombre no es Pizzoni, sino Padedda, y que no era de los Abruzzi, como indican sus papeles, sino de Cerdeña, de un pueblo de las montañas de Gennargenta, cerca de Nuoro. ¿Qué diría a eso?

Zen dejó caer un poco de ceniza en un cuenco de peltre cuya función tal vez era la de cenicero, o tal vez no.

—Bueno, en primer lugar me gustaría saber por qué no lo ha comunicado a las autoridades que investigan el caso.

El joven se volvió hacia la ventana. Los cristales de la misma estaban cubiertos por una gruesa capa de suciedad que reflejaba nítidamente su expresión. Zen observó que sonreía, como si le hiciera gracia la fatuidad del comentario.

—Cuando el adversario está haciendo trampas, solo un estúpido seguiría respetando las reglas del juego —recitó con voz tranquila, como si estuviera repitiendo una cita—. Esta información es fruto de una investigación privada que se ha llevado a cabo en nuestro nombre. Sabemos exactamente lo que sucedería si pusiéramos en antecedentes a los jueces. Han decidido acusar a Favelloni por razones que no guardan ninguna relación con los hechos del caso, y no van a revisar su decisión a menos que algo muy inesperado y chocante les obligue a ello. Si presentamos hechos aislados e inoportunos, hechos que no guarden relación directa con el caso que preparan, entonces se limitarán a ignorarlos.

Giró bruscamente sobre sus talones para encararse con Zen.

—A fin de no desperdiciar nuestra oportunidad de esta forma, nos proponemos lanzar nuestro propio proyecto, volver a abrir la investigación que se cerró tan rápidamente por sórdidas razones políticas. ¿Y quién mejor para dirigir la operación que el hombre cuya aguda visión global del caso ha despertado en todos nosotros esperanzas renovadas?

Zen apagó el cigarrillo sin ningún cuidado y se quemó las yemas de los dedos con la ceniza ardiente.

—¿En mi calidad de policía?

—¡Por supuesto, *dottore*! Ahí está la gracia. Todo tiene que ser diáfano y legal.

—En tal caso, necesitaría autorización de mi departamento.

—La obtendrá, no se preocupe. Recibirá las órdenes del modo usual, por los canales habituales. El objetivo de esta pequeña reunión es asegurarnos que comprende usted la situación. Desde el momento en que abandone este despacho ya no estará en contacto con nosotros. Será destinado a Cerdeña en misión totalmente rutinaria. Visitará el escenario de los asesinatos, hablará con los testigos, interrogará a los sospechosos. Como de costumbre, tendrá a su disposición a toda la fuerza local. En el curso de sus investigaciones descubrirá pruebas contundentes que desbaraten la coartada de Pizzoni y lo relacionen con el asesinato de Oscar Burolo. Esto no le

llevará más que un par de días a lo sumo. Después presentará los resultados de su investigación a los jueces según el procedimiento ordinario, mientras que nosotros nos aseguraremos de que las implicaciones de la misma no pasen inadvertidas a ninguna de las partes interesadas.

Zen dirigió la mirada hacia una de las esquinas del tapiz, en la que se veía a una ninfa refugiándose de los cazadores en una gruta.

—¿Y por qué yo?

El joven había abierto su cuidada mano como si lo estuviera bendiciendo.

—Como ya he dicho, tiene usted unos antecedentes magníficos. Después de que nos pusieran al corriente de su éxito en el caso Miletti, en fin, francamente, los hechos hablaban por sí solos.

—¿El caso Miletti? —inquirió Zen asombrado.

—Estoy seguro de que recordará que sus métodos se granjearon, esto..., algunas críticas en su momento —comentó el joven con un toque de jocosidad indulgente—. Creo que en determinados círculos los tacharon incluso de poco ortodoxos e impropios. ¡Pero nadie pudo negar que obtuvo excelentes resultados! La conspiración contra la familia Miletti quedó desenmascarada de un soplo cuando arrestó usted a aquella mujer extranjera. Sus enemigos quedaron completamente desconcertados y cuando por fin fueron capaces de encajar el golpe y reorganizarse, el momento justo ya había pasado y ya era demasiado tarde.

Salió de detrás del escritorio y se situó delante de Zen.

—Es evidente que existe un fuerte paralelismo con el caso que nos ocupa. También aquí la cronología del plan es esencial. Como ya he dicho, no cabe duda de que la verdad saldrá a relucir a su debido tiempo, pero no antes de que la reputación de *l'onorevole* quedara destruida sin remisión. No tenemos ninguna intención de permitir que esto suceda, y por ello le confiamos esta misión delicada y crucial. En resumidas cuentas, contamos con usted para que aplique en Cerdeña los mismos métodos que demostraron ser tan eficaces en Perugia.

Zen permaneció en silencio. Al cabo de unos instantes, el joven arqueó ligeramente las cejas.

—Supongo que no es necesario que le comente que si la misión llega a buen término, usted también saldrá muy beneficiado. Estoy seguro de que sabe perfectamente que la posición de una persona en una organización como el Ministerio puede variar con gran rapidez, aunque, a menudo, el propio interesado no se percate de ello. Es posible que algunas personas de, esto..., miras estrechas, desprecien el triunfo que obtuvo usted en el caso Miletti. La plantilla de miembros de la Policía Criminal se revisa constantemente, y dado el número de bajas de algunos oficiales veteranos en lugares tales como Palermo, no hay que descartar la posibilidad de un traslado. Por otro lado, si resuelve satisfactoriamente el caso Burolo, no cabe duda que su posición quedará consolidada.

Alargó el brazo para pulsar uno de los botones del intercomunicador.

—Lino. El señor Zen se marcha.

Zen volvió a sentir el apretón pálido y frío de la mano del joven.

—Realmente ha sido usted muy amable al venir, *dottore*. Confío en que su trabajo, es decir..., que su visita no haya supuesto una grave interrupción de...

La aparición del fornido Lino libró a ambos de aquellas cortesías incoherentes. Zen atravesó como en sueños la estancia vasta y mortecina hasta la puerta de nogal, que Lino cerró con el mismo cuidado con el que habría cerrado la tapa de un valioso cofre.

—Por aquí.

—Muy bien —comentó Zen cuando echaron a andar por el pasillo—. ¿Le han entrenado para decir alguna otra cosa?

Lino se volvió hacia él con aire de tipo duro.

—¿Quiere que le partan los dientes?

—Eso depende de si usted quiere que le convierta en comida barata para perros. Porque eso es exactamente lo que puede ocurrir si alguien deja de tratarme con el debido respeto.

—¡Qué chorrada!

—Al contrario, amigo. Lo único que tengo que hacer es mencionar de pasada que no me gusta tu cara y mañana, sencillamente, ya no tendrás cara.

Lino esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Está loco —repuso Lino sin gran convicción.

—Pues no es eso lo que cree *l'onorevole*. Y ahora lárgate. Encontraré la salida solo.

Lino intentó sostener la mirada de Zen durante un instante, pero sus ojos se habían llenado de duda y tuvo que desistir.

—¡Loco! —repitió mientras se alejaba con un resoplido de desprecio.

Zen salió del Palazzo Sisti con paso seguro y resuelto, como un hombre que tiene lugares a los que ir y citas a las que acudir. Tras doblar la primera esquina sus ademanes se transformaron de forma radical. Ahora podría pasar perfectamente por miembro de una de las excursiones geriátricas organizadas que se veían por Roma al finalizar la temporada alta. Dado que no tenía un objetivo urgente, Zen siguió caminando, doblando a la izquierda y a la derecha al azar, obedeciendo a unos impulsos de los que no se percataba, pero que, en cualquier caso, no tenían ninguna importancia. Lo único que quería era dejar que la tensión saliera lentamente de su cuerpo, que escapara por las suelas de sus zapatos mientras caminaba sobre los adoquines ondulados, espantaba a las palomas y ahuyentaba a los gatos que corrían a refugiarse bajo los coches estacionados.

Al cabo de un rato llegó a un espacio abierto, que con gran satisfacción identificó como la Piazza Campo dei Fiori, una plaza de intimidad casi veneciana y, por lo tanto, uno de los rincones de Roma que más le gustaban a Zen. El mercado matutino de frutas y verduras generaba un murmullo de tranquila actividad que resultaba

agradablemente relajante. Zen se abrió paso entre las hojas y los tallos atrapados en los adoquines, barreños de zinc y cubos repletos de cenizas de las cajas de cartón quemadas en el frío de la mañana. El sol estaba alto y sus rayos bañaban ya casi toda la plaza. Los dueños de los puestos del mercado seguían trabajando de firme, lavando y arreglando lechugas en la boca de agua común. Mujeres ancianas enfundadas en abrigos oscuros con cuellos de piel iban de puesto en puesto y examinaban con suspicacia toda la mercancía.

Zen se dirigió a una bodega que conocía y pidió un vaso de *vino novello*. Se apoyó en el marco de la puerta mientras fumaba un cigarrillo y bebía a sorbos el vino joven y espumoso que todavía estaba en las viñas en el momento en que Oscar Burolo y sus invitados morían asesinados. Un grupo de albañiles que trabajaban en un edificio cercano se hablaban a gritos de un andamio a otro en un dialecto tan cerrado que Zen solo entendió que Dios y la Virgen María eran de nuevo objeto de abuso para que los hombres pudieran blasfemar a placer. Pasó un pulcro y compacto grupo de turistas japoneses, acompañados por dos fornidos guardaespaldas italianos. La guía, que llevaba un paraguas cerrado de color rosa, ponía a los turistas al corriente de las maravillas del lugar, y Zen se sorprendió tanto al oírla mencionar el nombre de «Giordano Bruno» como si hubiera visto de pronto un pez debajo del agua. La guía señaló con el paraguas el centro de la plaza, donde sobre un plinto se alzaba el monumento al filósofo, con la base cubierta por los acostumbrados grafiti.

A cierta distancia, una anciana encorvada como una muñeca de madera engoznada por las caderas daba de comer las sobras de los espagueti de la noche anterior a una manada de gatos callejeros hambrientos. Zen recordó con nostalgia a los gatos de su ciudad natal, gatos esculpidos o de carne y hueso, monumentales o misteriosos, los innumerables descendientes del León de la República. En Venecia, los gatos formaban parte de la ciudad como las piedras y el agua, pero los gatos de Roma no eran más que gusanos que había que exterminar regularmente. Hasta cierto punto se trataba de un fenómeno típico del golfo que separaba las dos ciudades. Porque aunque a Zen le encantaba la Piazza Campo dei Fiori, no podía olvidar que el monumento que se alzaba en el centro estaba dedicado a la memoria de un filósofo que había sido quemado vivo en aquel mismo lugar, mientras el Palazzo Sisti empezaba a cobrar forma a tan solo unos metros de distancia.

Al llevar su vaso vacío al interior del bar se fijó en la escena que ofrecía el lugar. Uno de los obreros, enfundado en un polvoriento mono de trabajo azul y tocado con un sombrero confeccionado con papel de periódico, que tenía el aspecto de un barco de juguete invertido, apuraba de un trago su vaso de vino blanco local. Un poco más lejos, dos hombres de negocios conversaban en voz baja. Frente a ellos, sobre la barra, estaban sus vasos vacíos, un platito lleno de frutos secos y galletitas de cóctel, dos periódicos doblados y un radiocasete de coche extraíble.

Zen se volvió de espaldas. Aquello era lo que había atraído su atención. Pero ¿por qué? No era nada extraño. Hoy en día, nadie dejaba el radiocasete en el coche, a

menos que quisiera que le rompieran las ventanillas y se lo robaran.

Al llegar a la franja de sombra que proyectaban los edificios del otro lado de la plaza, Zen comprendió de pronto el quid de la cuestión. Unos días antes había visto un radiocasete en un coche aparcado, un coche lujoso, recién estrenado, estacionado en una calle apartada a altas horas de la noche. Semejante negligencia, junto con las abolladuras, las rascadas y las colillas esparcidas por el suelo, le dieron una idea que debería habersele ocurrido mucho antes. En fin, más vale tarde que nunca, pensó.

¿O tal vez había casos en lo que esta fórmula no servía, en los que tarde significa demasiado tarde, y en los que no había una segunda oportunidad?

De vuelta en el Ministerio, Zen llamó a la Questura y preguntó si el Alfa Romeo rojo del profesor Lusetti figuraba en su lista de coches robados. Gracias a la reciente informatización del departamento, obtuvo la respuesta que esperaba al cabo de pocos instantes. El robo del vehículo en cuestión se había denunciado diez días antes.

Zen colgó, volvió a levantar el auricular y marcó otro número. Al cabo de unos momentos la señal fue sustituida por una voz de robot:

—Gracias por llamar a los Asesores en Seguridad Paragon. La oficina permanecerá cerrada por descanso hasta las tres de la tarde. Si desea dejar algún mensaje, por favor hágalo inmediatamente.

—Gilberto, soy Aurelio. Esperaba que...

—¡Aurelio! ¿Qué tal?

Zen se quedó mirando el auricular como si le hubiera picado.

—Creía que... era un mensaje grabado.

—Eso es lo que quería que creyeras. Bueno, no iba por ti, sino por las cinco mil personas con las que no quiero hablar en este momento.

—¿Por qué no te compras un contestador automático de verdad?

—Tengo uno, pero ahora mismo no lo puedo utilizar. Uno de mis competidores ha descubierto un modo de falsificar la señal electrónica que puedo enviar por la línea y oír los mensajes grabados desde otro teléfono, de modo que se hace con un negocio de un millón de liras y encima me hace quedar como un idiota. En fin, ¿en qué puedo ayudarte?

—Bueno, en realidad quería tener una pequeña charla contigo. Supongo que no estarás libre para comer, ¿verdad?

—¿Hoy? Bueno, la verdad es que me va un poco..., bueno, no sé. Ahora que lo pienso, es posible que me vaya bien. ¡Sí! Nos vemos en el Licio. ¿Sabes dónde está?

—Lo encontraré.

Zen oprimió la horquilla para desocupar la línea y a continuación llamó a su casa para preguntar a Maria Grazia si todo iba bien.

—Todo va bien ahora —aseguró la mujer—. Pero esta mañana, ¡Jesús, qué mal lo he pasado!

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Ha sido terrible, espantoso! La señora no se dio cuenta de nada, gracias a

Dios, pero yo estaba junto a la ventana cuando sucedió.

—Cuando sucedió, ¿qué?

—Bueno, pues, ¡de pronto apareció un hombre!

—¿Dónde?

—En la ventana.

Zen respiró hondo.

—Muy bien. Ahora escúcheme con atención. Quiero que me describa a ese hombre con la mayor exactitud posible, ¿de acuerdo? ¿Qué aspecto tenía?

Maria Grazia emitió un sonido que indicaba que se estaba esforzando por recordar.

—Bueno, vamos a ver. Era joven, moreno y bastante alto. ¡Y guapo! Hace veinte años quizás hubiera...

—¿Y qué ha hecho?

—¿Que qué ha hecho? ¡No ha hecho nada! Ha desaparecido. Me he asomado a la ventana para echar un vistazo. Y en efecto, ahí estaba, en una de esas jaulas. Estaba intentando repararla pero no lo ha conseguido. Al final ha tenido que arrancarla de la pared y poner una nueva.

—¿Una nueva qué, por el amor de Dios?!

Acobardada por esta blasfemia, la asistente murmuró:

—Bueno, la farola. Aquella que no paraba de encenderse y apagarse. ¡Pero cuando lo he visto allí suspendido en el aire me he llevado un susto de muerte! ¡No sabía qué pensar! Parecía una aparición, aunque no sé si también hay apariciones de hombres. Parece que siempre se aparecen mujeres, ¿verdad? Una prima mía aseguraba que una vez había visto a santa Rita, pero luego resultó que se lo había inventado. Sacó la idea de un artículo de *Gente*, que hablaba sobre esas niñas que...

Zen le repitió que pusiera la cadena a la puerta del piso y no dejara sola a su madre y a continuación colgó.

Mientras bajaba por las escaleras se encontró con Giorgio De Angelis. El calabrés le miró con expresión taciturna.

—¿Pasa algo malo? —inquirió Zen.

De Angelis miró de reojo a su alrededor y de pronto agarró a Zen por el brazo.

—Si estás metido en algo raro, será mejor que salgas lo antes posible.

Soltó el brazo de Zen y siguió subiendo las escaleras.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zen.

De Angelis continuó caminando sin decir nada. Zen se apresuró a seguirle.

—¿Por qué has dicho eso? —inquirió sin aliento.

El calabrés se detuvo para dejar que Zen lo alcanzara.

—¿Qué es lo que pasa? —insistió Zen.

De Angelis sacudió lentamente la cabeza.

—No lo sé, Aurelio. No quiero saberlo. Pero sea lo que sea, deja de hacerlo, o no empieces siquiera.

De Angelis lanzó de nuevo una mirada vigilante a su alrededor.

—Fabri ha venido a verme esta mañana para aconsejarme que me mantuviera alejado de ti. Cuando le pregunté la razón, me dijo que estaban intentando ver por dónde te pueden pillar.

Los dos hombres se miraron en silencio.

—Gracias —balbuceó Zen en un susurro casi inaudible.

De Angelis hizo una pequeña inclinación de cabeza y se alejó escaleras arriba, mientras Zen se volvía para emprender el largo camino hasta la planta baja.

Nunca soñaba. Es como decir: nunca enloquecía. Los demás sí se vuelven locos; cada noche se retuercen, se agitan, sudan como cerdos, gruñen y gritan. «¡Anoche tuve una terrible pesadilla! Soñé que había matado a alguien y que me venían a arrestar porque habían descubierto mi escondite. ¡Fue tan horrible, tan real!». Esto debería darles una lección sobre este mundo suyo, que también parece «tan real».

Y entonces, una noche, me sucedió a mí. En el sueño yo era como los demás, vivía de día y temía la oscuridad. Había hecho algo malo, no sabía qué; tal vez había matado a alguien. Como castigo me encerraron a oscuras. No se trataba de mi oscuridad, suave y consoladora, sino de un agujero frío, inmundo y maloliente, un estrecho tubo de piedra que parecía un pozo seco. El verdugo era mi padre. Me empujó hacia abajo, me ató las manos a la espalda y cubrió la tumba con enormes bloques de cascotes. Yacía en el suelo, sintiendo la presión de las piedras en cada centímetro de mi cuerpo. Frente a mis ojos se abría un pequeño agujero por el que veía pasar a la gente, que iba pensando en sus cosas y no se percataba de mis terribles sufrimientos. Por el agujero entraba un poco de aire, pero ¡no era suficiente! Me asfixiaba lentamente, impotente ante el enorme peso muerto de las piedras. Empecé a gritar sin descanso, pero el sonido no llegaba hasta la gente que caminaba afuera. Pasaban de largo, sonriéndose, haciéndose gestos de aprobación y charlando, ¡como si no pasara absolutamente nada!

Era solo un sueño, por supuesto.

JUEVES, 13:40-16:55

—**B**UENO, Aurelio, ¿cuál es el problema? Un pequeño viaje a Cerdeña con todos los gastos pagados. ¡Ya quisiera yo! Pero cuando trabajas por tu cuenta ves que el jefe trabaja mucho más que...

—¡Ya te he dicho cuál es el problema, Gilberto! Dios mío, ¿qué es lo que te pasa hoy?

Era una pregunta que Zen se hacía desde que llegara al restaurante. El hecho de que su amigo hubiera encontrado a tan corto plazo un hueco en su agenda para comer con él le había parecido un golpe de suerte que podría ayudar a Zen a controlar la avalancha de acontecimientos que le había arrollado.

Gilberto Nieddu, un antiguo compañero que ahora llevaba una empresa de contraespionaje industrial, era el mejor amigo de Zen. Era un hombre serio, resuelto y se podía confiar plenamente en él. Tenía una aureola de fuerza y valor y daba la sensación de que toda volatilidad había desaparecido después de un proceso de destilación. Todo lo que hacía se lo tomaba en serio. Como es natural, Zen no había esperado que Gilberto le ofreciera soluciones inmediatas, pero al menos había contado con que le escucharía con atención y a continuación manifestaría su opinión serena y objetiva acerca del asunto. Al ser sardo, su consejo y sus conocimientos podrían ser decisivos.

Pero aquel día Gilberto no era el mismo. Estaba distraído y preocupado, no cesaba de lanzar miradas por encima de su hombro y no prestaba apenas atención a los que Zen le contaba acerca de su visita al Palazzo Sisti y lo que ello significaba.

—¡Tranquilízate, Aurelio! Pásatelo bien. No creo que hayas estado aquí muchas veces, ¿verdad?

Tenía razón. De hecho, era la primera vez que Zen iba al Licio, un nombre legendario entre los restaurantes de lujo de Roma. Se entraba al local desde una callejuela cercana al Panteón. Era muy fácil pasar de largo sin advertirlo. Aparte de una discreta placa de cobre colocada junto a la puerta, ningún otro indicio ofrecía pistas sobre la clase de negocio que se llevaba a cabo en el interior. No había ninguna carta expuesta, ni se veían reclamos exagerados sobre las excelencias de la cocina o la bodega.

Licio daba la bienvenida a sus clientes personalmente. Era un personaje con aspecto de eunuco que lucía una perpetua expresión de serenidad trascendental. Cuando los clientes eran conducidos hasta sus asientos comprendían en qué consistía la atracción única del Licio, ya que gracias a la disposición de las mesas, separadas unas de otras por biombos estampados y plantas, tenían la sensación de estar solos en el local. Los precios del Licio eran dos veces más elevados que los que se solían pagar por la categoría de la cocina que se ofrecía, pero era lógico, ya que también

había muchas menos mesas de lo normal. En cualquier caso, la clientela del Licio se componía casi exclusivamente de personalidades del mundo de los negocios y de la política, que pagaban cualquier precio que Licio dispusiera con tal de poder hablar de temas delicados en un tono de voz normal, sin correr el riesgo de que los oyeran sus vecinos ni de que las conversaciones de estos les impidieran entenderse. He aquí el atractivo inimitable del Licio: se iba a otros restaurantes a ver y ser visto; en el Licio se pagaba más por pasar desapercibido.

En las raras ocasiones en que Zen se gastaba tanto dinero en una comida, escogía lugares conocidos más por su cocina que por su ambiente, de modo que Gilberto Nieddu tenía toda la razón. Pero aquello no hizo que Zen se sintiera mejor por el tono ligeramente paternalista de la observación de su amigo. Y las cosas no mejoraron cuando Gilberto le palmeó el brazo con un gesto confidencial y susurró:

—¡No te preocupes! Pago yo.

Zen hizo un último intento de hacer comprender a su amigo la gravedad de la situación.

—Mira, te lo voy a repetir. Me están pidiendo que incrimine a alguien mediante una estratagema. ¿Lo entiendes? Tengo que ir a Cerdeña, inventarme unas cuantas pruebas falsas, sacarme algún testigo sorpresa de la manga, lo que sea. No les importa lo más mínimo lo que haga ni cómo lo haga, con tal de que consiga que se retiren los cargos contra Favelloni o, al menos, que se retrase la vista durante algunos meses.

Gilberto hizo un gesto vago de asentimiento mientras seguía recorriendo el restaurante con una mirada ansiosa.

—Podría ser la oportunidad de tu vida, Aurelio —murmuró, y echó otro vistazo a su reloj.

Zen le lanzó una mirada intensa de reproche.

—Gilberto, estamos hablando de enviar a una persona inocente a la cárcel durante veinte años, por no hablar de que, además, un hombre que ha matado a sangre fría a cuatro personas quedará en libertad. Aun dejando de lado el aspecto moral, el asunto es bastante ilegal.

—Pues no lo hagas —replicó el sardo encogiéndose de hombros—. Coge la baja o algo así.

—¡Joder, esto no es un trabajo cualquiera! ¡Alguien me ha recomendado a esa gente! Les han dicho que soy un egoísta poco escrupuloso, que amañé el caso Miletti y que no vacilaría en volverlo a hacer. Me han dado una orden, me han hecho partícipe del asunto. Si intento dejarlo, no se limitarán a decir «Vale, como prefiera, ya encontraremos a otro». Ya han insinuado que si no colaboraba podía prepararme para convertirme en un número más en un lugar como Palermo, por ejemplo. Allí abajo puedes contratar a un matón por unos cuantos millones de liras. Hay algunos que incluso lo harían gratis, ¡solo por hacerse un nombre! Y nadie va a notar la ausencia de un poli más o menos. ¿Me estás escuchando?

—¡Ah, por fin! —exclamó Gilberto y volviéndose hacia Zen, susurró—. Un

cliente importante, Aurelio, muy importante. Si podemos hacernos con él, podré tomarme un año entero para escuchar tus problemas. Ahora límitate a observarme y hacer lo que yo.

Se levantó de un salto para saludar a un hombre bajo, fornido y medio calvo, que producía la impresión de estar increíblemente satisfecho de sí mismo. El untuoso Licio lo acompañaba a la mesa de Zen y Nieddu.

—¡Commendatore! Buenos días, bienvenido, ¿cómo está usted? Permítame que le presente al vicequestore Aurelio Zen. Aurelio, el *dottore* Dario Ochetto, de Empresas SIFAS.

Nieddu bajó la voz y agregó en tono confidencial:

—El *dottore* Zen trabaja directamente para el Ministerio del Interior.

Zen tenía ganas de marcharse, pero sabía que no podía hacerlo. La amistad de Gilberto significaba mucho para él, y no quería perderla haciéndole una escena de resentimiento. El hecho de que, con toda probabilidad, Gilberto había contado con esta reacción, no hizo que Zen se sintiera mejor mientras escuchaba a su amigo contar una historia totalmente falsa acerca de las relaciones de la empresa Seguridad Paragon con el Ministerio del Interior, relato que Nieddu aprovechó para preparar el terreno que le permitiría ofrecer sus servicios. Entretanto, Zen se dedicó a comer lo que tenía en el plato y a beber más vino del que solía beber. De vez en cuando, Gilberto se volvía hacia él y le preguntaba «¿Verdad, Aurelio?». Pero, por fortuna, ni él ni Ochetto parecían esperar respuesta.

Zen no habría sabido decir si Ochetto había quedado impresionado, ya fuera favorable o desfavorablemente, por la farsa que acababa de representar Gilberto, pero cuando se marchó después de muchos y efusivos apretones de manos, Nieddu dio rienda suelta a su júbilo y encargó al camarero una botella del mejor *whisky* de malta que tuvieran.

—¡Está en el bote, Aurelio! —exclamó en tono triunfal—. Un contrato en exclusiva para instalar y mantener un equipo de protección contra intervenciones telefónicas en todas las oficinas que tienen repartidas por el país, y a un precio cinco veces más alto de lo habitual, porque lo que no figura en el contrato es el trabajo que quiere que haga en la competencia.

Zen tomó un sorbo de *whisky*, que le recordaba un medicamento hecho a base de alquitrán que su madre le hacía tomar de pequeño con cualquier excusa.

—¿Qué tipo de trabajo?

Nieddu le lanzó una mirada maliciosa.

—Bueno, ¿tú que crees?

—No creo nada —repuso Zen en tono agresivo—. ¿Por qué no te limitas a contestarme?

Nieddu alzó las manos fingiendo que se rendía incondicionalmente.

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—¿Te has metido en el negocio de intervenir teléfonos? —inquirió Zen.

—¿Algo que objetar?

—¡Por supuesto que sí! Me opongo a que me pongan en una situación en la que tengo que aparentar que apruebo unas actividades ilegales cuando ni siquiera sé en qué consisten, por no hablar de que ni siquiera me has preguntado si me importaba que me metieras en eso. Dios mío, Gilberto, ¡me jode muchísimo! Siempre me jode, pero ahora mucho más.

Gilberto le indicó con gestos que se tranquilizara, moviendo las manos con suavidad, como si estuviera acariciando una tela de seda.

—Hace semanas que se arregló esta comida, Aurelio. No te he pedido que vinieras. Al contrario, fuiste tú quien me telefoneó en el último momento. En circunstancias normales, te hubiera dicho que estaba ocupado, pero tu voz sonaba tan desesperada que he creído que sería mejor que nos viéramos. Pero tenía que explicar tu presencia a Ochetto, porque si no habría sospechado. Ahora lo único que pensará es que estaba intentando impresionarlo con mis contactos en el Ministerio. Salió a las mil maravillas. Estuviste muy convincente. Y no te preocupes por las repercusiones, porque ya se ha olvidado de que existes.

Zen esbozó una pálida sonrisa al tiempo que sacaba un Nazionale del paquete ya medio vacío. «Has estado muy convincente», había dicho Tania la noche anterior, y, al parecer, su «convincente» actuación en el caso Miletta había sido su plataforma de lanzamiento hacia el Palazzo Sisti. No cabía duda que todos aquellos que lo utilizaban para sus propios fines quedaban muy satisfechos con los resultados.

—Así que vuelves a estar en un lío, ¿eh? —prosiguió Gilberto—. ¿De qué se trata esta vez?

Zen empujó su vaso por el mantel cubierto de manchas de comida. Ya no tenía ningún deseo de compartir sus penas con el sardo.

—Nada, nada. Lo más probable es que sea cosa de mi imaginación.

Nieddu miró a su amigo a través de una cortina de fragante humo.

—Ya es hora de que dejes la policía, Aurelio. ¿Qué sentido tiene trabajar como un esclavo a tu edad, jugarse la vida constantemente? Deja eso para los jóvenes imbéciles que todavía se creen inmortales. Admítelo, es una mierda. No tiene nada a menos que tengas tendencias criminales, y aun así, es bien poca cosa.

Chasqueó los dedos para pedir la cuenta.

—Mira, nunca supe qué pasaba en el mundo hasta que me metí en los negocios. Simplemente, no me enteraba de qué iba la cosa. Quiero decir que no son cosas que te enseñen en la escuela. Tienes que cogerlo todo, todo lo que haya. Alguien tiene que cogerlo. Y si no lo haces tú, ya vendrá otro.

Bebió un sorbo de *whisky* y dio una chupada al cigarro.

—Todos esos casos que te preocupan tanto, los Burolos y todos los demás, ¿sabes a qué equivalen? A accidentes de tráfico, nada más. Si hay carreteras y coches, algunas personas resultarán heridas y morirán. Y estas personas se convierten en el centro de atención, pero en realidad no suponen más que un pequeñísimo porcentaje

de las personas que llegan a sus destinos sanos y salvos. Y lo mismo pasa en los negocios, Aurelio. El sistema está en funcionamiento, y la gente lo utiliza. La cuestión radica en si quieres pasarte la vida limpiando los desechos de los accidentes de otra gente o si prefieres perseguir tus propios objetivos. ¿Quieres un coñac o algo así?

Eran casi las tres cuando los dos hombres salieron del restaurante parpadeando con fuerza a causa de la brillante luz del sol. Se estrecharon las manos y se separaron con cordialidad, pero a Zen le acometió la sensación de que se había cerrado una puerta detrás de él.

Las personas cambian; este era el inconveniente que siempre olvidaba. Habían pasado muchos años desde que Gilberto dejara la policía, asqueado por el modo en que habían tratado a Zen en el caso Moro, pero Zen seguía considerándolo como un compañero leal, formado en el mismo entorno profesional y que tenía los mismos prejuicios y conceptos que él. Pero Gilberto ya no era un expolicía, sino un hombre de negocios muy próspero, y sus opiniones y actitudes habían cambiado de acuerdo con su nueva posición.

En circunstancias normales estas diferencias apenas se apreciaban. Habían necesitado una crisis como aquella para comprender el abismo que los separaba. El sardo seguía considerando que Zen era su amigo, y estaba dispuesto a ayudarlo si estaba en su mano hacerlo. Pero cada vez le resultaba más difícil tomarse en serio los problemas de Aurelio. Le parecían poco importantes, triviales y propios de un mártir. ¿Qué sentido tenía meterse en líos y correr riesgos si las perspectivas de obtener algún beneficio eran nulas?

La actitud de Gilberto impedía a Zen pedirle ayuda, aunque la necesitaba desesperadamente para llevar a cabo el proyecto que estaba empezando a tomar cuerpo en su mente. Y si no podía conseguir ayuda a través de los canales oficiales o de los contactos amistosos, entonces tan solo quedaba una posibilidad.

La primera vez que lo vio fue al norte de la Piazza Venezia. Después de la tranquilidad de las callejuelas, la mayoría de las cuales eran peatonales, la toma de contacto con las brutales realidades de la vida romana resultaban aún más traumáticas que de costumbre. Me estoy haciendo viejo, pensó Zen mientras vacilaba en el bordillo de la acera. Mis reacciones son cada vez más lentas. Estoy perdiendo la sangre fría y la confianza en mí mismo. Así que era alentador ver que un joven de aspecto duro, ataviado con una cazadora de cuero y vaqueros, tenía tantos problemas como él para decidirse a dar el gran salto. Al final, Zen fue el primero en adelantarse con valentía y sumergirse en la marea de vehículos, confiando en que a los conductores no se les ocurriera hacer gala de su poder para matar o mutilar.

Zen consideró menos alentador el hecho de volver a ver al mismo joven en la Piazza del Campidoglio. Zen había elegido aquel camino porque de este modo se libraba del vórtice de la Piazza Venezia, a pesar de que se veía obligado a subir las largas y empinadas escaleras de la colina del Capitolio. Sin embargo, cuando se

detuvo junto al plinto sobre el que se había alzado la estatua de su tocayo hasta sucumbir a la contaminación ambiental, vio que el joven de la cazadora de cuero se había detenido a unos veinte metros de distancia para atarse los cordones de los zapatos.

Zen dobló a la izquierda, pasó junto a la prisión Mamertine y llegó a la Via dei Fori Imperiali. Se detuvo para encender un cigarrillo. Detrás de él, a unos veinte metros de distancia, Cazadora de Cuero estaba apoyado en la barandilla admirando el paisaje. Cuando Zen volvió a guardar el paquete de cigarrillos, se le cayó un papel del bolsillo. Siguió caminando y contó los pasos que daba. Cuando llegó a veinte se giró y vio que el joven de la chaqueta de cuero se inclinaba para recoger el papel que había dejado caer a propósito.

Lo único que averiguaría era que Zen se había gastado aquella mañana mil doscientas liras en una bodega de la Piazza Campo dei Fiori. Por su parte, Zen había averiguado dos cosas: que el hombre le estaba siguiendo y que no lo hacía muy bien. Continuó caminando por la ancha avenida en dirección al Coliseo sin alterar el paso. La intención de Zen había sido coger el metro en la parada del Coliseo, pero antes tendría que despistar al hombre que le pisaba los talones. Los hombres a los que iba a ver tenían un código de etiqueta tan complejo e inflexible como cualquier miembro de la rancia aristocracia de Roma, y no se harían un cuadro demasiado favorable de alguien que apareciera en compañía de un invitado sin identificar.

Dado que no sabía para quién trabajaba Cazadora de Cuero, era muy difícil decidir el mejor modo de librarse de él. Si se trataba de un individuo que actuaba por su cuenta, entonces lo mejor sería arrestarle con cualquier pretexto. Esto tenía también la ventaja de que era un procedimiento rápido, ya que bastaba una llamada para que llegara una patrulla en cuestión de minutos, y Zen quería estar en casa a las seis, es decir, a la hora en que se marchaba Maria Grazia. Pero si Cazadora de Cuero formaba parte de una organización y lo arrestaba, a la larga tendría que renunciar a su ventaja, ya que habría revelado que ya había visto al tipo que le seguía. Lo sustituirían por otro al que Zen no conocería, probablemente un hombre más experimentado y más difícil de descubrir. Por lo tanto, Zen optó por la solución más complicada, es decir, despistar al hombre sin que este tuviera tiempo de averiguar lo que estaba pasando. Cuando atravesó la entrada, Zen se dio cuenta de que se encontraba en el territorio perfecto para llevar a cabo su plan.

En la taquilla tres hombres discutían acaloradamente sobre la política de Craxi para combatir la inflación. Zen les mostró su tarjeta de identificación y después hizo lo propio con la mujer que estaba sentada en un taburete junto a la entrada, con una radio en una mano y una novela de bolsillo en la otra. Sin volverse a comprobar si Cazadora de Cuero le seguía, Zen cruzó las barreras y se dirigió al Foro.

Para un observador inexperto, aquello parecía en todos los aspectos una obra. Lo único que faltaba eran las grandes grúas verdes agrupadas como invasores extraterrestres. Daba la sensación de que tan solo se habían puesto los cimientos de la

obra, y de un modo fragmentado e irregular. Algunas zonas todavía estaban en plena excavación, como si aún hubiera que instalar las tuberías y los cables eléctricos, mientras que, en otras, unos cuantos pilares y columnas daban alguna que otra pista sobre el edificio que se iba a construir encima. En otro lugar se veían partes enteras de las estructuras macizas de ladrillos (¿fábricas?, ¿almacenes?) que antaño se habían levantado allí y que no estaban del todo derruidas. Por el momento, parecía que los trabajos de construcción habían quedado interrumpidos. Ninguna excavadora, ningún camión de cemento rodaba por el sendero mal cuidado que atravesaba longitudinalmente el enclave. Tal vez habían surgido problemas de financiación, pensó Zen con sorna. Tal vez el gobierno había sido reestructurado otra vez y el nuevo ministro no sabía si conceder una autorización para seguir invirtiendo en un proyecto cuyos costes ya habían multiplicado varias veces el presupuesto original. O tal vez esperara obtener un incentivo económico de envergadura similar a la del que había recibido su predecesor por firmar el contrato.

Un helicóptero de los Carabinieri volaba en círculos como un tiburón que se acerca para acorralar a su presa. Zen arrojó el cigarrillo al suelo y echó a andar por un pequeño sendero de hierba que se abría entre las ruinas. Todo estaba cubierto de una fina capa de polvo que se levantaba cuando la gente caminaba sobre aquel suelo increíblemente seco y árido. El sol estaba bajo, en un cielo sin nubes, y los ladrillos y los fragmentos de mármol reflejaban sus débiles rayos. El helicóptero pasaba a intervalos regulares, vigilante, remoto. Zen se detuvo en medio del sendero, que doblaba a la derecha y conducía a la cima del monte Palatino, para contemplar el panorama. Dada la época del año en que estaban, tan solo había en el lugar unos cuantos turistas. Uno de ellos era el joven de la cazadora de cuero y vaqueros. Curiosamente, parecía que volvía a tener dificultades con los cordones de sus zapatos.

Zen reanudó su paseo con una sonrisa desdeñosa pintada en el rostro. Si Cazadora de Cuero creía que al inclinarse para atarse los cordones de los zapatos se volvía invisible, estaba claro que no sería muy difícil librarse de él. De hecho, Zen estaba un poco ofendido porque un tipo de tercera categoría había sido seleccionado para seguirle. Era evidente que no inspiraba respeto ni a sus enemigos.

El sendero desembocaba en un valle llano situado entre antiguos bloques de ladrillo que surgían de la hierba cual afilados salientes de piedra. Las vallas y los carteles que las autoridades habían puesto en la zona imponían cierto orden superficial en la caótica topografía de la colina, pero solo conseguían que los numerosísimos accidentes del terreno fueran del todo incomprensibles. Nada era lo que parecía, ya que todo había sido reciclado y canibalizado tantas veces que ni siquiera los expertos conocían los verdaderos nombres y funciones de las cosas. A pesar de que no era arqueólogo, Zen conocía al dedillo la mayoría de los lugares ocultos del Palatino gracias al caso de Angela Barili.

Angela Barili, una joven de dieciocho años de edad, hija de uno de los joyeros

más importantes de Roma, había sido secuestrada en 1975. Después de varios meses de negociaciones y una oportunidad decisiva desperdiciada, los secuestradores habían interrumpido todo contacto. Sumidos en la desesperación, los Barili recurrieron a lo sobrenatural y contrataron a una vidente de Turín que afirmaba haber conducido a la policía hasta otras tres personas secuestradas. La médium comunicó a la madre de Angela que los secuestradores ocultaban a su hija en una celda subterránea, en algún lugar de la enorme red de habitaciones y pasadizos que había en los sótanos del Palacio Imperial, en el corazón del Palatino.

A pesar de lo inverosímil de esta afirmación, el poder político que ostentaba la familia fue suficiente para convencer a Zen, que dirigía la investigación, de que tendría que perder tres días peinando la zona. En efecto, el cadáver de Angela Barili fue hallado un año después en una pequeña zanja de cemento situada debajo de un garaje del barrio periférico de Primavalle, donde había permanecido oculta durante su secuestro, pero Zen no había olvidado los tres días que había pasado explorando el panel de cavernas, túneles, cisternas y bodegas que se extendía bajo la superficie del Palatino. Era una zona con tantas posibilidades que Zen simplemente se perdió en las matemáticas y dejó que su sucesor resolviera una ecuación con demasiadas incógnitas.

Cuando llegó a la extensión plana de la cima del monte, Zen dobló a la izquierda para ocultarse detrás de un alto muro de piedra que delimitaba el terreno de una iglesia, y esperó a que apareciera Cazadora de Cuero para sorprenderle. No había nadie; tan solo se oía a lo lejos el zumbido del helicóptero, que se había desplazado ahora hacia el este para sobrevolar el grupo de hospitales situados en las cercanías de San Giovanni in Laterano. Sin duda estaban trasladando a un delincuente peligroso desde la prisión de Regina Coeli al hospital, y el helicóptero era el encargado de vigilar la operación desde el cielo para evitar cualquier tentativa de huida.

Se aproximaban pasos rápidos, casi a la carrera. En el último momento, Zen salió de detrás del muro.

—¡Perdón!

—¡Lo siento!

El choque no había tenido ninguna importancia, pero el rostro del joven de la cazadora de cuero había adquirido una expresión de terrible desconcierto, tal como había pretendido Zen. En aquel momento, su aire de superioridad y dureza se había desvanecido como el encanto de una actriz cuando la enfocan desde el ángulo equivocado. A pesar de la barba incipiente, que se debía sin duda a que lo último que hacía por las noches era afeitarse, tenía piel de bebé, y sus ojos eran débiles y de mirada evasiva.

—Es lo que suele pasar —comentó Zen.

El hombre se le quedó mirando extrañado.

—Quiero decir, cuando no hay nadie —aclaró Zen—. ¿No se ha dado cuenta? Se puede caminar en plena Stazione Termini a una hora punta sin ni siquiera rozar a

nadie, pero viene uno aquí de paseo y siempre acaba chocando con la única persona que hay en todo el lugar.

El hombre farfulló algo ininteligible y se alejó. Zen echó a andar en la dirección contraria. El encontronazo no solo había alarmado a Cazadora de Cuero, sino que haría imposible que cualquier contacto ulterior pudiese parecer casual. Este impedimento obligaría al hombre a mantener una distancia mayor, y, por lo tanto, daría a Zen el margen que necesitaba.

Emprendió la marcha por unos caminos de grava que corrían sinuosos por entre restos de muros de ladrillos de varios metros de grosor. Por todas partes yacían esparcidos fragmentos de mármol como si de juguetes desdeñados se tratara. Entre las ruinas se alzaban algunos pinos aislados, cuyos troncos altos y erguidos servían en la copa de vigas para sostener el amplio toldo verde. Aquí y allá, las excavaciones habían arrancado el suelo para mostrar retazos del paisaje subterráneo de la zona. Cercadas por alambradas y cubiertas por tejados ondulados e inclinados, las excavaciones parecían los refugios de una tribu del futuro que cerrara el ciclo de la larga historia del monte en las eternas tinieblas de un invierno nuclear.

Una hilera de pinos dividía aquella zona de un jardín surcado por avenidas rodeadas de setos espesos. Protegido por la espesura de los árboles de hoja perenne y los arbustos, Zen pudo recorrer con rapidez el sendero que conducía a una zona del jardín en la que se veían más senderos de grava, un pabellón semiderruido y una terraza con vistas al Foro. Se oía el chapoteo de una fuente, pinceladas de brillante color naranja asomaban por entre el verdor, y había senderos que se alejaban en todas direcciones. En el centro, unos escalones descendían hasta un pasadizo subterráneo que llevaba al lugar del que había venido Zen. El corredor, apenas iluminado por unas bombillas colocadas bajo el techo abovedado, parecía hacerse más largo a medida que Zen lo recorría apresuradamente. Las paredes de yeso estaban cubiertas de telarañas del espesor de un pañuelo, que se agitaban movidas por la fría corriente de aire.

El pasadizo desembocaba en otro tramo de escalones que conducía a las ruinas de ladrillos y a los senderos de grava por los que Zen había pasado antes. Echó a andar con paso cauteloso hacia el Palacio Imperial, procurando mantenerse oculto tras los fragmentos de pared. La entrada estaba exactamente en el lugar en el que la recordaba, y daba paso a un patio que se utilizaba para almacenar montones de fragmentos de mármol informes. En teoría, la entrada debía mantenerse cerrada, pero una de las cosas que Zen había descubierto durante la fallida búsqueda de Angeli Barili era que de día la dejaban abierta porque los obreros la utilizaban como atajo. Zen hizo caso omiso del cartel que rezaba «Prohibido el paso a toda persona no autorizada» y atravesó el patio hasta llegar a un pasillo que empezaba en la parte trasera. A su izquierda se veía una puerta de fabricación moderna que llevaba al interior del museo. Zen se alejó en la dirección opuesta y bajó una antigua escalera de metal que conducía a las entrañas del monte.

Al principio, la escalera horadaba un canal excavado en la sólida pared de ladrillos del palacio. A medida que Zen avanzaba, la luz procedente de la superficie se debilitaba, mientras que la oscuridad que se extendía bajo él se hacía más intensa. De pronto llegó a un enorme espacio subterráneo, donde la escalera se interrumpía bruscamente, engullida por la estructura de ladrillos. Las otras paredes parecían increíblemente lejanas, simples sombras en la distancia, presencias insinuadas por la débil luz que llegaba desde la superficie, sombras que oscurecían el lugar sumergiéndolo en una espesa niebla. Zen se aferró a la barandilla mientras le acometía una terrible sensación de vértigo. En su cabeza todo se había vuelto del revés: el suelo sobre él, la luz debajo.

Zen descendió con lentitud por la escalera en zig zag entre estratos de oscuridad cavernosa. El suelo no era más que una extensión de tierra apisonada, iluminada por rayos de luz procedentes de las grandes aberturas rectangulares que daban al patio subterráneo del corazón del palacio. Zen atravesó el lugar con los ojos vueltos hacia las altas galerías, donde tres turistas leían una guía en voz alta. En el lado opuesto de la enorme estancia había una abertura en la pared de ladrillos. La abertura daba a un tenebroso pasillo que pasaba por una serie de estrechos espacios sumidos en las sombras y desembocaba en una enorme arena consistente en hileras de columnas semiderruidas que flanqueaban una gran extensión de hierba.

Zen tomó asiento en una de las columnas rotas, donde no podía ser visto desde el sendero, y encendió un cigarrillo. En la base de la columna yacía un enorme cono de pino, cuyas costras estaban vueltas hacia atrás como las garras de un gato gigantesco. Corría apenas una ligera brisa, la luz era pálida y suave, como si también fuera antigua. Las figuras de cerillas del reloj de Zen proseguían su complicado *ballet*, pero los movimientos resultantes parecían ahora carentes de sentido. En aquellos instantes, la única medida real del tiempo era el cigarrillo de Zen, que se consumía humeante entre los dedos de Zen, así como el hilo de sus pensamientos.

¿Para quién trabajaría Cazadora de Cuero? Hasta entonces, Zen había pensado que debía guardar alguna relación con el intento de irrumpir en su piso y con el sobre lleno de perdigones que habían dejado allí, pero después de reflexionar con calma, había rechazado tal posibilidad. Cazadora de Cuero no parecía lo suficientemente amenazador como para intentar asustar a Zen con los mismos mensajes que había recibido Giulio Bertolini antes de su muerte. Era demasiado poco cuidadoso. No, Zen estaba seguro de que el hombre no estaba metido en una venganza personal. Se había metido en aquello por dinero; no era más que un empleado de poca monta contratado por horas para vigilar los movimientos de Zen. Pero ¿quién le había contratado? Cuanto más pensaba en ello, más significativo le parecía que Cazadora de Cuero hubiera hecho su primera aparición poco después de que Zen abandonara el Palazzo Sisti.

El único rasgo sorprendente de esta posibilidad era que hubieran elegido a un hombre tan insignificante para seguirle, pero eso, sin duda, se debía a que Lino era el

encargado del departamento. Tal vez incluso preferían que Zen supiera que le vigilaban. Al fin y al cabo, él trabajaba para ellos. ¿Por qué no iban a vigilarlo? ¿Por qué razón iban a confiar en él?

Después de hacerse estas preguntas se dio cuenta de que no eran retóricas. «Después de que nos pusieran al corriente de su éxito en el caso Miletta», había dicho el joven «los hechos hablaban por sí solos». Pero ¿quién les había hablado de este «éxito»? Probablemente, uno de los «contactos en el Ministerio» que el joven había mencionado con anterioridad. «Hemos sido defraudados por otras personas en el pasado, personas que nos habían prometido esto y lo de más allá, y después no podían cumplir sus promesas. Hace tan solo unos días pedimos a nuestro hombre que nos consiguiera una copia de la cinta que contiene las imágenes de los asesinatos de Villa Burolo. Ya ve que es una petición bastante sencilla, ¿no? Pues ni siquiera esto pudo hacer nuestro hombre. Y no era la primera vez que nos fallaba».

Zen miró hacia arriba con un sobresalto. Las paredes de piedra parecían haberse aproximado a él como si intentaran acorralarlo. El día anterior se había preguntado por qué Vincenzo Fabri se habría inventado aquella historia absurda de que Burolo no era el blanco del asesino, sino que los asesinatos habían sido en realidad un golpe de la Mafia contra el arquitecto Vianello. La respuesta, claro está, era que se trataba de un intento chapucero de apartar las sospechas que habían recaído sobre Renato Favelloni. La misión asignada a Fabri en Cerdeña había sido dispuesta de un modo nominal en nombre de la Policía Criminal. Su verdadero cliente había sido *l'onorevole*. ¡Y él la había pifiado! Por esa razón no habían ofrecido a Fabri la oportunidad de explotar la nueva prueba relacionada con la verdadera identidad de Furio Pizzoni. Era una oportunidad demasiado valiosa, y el Palazzo Sisti no podía permitirse desaprovecharla por culpa de una persona en la que ya no confiaba. Así pues, habían recurrido a Zen, cuyo informe «hablaba por sí mismo». Pero lo que ocurría es que no era así, ya que alguien había hablado antes por el informe. Alguien había señalado al Palazzo Sisti el éxito que Zen había obtenido en el caso Miletta, y les había sugerido que este manipulador sin escrúpulos de pruebas y testigos podría ser el hombre idóneo para deshacer el entuerto del caso Burolo. Y ese alguien, por supuesto, no podía ser otro que el «hombre en el Ministerio» del Partido, es decir, el propio Vincenzo Fabri.

Zen encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior, un hábito que en circunstancias normales hubiera condenado, pero la normalidad se estaba desmoronando por momentos. Vincenzo Fabri había recomendado a Zen a sus jefes, señalándole como el caballero andante que salvaría a Renato Favelloni de la cárcel y a *l'onorevole* de caer en desgracia. Y al hacerlo no solo había concedido a su peor enemigo la posibilidad de triunfar, sino que le había concedido esa oportunidad en el mismo caso en el que él mismo había fracasado de un modo humillante poco tiempo atrás. ¿Por qué había hecho una cosa así?

La única respuesta posible era que Fabri sabía que Zen no iba a triunfar. Lejos de

hacer un favor a su enemigo, Fabri le había tendido una trampa que solo tenía dos salidas, cada una de las cuales significaba el fin para Zen. Si Aurelio no actuaba según los deseos del Palazzo Sisti, lo trasladarían a una ciudad en la que podrían acabar con él sin llamar la atención. Si, por otro lado, conseguía que el juicio contra Renato Favelloni fuera aplazado, Fabri le delataría y lograría que Zen fuese detenido por conspiración para obstruir el procedimiento de la justicia. Así pues, si sus nuevos amigos no le atrapaban, entonces lo atraparía su viejo enemigo.

El sol ya había desaparecido detrás de los pinos, cuyo follaje apenas asomaba por el extremo opuesto del estadio. De pronto se dejó sentir el frío de la brisa. Ya era hora de marcharse. Lo más probable era que Cazadora de Cuero hubiese abandonado la búsqueda y le esperara cerca de la entrada de la Via dei Fori Imperiali.

Zen se levantó y emprendió el regreso entre las ruinas del lado opuesto. Por una escalera de ladrillos y un sendero tortuoso llegó al camino flanqueado de pinos que conducía a la salida de la Via de San Gregorio. El olor a verano, a savia y a mierda seca llegaba hasta él desde la maleza. No había rastro de Cazadora de Cuero, pero, de todos modos, a Zen bien poco le importaba ya. El hecho de que le siguieran constituía una preocupación menor, al igual que el asunto de la cinta de vídeo perdida. Pensar que aquella misma mañana había elaborado una teoría completísima para explicar la razón por la que Vincenzo Fabri la había solicitado en el Archivo. Ahora ya sabía porqué: en el Palazzo Sisti le habían ordenado que consiguiera una copia. Por lo que hacía al robo, tenía que haber sido obra de un carterista, tal y como Zen había supuesto en un principio. Vincenzo Fabri tenía cosas más importantes en que pensar que en vídeos robados. ¿Acaso no había advertido a De Angelis que se mantuviera alejado de Zen porque estaban intentando ver por dónde lo pillaban? Ahora, el verdadero significado de todo aquello estaba espantosamente claro.

Siempre tuve el carácter del seguidor nato. Como aquellos patos que teníamos. Un zorro mató a la madre y desde entonces los patitos se dedicaban a seguir a todo aquel que llevara las botas de goma verdes, los primeros objetos que habían visto al abrir los ojos. Si las botas hubieran andado solas, habrían seguido las botas, o un poco de basura traído por el viento, cualquier cosa que hubiera estado allí en el momento en que la oscuridad se abrió y desapareció. Incluso al zorro que había matado a su madre.

Lo puedo ver, de pie ante mí, a contraluz, rodeado por toda la fuerza de la luz. Ven conmigo, me dijo. No puedo, contesté, no debo. Era como si todo aquello ya hubiera sucedido con anterioridad. ¿De dónde vienen esos recuerdos y esos sueños? Deben pertenecer a otra persona. Antes de la oscuridad no había nada. ¿Y cómo podría haber habido otra cosa? De la oscuridad venimos y a la oscuridad volveremos. No hay nada más.

Todo va bien, dijo, soy policía. Ven conmigo. Hice lo que me ordenaba. De todas formas, me habría llevado con él, aunque fuera a la fuerza.

La luz era tan intensa que tuve que cerrar los ojos. Cuando los volví a abrir había hombres por todas partes, corrían, se gritaban, entraban en manadas y sus ojos se movían por doquier como guadañas. Se turnaban para contarme mentiras y llenarme de inquietud. Todo había sido un error. Yo no había hecho nada malo; todo era un error, un escándalo, un crimen sobrecogedor, trágico. Cuando intenté decir algo mi voz me sorprendió; era el croar de un cuerno que atravesaba mi cuerpo, un sonido que no tenía nada que ver conmigo. Después de aquello permanecí en silencio. No tenía ningún sentido intentar resistirse. Eran demasiado fuertes, y sus deseos, demasiado acuciantes. Sabía que tarde o temprano conseguirían lo que se proponían.

Al final se cansaron y me dejaron marchar. Eres libre, me dijeron. Como buen seguidor, les creí. Creía que podría regresar como si no hubiera pasado nada, ¡como si todo aquello no hubiera sido más que un sueño!

JUEVES, 17:20-19:10

C AÍA la noche cuando el metro de color azul y gris emergió de los túneles subterráneos para detenerse en la parada de Pirámide. Zen subió las anchas escaleras y pasó junto a un mural fascista que representaba el ejército, la familia y los trabajadores.

Al salir a la calle, Zen comprobó que los estorninos de la ciudad eran presa de la demencia que se apodera de ellos cuando cambia la luz. En aquellos momentos habían convertido los árboles en altavoces que trasmitían sus galimatías y de vez en cuando levantaban el vuelo para volar en círculos por el cielo oscuro como fragmentos de basura azotados por el viento. En la plaza, las relucientes vías de los tranvías se cruzaban una y otra vez, formando complicadas muestras y partiendo después en todas direcciones, para desaparecer bruscamente unos metros más adelante debajo de una capa de asfalto o precipitarse de cabeza en una isleta.

En lugar de dirigirse a los semáforos de la Via Ostiense, Zen bajó a la calzada desafiando a los vehículos procedentes de todas partes que convergían en la plaza. Tal vez los estorninos sacaron su idea de aquí, pensó Zen. Tal vez su frenético vuelo en bandadas no fuera más que una imitación de los patrones de comportamiento de la forma de vida dominante. Pero aquella noche el tráfico no le molestaba. Era tan inmune a los accidentes como un preso condenado a muerte. El tráfico fluía a su alrededor respetando su seguridad en sí mismo y llevándole sano y salvo hasta el lado opuesto de la plaza, al pie de la pirámide de mármol.

El modo más rápido de llegar al lugar al que iba era atravesar la Porta San Paolo y tomar la Via Marmorata. Pero dado que estaba muy cerca de su destino, renació en él el temor a que le siguieran, de modo que en lugar de tomar la concurrida calle principal, optó por la calle pequeña y tranquila flanqueada por las murallas de la ciudad, por un lado, y monótonos bloques de pisos, por el otro. No se veía un alma aparte de unas cuantas prostitutas que se dedicaban a delimitar sus territorios en las franjas de césped y arbustos que mediaban entre la calle y la muralla. Dobló a la derecha, atravesó uno de los arcos abiertos en la muralla, luego dobló a la izquierda y rodeó el montículo que daba nombre al distrito de Testaccio. Al pie de la colina se veía una hilera de barracas bajas, achaparradas, construidas en forma de orinal y custodiadas por feroces perros. Aquí se trabajaban y se pintaban chapas, se reparaban carrocerías y se cambiaban números de serie. Cuando Zen trabajaba en la Questura, aquella había sido una de las zonas de la ciudad más importantes en lo concerniente al reciclaje de vehículos robados.

El otro gran negocio del distrito había sido el asesinato, pero aquello había terminado con el cierre del complejo de mataderos situado entre la colina de Testaccio y el río. Los asesinatos que se cometían en la actualidad se relacionaban

con las actividades secundarias que desarrollaban algunos de los vecinos del barrio, actividades de las que el comercio de coches de ocasión no era más que un ejemplo. Por lo que hacía al matadero, se había convertido en la meca de aspirantes a *yuppie* como Vincenzo Fabri, que acudían en masa a bordo de sus Mercedes o sus BMW para aprender el arte de sentarse sobre un caballo. En el lado opuesto habían surgido unos cuantos clubs nocturnos de lujo, frecuentados por los jóvenes bien de Roma que gustaban de ir a los barrios bajos sin correr riesgos.

Zen caminó junto a las paredes color sangre de buey del matadero hasta llegar a la parrilla de calles que empezaba en la parte trasera. A pesar de que Testaccio no era un barrio más bonito que aquel en el que vivían Tania y su marido, lo cierto es que era diferente. En primer lugar, tenía historia, dos mil años de una historia que se remontaba a la época en que la zona había sido el puerto de Roma y en que la colina que se levantaba ahora en el centro había sido construida poco a poco a base de fragmentos de ánforas que se rompían durante el transporte o el manejo. Los bloques cuadrados de viviendas, construidos en el cambio de siglo, no eran más que la última expresión de su esencia arenosa y carente de sentido. El más ligero cambio en el panorama económico haría desaparecer los barrios periféricos de la ciudad como si nunca hubieran existido, pero el barrio de Testaccio permanecería inalterable, instalado en la garganta de Roma como un hueso.

Ya había caído la noche. La calle estaba pobremente iluminada por bombillas suspendidas en cables tendidos de un bloque de pisos a otro. Las hileras de persianas pintadas del sempiterno color verde interrumpían la monotonía de las altas paredes del edificio. En aquella zona, en la que los coches eran más un bien de cambio que un símbolo de los ingresos de sus propietarios, todavía era posible aparcar junto a los bordillos y dejar las aceras para los peatones. Zen caminaba con paso sereno, ni demasiado rápido ni demasiado lento, y no mostraba ningún interés por lo que le rodeaba. Estaba en territorio enemigo, y tenía razones específicas para evitar llamar la atención. Después de un cruce de calles divisó el lugar que buscaba, un conjunto de comercios que incluía una carnicería, una barbería, un colmado y una tienda de pinturas al por mayor. Entre la barbería y la carnicería estaba el Bar Rally.

Hacía años que Zen no ponía el pie allí, pero en cuanto entró en el bar se dio cuenta de que nada había cambiado. Las paredes y el techo alto estaban pintados con el mismo tono marrón indefinible, y de las primeras seguían colgando enormes fotografías de motociclismo y del equipo de fútbol de la Juventus, así como carteles que exhibían las diferentes clases de helados que contenía el congelador instalado en el extremo de la barra. Dos tubos de neón sostenidos por cadenas suspendidas del techo despedían una luz fría, que las baldosas pulidas del suelo reflejaban con furiosa intensidad. Detrás de la barra, en la pared, había un calendario distribuido por una empresa de recambios de automóvil, en cuya portada se veía una fotografía en color de un pavo real. Junto al calendario se exhibían la licencia enmarcada del ayuntamiento, una lista de precios, una nota que decía que el día de descanso del

local era el miércoles, publicidad de varias marcas de *amaro* y cerveza y un dibujo de un vagabundo con la leyenda «Siempre hacía descuentos y fiaba a todo el mundo».

Los tres hombres que conversaban en voz baja junto a la barra se interrumpieron bruscamente cuando vieron entrar a Zen. Se encaminó hacia sus miradas silenciosas como si vadeara contra una fuerte corriente.

—Un vaso de cerveza.

El camarero, un hombre enjuto y de rostro chupado, sacó una botella de cerveza del frigorífico, la destapó y llenó un vaso grueso, recién lavado, húmedo y lleno de rasguños. En el fondo del vaso, unos cuantos centímetros de cerveza quedaron atrapados bajo una capa de burbujas tan espesa que podría haber pasado por espuma de afeitar.

El barman cogió un ejemplar de *La Gazzetta dello Sport*. Los otros parroquianos volvieron la mirada hacia sus tazas de café vacías y las botellas de licores medio llenas que se agolpaban en los estantes de vidrio. Sobre la barra se veía un reloj, el orgullo del local, cuya esfera consistía en un plato de porcelana con una lista en la que se comunicaba la cantidad de tiempo que el propietario estaba dispuesto a dedicar a recaudadores de impuestos, parientes ricos, vendedores a domicilio, amas de casa sensuales y demás. No había ninguna referencia a los policías de paisano que no estuvieran de servicio.

Zen se sirvió con cuidado el resto de la cerveza intentando mantener la espuma a raya. Se bebió la mitad del contenido del vaso y a continuación encendió un cigarrillo.

—¿Ha venido Fausto esta noche?

La manecilla de los segundos describió casi una vuelta entera sobre el plato de porcelana antes de que el camarero se volviera suavemente para encararse con Zen como si tuviera ruedecillas en los pies.

—¿Qué?

Zen le miró a los ojos sin decir nada. Al cabo de unos instantes, el camarero giró de nuevo sobre sus talones y volvió a enfrascarse en la lectura del periódico. La manecilla de los segundos pasó por «suegras», «la rubia de al lado» y volvió a su posición inicial.

—Esta cerveza sabe a meados —dijo Zen.

El periódico de color rosa descendió con lentitud.

—¿Y qué quiere que haga yo? —inquirió el camarero en tono amenazador.

—Deme otra.

El camarero se balanceó un instante hacia adelante y hacia atrás, después abrió con brusquedad la pesada puerta de madera del frigorífico, sacó otra botella, la destapó y la plantó con un golpe sobre el mostrador de zinc. Zen cogió el vaso y la botella y se sentó junto a una de las tres mesas de metal pequeñas, redondas y cubiertas por manteles de plástico a cuadros rojos y azules.

Los otros dos clientes volvieron a la vida como si hubieran estado esperando el

movimiento de Zen. Uno de ellos introdujo unas monedas en la máquina de videojuegos, que le respondió con una ensordecedora salva de gritos y disparos electrónicos. El otro hombre llegó a la mesa de Zen en un par de zancadas. Llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás y sus orejas prominentes parecían dos manos gesticulando. En su frente se veía un gran cardenal inflamado, tenía la nariz rota y alguien le había rajado recientemente la mejilla de arriba a abajo. Conscientes de las terribles cosas que le habían sucedido al resto del rostro, los ojos del hombre se ocultaban en el fondo de unas cuencas profundas y de párpados pesados.

—¿Le importa que me siente? —preguntó mientras lo hacía.

En la pantalla de la máquina de videojuegos, un detective enjuto y enfundado en una gabardina vigilaba una calle de la ciudad sumida en la oscuridad de la noche. Unas figuras amenazadoras y armadas aparecían en las ventanas o surgían inesperadamente de detrás de las paredes. Si el detective apuntaba bien, las figuras caían en medio de un charco de sangre y el jugador conseguía añadir unos cuantos puntos a su marcador. Pero si fallaba, entonces se escuchaba un grito de mujer y se entreveía la silueta de una víctima semidesnuda de pechos turgentes.

—No he podido evitar oír lo que decía —empezó el nuevo compañero de mesa de Zen.

Zen aplastó el cigarrillo en un cenicero de vidrio que llevaba el nombre, la dirección y el teléfono de un proveedor de carne. *Un producto matado en casa*, rezaba el eslogan. *Los grandes pedidos son nuestra especialidad*.

—Soy amigo de Fausto —prosiguió el hombre—. Por desgracia, está fuera de la ciudad en estos momentos. Tal vez yo podría ayudarle.

Zen movió el cenicero por la mesa como si fuera la ficha de un juego y él todavía no hubiera decidido qué movimiento iba a hacer.

—Eso depende de lo que quiera yo —replicó.

—Y de quién sea.

A fin de que los que no vieran la pantalla no perdieran detalle de los atractivos del juego, los fabricantes de la máquina de videojuegos habían añadido una amplia gama de efectos especiales de sonido que se repetían a intervalos regulares. Uno de aquellos sonidos, una especie de sonrisa electrónica de burla, siempre hacía que el jugador soltara un juramento y golpeará los costados de la máquina con las manos. Al final se alejó de ella enojado, fue a la barra y sacó un billete.

—Dame cinco —ordenó.

El camarero apartó el periódico deportivo de color rosa sin inmutarse por los terribles acontecimientos que se mencionaban en los titulares: «¡¡¡JUVE QUÉ CHASCO!!! ¡¡¡ROMA QUÉ DESASTRE!!!». Arrojó las monedas sobre la limpia superficie de acero. Al cabo de un instante el otro hombre ya estaba de nuevo en otro mundo, mientras sus nalgas se retorcían y se agitaban como si estuviera copulando con la máquina.

—Yo también soy amigo de Fausto —intervino Zen.

El otro arqueó las cejas.

—Qué extraño que no nos hayamos visto antes.

—Fausto tiene un montón de amigos. Y también un montón de enemigos. Tal vez por eso se ha ido de la ciudad.

—No me lo dijo.

—Esa no es forma de tratar a un amigo —comentó Zen.

El camarero apartó de nuevo el periódico y se bajó de la tarima de madera desde la cual dominaba a sus clientes. El hombre, ahora una figura pequeña e insignificante, empezó a moverse inquieto por el local, poniendo sillas y mesas en su lugar y limpiando ceniceros.

—En fin, si veo a Fausto le diré que ha preguntado usted por él —aseguró el hombre—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Zen anotó su número de teléfono en un papel y se lo entregó al hombre.

—Dígale que me llame esta noche.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¡Por la misma razón por la que se ha ido de la ciudad! Por su salud, su futuro y su tranquilidad de espíritu.

Se levantó y empezó a caminar hacia la puerta.

—Oiga, ¿qué pasa con las cervezas? —exclamó el camarero.

Zen señaló la mesa con el pulgar.

—Invita mi amigo —dijo.

Salió a la calle sin mirar atrás. Tras doblar la primera esquina se ocultó en las sombras proyectadas por una gran camioneta de reparto, sin perder de vista la entrada del Bar Rally. La camioneta despedía un olor dulzón a sangre y a muerte. Era un olor fuera de lo común, distinto a todos los demás. Zen recordó una visita que había hecho a otro matadero en el curso de la investigación de un caso de extorsión; tal vez se tratase incluso del caso Spadola. Había observado cómo punzaban y golpeaban a los animales hasta la muerte, mientras las bestias lanzaban lastimosos chillidos y ponían los ojos en blanco. Los hombres enfundados en monos azules y calzados con botas rojas de goma se tomaban la matanza con buen humor, trabajaban en un ambiente de cordial camaradería, y a la hora de comer volvían a casa, junto a sus mujeres y a sus hijos, y comían músculos dorsales fritos, venas, intestinos y tripas.

Alguien salió del bar y se dirigió directamente al lugar en el que estaba Zen. Este retrocedió hasta la profundidad de las sombras, procurando siempre que la camioneta lo protegiera, y después echó a correr hacia el patio de un bloque de pisos cercano. En el patio se veía una fuente comunitaria flanqueada por palmeras y arbustos de hoja perenne. Un muro coronado por altas rejas de hierro separaba el patio de la calle. Zen se refugió detrás del muro para poder seguir al hombre en cuanto pasara.

Pero el hombre no pasó. Los pasos se aproximaron cada vez más, y entonces el hombre llegó; estaba a un metro de Zen. Atravesó el patio y desapareció por una de las entradas del edificio. Zen le siguió.

En el interior, una estrecha escalera de mármol, con una pesada barandilla de madera sostenida por soportes de hierro forjado, subía hasta un rellano. El hombre ya había desaparecido. Zen se detuvo para escuchar sus pasos en el siguiente tramo de escaleras. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...; una breve pausa cuando alcanzó el rellano. El proceso se repitió dos veces. A continuación se oyó una débil llamada a una puerta, que también se repitió al cabo de unos instantes. El murmullo de voces que siguió se apagó al cerrarse la puerta.

Zen corrió escaleras arriba hasta el segundo piso. Al igual que en los demás rellanos, había dos pisos. Cada puerta llevaba un número, pero no se veía nombre alguno. Zen siguió subiendo, se detuvo en la escalera que conducía al piso siguiente y esperó a que el hombre volviera a salir.

Desde uno de los pisos resonaba la voz de un locutor del noticiero televisivo: «... Al parecer, la investigación ha finalizado. Las autoridades han desmentido que se vaya a producir una nueva ola de detenciones. Hoy, el secretario del Partido Radical ha hablado de la existencia de alternativas a la hipótesis de un atentado terrorista, señalando que el juez Bertolini nunca actuó en casos políticos...».

En el piso superior se abrió una puerta y el resto de la frase del locutor quedó ahogado por unas voces femeninas.

—¡Bueno, adiós!

—¡Adiós! Yo haré la pasta, pero no te olvides de las alcachofas, ¿eh?

—No te preocupes. Y también traeré unos higos si Gabriele encuentra.

—Y un poco de vino bueno tampoco vendría mal.

—Por supuesto.

—Y recuérdale a Stefania que traiga un budín, ¡ya sabes cómo es!

La puerta se cerró. Una mujer ya anciana apareció en las escaleras. Llevaba un abrigo largo confeccionado con una tela oscura, pesada, poco atractiva, rematado con un cuello de piel barata. Sobre los hombros se había echado una bufanda de lana. Se detuvo para mirar a Zen, que estaba apoyado contra la pared.

—Se ha quedado sin aliento, ¿eh? —cacareó.

—Es el corazón. Tengo que andarme con ojo —asintió Zen tristemente.

—¡Exacto! Cualquier precaución es poca. No es que sirva de mucho a la larga. El cuñado de mi hermana, es decir, cuando se casó por segunda vez, con uno de Ascona, aunque ahora viven en Roma porque le dieron un trabajo en la radio, a su marido, quiero decir, bueno, pues se encarga del sonido en los partidos de fútbol.

—¿El cuñado?

—¿Qué? ¡No, el marido! El cuñado no hace nada, eso es lo que le estaba diciendo, simplemente se cayó muerto un buen día. ¿Y sabe lo más curioso?

Desde el segundo piso llegó a sus oídos el sonido de una puerta al abrirse. Zen se volvió para observar. En el umbral de la puerta que había frente a las escaleras, el hombre del Bar Rally asentía con la cabeza y susurraba algo a una persona que estaba en el interior de la vivienda.

—Lo más curioso es —prosiguió la anciana— que aquella misma tarde había ido a Turín a ver a las gemelas de su prima, que habían nacido el fin de semana anterior, y el tren, el que tenía intención de coger, ¿sabe lo que pasó? ¡Descarriló a la entrada de Bolonia! Y había otro tren que venía en dirección contraria y habría chocado con el otro si no hubiera sido porque venía con retraso y tuvieron tiempo de detenerlo. Si no, habría sido un terrible desastre en el que habrían muerto centenares de personas, incluyendo al pobre Carlo, que, como le he dicho, ya estaba muerto. Todo esto es para demostrarle que cuando le llega a uno la hora, no hay nada que hacer.

La puerta del segundo piso se había vuelto a cerrar, y a los oídos de Zen llegaba el eco de los pasos del hombre mientras bajaba por las escaleras y después caminaba por el patio exterior. La anciana volvió a soltar un cacareo y pasó junto a Zen. En cuanto se hubo alejado, Aurelio bajó al rellano del segundo piso y llamó a la puerta con un golpe resuelto y autoritario.

Desde el interior llegó el sonido de pasos apresurados.

—¿Quién es? —preguntó una aguda voz infantil.

—La compañía del gas. Sospechamos que hay un escape en el edificio y he venido a comprobar todos los pisos.

La puerta se abrió los centímetros que permitía la cadena. Parecía que allí no había nadie.

—Déjeme ver su identificación.

Zen bajó la vista y por fin vio una cara pequeña y un par de ojos que le miraban sin pestañear. Sacó su placa de identificación y la pasó por la estrecha abertura.

—Enséñale esto a tu padre.

Los ojos le miraron con suspicacia. Aquella niña no tendría más de siete u ocho años. Intentó cerrar la puerta, pero Zen bloqueaba la abertura con el pie.

La niña se alejó, sosteniendo la tarjeta entre el dedo índice y el pulgar como si se tratara de algo peligroso o repugnante. Al cabo de unos instantes apareció una niña aún más pequeña, que se detuvo a cierta distancia de la puerta mientras observaba fascinada a Zen.

Zen le dedicó una sonrisa.

—Hola.

—¿Has venido a matar a mi papá? —preguntó la niña con prontitud.

Antes de que Zen pudiera responder, la niña se apartó al oír una voz de hombre.

—Hola, Fausto —saludó Zen—. Cuánto tiempo.

En la abertura de la puerta apareció una figura no mucho mayor que las de las niñas.

—¡Dottore! —exclamó una voz profunda—. Qué honor. Es un verdadero placer. ¿Ha venido solo?

—Completamente solo.

—Tendrá que quitar el pie, si no no podré abrir la cadena.

—Solo quería pedirte un pequeño favor, Fausto. Tal vez yo pueda hacerte uno a

cambio.

—¡Saque el maldito pie de ahí!

Zen obedeció. Se oyó un chasquido metálico, la puerta se abrió de golpe, una mano tiró de Zen hacia el interior y la puerta se cerró de nuevo.

—Por favor, disculpe mi lenguaje, *dottore*. Es que estoy un poco nervioso en estos momentos.

Fausto era un hombre bajo y enclenque, cuyo cuerpo mostraba la delgadez que traiciona una infancia marcada por la malnutrición. Su cara estaba surcada por una cicatriz que le partía en dos el labio superior. Aseguraba que se la había hecho en una pelea a navajazos, pero Zen estaba seguro de que era la consecuencia de una operación chapucera de palatosquisis.

Como compensación por los rigores que había sufrido de niño, el tiempo apenas había pasado por Fausto. El hecho de que hubiera sobrevivido ya era de por sí un milagro si se tenía en cuenta la cantidad de hombres a los que había traicionado. Los servicios que Fausto Areu ti había prestado a la policía habían conducido a Zen directamente a uno de los mayores éxitos conseguidos a lo largo de su estancia en la Questura de Roma: el desmantelamiento de una red especializada en secuestros y extorsiones encabezada por un *playboy* llamado Francesco Fortuzzi. Arcuti había trabajado desde el interior de la organización y había obtenido y pasado información hasta el último momento. Cuando la policía intervino, le habían permitido escurrirse por un agujero practicado en la red, junto con unos cuantos personajes sin importancia, que jamás se dieron cuenta de que se habían librado de una buena gracias a que Zen cubría las espaldas de Fausto. Las perspectivas de un confidente no eran muy halagadoras. Una vez había vendido su alma a las autoridades, estas siempre podían amenazarlo con delatarle si se negaba a colaborar otra vez, y los riesgos de esta colaboración aumentaban en proporción con los éxitos que obtenía la policía. Tarde o temprano, los criminales descubrían quién era el responsable. Sin embargo, Fausto había conseguido sobrevivir contra todo pronóstico.

—Entre —invitó mientras conducía a Zen al interior del piso—. ¡Es un verdadero placer tenerlo aquí! ¡Y tan inesperado! Maria, tráenos algo de beber. Los demás, largo de aquí.

El piso consistía en dos habitaciones pobremente iluminadas por bombillas de alto voltaje. Unos cuantos muebles estaban esparcidos por la estancia, como refugiados que estuvieran de paso. Las paredes estaban cubiertas de imágenes de la Virgen, el Cristo Redentor y diferentes santos. Sobre el televisor se veía un enorme cuadro tridimensional de la Crucifixión. Si uno movía la cabeza, los ojos de Jesucristo se cerraban y sus heridas empezaban a sangrar.

—¡Siéntese, *dottore*, siéntese! —exclamó Arcuti al tiempo que apartaba del sofá juguetes y ropa—. Perdone el desorden. La mujer trabaja todo el día, así que nunca podemos tener la casa ordenada.

La mayor de las niñas entró con una botella de *amaro* y dos vasos.

—Preferiría que fuéramos al bar —dijo Arcuti mientras le servía—, pero tal como está el patio...

—Vengo de allí —repuso Zen.

—Supongo que ha seguido a Mario.

—Si es así como se llama. El de las orejas de Mickey Mouse.

Arcuti hizo un vago gesto de asentimiento.

—Listo a medias, así es Mario. No hay problema cuando son listos, y tampoco cuando son tontos. Los que te matan son los del medio.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —murmuró Zen.

—Es ese asunto de Parrucci —respondió Arcuti exhalando un suspiro—. Nos tiene a todos acojonados.

—¿Parrucci? —Zen frunció el entrecejo; el nombre no le decía nada.

—No creo que haya oído nada de eso. No tiene por qué. No trabajaba para usted; de hecho, no trabajaba para nadie, ese es el problema. Hace años que lo dejó. Claro que en este negocio nunca te retiras del todo, pero Parrucci lo había dejado hacía tanto tiempo que seguramente creía que ya estaba a salvo. Nadie sabía siquiera que había estado metido en eso hasta que ocurrió.

El confidente apuró su vaso de un solo trago y se sirvió otro.

—Lo averiguamos por el modo en que lo hicieron. Así que empezamos a preguntar por ahí, y resulta que Parrucci había sido uno de los confidentes más importantes de la zona norte. Pero lo había dejado. Quería establecerse en algún sitio y criar a sus hijos como cualquier padre. Supongo que es por eso que lo trincaron.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si atrapan a uno que todavía está en activo, entonces parece una venganza personal. Los que no están metidos en el ajo no se enteran. Pero una cosa así es una advertencia para todos. Una vez que has trabajado de confidente ya estás marcado para siempre. Te atraparemos, aunque nos lleve años, eso es lo que están diciendo.

Zen encendió un cigarrillo. Sabía que estaba fumando demasiado, pero no era el momento de preocuparse por eso.

—¿Qué le hicieron? —preguntó.

Arcuti sacudió la cabeza.

—No quiero ni pensarlo.

Sentado en el borde de la raída butaca, Fausto mantuvo la vista clavada en la alfombra durante unos instantes. Después sacó un cigarrillo del paquete que yacía junto a él y lo encendió lanzando a Zen una mirada desafiante.

—¿De verdad quiere saberlo? Muy bien, se lo diré. En la jerga, si un hombre tiene mucho empuje y mucha energía, se dice que tiene fuego en la barriga. Eso está muy bien, a menos que tengas demasiado, a menos que te saltes las reglas y empieces a jugar por tu propia cuenta. Lo que hacían en el sur con los traidores era lo siguiente: cogían una sartén grande de hierro y en el interior hacían un fuego de carbón vegetal.

Luego cogían al pobre diablo, lo tendían de espaldas, lo ataban, le ponían la sartén sobre el estómago y después avivaban el fuego con el fuelle hasta que el metal se ponía al rojo vivo. La sartén se iba metiendo en el estómago del hombre por su propio peso. Aquello podía durar horas; dependía de cuánto rato usaran el fuelle.

—¿Y eso es lo que le hicieron a Parrucci?

—No exactamente. Ese es el método tradicional, pero ya sabe cómo son las cosas hoy en día; la gente no quiere tomarse ninguna molestia. A Parrucci lo sacaron de su casa y lo llevaron al campo, a algún lugar cerca de Viterbo. Irrumpieron en una casa de veraneo, lo desnudaron, lo tendieron sobre las placas eléctricas de la cocina con las muñecas y los tobillos atados y después encendieron las placas.

—Dios mío.

Arcuti apuró su segundo vaso de *amaro* entre dos caladas frenéticas.

—Ahora entiende por qué estoy nervioso, ¿verdad, doctor? ¡Porque yo podría ser el siguiente de la lista!

—¿Cómo sabes que pasará más veces?

—Porque nadie se ha hecho responsable. Normalmente, cuando pasa algo así, te enteras de quién lo ha hecho y por qué. ¡Ya se aseguran ellos de que te enteres! Ahí está la gracia. Pero esta vez nadie ha dicho nada. Y la única razón es que todavía no han terminado el trabajo.

Zen miró el reloj, y se sobresaltó al ver que ya eran casi las seis menos diez. A las seis, Maria Grazia se iría a casa y a partir de entonces su madre se quedaría sola en el piso.

Fausto Arcuti había observado el gesto de Zen.

—En fin, ya está bien de hablar de mis problemas. ¿Qué puedo hacer por usted, *dottore*?

—Se trata de tomar prestado un coche, Fausto.

—¿Algún modelo en especial?

—Algo más bien elegante, si puede ser. Pero lo más importante es que esté registrado en Suiza. Tiene que tener matrícula suiza —se corrigió Zen.

Arcuti dio una última chupada a su cigarrillo y dejó que se apagara en el vaso casi vacío de *amaro*.

—¿Para cuántos días lo necesita?

—Más o menos una semana.

—¿Y después de eso, estará, esto, metido en algo...?

Zen le lanzó una mirada dolida.

—Fausto, si quisiera hacer algo ilegal, utilizaría un coche de policía.

Arcuti le dedicó una débil sonrisa.

—¿Y para cuándo lo necesita?

—Para mañana, si pudiera ser, pero no creo que haya muchas posibilidades, ¿no? El confidente se encogió de hombros.

—¿Y por qué no, *dottore*? ¡Está haciendo negocios con la Italia que trabaja!

Puede que esté encerrado en este agujero piojoso, podrido y apestoso, pero todavía tengo mis contactos.

Sacó el papel que Zen había entregado a Mario en el bar.

—¿Puedo localizarlo en este número?

—Por las noches. Durante el día estoy en el Ministerio.

—¿En qué departamento?

—Policía Criminal.

Arcuti lanzó un silbido de admiración.

—¡Felicidades! Bueno, si consigo algo le llamaré mañana por la mañana. No diré ningún nombre. Solo diré que quiero confirmar nuestra cita para comer. Habrá un mensaje para usted en el bar.

—Gracias, Fausto. A cambio del favor intentaré averiguar algo más sobre el asunto de Parrucci.

—Se lo agradezco, *dottore*. No es solo por mí, aunque este no es el camino que yo hubiera elegido. Pero las niñas... no es bueno dejar que crezcan en estas condiciones.

Zen pasó junto al mercado cerrado y vallado y se dirigió hacia la concurrida Via Marmorata. Estaba bastante satisfecho de cómo habían ido las cosas. La vida de Arcuti podía parecer insignificante, pero para hacer favores y pasar información era único. Y además, Zen sabía que querría contrarrestar la imagen negativa que ofrecía allí encerrado y muerto de miedo en el miserable apartamento.

Ahora, la mayor preocupación de Zen consistía en llegar a casa lo antes posible. Tuvo suerte, ya que en cuanto llegó a la calle principal un taxi se detuvo junto a él. La familia que salió del vehículo parecía lo suficientemente numerosa como para llenar un autobús, y la matriarca de turno seguía empujando a su prole como un mago que sacara conejos de su sombrero. Por fin se terminaron las existencias de hijos, y después de una acalorada discusión sobre extras, descuentos y propinas la familia se alejó en tropel. Zen subió al taxi en todo su solitario esplendor. El coche despedía un olor y un calor tan intensos como el vestuario de un equipo de fútbol. Zen se acomodó en el asiento trasero y ordenó al taxista que lo llevara a su casa.

Zen lanzó un suspiro de alivio al comprobar que el Alfa Romeo rojo no estaba por ninguna parte. Por una vez, el ascensor estaba detenido en la planta baja, así que Zen lo tomó para ir al cuarto piso. Las experiencias del día lo habían dejado terriblemente agotado.

La vio en cuanto abrió la puerta del piso, una tira negra y estrecha, tan fina como una hoja de afeitar que parecía no acabar nunca. Seguía a lo largo de todo el pasillo del piso, reluciente en aquellos tramos en los que la luz procedente del salón se reflejaba sobre ella. Zen se inclinó para cogerla. Estaba fría, era suave y escurridiza.

Caminó lentamente a lo largo del pasillo, recogiendo la delgada cinta a medida que avanzaba. Cuando llegó a la puerta acristalada del salón, llegó a sus oídos la música procedente del televisor, como para indicarle que su madre estaba sana y

salva, y vio los ojos de ella brillar al son del juego de luz y sombras de la pantalla. A continuación recorrió la habitación con una mirada extrañada, incrédula. La cinta se extendía en completo desorden por toda la habitación, enrollada en el sofá, en las sillas, en las patas de los muebles y sobre la mesa. En el centro de esta yacía una pequeña caja rectangular de la que salía cinta como a borbotones. Zen la cogió. «*Ministerio del Interior*», leyó. «*Número de índice 46429 BUR 433/K/95*».

—¿Qué te pasa hoy? —le reprimió su madre—. Hace siglos que te he pedido que me traigas una manzanilla y ni siquiera te has molestado en contestar.

Zen se incorporó lentamente sin apartar la vista de ella.

—Pero, mamá, si acabo de llegar a casa.

—¡No digas tonterías! ¿Es que te crees que no te he visto? ¡Puedo ser vieja, pero no lo suficiente para no reconocer a mi propio hijo! Además, quién si no podría estar en casa después de marcharse Maria Grazia, ¿eh?

Un terrible estremecimiento recorrió el cuerpo de Zen de los pies a la cabeza.

—Lo siento, mamá.

—¡Ni siquiera has tenido la decencia de contestarme cuando te he hablado! Siempre me traes una manzanilla antes de que empiece *Dinastía*, ya lo sabes. Pero hoy estabas demasiado ocupado esparciendo ese lazo o esa cuerda, o lo que sea, por todo el piso.

—Ahora mismo lo recojo todo —murmuró Zen.

Pero no lo hizo, ya que en aquel momento oyó un ruido procedente del recibidor y recordó que había dejado la puerta del piso abierta de para en par.

Entre los muebles amontonados en el recibidor había un armario ropero con espejos de cuerpo entero en las puertas, que en aquel instante reflejaban la imagen del espacio que mediaba entre la puerta del piso y la puerta acristalada del salón. Así pues, antes de llegar al recibidor, Zen vio que una silueta que se recortaba contra la luz del rellano bloqueaba la entrada del piso. Al cabo de una fracción de segundo la luz del rellano se apagó y todo quedó a oscuras.

—¿Aurelio? —preguntó una voz desde las tinieblas.

Zen recobró el aliento. Buscó a tientas el interruptor de la luz y la encendió.

—Gilberto —gruñó—. Entra y cierra la puerta.

¿Qué es lo peor, lo más obsceno y repugnante que una persona puede hacerle a otra? ¡Vamos, estrújate el cerebro! ¡Da rienda suelta a tu imaginación! (A menudo me decía a mí mismo estas cosas cuando vagabundeaba de acá para allá).

¿Y bien? ¿Eso es todo? ¡Pues a mí se me ocurren cosas bastante peores! He hecho cosas bastante peores. Pero dejemos de lado tu imaginación de segunda mano. Porque no importa lo que tú o cualquier otra persona invente; una cosa es bien cierta: seguro que ha ocurrido. Y no solo una vez, sino muchísimas veces.

La cárcel también es una casa de tortura. A nadie le importa lo que pasa ahí dentro.

¿Conoces a Vasco, el herrero? Todo el mundo sigue llamándole el herrero, aunque ahora se dedica a arreglar coches. ¿Qué piensas de él? ¿Que es un tipo constante, un poco obstinado, que se da muchos aires? Una mañana, al pasar por su taller, lo vi agarrar a su hija de tres años por el pelo, levantarla, tenerla suspendida unos instantes y después dejarla caer al suelo otra vez. Al cabo de un momento ya estaba trabajando de nuevo, moldeando un tubo metálico mientras la niña lloraba hecha un ovillo en el suelo, porque el mundo que la rodeaba se había hecho pedazos. Yo quería consolarla, decirle que había sido muy afortunada. Lo único que le había hecho su papá había sido levantarla del suelo por los cabellos. Podría haber hecho otras cosas. Podría haberla castigado con el soplete. Podría haberla enterrado viva en el foso de los coches. Podría haber hecho cualquier cosa.

Cualquier cosa.

VIERNES, 11:15-14:20

AUNQUE la sección de archivos presentaba un aspecto algo más animado durante las horas de oficina que a la hora en que Zen había estado allí la última vez, no podía decirse, en modo alguno, que reinara en el lugar una actividad frenética. Era cierto que ahora había cuatro empleados de servicio, pero aquella circunstancia se debía más a los caprichos de algún extraño cupo burocrático que a las verdaderas necesidades de la sección, dirigida casi exclusivamente por un solo hombre. El empleado en cuestión tenía cara de neurótico, sus movimientos eran bruscos, espasmódicos, y parecía sentirse culpable como el que oculta un secreto vergonzante.

Al contrario que los demás, este empleado no podía pasarse la mañana de charla o leyendo el periódico. Si había algo que hacer, no podía evitar hacerlo, y por ello se había convertido en el hazmerreír de sus compañeros. Le observaban correr de aquí para allá, sacando y entregando los expedientes que le habían pedido, clasificando y colocando los que le habían devuelto, catalogando material nuevo y pasando a máquina las respuestas a las solicitudes. Sus miradas estaban llenas de desdén y de desprecio. Le despreciaban por su debilidad, es decir, por lo mismo por lo que se despreciaba él a sí mismo. ¡Pobre diablo! ¿Qué se puede hacer con personas así? Pero, en fin, para algunas cosas era útil.

Al igual que en su visita anterior, Zen pidió el expediente del caso Spadola. Mientras lo iban a buscar llamó al empleado que había estado de servicio en la primera ocasión.

El hombre levantó la vista del crucigrama que estaba haciendo.

—¿Quiere hablar conmigo? —preguntó en el tono incrédulo de un cirujano al que acaban de interrumpir en plena operación a corazón abierto.

—No, usted quiere hablar conmigo —rectificó Zen sacudiendo la cabeza—. Al menos, eso es lo que me han dicho. Algo acerca de una cinta de vídeo.

Una sonrisa de anticipación afloró a los labios del empleado.

—¡Ah! Así que fue usted, ¿no? ¡Sí, ahora me acuerdo!

Los demás empleados habían interrumpido sus charlas y les observaban con curiosidad. Su compañero se dirigió con paso lánguido hasta el mostrador en el que estaba Zen.

—Pues sí, me temo que hay un pequeño problema con una de las cintas, *dottore*.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Y qué puede ser?

—Bueno, pues podría ser casi cualquier cosa —replicó el empleado haciéndose el gracioso—. Pero lo que pasa es que la cinta que devolvió no es la misma cinta que se

llevó.

—¿Cómo que no es la misma?

—Pues que no es la misma. Es virgen. Está vacía.

—Pero... pero... —tartamudeó Zen.

—Además, las cintas que utilizamos las hacen especialmente para nosotros, y no están comercializadas, mientras que la cinta que trajo usted es una BASF corriente de óxido férrico que se puede adquirir en cualquier tienda.

—¡Pero eso es absurdo! Las habrá confundido usted.

En aquel instante apareció el otro empleado para entregar a Zen el expediente que había pedido. Pero su compañero no tenía la más mínima intención de permitir que Zen se librara del embrollo con aquel burdo intento de quitarse el muerto de encima.

—¡No, *dottore*! Ese es el problema. El problema es que la cinta que trajo es una cinta virgen. Plástico puro.

Zen manoseaba el expediente de Spadola con gesto nervioso.

—¿De qué me está acusando exactamente?

—No acuso a nadie de nada, *dottore*. Todos sabemos lo fácil que es equivocarse de botón con esos aparatos y sacar la cinta anterior.

—Estoy seguro de que no hice eso.

—Ya sé que no lo hizo —replicó el empleado con una sonrisa gélida que descubría la trampa en la que Zen había estado a punto de caer—. Todas nuestras cintas tienen un sistema de protección contra grabación, de modo que es imposible que lo hiciera. Además, como le he dicho, era otra marca. Así que tiene que tratarse de un cambiazo. La cuestión es: ¿Dónde está el original?

Se produjo un chasquido cuando el expediente de Spadola cayó al suelo y los documentos del interior quedaron esparcidos por el suelo. Cuando Zen se agachó para recogerlos, los compañeros del empleado celebraron el triunfo de este con un coro de carcajadas.

Zen se incorporó con una cinta de vídeo en la mano.

—46429 BUR 433/K/95 —leyó—. ¿Es esta la cinta por la que está armando todo este jaleo?

—¿De dónde ha salido?

—Estaba dentro del expediente.

Sin decir una sola palabra más, Zen se volvió a agachar para recoger los documentos repartidos por el suelo. El empleado cogió la cinta y se marchó apresuradamente mientras mascullaba algo acerca de comprobar su autenticidad.

A Zen no le preocupaba el asunto en lo más mínimo, ya que la había visto entera la noche anterior, después de pasarse casi una hora rebobinándola a mano con ayuda de Gilberto. Para entonces su madre ya se había ido a la cama, sin saber que un desconocido había entrado en el piso mientras ella miraba la televisión.

Zen todavía no se había recuperado del golpe recibido por lo que había sucedido, así que fue Gilberto quien planteó la cuestión relativa a lo que sería de su madre

mientras él estuviera en Cerdeña, a la vista de que su casa ya no era un lugar seguro. Finalmente, Gilberto insistió en que se quedara con él y su mujer hasta el regreso de Zen.

—¡Eso es imposible! —había exclamado Zen.

Hacía años que su madre no había salido del piso, y se sentiría perdida si la despojaban del entorno que reproducía el hogar familiar de Venecia. Además, su comportamiento era senil en la mayoría de los casos. Incluso Zen tenía dificultades para comunicarse con ella y comprender lo que quería, y ella olvidaba a menudo que el dialecto veneciano resultaba ininteligible para los demás, lo cual no contribuía a mejorar las cosas. Podía ser exigente, irracional, huraña y taimada. Rosella Nieddu ya tenía bastante con cuidar de su propia familia. Sería demasiado pedirle que cargara además con una vieja huraña, una mujer que desconfiaba de los desconocidos y los despreciaba, que, en el fondo de su corazón, creía que el mundo civilizado terminaba en Mestre.

Pero Gilberto había rechazado todas sus objeciones.

—¿Y qué vas a hacer con ella si no, Aurelio? Porque aquí no se puede quedar.

Zen no pudo responder a eso.

Así pues, una ambulancia aparcó delante de la casa de Zen a primeras horas de la mañana siguiente. Los auxiliares clínicos subieron una camilla hasta el piso, colocaron sobre ella a la madre de Zen, la llevaron abajo y se fueron entre el aullido y el parpadeo de las sirenas al Hospital General. Al cabo de treinta segundos, la ambulancia apareció por el otro lado del hospital con las sirenas desconectadas y se dirigió pausadamente al moderno bloque de pisos en el que vivían los Nieddu.

La madre de Zen apenas pronunció palabra durante toda aquella terrible experiencia, aunque la expresión de sus ojos y la fuerza con que se aferraba a la mano de Zen demostraban que estaba aterrada. Zen le había dicho que había un problema en su piso, algo relacionado con el ruido que había oído, y que, en consecuencia, los dos tenían que pasar unos días en casa de los Nieddu hasta que se solventara el asunto. No importaba lo que dijera. Su madre permaneció sentada con rigidez cuando los camilleros la introdujeron en el cuarto limpio y ordenado que Rosella Nieddu había preparado para ella después de echar a los dos hijos pequeños, que durante aquellos días compartirían habitación con sus hermanos mayores. Zen dio las gracias a Rosella con gran efusión, y obtuvo a cambio un abrazo y un beso que lo turbaron de un modo muy extraño. La esposa de Gilberto era una mujer muy atractiva, y el contacto con ella había recordado a Zen que había descuidado este aspecto de su vida durante demasiado tiempo.

Los empleados del archivo regresaron a sus mesas al terminar la diversión. Zen recogió los documentos relativos al caso Spadola y empezó a ordenarlos mientras esperaba a que el empleado confirmara que la cinta de vídeo que había sacado del bolsillo después de dejar caer el expediente era auténtica.

De repente sus manos dejaron de moverse mecánicamente. Zen leyó el

documento copiado con papel carbón que tenía en las manos, buscando el nombre que había visto de reojo al pie de la página.

... informó de que Spadola permanecía oculto en una granja situada en las cercanías de Melzo. A las cuatro de la madrugada del día 16, miembros de la Squadra Mobile, bajo el mando del inspector Aurelio Zen, entraron en la casa y detuvieron a Spadola. El posterior registro del lugar Reveló la existencia de varias pruebas materiales (ver apéndice A), entre los que destacaba un cuchillo que presentaba restos de sangre del grupo de la víctima. Spadola siguió negando toda participación en el delito, aun después de que se le explicara que las pruebas halladas le incriminaban. En la confrontación judicial con Parrucci, el acusado profirió violentas amenazas contra el testigo...

Zen volvió a sentir el estremecimiento supersticioso que le había acometido la noche en que había pasado el vídeo de Burolo. ¡Parrucci! ¡El confidente cuyo cruel asesinato había hecho que Fausto Arcuti temiera constantemente por su vida! Parecía increíble que el nombre de aquel hombre figurara en el expediente que Zen había pedido dos días antes como parte de su estrategia para devolver la cinta virgen.

Pero no tuvo más tiempo para reflexionar sobre el asunto, ya que en aquel momento reapareció el empleado con la cinta de vídeo en la mano.

—Es auténtica —confirmó resentido—. Me gustaría saber de dónde ha salido.

—Yo diría que salta a la vista —repuso Zen con un encogimiento de hombros—. El otro día, cuando traje la cinta, la metió sin querer en el expediente que le había pedido. Y después, al no encontrarla, le acometió el pánico porque sabía que había sido devuelta y le harían responsable. Así que reemplazó la cinta perdida por una cinta virgen con la esperanza de que nadie se diera cuenta del cambio. Por desgracia, uno de mis colegas había solicitado la cinta, y no tardó mucho en descubrir que...

—¡Eso es mentira! —gritó el empleado.

Arrebató a Zen el expediente de Spadola y pasó inmediatamente al ataque.

—¡Mire la que ha armado! ¡No sería de extrañar que se traspapelaran cosas con gente como usted rondando por aquí y desordenándolo todo! ¡Vamos, déjelo! Solo lo está desordenando más. Estos documentos tiene que ordenarse por orden cronológico. Mire, esta revisión judicial no va aquí, sino al final.

—Déjeme ver eso.

El documento era de imitación de pergamino, rígido y pesado. El texto, escrito con caligrafía anticuada y tinta negrísima, estaba sembrado de extrañas abreviaturas y escorzos, y era tan denso e ininteligible como si estuviera redactado en latín. Pero no era necesario entenderlo para captar su importancia. Bastaba con leer las breves frases insertadas en los espacios en blanco del formulario. «29 de abril de 1964... Milán... Spadola, Vasco Ernesto... culpable de homicidio... cadena perpetua... juez asignado: Giulio Bertolini...».

Bastaba fijarse en los espacios, leer los mensajes y establecer las conexiones. Era

suficiente, pensó Zen. Pero él no lo había hecho, y tal vez ahora ya fuera demasiado tarde.

Cuando regresó a las oficinas de la Policía Criminal, que aquella mañana aparecían desiertas, Zen llamó al Ministerio de Justicia para averiguar la situación penal de Vasco Ernesto Spadola, que había sido sentenciado a cadena perpetua el 29 de abril de 1964, en Milán. Una voz distante e impersonal le contestó que le llamaría más tarde para facilitarle la información.

Zen encendió un cigarrillo y se dirigió a la ventana para contemplar el jardín del Ministerio y los pinos y arbustos que flanqueaban la escalera que conducía al enorme estanque que rodeaba la fuente de la Piazza del Viminale. A pesar de que las implicaciones de los hechos que acababa de descubrir eran cualquier cosa menos reconfortantes, Zen sintió un gran alivio al ver que por lo menos había una explicación racional para lo que estaba sucediendo. No había sido simple coincidencia que Zen pidiera el expediente de Spadola el día que se había enterado de la muerte del juez Bertolini. Desde alguna parte de su subconsciente había recordado que en una ocasión los caminos del juez asesinado y el suyo propio se habían cruzado. Por lo que se refería a Parrucci, la razón por la que el nombre no hubiera significado nada para Zen era que solo lo conocía por su nombre en clave, «el rruiseñor». Cuando Parrucci había accedido a testificar contra Spadola, su nombre había sido revelado, pero para entonces, la participación de Zen en el caso ya había concluido.

Una ligera neblina amortiguaba la luz del sol y le confería una languidez casi estival. En una casa del lado opuesto de la plaza, una mujer tendía sábanas en el balcón. Una furgoneta de tres ruedas descargaba cajas de agua mineral junto al bar de abajo, y en las escaleras del Ministerio, tres chóferes estaban enzarzados en una animada discusión que adornaban con gestos incisivos con el dedo, exagerados encogimientos de hombros, ademanes de impaciencia, llamadas a la sensatez y tirones en las mangas para atraer la atención del contrario. Zen tardó unos instantes en advertir que había una interferencia entre estas escenas de contornos marcados, un movimiento que parecía proceder del otro lado del cristal, donde la figura de Tania Biacis flotaba a media altura.

—Llevo toda la mañana buscándote.

Zen se volvió para encararse con el original que había generado el reflejo en la ventana. Tania le estaba mirando con un aire levemente burlón, como si supiera que él se estaría preguntando qué había querido decir con aquellas palabras. Pero Zen no entendía esa clase de juegos.

—Estaba en Archivos aclarando el asunto del vídeo. Por cierto, ¿dónde está todo el mundo?

Un teléfono empezó a sonar a lo lejos.

—¡No te vayas! —gritó Zen mientras corría a contestar.

Levantó el auricular.

—¿Diga?

—Buenos días, *dottore* —susurró una voz en tono confidencial, sonaba como si perteneciera a una persona diminuta que se hubiera introducido en el auricular—. Llamo para recordarle la cita que tiene para el almuerzo. Espero que siga en pie.

—¿Qué almuerzo? ¿Quién es?

Se produjo un prolongado silencio.

—Hablamos ayer por la noche —subrayó la voz.

Por fin Zen logró recordar el asunto de Fausto Arcuti.

—¡Ah, sí! Bien. De acuerdo. Gracias. Ahí estaré.

Colgó y giró sobre sus talones. Tania Biacis estaba justo detrás de él y al moverse Zen sus cuerpos se tocaron por un instante. El brazo de Zen rozó el pecho de ella y sus manos se encontraron brevemente como si de cascabeles se tratara.

—Ah, estás aquí —exclamó—. ¿Dónde están todos?

¡Actuaba como si lamentara quedarse a solas con ella!

—Están en una reunión. El jefe quiere verte.

—¿Ahora mismo?

—¿Cuándo si no?

Zen frunció el entrecejo. El Ministerio de Justicia podía llamar en cualquier momento, y como era viernes, el personal acabaría de trabajar al cabo de media hora. Y necesitaba con urgencia aquella información.

—¿Puedes hacerme un favor? —pidió.

Las mismas palabras que ella había empleado dos días antes. Lo veía en la expresión que adoptó el rostro de ella.

—Claro —repuso Tania con una leve sonrisa que se acentuó cuando él agregó:

—Todavía no sabes de qué se trata.

—Tú decidiste antes de que te dijera lo que quería —puntualizó ella.

—Pero tenía razones que tal vez tú no tengas.

Tania exhaló un suspiro.

—No se qué debes pensar de mí —dijo Tania en tono triste.

—¿No lo sabes? ¿De verdad que no lo sabes?

Se miraron en silencio durante unos instantes.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres pedirme? —inquirió Tania.

Zen la miró algo avergonzado. Ahora que su petición se había convertido en tema central de tanta zumba pseudorromántica, sería ridículo admitir que lo único que quería era que cogiera una llamada para él.

—No te lo puedo decir aquí —dijo—. Es un poco complicado y..., bueno, por varias razones. Oye, supongo que no puedes quedar para comer conmigo, ¿no?

Era una táctica para aplazar la cuestión, ya que contaba con que ella rehusara la invitación.

—Pero si ya tienes un compromiso para comer —señaló Tania.

Le llevó unos momentos comprender.

—¡Ah, la llamada! No, esto era..., era para otro día.

Tania se examinó las uñas por un momento. Después alargó la mano y con ademán deliberado y suave le arañó el dorso de la mano. La piel empalideció y después se tornó de color rojo intenso como si ardiera.

—Tengo que estar en casa a las tres —advirtió.

Se comportaba como una adolescente arreglando una cita.

Zen iba a responder cuando volvió a sonar el teléfono.

—Ministerio de Justicia, Sección de Informes, llamada referente a la cuestión del caso Spadola, Vasco Ernesto.

—¿Y bien?

—El sujeto salió en libertad de la prisión de Asinara el 7 de octubre del año en curso.

El silencio de Zen fue tan completo y prolongado que incluso la voz impersonal se vio obligada a añadir:

—¿Oiga? ¿Está usted ahí?

—Gracias, eso es todo.

Zen colgó y se volvió hacia Tania Biacis.

—Entonces, ¿nos encontramos abajo? —propuso en tono casual, como si llevaran años comiendo juntos.

—De acuerdo. Y ahora, por favor, ve a ver qué quiere Mosca ti antes de que la tome conmigo.

Lorenzo Moscati, jefe del departamento de la Policía Criminal, era un hombre bajo y fornido, de facciones redondas y suaves que parecían estar aplastadas por una media como la que emplean los atracadores para ocultar su rostro.

—¡Por fin! —exclamó al ver entrar a Zen—. Hoy he dado con todo el mundo excepto con usted. ¿Dónde estaba? No importa, de todas formas, no tiene sentido que vaya ahora a la reunión. Es acerca de las medidas de seguridad para el juicio contra la Camorra que se celebrará la semana que viene en Nápoles. A usted ni le va ni le viene, porque estará en Cerdeña, ¡qué suerte! El informe que redactó sobre el caso Burolo ha tenido muy buena acogida, muy buena. Queremos que vaya y se emplee a fondo en la solución del caso. Saldrá el lunes. Vaya a ver a Ciliani para hablar de los detalles del vuelo y demás.

Zen asintió.

—Ya que estoy aquí, me gustaría hablar con usted de otro asunto —dijo.

—¿Es urgente? —preguntó Moscati mirando el reloj.

—Más o menos. Creo que alguien está intentando matarme.

Moscati miró a su subordinado para ver si había oído bien, y después lo volvió a mirar para ver si estaba bromeando.

—¿Y qué es lo que le hace pensar eso?

Zen permaneció un momento en silencio mientras se preguntaba por dónde empezar.

—Me han sucedido cosas extrañas en los últimos tiempos. Alguien forzó la entrada de mi piso y entró cuando yo no estaba. Pero en lugar de llevarse algo, lo que hizo fue dejar algo.

—¿Qué es lo que dejó?

—Primero un sobre lleno de perdigones. Después una cosa que me habían robado un par de días antes en la parada del autobús.

—¿Qué era?

Zen vaciló. Era obvio que no podía contarle a Moscati que le habían robado el vídeo del Ministerio.

—Un libro que llevaba en el bolsillo. Primero pensé que el ladrón lo habría tomado por una cartera. Pero ayer por la noche, cuando volví a casa, descubrí que el piso estaba cubierto de papeles. El ladrón había arrancado todas las hojas y las había desparramado por el suelo.

—Parece obra de un bromista con un sentido del humor retorcido —comentó Moscati sin darle importancia—. Yo no...

—Eso es lo que creí en un principio —no mencionó que su principal sospechoso había sido Vincenzo Fabri—. Después recordé que la viuda del juez asesinado había dicho que a su marido le habían sucedido las mismas cosas antes morir. Alguien se dedica a vigilar mi casa desde un Alfa Romeo robado y ayer me siguieron por media ciudad. Sin embargo, todo eso no parecía conducir a ninguna parte hasta que me enteré que habían asado a un confidente llamado Parrucci cerca de Viterbo. Parrucci había sido el testigo principal en una investigación por asesinato que dirigí hace unos veinte años, cuando trabajaba en Milán. El juez asignado a ese caso era Giulio Bertolini.

Las facciones y los gestos de Moscati ya no mostraban signo alguno de impaciencia. Bebía cada una de las palabras de Zen con avidez.

—Un gánster llamado Vasco Spadola fue acusado del asesinato y condenado a cadena perpetua. Fue puesto en libertad hace un mes, aproximadamente. Desde entonces han muerto el juez encargado del caso y el hombre que aportó las pruebas necesarias para condenar a Spadola. No me parece demasiado traído por los pelos suponer que el policía que dirigió la investigación es el próximo de la lista.

En los ojos de Lorenzo Moscati brillaba una luz extraña.

—¡Así que, al fin y al cabo, no era una cuestión política!

—Qué, ¿el asesinato de Bertolini? No, fue una simple venganza, una *vendetta* personal. Mire, las pruebas presentadas contra Spadola eran falsas, y la familia del muerto pagó a Parrucci para que testificara contra él. Es probable que Bertolini no lo supiera, pero...

—¿Se da cuenta de lo que significa esto? —exclamó Moscati con entusiasmo—. Los de la Política han utilizado el caso Bertolini para demostrar que el terrorismo no ha terminado después de todo, y que siguen necesitando presupuestos generosos y muchos hombres. ¡Si conseguimos demostrar que no ha sido un asesinato político,

será el fin para ellos! ¡Ese cabrón de Cataneo no se atreverá a aparecer en público al menos durante un mes!

Zen hizo un vago ademán de asentimiento cuando comprendió la razón del repentino interés de su superior.

—Entretanto, mi vida corre peligro —le recordó—. Ya han muerto dos hombres y yo seré el tercero. Quiero protección.

Moscatti tomó a Zen por el codo, como si pretendiera infundirle coraje y confianza.

—¡No se preocupe, la tendrá! La mejor de todas. Se ha organizado un escuadrón especial que se encarga de situaciones como esta. Hombres seleccionados con todo cuidado, magníficos expertos en armas que utilizan los equipos más modernos y sofisticados. Si ellos se encargan de protegerle, estará más seguro que el Presidente de la República.

Zen enarcó la cejas. Aquello sonaba demasiado bonito para ser verdad.

—¿Y cuándo me proporcionará esa protección?

Moscatti alzó los brazos en petición de paciencia y comprensión.

—Por supuesto, están muy ocupados en estos momentos. Con el asunto del juez Bertolini, todo el mundo está un poco nervioso. Será cuestión de evaluar la situación sobre la marcha, midiendo la amenaza según se desarrolle y adoptando las medidas necesarias en consecuencia.

Zen volvió a hacer un gesto de asentimiento. En efecto, había sido demasiado bueno para ser verdad.

—Pero, entretanto, ¿enviará un hombre de vigilancia a mi casa?

Moscatti se disculpó con un gesto.

—Eso no está en mis manos, Zen. Desde que existe este escuadrón, todas las peticiones de protección se canalizan a través de él. Tanto es así que pueden trazar un mapa con todas las amenazas existentes, introducir los datos en el ordenador y después comprobar si aparece un modelo global. O al menos, eso es lo que dicen. Sinceramente, lo que creo es que se dedican a proteger su propio territorio. En cualquier caso, tengo las manos atadas, por desgracia. Si empiezo a poner hombres para casos de protección, pondrán el grito en el cielo y siempre estaremos igual.

Zen asintió y se volvió para marcharse. Desde un punto de vista estrictamente burocrático, no había nada que objetar a la postura de Moscati. Sabía demasiado bien que sería una pérdida de tiempo intentar hacerle comprender la diferencia entre su lógica y el sentido común.

Al terminar la jornada de trabajo de los funcionarios, empezó a oírse el ruido de puertas al abrirse por todo el Ministerio. Los pasillos comenzaron a llenarse de voces que, amplificadas por la potente acústica, pronto se convirtieron en un estruendo uniforme que anunciaba la multitud que se aproximaba al *hall* de entrada en el que Zen aguardaba. Un minuto más tarde había gente por todas partes. La enorme escalera principal apenas podía albergar a los ríos humanos que ansiaban irse a casa,

a comer y descansar, o a trabajar en empleos clandestinos de la floreciente economía sumergida, «la Italia que trabaja» como había dicho Fausto Arcuti en broma.

Desde que Tania Biacis había aceptado su invitación, Zen no había cesado de estrujarse el cerebro para elegir el restaurante adecuado. Tania tenía tanta y tan sofisticada experiencia en lo concerniente a la gastronomía romana que no era cuestión de tomarse el asunto a la ligera. Los únicos restaurantes que conocía por aquel entonces eran los que estaban cerca del Ministerio, es decir, los más frecuentados por el personal del Ministerio, y habría sido muy insensato ir a uno de ellos. Aparte de que no deseaba poner a Tania en un compromiso, tampoco quería verse obligado a hacer inclinaciones de cabeza, sometido a los codazos y a las preguntas intencionadas de sus compañeros. También era muy importante escoger la categoría adecuada. No podía ser un restaurante barato ni vulgar, pero tampoco tan pretencioso que pudiera hacerla creer que él intentaba la vieja táctica de «Me estoy gastando un montón de dinero contigo, así que tendrás que darme algo a cambio». Por último, había que tener en consideración cuestiones prácticas. Si Tania tenía que estar de vuelta en casa a las tres, tendrían que ir al centro, y a aquella hora, la mayoría de los mejores restaurantes de esa zona estarían llenos. Todas las alternativas que se le ocurrían a Zen tenían algún punto flaco. Cuando apareció Tania todavía no había tomado una decisión.

—Bueno, ¿dónde vamos? —preguntó ella.

Su tono era impaciente y tenso, como si ya lamentara haber accedido a comer con él. A Zen le acometió el pánico. Nunca debería haber confundido sus fantasías con la cruda realidad. Ni siquiera debería haber permitido que aquella situación se produjera. Sería un desastre, una humillación.

—Hay un restaurante en la Piazza Navona —se oyó decir mientras salían al exterior, iluminado por débiles rayos de sol—. En verano está lleno de turistas, pero en esta época...

No le dijo que la última vez que había estado allí había sido en compañía de Ellen.

En cuanto salieron del Ministerio llamó por señas a un taxi. El breve viaje no contribuyó en modo alguno a disipar sus temores de que estaba a punto de sufrir un fracaso de proporciones incalculables. Tania y él se sentaban lo más alejados posible el uno del otro, mientras intercambiaban trivialidades como si fueran un matrimonio que empezara a dirigirse la palabra después de una discusión.

El taxi los dejó junto a una pequeña fuente situada en el extremo sur de la plaza. Mientras caminaban por el gran espacio abierto de la plaza, una motocicleta con dos chavales, uno conduciendo y el otro subido de pie al asiento trasero y apoyado en los hombros de su compañero, pasó junto a ellos como una exhalación. El estruendo espantó a una bandada de palomas, que levantaron a una el vuelo y se pusieron a volar en círculo alrededor del obelisco que surgía de la fuente central, mientras que una segunda bandada de sombras imitaba sus movimientos en los adoquines grises de

la plaza. La brisa empujaba el agua de la fuente fuera de sus límites y la esparcía como un aerosol de gotas finas en las que se reflejaban por un instante fragmentos del arcoíris. Durante un breve instante, Zen llegó a creer que todo saldría bien al fin y al cabo, pero entonces vio el restaurante, cerrado a cal y canto, con las sillas y las mesas apiladas, y supo que se había equivocado. «*Chiuso per turno*», rezaba el aviso colgado en la ventana.

Tania Biacis miró el reloj.

—Se está haciendo tarde.

—Quizás sea mejor dejarlo para otra ocasión.

Sabía que no habría otra ocasión.

Tania tenía la mirada fija en la fachada del palazzo situado en el lado opuesto, como si pretendiera descifrar un mensaje en las plumadas y las espiras de la piedra.

—Tu casa no queda muy lejos, ¿verdad? Podríamos ir a buscar algo de comida preparada en alguna *rosticceria* y llevárnosla, es decir, si no te importa. La comida no tiene importancia. Lo que en realidad queremos es hablar, ¿no?

Lo dijo en un tono tan natural y amable que a Zen casi no le sobresaltó la sugerencia.

—Bueno, si es esto lo que... de acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Bueno, por mí, de acuerdo.

—Por mí, también. Si no, no te lo hubiera propuesto.

—Entonces, de acuerdo.

—Eso parece —concluyó ella con una sonrisa ligeramente burlona.

—¿Cómo es que sabes mi dirección? —preguntó Zen mientras atravesaban la plaza.

—La encontré en la guía telefónica. Creí que eras el único que se llamaba Zen, pero resulta que hay más o menos una docena. ¿Los demás son parientes tuyos?

Zen negó con la cabeza, pero su mente estaba en otra parte. Se preguntaba si Vasco Spadola habría dado con él del mismo modo.

En la *rosticceria* del otro lado de la plaza pidieron una ración doble del único segundo plato que quedaba, estofado de conejo, y dos croquetas de arroz en forma de huevo, de aquellas que la gente conoce con el nombre de «cables de teléfono», porque cuando se abren por la mitad, la *mozzarella* fundida del interior empieza a escaparse formando largas tiras rizadas. Siguieron caminando hasta dejar el casco antiguo a sus espaldas, y a continuación cruzaron el río. Zen se detuvo para mostrar a Tania la vista que se disfrutaba desde allí, la isla del río, las apretadas hileras de árboles que flanqueaban el embarcadero de piedra, la corriente, suave y serena como un trazo oscuro en una superficie de mármol pulido. Mientras ella se deleitaba con el panorama, Zen echó de nuevo un vistazo por encima del hombro. Esta vez estaba seguro.

Reanudaron el paseo en dirección a la exuberante fachada de lo qué podría haber

sido una importante ópera o el palacio de un rey demente, pero que, en realidad, era el edificio de los juzgados. En aquel punto se detuvieron hasta que los semáforos hicieron que los coches, a regañadientes, aminoraran la marcha y les dejaron paso. Después cruzaron el Lungotevere y doblaron a la derecha para continuar por una de las paredes del edificio de los juzgados.

—Espera un momento —pidió Zen tras doblar la esquina.

Al cabo de unos instantes apareció un joven ataviado con un traje de algodón rematado con solapas de piel de oveja. Zen lo interceptó, tarjeta de identificación en ristre.

—¡Policía! ¡Su documentación!

El hombre se lo quedó mirando con la boca abierta de par en par.

—¡Yo no he hecho nada!

—Yo no he dicho que haya hecho nada.

El hombre sacó su cartera y de ella, un carné de identidad muy estropeado a nombre de Roberto Augusto Dentice. En la fotografía parecía más joven, tímido y estudioso. Zen le arrebató la cartera.

—¡No tiene derecho a hacer eso! —protestó el hombre.

Sin hacerle el menor caso, Zen revolvió los compartimientos de la cartera y examinó todos los documentos y las fotografías que encontró. Entre ellos había una licencia expedida por la Questura de Roma, que autorizaba a Roberto Augusto Dentice a desempeñar las funciones de detective privado dentro de los límites de la provincia de Roma.

—Muy bien, ¿qué es lo que está pasando aquí? —inquirió Zen.

—¿A qué se refiere?

—Le han contratado para que me siga. Quiero saber quién y por qué.

—No sé de qué me habla. Solo estaba dando un paseo.

—Y supongo que ayer también estaba dando un paseo cuando me siguió desde el restaurante hasta el Palatino, ¿verdad? Le gusta mucho pasear, ¿no es así? Podría entrar en el *Club Alpino*.

Detrás de ellos, en la calle principal, los coches entonaron un coro de cláxones que parecía la sirena de un enorme transatlántico.

—Pero ¿de qué está hablando? —insistió el hombre—. Ayer no salí de casa en todo el día.

Zen tenía muchas ganas de detener a Dentice bajo cualquier pretexto y encerrarlo en una habitación con uno de los oficiales más duros, pero ya no trabajaba en la Questura, por lo que ya no podía hacer tal cosa, y, además, Tania le estaba esperando.

—Muy bien —dijo en un tono cargado de amenazas veladas—. Le voy a explicar de qué estoy hablando. Cualquiera que sea su misión, acaba de finalizar. Si le vuelvo a ver el pelo, aunque sea por casualidad, en el autobús o en un bar, le retirarán la licencia y yo mismo me encargaré de que no le vuelvan a dar otra jamás.

Esta táctica surtió un efecto inesperado. El hombre podría haber adoptado una

actitud desafiante frente a este alud de amenazas violentas, pero en lugar de ello, la perspectiva del desempleo acabó con su resistencia de golpe.

—¡Nadie me dijo que fuera poli!

—¿Y qué es lo que le dijeron?

—Solo que le siguiera cuando saliera de trabajar.

—¿Y cómo les pasaba el parte?

—Me telefoneaba cada noche. Y pagaba al contado. ¡No sé quién es, se lo juro por Dios!

Zen le devolvió la cartera y los papeles y se alejó sin pronunciar una sola palabra más.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió Tania cuando reanudaron el paseo.

—Me he equivocado. Se parecía a alguien que tiene que someterse a un interrogatorio relacionado con el asesinato de Bertolini.

Era la segunda vez aquella tarde que rompía la promesa que se había hecho de no mentir a Tania, se dijo Zen. Sin duda dicha promesa había sido una utopía desde el principio.

Le resultaba extraño ir a su casa con la mujer que había ocupado la mayor parte de sus pensamientos en los últimos tiempos, pasar por delante de la cafetería de la esquina, entrar con ella en el bloque bajo la mirada penetrante de Giuseppe, subir al cuarto piso en el ascensor, abrir la puerta del piso y dejarla entrar en su casa, en su otra vida.

Era completamente consciente de que su madre no estaba en casa por primera vez en muchos años. Sin las reglas y las normas impuestas por la presencia de la anciana, el piso parecía más grande y más luminoso de lo habitual, y estaba lleno de posibilidades. Zen sintió una fugaz punzada de culpabilidad, como si hubiera mandado a su madre a casa de los Nieddu para poder ir allí con Tania. Era un pensamiento excitante, y al punto Zen se sorprendió especulando sobre lo que podría pasar después de comer. Se sobresaltó al comprobar que no le resultaba difícil imaginar a Tania y a sí mismo juntos en la cama. Sin el menor rastro de la emoción característica de los *voyeurs* se veía con ella en la gran cama de latón que había ocupado en soledad durante años. Cuando estaba desnuda, Tania parecía más alta y delgada que nunca, pero no importaba. Era como si perteneciera a aquella cama.

Zen apartó de sí tales pensamientos, pero no porque le avergonzaran, sino por mera superstición. Las cosas nunca resultan como imaginas, razonó, así que cuanto más probable pareciera que Tania y él acabaran juntos en la cama, menos probable era que sucediese.

Había ordenado a Maria Grazia que no viniera mientras él estuviera ausente, y como Zen no sabía dónde guardaba la vajilla y la cubertería de diario, Tania y él hicieron una batida por la cocina y el aparador del comedor, cogiendo la porcelana, la plata y el cristal que Zen no había visto desde hacía doce años, es decir, desde el día en que ofreció una cena para celebrar el aniversario de su boda. Sin acobardarse por

toda aquella lujosa parafernalia, Tania y Zen comieron las croquetas de arroz con los dedos, rebañaron los platos del estofado con pan del día anterior y dieron cuenta de una botella de Pinot Spumante templado que estaba en una estantería del comedor desde las penúltimas Navidades. Tania comió con apetito y sin timidez alguna, y cuando por fin recogieron los pequeños montones de huesos de conejo, aseguró:

—Es lo mejor que he comido en muchos años.

Zen le alcanzó la fuente de la fruta.

—Parece increíble.

Tania le dirigió una mirada sorprendida.

—Teniendo en cuenta la vida que llevas —agregó Zen.

—¡Ah, eso!

Peló una mandarina y empezó a separar los gajos.

—Mira, es mejor que aclaremos una cosa —prosiguió—. Es que no te dije la verdad.

Se acordó del día en que estaban sentados en un taxi, mientras la luz de las farolas acentuaba la curva de sus pechos y la línea de su cintura.

—Ya lo sé —repuso.

Tania lo volvió a mirar sorprendida.

—¿Es que se notaba mucho?

—¡Vamos! —exclamó—. ¿En serio creías que me iba a tragar que te metiste en todos aquellos líos, hiciste que te hiciera una llamada falsa y todo lo demás, solo para poder ir al cine? Quiero decir que no tienes que darme explicaciones. No me importa lo que pretendieras hacer. Y aunque me importara, no es asunto mío.

Tania lo miró como si empezara a comprender.

—¡Pero es que eso es exactamente lo que iba a hacer! Todas las demás veces te había mentado, todo lo que te dije acerca de las películas, las óperas y las obras de teatro que había visto, ¡todo mentiras!

Apartó la mirada cuando los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Por eso me puse tan nerviosa en el taxi, cuando me preguntaste dónde iba. No es que tuviera un secreto culpable que ocultar, ¡al menos, no la clase de secreto que tú creías! ¡Era solo que mi pequeño y patético engaño había sido descubierto, y estaba avergonzada!

—Todo empezó cuando mencionaste una película sobre la que había leído un artículo. Eso es lo único que hacía, leer los artículos. Así que creí que sería divertido fingir que la había visto. Después empecé a hacer lo mismo con otras cosas, me construí toda una vida imaginaria que compartía contigo cada mañana en el trabajo. ¡Siempre mentía, Aurelio, siempre! Nunca vamos a ningún sitio, nunca hacemos nada. Lo único que le apetece hacer a Mauro es quedarse en casa con su madre, su hermana y todos los primos, tíos y tías que estén en casa en ese momento. Lo más irónico del asunto es que esa fue una de las primeras cosas que me atrajeron de él: que llegara con una familia completa. Ya sabes que mis padres han muerto, y mi

único hermano emigró a Australia hace años. Bueno, pues ahora tengo una familia, ¡y menuda familia! ¿Sabes cómo me llama su madre? «El putón larguirucho». «¿Por qué te has casado con ese putón larguirucho?», le pregunta. Se creen que no puedo entenderles cuando hablan en su asqueroso dialecto. «Es culpa tuya», le dice. «Nunca deberías haberte casado con una extranjera. La mujer y el rebaño, de tu propio redil». ¡Así es como hablan! ¡Así es como piensan!

Tania se interrumpió. Desde la calle llegó el ruido de la puerta de un coche al cerrarse y de unos pasos aproximándose a la casa. Zen se levantó y aguzó el oído.

—¿Qué pasa, Aurelio?

Zen se dirigió a la ventana y echó un vistazo al exterior. Después atravesó rápidamente el pasillo y cerró la puerta tras de sí. Cogió el teléfono y marcó el 113, el número de emergencia de la policía. Dio su nombre, dirección y graduación en voz baja, a fin de que Tania no le oyera.

—Delante de mi casa hay un coche robado. Un Alfa Romeo rojo, matrícula de Roma 84693 P. Manden un coche inmediatamente, detengan al conductor y acúsenlo de robo. Pero acérquense con cuidado. Es posible que vaya armado.

—Muy bien, *dottore*.

Al colgar el teléfono Zen oyó un ruido procedente del salón. No, venía de más lejos. Del recibidor.

El corazón empezó a latirle con fuerza y le costaba respirar. Entró en el salón lenta y cautelosamente y pasó junto al televisor mientras acariciaba el respaldo del sillón de su madre. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido, tan insensato y egoísta? ¡Había creído que no podía sucederle nada malo a plena luz del día, sino solo tras la caída de la noche, como un niño! Había puesto a una persona que quería en peligro, llevándola a un lugar que sabía con certeza que no era seguro. Habían estado vigilando la casa. Les habían visto entrar y habían tenido todo el tiempo del mundo para preparar el golpe. Y ahora habían venido a buscarle.

Mientras se aproximaba a la puerta acristalada que conducía al recibidor y que en aquel momento estaba abierta de par en par, se oyó el chasquido típico de la puerta de entrada al abrirse. En el piso superior, el canario respondió con su habitual gorjeo lastimero.

La escena reflejada en la vidriera era casi idéntica a la que había visto la noche anterior. Pero esta vez sabía que no había dejado la puerta abierta, y la silueta que caminaba hacia él no le llamó con una voz que le era conocida, sino que llevaba una escopeta en la mano.

—¿Qué pasa, Aurelio?

Tania estaba en el umbral de la puerta del pasillo mirándole con expresión inquieta. Zen le indicó con un gesto que se alejara, pero ella no le hizo caso. Afuera se oyó el sonido ascendente y descendente de una sirena, que se destacaba cada vez más del rugido sordo del tráfico a medida que se aproximaba a la casa. El hombre de la escopeta, a medio camino ya entre la puerta y Zen, se detuvo. El sonido de la

sirena se redujo a un leve gruñido cuando el coche llegó delante del edificio.

Zen pegó un respingo cuando algo le rozó el hombro. Se volvió con brusquedad y clavó una intensa mirada en el rostro de Tania. Estaba justo detrás de él y le miraba con afectuosa preocupación. Zen echó un vistazo a la imagen reflejada en la vidriera. El hombre de la escopeta había desaparecido. De repente, Zen tomó a Tania en sus brazos, la mantuvo apretada contra su pecho durante un instante, al tiempo que intentaba recobrar el aliento y dominar el temblor que se había apoderado de su cuerpo.

Después volvió a alejarla de sí.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —exclamó una y otra vez—. ¡No quería hacerlo! ¡No he podido evitarlo!

Al cabo de unos segundos Tania se acercó de nuevo a él por su propia voluntad y lo abrazó.

—No importa —le dijo—. Todo va bien.

No tenía intención de hacerlo. No era más que una visita, como la otra vez. Pero no deberían haberme echado de aquella forma, o, al menos, deberían haberlo hecho bien. Pero como no lo hicieron, me limité a empujar y forcejear hasta que todo el tinglado se vino abajo. Aquello me llenó de furia. No deberían haberlo hecho.

Creí que el ruido los alertaría y vendrían corriendo a por mí, pero, como de costumbre, eran sordos y ciegos. A fin de curarme en salud, decidí deshacerme del arma. Sé bastante de armas. Mi padre era un buen tirador. Los domingos, después de comer, cuando los animales ya habían sido encerrados, atrapados con el lazo, arrojados por la fuerza al suelo como bebés de gigante y drogados o marcados con el hierro candente, los hombres lanzaban sus botellas de cerveza al aire para disparar contra ellas. Mi padre, borracho como estaba, con la grasa dulce del cochinito que habían asado antes del juego reluciendo todavía en sus labios y su barbilla, siempre daba a las botellas, y el estruendo de cristales rotos se oía por todo el valle. «No tiene ningún secreto —bromeaba—, aprietas el gatillo y el arma hace el resto».

Cuando bajé el arma de la estantería, oí una risa procedente de la habitación contigua. Era una risa gruesa, arrogante, como las de los jóvenes que se apalancan en las calles y se tocan el paquete como quien sopesa una bolsa llena de dinero. En aquel momento decidí que ya era hora de que me vieran. Eso haría que cesara la risa. Y les daría algo en que pensar.

A partir de entonces todo sucedió sin previo aviso. Un hombre se aproximó a mí. Una mujer echó a correr. Apreté el gatillo una y otra vez.

Mi padre tenía toda la razón. El arma hizo el resto.

CERDEÑA

SÁBADO, 05:05-12:50

UN viento fresco, fuerte, espeso de sal y de oscuridad, gemía y se retorció sobre el barco como si buscara sus puntos flacos. Sin embargo, el mar estaba en calma. Su superficie negra y brillante, que se destacaba suavemente contra la oscuridad que lo envolvía todo, ondulaba formando pliegues y arrugas, palpitando y agitándose a la luz de la luna. Las pequeñas olas que lamían las placas de metal de la parte inferior de la quilla no afectaban de modo perceptible al barco, que permanecía quieto e imperturbable como si ya hubiera atracado en el puerto.

Un hombre se aferraba a la barandilla de metal arrugada por innumerables capas de pintura y contemplaba la noche con la mirada vigilante de un oficial de guardia. El abrigo desabrochado flotaba a su alrededor como una capa y producía la impresión de que se trataba de un hombre corpulento, pero cuando el aire se quedaba sin aliento por un instante se veía que era bastante delgado para su estatura. El viento aplastaba contra la camisa su corbata de color indefinido y la curvaba de un modo caprichoso, describiendo algo muy parecido a un signo de interrogación. Su rostro era enjuto y suave, provisto de una nariz aquilina y ojos de color azul apizarrado y mirada directa, como la de un niño. Los cabellos castaños, moteados en las sienes con mechones plateados, eran rizados y el viento los agitaba adelante y atrás como si fueran pequeñas olas de la escena de una tormenta en un jarrón griego.

A unos centenares de metros a popa, la luna llena se reflejaba en la superficie vacilante del mar. La temblorosa mancha brillante parecía increíblemente profunda, como si la produjera un inmenso foco encendido en el fondo del mar. Allí, cerca de la costa occidental de la isla, el mar era muy profundo, ya que las montañas descendían hasta encontrarse con el mar y después proseguían su camino debajo de la superficie. Zen aspiraba el fuerte viento marino y oteaba el horizonte en busca de tierra firme. Pero no se veía ningún indicio de la costa, salvo el hecho de que frente al barco la oscuridad era aun más profunda, sólida e impenetrable. El camarero había llamado a la puerta de su camarote veinte minutos antes para despertarle, diciéndole que estaban a punto de llegar a puerto. Zen había subido a cubierta con la esperanza de ver luces, una actividad frenética y una primera imagen del puerto de destino. Pero no se veía absolutamente nada. El barco parecía estar anclado en medio del mar.

No importaba. Se sentía liviano, anónimo, libre de todo peso innecesario. Roma había quedado atrás, a una distancia inconmensurable. Cerdeña estaba en algún lugar delante de él, remota, una incógnita. Y las razones por las que estaba en la cubierta de un barco de la Línea Tirrenia a las cinco de la mañana parecían completamente irreales y carentes de importancia.

Cuando volvió a mirar, todo había terminado. El muro de tinieblas que se alzaba ante él se había dividido en dos: en la parte inferior se destacaba una cordillera de

infinidad de contornos, y sobre ella se extendía el cielo iluminado por el inminente amanecer. Las luces del puerto aparecieron por detrás de la lengua de tierra que las había ocultado hasta entonces y que ahora se distinguía del mar abierto y de la pequeña bahía que se abría más allá. A la tímida luz del alba, Zen se puso a clasificar muelles, embarcaderos y carreteras como si se tratara de constelaciones. Las cosas estaban empezando a cobrar forma, a despertarse, a vestirse y ponerse presentables. El instante había pasado. Pronto no sería más que un día como los demás.

Abajo, en el bar, este proceso estaba ya en una fase muy avanzada. Una multitud predominantemente compuesta de hombres más o menos despeinados y malhumorados, se agolpaba alrededor de un cajero soñoliento para comprar el cupón de caja con el que después irían a la barra a canjearlo por un dedal de plástico lleno de café. En las butacas los jóvenes se despertaban después de una mala noche, se restregaban los ojos, se rascaban la espalda e intercambiaban pequeñas bromas y palmaditas. Cuando Zen consiguió por fin encargarse del café, una voz de robot procedente del equipo de megafonía ordenó a todos los conductores dirigirse a la cubierta de automóviles del barco para desembarcarlos. Apuró su café con rapidez, escaldándose la boca y la garganta, y se encaminó hacia las entrañas del barco.

En este pequeño puerto, en el que la nave solo hacía una breve escala en su camino hacia Cagliari, casi los únicos en desembarcar eran vehículos comerciales y militares. Todos ellos hicieron caso omiso de la advertencia de no poner en marcha los motores antes de que se abrieran las puertas de la cubierta. Zen se abrió paso por entre nubes de humo de los diésel hasta su coche, apretujado entre un enorme camión y un autobús lleno de soldados de aspecto mucho menos vivaz que la noche anterior, en que habían desembarcado en el puerto de Civitavecchia con la forzada alegría de los hombres desesperados. Abrió la puerta y subió al coche. Era indiscutible que Fausto Arcuti se había comportado. La tarde anterior había vuelto al Bar Rally para recoger un sobre que contenía un juego de llaves y una nota que decía: «Delante del número 63 de la Via Florio». Zen dio la vuelta al papel y escribió: «Gracias por la rápida entrega. El asunto Parrucci no tiene nada, repito, nada que ver contigo. Saludos». Entregó la nota al camarero y se dirigió a la Via Florio.

No tuvo siquiera que fijarse en el número de la casa. El coche, un Mercedes blanco con tapicería de cuero color crema, destacaba a la legua entre los estropeados utilitarios de los vecinos del barrio de Testaccio. Le habían puesto una matrícula de Zúrich, y no hacía mucho, a juzgar por los brillantes arañazos de las tuercas oxidadas. No había etiquetas de registro o seguro del coche pegadas en el parabrisas, pero hubiera sido mucho pedir a tan corto plazo. Zen sacó su cartera y examinó el documento de identidad suizo, expedido a nombre de Reto Gurtner, que había conservado tras una misión secreta seis años antes. Era una falsificación muy buena, un producto de la operación de los servicios secretos en Prato, donde, según se rumoreaba, unos cuantos falsificadores de élite se ponían al servicio del SISMI para librarse de sus condenas. La iluminación primitiva y la extraña pose de Zen conferían

a la fotografía el aspecto de una foto del archivo policial, lo cual no era de extrañar, ya que había sido tomada con el mismo equipo. *Herr* Gurtner, de Zúrich, parecía capaz de cualquier cosa, se dijo Zen, incluso de incriminar a un inocente si se terciaba.

Mientras la lujosa carrocería del Mercedes amortiguaba los pedos de los camiones y autobuses que le rodeaban, Zen llegó a la conclusión de que sucediese lo que sucediese en Cerdeña, al menos había sido capaz de arreglar antes de irse todas las cuestiones pendientes que le preocupaban en Roma. La patrulla que había respondido a su llamada había detenido a un hombre que intentaba huir en el Alfa Romeo rojo. Se trataba de un tal Giuliano Acciari, un matón con una larga lista de antecedentes penales que incluía robos en casas y hurtos menores. Zen lo identificó como el hombre que le había robado la cinta en la cola del autobús, pero no lo mencionó a la policía. Acciari no iba armado, y el registro que se efectuó para encontrar el arma, de la que supuestamente se había deshecho tras oír las sirenas, había resultado infructuoso. Pero la policía retenía a Acciari acusado de la sustracción del Alfa Romeo, y había asegurado a Zen que no se escatimarían esfuerzos para sonsacarle toda la información posible sobre el paradero de Vasco Spadola.

Zen había aprendido a conducir a finales de los años cincuenta, pero lo cierto es que nunca le había hecho mucha gracia. Dado que las calles y las carreteras se llenaban más y más de vehículos, aumentaba la velocidad y disminuía la paciencia de los conductores, no había visto razón alguna para cambiar de opinión, pero tenía buen cuidado de no decírselo a nadie, ya que sabía que su actitud sería considerada insolidaria, si no herética. Pero en aquella ocasión no había escapatoria posible, ya que era imposible agenciarse un chófer y hubiera resultado muy poco creíble que Reto Gurtner, el burgués acomodado de Zúrich, viajara por Cerdeña en transporte público.

Zen conducía de un modo muy parecido a los campesinos ancianos que van montados en sus tractores Fiat y conducen a veinte por hora, completamente ajenos al alud de bocinazos y parpadeos de luces largas que provocan tras de sí. El viaje desde Roma al puerto de Civitavecchia había sido toda una prueba de dos horas y media de duración, pero el control de embrague y volante que requería la salida del barco era mucho mayor que el que se necesitaba en los semáforos de la Via Aurelia, ante los que el Mercedes se había detenido de un modo abrupto como un caballo que rehúsa un obstáculo. Después de conseguir calar el coche dos veces y estar a punto de chocar con el costado del barco por acelerar con demasiada brusquedad, Zen consiguió por fin atravesar la rampa de metal que le llevó a tierra sarda o, mejor dicho, al muelle de piedra junto al que había atracado el barco. Se sorprendió al comprobar que no era necesario pasar ningún control de pasaportes ni de aduana. Aunque, por otro lado, desde un punto de vista estrictamente burocrático, no había salido de Italia.

Era la primera vez que iba a Cerdeña. En Italia, todos los oficiales de policía tenían que pasar un tiempo en una de las tres «áreas problemáticas» del país, pero

Zen no había optado por Sicilia ni por Cerdeña, sino por Alto Adige, ya que desde allí podía ir más a menudo a Venecia para ver a su madre.

El puerto consistía en un par de muelles a los que arribaban una vez a la semana los ferris procedentes de la península y a los que los buques de carga rusos traían cargamentos de pulpa de madera destinados a la fábrica de papel local. Del extremo más alejado del muelle partía una carretera estrecha y en mal estado, flanqueada por grupos de roca rosada. Zen pasó junto a una desordenada colección de casas construidas a mano, que no acababa de ser un pueblo, y por la lengua de tierra que salía al encuentro del puerto desde la costa. El sol todavía no había asomado por las cimas de las montañas, pero el cielo ya había adquirido un tono azul claro, pálido, delicado y glacial. Bandadas de gaviotas sobrevolaban el lugar en busca de comida y sus estridentes chillidos resonaban en el aire frío de la mañana. Cuando llegó a la pequeña ciudad en la que la carretera comarcal se encontraba con la autopista de la costa, Zen sintió ganas de parar, entrar en un café y empezar a buscar pistas, olfatear el aire, observar el comportamiento de la gente. Pero no podía permitírselo, porque en Cerdeña no era Aurelio Zen, sino Reto Gurtner, y aunque no sabía cómo era Reto Gurtner, estaba seguro de que pararse a observar el ambiente no formaba parte de sus costumbres. O, mejor dicho, estaba convencido de que esto es lo que pensarían los lugareños, y era su opinión la que importaba. Un suizo que detuviera su Mercedes delante de un bar de carretera rural para tomarse un *cappuccino* a primeras horas de la mañana se convertiría al instante en un suizo sospechoso, y eso era lo último que se podía permitir Zen en aquellos momentos. No podía dejar que el cielo despejado, el aire puro y la sensación matutina de júbilo se le subieran a la cabeza, y lo sabía. En aquellas montañas tras las que se ocultaba el sol y que daban la espalda al mar vivían hombres que habían sobrevivido durante milenios gracias a su habilidad y al conocimiento profundo de su tierra. Generaciones enteras de policías, a veces con apoyo militar, habían sido enviados a la isla con la orden de intentar acabar con el sistema de reglas complejo, arcaico y tácito del *Códice Barbaricine* e imponer la ley de Roma. Pero todos habían fracasado. Ni siquiera la política de mano dura que ejercía Mussolini y que tan eficaz había resultado con la Mafia predominantemente urbana, había podido con aquellos pastores, que eran capaces de desaparecer en las montañas sin dejar rastro. El hecho de que sus familiares fueran detenidos en masa en las redadas no hacía más que fortalecer a estos proscritos y convertirlos en héroes populares. Estas gentes consideraban que cualquier tipo de colaboración con las autoridades constituía una traición repugnante, y, en consecuencia, castigaban a los culpables. A los ojos de los sardos, los italianos de la península eran policías, soldados, maestros, recaudadores de impuestos, burócratas o, en los últimos tiempos, turistas. Pasaban un tiempo en la isla, cogían lo que les interesaba y se volvían a marchar sin conocer en absoluto el carácter de los lugareños, la ruda variante del latín que hablaban ni el código complejo y a menudo violento que aplicaban los pastores para resolver sus diferencias mientras sus rebaños correteaban libremente por las

montañas. Por todas estas razones, Zen había decidido disfrazarse de turista en esta misión secreta. Todos los extraños despertaban las sospechas de los sardos, pero, en este sentido, los turistas salían mejor parados que los italianos, quienes a los ojos de los lugareños eran automáticamente espías del gobierno. Además, Reto Gurtner tenía una buena razón para visitar aquel rincón tan apartado de la isla en una época tan intempestiva del año. Quería comprar una finca.

El Mercedes rodaba resuelto por la tortuosa carretera que ascendía entre el paisaje árido y arrasado. A cada lado, afilados riscos de piedra caliza surgían como muelas de la tierra roja y yerma. En la zona crecían cactus gigantes de enormes orejas abrasivas, pequeños eucaliptos y olivos y extrañas parcelas de aspecto salvaje. Había muy poco tráfico y Zen ya se había acostumbrado a la velocidad cuando se vio obligado a detenerse delante de una cadena de la que colgaba una placa metálica. Había visto una vía férrea de carril estrecho que corría paralelamente a la carretera, pero en tal estado de abandono que la había creído fuera de uso.

Al otro lado de la cadena, una anciana charlaba con un escolar enfundado en una camiseta estampada con una inscripción de Iron Maiden en colores fosforescentes. Ambos se volvieron para contemplar boquiabiertos el Mercedes. Zen les dedicó una mirada suave e inexpresiva, una mirada que creyó sería característica de los suizos. La anciana y el muchacho no dejaron de observarle. Zen aprovechó la ocasión para consultar el mapa. Estaba seguro de que esto también era algo típicamente suizo.

Un tren compuesto por una locomotora diésel y dos vagones decrepitos se detuvo en el paso a nivel. El muchacho subió y se unió a un grupo de escolares, la locomotora escupió una espesa nube de humo y al cabo de unos instantes, la carretera volvió a estar despejada. Zen puso la primera, se le caló el coche, quitó el freno de mano, empezó a retroceder, apretó el embrague, volvió a poner el motor en marcha, se le caló el coche, puso el freno de mano, soltó el embrague, puso el motor en marcha, quitó el freno de manó, apretó el embrague y se alejó. Ninguna de esas cosas era típicamente suiza, se dijo. Y, al parecer, la vigilante del paso a nivel creía lo mismo.

Gracias a la información que había obtenido en el mapa y alguna que otra señal desvaída y oxidada, Zen siguió conduciendo tierra adentro durante unos doce kilómetros antes de doblar a la derecha y proseguir por una carretera que subía por la ladera de la montaña como un tobogán lleno de recodos. Al doblar, en cada curva veía el pueblo situado en la cima. Cuanto más se aproximaba a él, más feo le parecía. Desde cierta distancia producía la impresión de que hubiera sobrevenido una catástrofe natural, tal vez un corrimiento de tierras. De cerca parecía un vertedero de basuras de proporciones gigantescas. El lugar no tenía ningún rasgo específicamente sardo. Podría haber sido cualquiera de los miles de pueblos del sur que se mantenían con vida gracias a los ingresos de los trabajadores emigrados, y en los que se amontonaban las casas sin orden ni concierto. Muchas de ellas ni siquiera estaban terminadas, ya que esperaban el siguiente cheque del extranjero. Los colores

dominantes eran el blanco y el ocre, y la forma que más se veía era el rectángulo. El pueblo, construido en la escarpada pendiente, tenía un aire desordenado, provisional, como si en cualquier momento pudiera ser desmantelado y trasladado a otro lugar. Y, sin embargo, era muy posible que ya existiera cuando Roma no era más que una aldea.

Las últimas curvas de la carretera estaban invadidas por edificios de construcción reciente. Algunos no eran más que estructuras desnudas de cemento armado, otros contaban ya con muros exteriores pero estaban deshabitados. Algunos los construían piso por piso, y mientras que la planta baja ya estaba habitada, el primer piso era un tejado plano provisional del que surgían los cables oxidados de refuerzo como tallos de alguna flor increíblemente resistente que hubiera aprendido a crecer en el cemento. La carretera se estrechaba hasta convertirse en la calle principal del pueblo. Zen condujo con cautela por entre los camiones y las furgonetas estacionadas, cediendo el paso a todos los vehículos que se acercaban en dirección contraria, hasta que llegó a una pequeña plaza que, en realidad, era tan solo un lugar donde la calle volvía a ensancharse. La hilera de edificios quedaba interrumpida por un mirador salpicado de árboles esmirriados, desde el que se disfrutaba de una maravillosa vista de la costa y el mar. En algún lugar se encontraba Villa Burolo, aunque Zen no podía verla todavía.

Estacionó el Mercedes en el lado opuesto de la plaza, delante de un edificio rectangular y bastante nuevo que lucía un cartel con la inscripción «Bar - Restaurante - Hotel». Todavía era temprano y las personas que se veían por la calle estaban ocupadas en sus asuntos, pero aun así, Zen se dio cuenta de que le observaban con atención mientras salía del coche y sacaba la maleta del portaequipajes. «Un forastero en la ciudad», pensaban. «Un coche extranjero. ¿Turista? ¿En esta época del año?». Zen sentía en su piel el desconcierto, las sospechas. Dejaría que siguieran sospechando durante un rato, que se hicieran todas las preguntas necesarias antes de darles una explicación que esperaba los satisficiera.

Zen cruzó la puerta de vidrio y se encontró en el interior del bar, un local que tal vez hubiera tenido su encanto en la época en que había sido construido, allá por los años sesenta, pero que había envejecido de un modo deplorable. El enlucido granulado estaba cubierto de polvo; las fachadas metálicas, llenas de abolladuras y arañazos; los paneles de madera de pino empalidecidos por la luz del sol, estaban manchados y se desprendían de la pared en varios puntos. Todos estos defectos quedaban reflejados desde cada ángulo en los espejos colocados para dar sensación de amplitud, pero que, en realidad, reducían el local a un laberinto de pesadilla lleno de perspectivas falsas y callejones sin salida visuales.

—¿Con o sin? —inquirió el propietario cuando Zen le pidió una habitación.

Zen había reflexionado acerca de cómo debía hablar Reto Gurtner y, al final, había decidido no emplear acentos extraños ni cometer errores deliberados. Lo más suizo sería, sin duda, hablar italiano de un modo exageradamente correcto, lento y pesado, como si todas las palabras fueran ciudadanos con igualdad de derechos y

resultara injusto y antidemocrático dar mayor importancia a unas en detrimento de otras.

—¿Cómo dice?

—La ducha.

—Sí, por favor. Con ducha.

El propietario descolgó una llave de la hilera de ganchos y la arrojó sobre el mostrador. Era un hombre grueso, con una espesa barba negra y una escasa mata de pelo. Sus modales eran marcadamente desagradables, como si se viera obligado a aceptar clientes por necesidad y lo considerara una forma más de prostitución. Cogió los documentos de Zen sin fijarse en ellos y se puso a copiar los datos más importantes en una ficha de policía.

—¿Podría tomar un *cappuccino*? —preguntó Zen con toda cortesía.

—En el bar.

Zen recorrió los cuatro pasos que lo separaban del bar mientras el propietario completaba la ficha, la ponía a contraluz como si admirara el efecto de las aguas del papel, la doblaba con exagerado cuidado y la colocaba junto con los documentos en una casilla abierta en la pared. Después se dirigió al bar y empezó a lavar unos vasos.

Entró un anciano enfundado en un traje de pana con parches de cuero en el trasero y en la parte interior de las rodillas y tocado con una gorra de plato. Tenía un rostro duro y de facciones irregulares, que parecía una roca de granito expuesta durante siglos a las inclemencias del tiempo.

—¡Ah, Tomasso! —exclamó el propietario al tiempo que colocaba un vaso de vino sobre el mostrador.

El hombre apuró la bebida de un trago y empezó a liar un cigarrillo mientras conversaba animadamente con el propietario en una lengua que, según pensaba Zen, podría haber sido chino.

—¿Puede darme el *cappuccino*, por favor? —insistió Zen en tono lastimero.

El propietario se lo quedó mirando como si fuera la primera vez que lo viera en toda su vida y le desconcertara y molestara su presencia.

Zen sintió ganas de devolver grosería por grosería, pero estaba seguro de que Reto Gurtner seguiría comportándose de un modo escrupulosamente cortés por mucho que le provocaran.

—Si es tan amable. Tal vez tendría también la amabilidad de indicarme dónde se encuentran las oficinas del *dottore* Confalone —agregó.

El anciano dejó de lamer el borde engomado del papel de fumar y escupió una hebra de tabaco con la que se había tropezado cuando realizaba la operación.

—Delante de la oficina de correos —intervino.

—¿Está lejos?

Se oyó un corto rugido mientras el propietario calentaba la leche al vapor.

—A cinco minutos —contestó con rapidez como si quisiera evitar que el anciano se extendiera en explicaciones insensatas.

Zen echó azúcar en el café. Nunca tomaba azúcar, pero creía que Reto Gurtner era bastante goloso. Del mismo modo, los cigarrillos que sacó del bolsillo no eran sus sempiternos Nazionali, sino Marlboro.

—Tengo una cita, ¿saben? —aclaró sin dirigirse a nadie en concreto—. Dentro de media hora. No sé cómo son estas cosas en Italia, pero en Suiza damos mucha importancia a la puntualidad. Sobre todo cuando se trata de negocios.

Ni el propietario ni el anciano hicieron el menor caso de su observación, pero los esfuerzos que hacían por evitar que sus miradas se encontraran reveló a Zen que habían captado. El desconcertante enigma de *Herr Gurtner* quedó reducido a un problema totalmente específico.

Poco después de las nueve, Zen salió del hotel aseado y recién afeitado. La calle principal del pueblo estaba envuelta en sombras, pero las callejuelas y las escaleras que partían desde ambos lados estaban salpicadas de sol, y se veían brillantes paneles de pared blanca interrumpidos por aberturas rectangulares y oscuras. Detrás y encima de ellas reinaba un desorden de piedra y arbustos verdes, la antigua columna vertebral de la montaña de la isla, el último vestigio del sumergido continente del Tirreno.

Zen caminaba con paso resuelto, dedicando sonrisas agradables e insulsas a todos los que pasaban, con aire de gigante benévolo, aunque algo limitado. El pueblo sardo era el de más baja estatura de todos los países del Mediterráneo, mientras que la de Zen sobrepasaba la media de Italia, tal vez en parte gracias a las teorías de su padre respecto a la alimentación. Su progenitor, un socialista autodidacta, había sido un entusiasta de muchas cosas inútiles, de las cuales el vacío patriotismo de Mussolini había sido la última. Otra de sus grandes aficiones había sido el vegetarianismo primitivo, y en especial, la convicción de que las judías y la leche eran la base de toda alimentación sana. Desde el momento en que Zen había dejado de mamar, había comido enormes raciones de estos dos alimentos mezclados cada mediodía. La fe de su padre en las virtudes de esta alimentación milagrosa se basaba en una mescolanza de ideas asimiladas a medias, adquiridas a través de prolija y ecléctica lectura, pero había encontrado por pura casualidad dos fuentes de proteínas complementarias baratas, por lo que Zen se había criado sin los problemas de escasez de carne y pescado que tanto habían afectado el crecimiento de otros niños de Venecia en tiempos de guerra.

Se produjeron reacciones muy diversas e interesantes a la sonrisa inexpresiva de Reto Gurtner. Los jovencuelos que hacían el vago en la plaza, como si el trabajo no fuera algo difícilísimo de conseguir sino algo indigno de ellos, observaban al extranjero alto como si fuera un animal exótico exhibido en la jaula de un circo ambulante, es decir, como si fuera extraño y algo grotesco, pero también potencialmente peligroso. Para los ancianos, apretujados en los bancos de piedra de la plaza, Zen no era más que otra pieza del desesperanzador rompecabezas en el que se había convertido la vida, y no hacían más que sacudir la cabeza y mascullar comentarios incoherentes.

Los hombres, tanto los viejos como los jóvenes, siempre iban en grupos, mientras que las mujeres que vio Zen estaban invariablemente solas y no paraban de ir de un lado para otro. Solo tenían derecho de paso, y andaban presurosas, como si temieran que en cualquier momento las fueran a desafiar, y se aferraban a sus cestas de la compra como si fueran permisos oficiales. Las casadas ignoraban a Zen por completo; las jovencitas le lanzaban miradas tan atrevidas y desafiantes como una navaja abierta. Tan solo las ancianas, que ya no tenían nada que temer ni que esperar del enemigo, le dirigían miradas penetrantes, tranquilas, aunque en modo alguno hostiles. Iban vestidas de negro y parecían pirámides de diferentes medidas, ya que sus cuerpos se estrechaban desde las enormes caderas, pasando por cinturas abultadas hasta las cabezas enjutas y envueltas en pañuelos.

La única excepción a esta regla, según la cual las mujeres eran resueltas y rebosaban actividad, era una mujer medio retrasada que se aproximó a Zen para pedirle dinero cuando este estaba a punto de llegar a su destino. Era excepcionalmente menuda, incluso según el modelo sardo, de proporciones cercanas a las de un enano. Llevaba un jersey marrón oscuro y una falda larga y amplia confeccionada con una tela pesada de color azul marino. Sus manos y sus pies se veían desnudos y sucios, y cojeaba tanto que Zen sospechó que estaba fingiendo o al menos exagerando su minusvalía física por motivos profesionales. Le dio quinientas liras antes de darse cuenta de que Reto Gurtner, ciudadano de un país que se enorgullecía de cubrir las necesidades de todos sus habitantes, habría desaprobado la mendicidad por principio. Por fortuna, la mujer estaba demasiado loca para captar este tipo de sutilezas. Zen le puso el dinero en la mano mientras ella le miraba con la insistencia de alguien que ha confundido a un desconocido con un viejo amigo. Se alejó y cruzó la puerta junto a la que se veía un cartel de plástico con la inscripción «Dottore Angelo Confalone - Abogado - Notario - Agente de la Propiedad Inmobiliaria - Contable - Corredor de Seguros - Asesor Fiscal y de Inversiones». Y extracciones de muelas y cartas astrales, pensó Zen mientras subía la escalera hasta el segundo piso.

Angelo Confalone era un joven muy amable. Recibió a *Herr* Gurtner con una gran cordialidad, que contrastaba diametralmente con las miradas frías y hostiles con que le habían obsequiado hasta entonces. Era un placer, aseguró el joven, tratar con una persona tan distinguida, elegante y diferente de los clientes que solían acudir a él. Él tampoco era sardo, le confió al cabo de unos instantes; era de Génova, pero su hermana se había casado con un hombre de la zona que le había señalado la expansión que estaba experimentando el pueblo, era una larga historia y no quería aburrir a *Herr* Gurtner con ella, pero, en resumen, la cuestión era que uno tenía que empezar por alguna parte.

Zen hizo un gesto de asentimiento.

—En mi país tenemos un proverbio. No importa lo alta que sea la montaña; hay que empezar a escalar por abajo.

El abogado estalló en una carcajada falsa y felicitó a *Herr* Gurtner por su dominio del italiano.

—Y ahora, vayamos al grano, si le parece —intervino Zen—. Tengo entendido que tiene usted algo que enseñarme.

—En efecto.

¡En efecto! Cuando Reto Gurtner le había llamado el día anterior, diciéndole que buscaba una finca apropiada para un cliente suyo de Suiza, Angelo Confalone apenas había dado crédito a sus oídos. Desde que el hijo de Oscar Burolo le había dado instrucciones de poner en venta el maldito retiro de su padre en Cerdeña, Confalone se había preguntado qué persona que estuviera en su sano juicio querría comprar Villa Burolo después de la espantosa publicidad que se había dado a los crímenes cometidos en la casa. Enzo Burolo se daba perfecta cuenta del problema, por lo que había ofrecido a Confalone doble comisión a fin de librarse de la casa lo antes posible, pero aun así el agente inmobiliario había dudado que pudiera sacar partido de ese tentador incentivo. A menos que aparezca algún extranjero rico, había concluido, esto no será más que una pérdida de tiempo.

Y he aquí que al cabo de unas cuantas semanas había telefonado Reto Gurtner. Según sus palabras, había visitado varias fincas situadas en la zona norte de la isla, pero su cliente había manifestado el deseo expreso de que buscara en la costa oriental, ya que allí había pasado las vacaciones varias veces y conservaba un recuerdo muy entrañable del lugar. ¿Sabía el *dottore* Confalone de la existencia de alguna finca apropiada en la zona?

Un hombre con experiencia en tantas profesiones como anunciaba la placa colocada a la entrada del despacho habría fruncido el ceño a la vista de tan afortunada coincidencia, pero el joven abogado estaba demasiado ocupado calculando la comisión que obtendría de la venta de la propiedad, cuyo precio era muy distinto al de la granja original adquirida por Oscar Burolo. Confalone también había sido el intermediario de la venta en aquella ocasión.

Confalone dedicó al visitante una mirada satisfecha.

—Como sin duda sabrá, *Herr* Gurtner, no abundan en esta zona las propiedades que reúnan las características que su cliente exige. Y, en circunstancias normales, tendría que esperar años para encontrar una. Sin embargo, da la casualidad de que estoy en posición de ofrecerle una villa que acaba de quedar libre, y que puedo describir, sin temor a exagerar, como la mejor de su categoría en toda la isla, incluyendo Costa Smeralda.

Continuó hablando en el mismo tono durante un rato, extendiéndose con un magnífico alarde de imaginación sobre el modo en que la granja original había sido modernizada y ampliada sin sacrificar el encanto de sus humildes orígenes.

—El anterior propietario era un hombre osado y de amplias miras que aplicó todos sus recursos y su experiencia en la construcción para...

—¿Estaba realizando un sueño? —intervino Zen.

Confalone asintió con gesto vigoroso.

—Sí. Exacto. Yo mismo no podría haberlo expresado mejor. Estaba realizando un sueño.

—¿Y por qué quiere vender su sueño?

La vivacidad del abogado se desvaneció como por arte de magia.

—Asuntos familiares —murmuró—. Se produjo... una muerte. En la familia.

Esperó la respuesta de *Herr Gurtner* con el alma en vilo. Por la suma que ofrecían los Burolo estaba dispuesto a intentar ocultar la verdad. Pero el dinero no lo era todo. Debía tener en cuenta su carrera, así que no podía permitirse mentir.

Pero Reto Gurtner pareció quedar satisfecho con la explicación.

—Me gustaría ver esta finca tan extraordinaria inmediatamente —manifestó al tiempo que se levantaba.

El alivio quedó patente en las siguientes palabras de Confalone.

—¡Por supuesto, por supuesto! Será un privilegio acompañarle personalmente...

—Gracias, pero no es necesario. En la casa vive un criado, ¿verdad? Si es tan amable de hacerle saber que voy para allá, preferiría visitar la finca solo. Nosotros, los suizos, somos muy metódicos, ¿sabe usted? ¡No quiero poner a prueba su paciencia!

Después de insistir cortésmente unas cuantas veces, Angelo Confalone desistió con elegancia. ¡Doble comisión y ni siquiera tenía que acompañarlo a ver la finca! Apenas podía dar crédito a su buena suerte.

Cuando Zen salió de la oficina del abogado se vio envuelto en un alud de bocinas, provocado por un camión que estaba descargando productos lácteos en una tienda de comestibles cercana y tenía la calle bloqueada. Se deslizó por el espacio que quedaba entre el camión y la pared y continuó caminando sobre los adoquines del pavimento, mientras se decía que las cosas andaban bastante bien. Cuando estaba en Roma, la idea de adornar su misión oficial con un poco de iniciativa propia le había parecido, en el mejor de los casos, un intento desesperado de contemplar todas las posibilidades, y, en el peor, un plan temerario que bien podría desembocar en una situación catastrófica y humillante. Pero desde la perspectiva del momento, Roma carecía de importancia, la sentía tan lejana como Marsella o Madrid. Solo aquí podía esperar encontrar una solución definitiva a sus problemas.

No es que confiara en resolver el caso Burolo, por supuesto. Al fin y al cabo, no había nada que resolver. Las pruebas existentes contra Renato Favelloni eran concluyentes. La única incógnita que quedaba era si había cometido los asesinatos personalmente o si había contratado a un profesional. La clave del caso habían sido las cintas de vídeo y los discos de ordenador que Oscar Burolo había guardado en la cámara subterránea de su villa. Burolo había almacenado electrónicamente toda la información, aun los datos más insignificantes, relativa a la expansión de su empresa de construcción. Después de los asesinatos, las autoridades habían confiscado todo el material; pero cuando los miembros del equipo del magistrado empezaron a

examinarlo, descubrieron que todos los datos informáticos estaban destruidos, probablemente por haber sido expuestos a un campo magnético muy potente.

Empezó a circular un rumor según el cual los discos estaban en perfectas condiciones cuando los Carabinieri los incautaron, y dicho rumor se hizo más insistente un mes después, cuando una importante revista publicó lo que pretendía ser la transcripción de un extracto de los archivos de Burolo. Se trataba de un material relacionado con un contrato cerrado en 1979 para la construcción de una prisión en las cercanías de Latina, una creación de la era fascista en la costa del Lazio, conocida popularmente bajo el nombre de «Latrina». El presupuesto de la empresa Construcciones Burolo era un sesenta por ciento más bajo que el presupuesto mínimo calculado para el proyecto. Su oferta fue aceptada sin vacilaciones, a pesar de que los planos que la acompañaban presentaban varios defectos e inexactitudes.

Cuando se empezó a trabajar en el proyecto se descubrió que el terreno elegido era lodoso y totalmente inadecuado para el tipo de construcción que se había planeado. Construcciones Burolo no dudó en presentar al Ministerio de Obras Públicas la primera de una serie de solicitudes para obtener presupuestos revisados, por lo que, al cabo de un tiempo, el presupuesto original de cuatro mil millones de liras llegó a alcanzar la suma de treinta y seis mil millones de liras. La opinión pública estaba al corriente de estos hechos, pero lo que explicaba la revista en cuestión era el modo en que se había realizado la operación.

Aunque el artículo no revelaba el nombre del político que en los archivos de Burolo figuraba con el sobrenombre de *l'onorevole*, todo el mundo daba por sentado que se trataba de una personalidad destacada de uno de los pequeños partidos que configuraban la coalición de gobierno, un hombre que había desempeñado el cargo de Ministro de Obras Públicas en la época en que se había firmado el contrato. Según los archivos informáticos, Oscar Burolo había pagado a Renato Favelloni trescientos cincuenta millones de liras para asegurarse de que Construcciones Burolo conseguiría el contrato. Un comentario hecho con una ironía que muchos consideraban característica de Oscar Burolo hacía notar que esta tarifa era extremadamente elevada, ya que lo corriente era pagar entre un seis y un ocho por ciento del montante del contrato. En los archivos figuraba también una relación de las fechas y los lugares en los que Oscar había establecido contacto con Favelloni. En una ocasión se había reunido con el propio *onorevole*.

Tras la publicación del artículo los periodistas responsables fueron llamados a comparecer ante el tribunal de Nuoro para que dieran a conocer sus fuentes de información. Los periodistas se negaron y se los encarceló sin más bajo la acusación de ocultación de pruebas. Pero el asunto no terminó allí, ya que el siguiente número de la revista incluía una entrevista con el hijo de Oscar. Enzo Burolo no solo corroboró las afirmaciones aparecidas en el número anterior, sino que también agregó otras mucho más espectaculares. La más importante se refería al hecho de que seis meses antes de su muerte, su padre había pagado setenta millones de liras para

obtener el contrato de construcción de una planta generadora para ENEL, una compañía eléctrica. A pesar del desorbitante soborno, Construcciones Burolo no pudo hacerse con dicho contrato.

Según Enzo, Oscar Burolo se enfureció tanto que se juró no volver a sobornar a nadie en su vida. A partir de entonces, la empresa empezó a ir cuesta abajo. Oscar se había unido con otras empresas de construcción para formar un grupo que presupuestaba proyectos a precios más realistas, pero los proyectos eran rechazados una y otra vez con el pretexto de que no eran válidos o de que presentaban algún defecto de orden técnico. Invariablemente, el contrato se desviaba hacia una empresa que no formara parte del grupo.

Construcciones Burolo se encontró muy pronto al borde de la bancarrota, y cuando Oscar recurrió a los bancos para obtener créditos descubrió que ya no era un cliente preferente. Nadie hacía el menor caso de sus cartas ni contestaba a sus llamadas, y las personas a las que había cubierto de obsequios y favores nunca estaban localizables. Oscar, furioso y desesperado, había decidido jugar su última carta, de modo que se puso en contacto con Renato Favelloni para exigir la protección personal de *l'onorevole*. Advirtió a Favelloni que si esto no daba resultado, revelaría todos los detalles de su colaboración, incluyendo todo lo referente a los manejos de la prisión de Latina y un vídeo en el que se veía a Favelloni hablando en un momento de descuido de su conexión con diferentes personalidades cercanas al poder, entre las que figuraba *l'onorevole*. Las discusiones y negociaciones habían continuado a lo largo de todo el verano, pero según Enzo, no se trataba más que de una estrategia para retrasar la operación, para dar tiempo a los enemigos de Oscar de preparar la ofensiva definitiva, que fue lanzada aquel día fatídico de agosto, pocas horas después de que Renato Favelloni abandonara Villa Burolo.

A partir de entonces, el caso contra Favelloni había despertado una enorme expectación, si bien era cierto que algunos todavía albergaban dudas al respecto. Por ejemplo, si la destrucción de los archivos de Burolo era tan necesaria para el éxito de la conspiración como el propio asesinato, ¿cómo era posible que la revista pudiera hacerse con una copia intacta de uno de los discos de ordenador más incriminatorios? Y además, ¿por qué empleó el asesino un arma tan ruidosa como una escopeta si necesitaba tiempo para destruir las cintas y los discos antes de huir? Pero pronto se hallaron las respuestas a estas preguntas. Se insinuó que la información de la revista no procedía del disco original sino de una copia que el astuto Burolo había depositado en otro lugar junto con la orden de que fuese hecha pública en caso de que muriera. Por lo que hacía al ruido, no existía ninguna prueba que demostrara que los discos y las cintas no habían sido destruidos antes de los asesinatos. De hecho, los chasquidos metálicos que se oían en la cinta parecían apoyar esta hipótesis. En lo referente al arma, seguramente habían escogido una escopeta para dar la sensación de que los asesinatos eran un acto de violencia aislada. Al cabo de poco tiempo, todas estas hipótesis quedaron reducidas a meros intentos de abortar las acusaciones

presentadas contra Favelloni y sus jefes del Palazzo Sisti, unas acusaciones que ahora era imposible rebatir.

Afortunadamente para Zen, su participación en el caso era mínima. Desde un punto de vista realista, no podía esperar sacar a Favelloni del lío en que estaba metido. Su principal objetivo era evitar granjearse enemigos poderosos y peligrosos en el Palazzo Sisti, y, al parecer, el mejor modo de conseguirlo era cortarle las alas a Vincenzo Fabri. En otras palabras, tenía que aparentar que había hecho lo imposible por incriminar a Padedda, pero que lo imposible no había sido suficiente. No era tan sencillo como parecía. Tendría que andarse con pies de plomo si quería evitar que un hombre inocente diera con sus huesos en la cárcel y, al mismo tiempo, convencer al Palazzo Sisti de que no era un simple empleado desleal del que convenía deshacerse, sino, al igual que Fabri, un simpatizante con buenas intenciones, cuyo único problema era que no había estado a la altura de las circunstancias. En Roma, sus posibilidades de conseguirlo habían sido prácticamente nulas, pero estaba empezando a pensar que tal vez se saldría con la suya. Las cosas habían cambiado diametralmente con la detención de Giuliano Acciari y (¿por qué no admitirlo?) con la comida con Tania, que había acabado en un abrazo. Zen, que era un pesimista por naturaleza, había aprendido a través de amargas experiencias que cuando las cosas no van como se espera que vayan no sirve de nada intentar que lo hagan. Y puesto que ahora sí iban bien, también sería una estupidez desperdiciar la oportunidad.

Siguió paseando por la calle, contemplando los escaparates de las tiendas y las callejuelas oscuras que se abrían a ambos lados y observando los rostros y los ademanes de las personas con las que se cruzaba. Le daba la sensación de estar absorbiendo ya el espíritu del lugar, de percibir las posibilidades que ofrecía.

En aquel momento vio o creyó ver algo que destruyó toda la confianza que había logrado desarrollar. En una de las callejuelas que se abrían en el lado izquierdo de la calle principal, un callejón sin salida sembrado de bolsas de basura, unos cuantos bidones de aceite vacíos y algunos montones de cascotes, había una figura que sostenía en las manos un objeto que parecía ser un arma.

Al cabo de un instante había desaparecido, y Zen se preguntó si la figura habría sido producto de su imaginación. No seas estúpido, se recriminó al entrar en el callejón, empeñado en disipar el espejismo provocado por su imaginación desbocada. El hombre que había entrado en su casa de Roma estaba detenido, y aun cuando Spadola hubiese decidido vengarse personalmente, era imposible que le hubiera seguido la pista con tanta rapidez. Zen había tenido razones de peso para tomar todas las precauciones posibles e ir en el Mercedes hasta Civitavecchia. Le preocupaba más Vincenzo Fabri y el Palazzo Sisti que Spadola. Pero no le habían seguido, de eso estaba totalmente seguro.

El callejón se estrechaba hasta convertirse en una especie de ranura entre dos edificios, por la que apenas sí podía pasar una persona. Cuando los ojos de Zen se acostumbraron a la oscuridad, comprobó que la callejuela seguía un trozo más en una

pendiente muy pronunciada y terminaba en una curva cerrada hacia la izquierda, tras la que sin duda se hallaba la calle de abajo. No había ningún indicio de que alguien hubiera pasado recientemente por allí.

Zen giró bruscamente sobre sus talones al oír el sonido de unos pasos que le cortaban la huida. Por un momento tuvo la sensación de que la historia se repetía: volvía a enfrentarse a un hombre armado. Pero en esta ocasión el arma era una metralleta, el hombre iba vestido de militar y no cabía duda de que la escena era del todo real. A la salida del callejón estaba estacionado un *jeep* azul de los Carabinieri.

—¡Documentación! —ordenó el hombre.

Zen se llevó la mano al bolsillo para sacar la cartera, pero la volvió a dejar caer en seguida.

—La tienen en el hotel —explicó exagerando su acento del norte.

El carabiniere lo miró de arriba a abajo.

—Al hotel no se va por aquí.

—Ya lo sé. Solo estaba curioseando. Soy suizo, sabe. En mi país los edificios se construyen de un modo más racional, y carecen de estos detalles tan interesantes y pintorescos.

Te estás pasando, se dijo. Pero sus palabras apaciguaron sensiblemente al carabiniere.

—¿Es usted un turista? —preguntó.

Zen recitó la consabida cantinela y tuvo buen cuidado de mencionar a Angelo Confalone varias veces. La expresión suspicaz del carabiniere se trocó en una expresión de amabilidad protectora. Al cabo de un instante hizo salir a Zen del callejón.

—Pero aun así —advirtió cuando llegaron junto al *jeep*—. Será mejor que no se dedique a explorar demasiado. La primavera pasada encontraron a un matrimonio de alemanes en una furgoneta con sendos disparos en la cabeza. Sin duda dieron con algo que no deberían haber visto. Y eso le puede pasar a cualquiera por aquí. Basta con estar en el lugar equivocado en el momento menos apropiado.

El *jeep* se alejó con un rugido del motor.

Creía que sus muertes cambiarían las cosas, pero no cambió absolutamente nada. Regresaba al lugar noche tras noche, como si en la ocasión siguiente la sentencia pudiera ser revocada y el sueño, destruido. Todo en vano. Incluso en este lugar en el que la oscuridad es impenetrable, sabía que estaba en libertad condicional. Nada podría cambiar eso jamás. Vivía en el destierro, víctima de por vida de este mundo de luz que divide y perfora, que arroja sobre nosotros sus dolorosos distancias.

Tal vez había hecho demasiado poco, pensé. Tal vez se impusiera otro sacrificio. Pero ¿a quién sacrificar? Me dejé llevar por fútiles especulaciones. Hay un poder que nos

castiga, sin duda. Su influencia se extiende por doquier, omnipresente y misteriosa, pero ¿hay algo que le pueda afectar? Somos castigados porque hemos pecado. ¿Podemos redimirnos de nuestros pecados? Y así sucesivamente, hasta la eternidad, dando vueltas y vueltas sobre el mismo punto, perdiéndome en la búsqueda de un defecto en las paredes que no me dejan salir y no me dejan entrar.

Un buen carnicero no mancha la carne, decía mi padre, aunque todo lo demás se manchaba: la ropa, la piel, el rostro, cuando arrojaba el animal al suelo y le clavaba el enorme cuchillo en la garganta entre jadeos, salpicado de sangre de los pies a la cabeza, y el cerdo seguía agitándose. Pero cuando colgaba al animal del gancho, la carne estaba limpia. Esto es lo único que necesito, pensé. Ser un buen carnicero, sereno, paciente e indiferente. Lo único que me faltaba era una buena víctima.

Y entonces llegó el policía.

SÁBADO, 20:10-22:25

A las ocho de la noche, *Herr* Reto Gurtner estaba en plan filosófico, mientras que Aurelio Zen estaba borracho y se sentía solo.

La noche era pesada y oscura y de vez en cuando se escuchaba el retumbar de un trueno. El bar estaba lleno de hombres de todas las edades, que conversaban, fumaban, bebían y jugaban a cartas. Aparte de alguna que otra mirada de reojo, nadie hacía el menor caso del forastero sentado a una mesa de la parte trasera del bar. Pero su presencia los inquietaba, no cabía duda. Hubieran preferido que no estuviera. En otros tiempos, le hubieran echado de sus propiedades y de su pueblo, pero dado que ya no podían hacerlo, se dijo Reto Gurtner con filosofía, habían optado por fingir que no existía, le ignoraban y le excluían de su círculo.

A pesar de las diferencias de edad, educación e ingresos, todos los hombres llevaban un atuendo parecido: resistente, anodino y práctico. En Roma lo primero que llamaba la atención en las personas era la ropa, no las figuras fabricadas en masa cuyo objetivo parecía ser lucir sus vestidos del modo más espectacular posible. Pero en este bar de la zona rural de Cerdeña, todavía importaba la gente. Hemos tirado al bebé por el desagüe, reflexionó Gurtner el filósofo. Al erradicar la pobreza y los prejuicios hemos erradicado algo más, algo tan exótico como cualquiera de las especies amenazadas por las que los ecologistas arman tanto revuelo, algo que no puede ser restituido una vez que se ha extinguido.

Tonterías, exclamó Aurelio Zen enojado, mientras se servía otro vaso de *vernaccia* de la garrafa que había pedido. La noche borrascosa, su desagradable misión, la sensación de aislamiento absoluto, el hecho de que echara muchísimo de menos a Tania; todo ello conspiraba para ponerle de un humor irritable e irracional. Este tipo de Zúrich, tan esnob y paternalista, era el colmo. ¿Quién se creía que era? ¿Con qué derecho iba por ahí como si la pobreza fuera algo romántico y valioso? Tan solo una nación tan terrible y egocéntricamente materialista como la suiza podía permitirse semejantes sentimentalismos.

Bebió a sorbos el vino barato que se adhería a las paredes del vaso. Cada vez estaba más bueno. Volvió a pensar en llamar a Tania y una vez más rechazó la idea. Cuanto más recordaba, detalle por detalle, lo que había sucedido el día en que habían comido juntos en su casa, más irreal se le antojaba. A buen seguro la luz de sus ojos y el matiz de su voz no habían sido más que un producto de su imaginación. No eran los hechos los que se ponían en tela de juicio, sino la interpretación que de ellos se hacía. Lo mismo sucedía con el caso Burolo. Lo mismo sucedía con absolutamente todo.

Zen clavó la mirada en la mesa, cuya superficie se desenfocaba y se volvía a enfocar de un modo fascinante. En un momento dado creyó entrever una gran verdad,

una teoría unificada de la existencia humana, una fórmula simple y fundamental que representaba la explicación de todas las cosas.

Este vino es muy fuerte, señaló Reto Gurtner con su acento ligeramente pedante. Has bebido mucho y tienes el estómago vacío. Se te ha subido a la cabeza. Tienes que comer algo.

¡Era fácil de decir! Llevaba un buen rato esperando ver movimiento en el restaurante. Ya eran casi las ocho y cuarto, pero las luces seguían apagadas y las cortinas, echadas. ¿A qué hora comía esta gente, por el amor de Dios?

Se oyó de nuevo el retumbar de un trueno, lo cual recordó a Zen el avión de combate que le había sobresaltado en el pueblo. Entonces no había todavía asomo de tormenta. Por el contrario, el cielo estaba totalmente despejado, era una extensión de color azul claro desde la que el sol invernal brillaba con fuerza pero sin violencia, un tirano apaciguado por la edad. El acceso al pueblo corría paralelamente a la carretera por la que había llegado Zen, pero en aquel lado el panorama era bien distinto. En lugar de la severa línea de montañas que obstaculizaban la vista, se veían amplísimos campos que se extendían en colinas y montículos hasta el mar, un paisaje reluciente e inconcluso, como unos puntos suspensivos al final de una frase. Los colores dominantes eran el ocre y el verde aceituna, mezclados como ingredientes de una salsa que conservaran su individualidad al tiempo que creaban algo nuevo. No se veía un alma, tan solo una columna de humo que salía de la fábrica de papel situada junto al puerto en el que había desembarcado por la mañana. El único detalle que ofendía la vista era una extensión de verdor que se extendía a la izquierda, en la falda de la cordillera. Su matiz casi fluorescente recordaba a Zen las postales en color de su juventud. Seguramente se trataba de un bosque, pero ¿cómo podía un bosque que había crecido en una tierra tan árida relucir con tal furia?

La carretera bajaba en curvas hasta la carretera principal que conducía a través de las montañas hasta Nuoro, la capital de la provincia, en la que Renato Favelloni esperaba la celebración de su juicio. Según el mapa, el sendero sin asfaltar se interrumpía a poca distancia de allí, en una estación de tren olvidada de la mano de Dios. Zen dobló a la derecha, y tras recorrer unos kilómetros, a la izquierda, para tomar una carretera que pedía a gritos una reparación y que corría por las laderas inferiores del valle antes de ascender por el otro lado y encontrarse con la autopista de la costa.

Un poco antes del cruce, Zen vio a su izquierda una valla de alambre levantada paralelamente a la carretera. A intervalos regulares colgaban de ella enormes carteles que hacían advertencias tales como «Propiedad Privada - Prohibida la Entrada - Valla Electrificada - Cuidado con los Leones». El paisaje era desnudo y arisco, un tumulto desolado de rocas curtidas por el viento y árboles esmirriados y raquíuticos. Al cabo de un rato se encontró con un camino asfaltado que partía del sendero hacia la izquierda y conducía a una verja de acero insertada en la alambrada.

Antes de que el Mercedes se detuviera, la verja empezó a abrirse. Zen pisó el

acelerador a fondo en tercera y el coche se caló. Consiguió volver a ponerlo en marcha al tercer intento, cruzó la verja y se encontró con otra verja cerrada, idéntica a la anterior, que entretanto se había cerrado tras él, por lo que estaba encerrado entre dos verjas recubiertas de alambre. Unas cámaras manejadas por control remoto observaron el Mercedes con curiosidad impersonal. Al cabo de unos treinta segundos la verja se abrió sin ruido y Zen accedió al último dominio de Oscar Burolo.

La estrecha tira de asfalto subía perezosa por la colina. Unos cincuenta metros más adelante, Zen divisó la hilera de postes metálicos achaparrados, colocados a intervalos irregulares, según los accidentes del terreno, y que marcaban el tercer sistema de protección, el más sofisticado de la villa: un muro de detección por microondas, una pared invisible, intangible e imposible de atravesar sin ser detectado. En el interior de este círculo dotado de un triple sistema de seguridad, toda la finca estaba protegida por detectores de infrarrojos, un sistema de alarma por televisión y un radar de microondas. Todos los expertos habían coincidido en afirmar que el sistema de seguridad de Villa Burolo era, como mínimo, excesivo. Pero no había sido suficiente.

La carretera particular de Oscar continuaba ascendiendo de un modo constante por entre tramos de muro de piedra que apenas se distinguían de los bloques de roca de poca altura, riscos de todas las medidas que yacían esparcidos por doquier como cultivos, pero de hecho allí no crecía nada, salvo algunas plantas bajas y estropeadas de enebro, ligustro, laurel, brezo, romero y aulaga, plantas punzantes, tan resistentes y duras como las propias rocas.

Por fin la suave cuesta se convirtió en un terreno llano y más tarde en una pendiente que descendía hasta una especie de valle en el que apareció ante sus ojos la casa, protegida por el terreno de los fuertes vientos del norte. Desde este ángulo, Villa Burolo parecía una edificación moderna. Las alas este y sur de la casa quedaban ocultas por las nuevas alas en las que se hallaban las habitaciones de los invitados, la cocina, el fregadero, el lavadero, el garaje y las dependencias del servicio. A la derecha, en un lugar de la colina parecido a una cantera, se veía la pista de aterrizaje para el helicóptero y un poste de acero que albergaba la antena de radio para los aterrizajes nocturnos y antenas destinadas al completo sistema de comunicaciones de Oscar.

Zen estacionó el Mercedes y se dirigió a pie hacia la entrada principal, coronada por una arcada acabada en punta, de aire ligeramente morisco. No había ningún timbre ni llamador a la vista, pero cuando la puerta se abrió y apareció el criado, Zen se dio cuenta de que habría sido absurdo esperar que existiera algo así en la casa. Nadie podía entrar en Villa Burolo de un modo inesperado, ya que cuatro sistemas electrónicos de vigilancia registraban los movimientos de toda persona desde que cruzaba la verja de entrada hasta que llegaba a la puerta principal.

En cuanto vio a Alfonso Bini, Zen comprendió la razón por la que se había descartado toda sospecha acerca de él. Bini era uno de aquellos hombres tan

marcados por toda una vida al servicio de su señor que parecía imposible creer que fuera capaz de atarse los cordones de los zapatos sin haber pedido permiso antes. Saludó al visitante con inexpresiva corrección. Sí, el *dottore* Confalone le había puesto al corriente de todo. Sí, sería un placer mostrar la finca a *Herr* Gurtner.

La visita comenzó en el ala nueva, sin duda porque Confalone había dado a Bini instrucciones expresas al respecto, a fin de evitar que el potencial cliente creyera que la finca era demasiado rústica. Zen aguantó con paciencia de santo una interminable exhibición de instalaciones y comodidades modernas, que iban desde un *jacuzzi* particular y un gimnasio completamente equipado hasta una cocina digna de un hotel de tres estrellas. Una mujer de aspecto asustado doblaba toallas en el lavadero. Zen supuso que sería la mujer de Bini, aunque este la ignoró como si no fuera más que otro de los electrodomésticos adosados a la pared en ordenadas hileras. El único detalle que despertó el interés de Zen era una pequeña habitación abarrotada de monitores de vídeo y tableros de mandos.

—¿Seguridad? —inquirió.

Bini asintió y señaló una hilera de interruptores rojos situados cerca de la puerta. Cada uno de ellos llevaba una etiqueta con el nombre de uno de los distintos sistemas de alarma de la casa. En aquellos momentos, los únicos interruptores conectados eran los de los sensores de la valla interior del perímetro y el del radar de microondas.

—¿De modo que aquí siempre tiene que haber alguien? —volvió a preguntar Zen. Bini chasqueó la lengua.

—Solo si se desea controlar los monitores. Si uno de los sistemas detecta algo anormal, las alarmas se activan automáticamente.

Conectó el interruptor que llevaba la etiqueta «Prueba». De inmediato se oyó un coro de aullidos electrónicos procedentes de todos los rincones del edificio.

—Impresionante —murmuró Zen—. Está claro que mi cliente no tendrá que preocuparse por los ladrones.

El criado permaneció en silencio. La expresión de su rostro era tan pétrea que daba la impresión de que se iba a resquebrajar en cualquier momento.

Después de demostrarle que la casa disponía de todos los lujos necesarios, el criado condujo a Zen a la parte antigua de la casa para que admirara su estética. Por un corto pasillo abierto en el grueso muro exterior de la granja llegaron a una enorme sala decorada con sillones tapizados en cuero, mesas talladas de madera maciza, alfombras afganas y librerías atestadas de volúmenes antiguos. De la pared de una enorme chimenea abierta surgía la cabeza de un jabalí de aspecto furioso, como si el animal hubiera pretendido atravesar la pared y se hubiera quedado atascado.

Zen se dirigió hacia una estantería tallada de palo de rosa, situada cerca de la puerta, y se puso a examinar las armas que allí se exhibían, entre otras una Beretta antigua y una Purdy de muy buena calidad.

—¿Van incluidas en el precio? —preguntó.

El criado se encogió de hombros.

—Parece ser que falta una —prosiguió Zen al tiempo que señalaba un lugar vacío en la estantería.

Bini se volvió hacia las puertas correderas que conducían a la terraza.

—¿Qué es esto? —inquirió Zen señalando una trampilla de madera que había en el suelo.

—La bodega —respondió el criado con voz átona.

—¿Y la puerta de al lado?

Bini fingió no haberle oído. Sin hacerle caso, Zen pasó al comedor de la villa. En la sala habían dejado al descubierto las piedras de las paredes originales, pero en el comedor, los muros habían sido estucados y pintados de blanco. Zen recorrió con la mirada aquella estancia que tan bien conocía por haberla visto en el vídeo un sinnúmero de veces. Sin embargo, le sorprendía ver que las paredes no estaban salpicadas, manchadas, cubiertas de sangre. El sonido de pasos procedente de la puerta le avisó de la presencia del criado.

—¿Está recién pintado? —preguntó Zen al tiempo que olisqueaba el aire.

Durante un breve instante algo se alteró en las facciones impertérritas del anciano. Por supuesto, Angelo Confalone le habría dado instrucciones estrictas. «¡No diga nada acerca de lo que pasó! ¡No mencione el nombre de Burolo! Mantenga la boca cerrada y con un poco de suerte tal vez consiga conservar el empleo».

Hasta aquel momento, Bini había hecho lo posible por seguir las instrucciones al pie de la letra, pero la tensión empezaba a hacer mella en su rostro.

—Muy bonito. Y muy limpio —comentó Zen en tono aprobador.

La boca del criado se abrió en una mueca espantosa que pretendía ser una sonrisa.

—Mi mujer limpia todos los días, todos los días...

Zen hizo un gesto de asentimiento. Había leído los informes relativos al matrimonio. Giuseppina Bini era una de aquellas ancianas que se había criado en una época en la que los médicos eran caros y, en muchos casos, no servían para nada, por lo que luchaba denodadamente por mantener a raya a las enfermedades eliminando a los agentes que las provocaban, es decir, la suciedad y el polvo de todos y cada uno de los rincones de la casa. Por ello se creía, casi sin ningún género de duda, que había sido el asesino, el cual había resultado herido, quien dejara los rastros de sangre seca hallados en el suelo del comedor y en la escalera que conducía a la bodega. En tal caso, se dijo Zen, tendría que haber destruido las cintas y los discos después de cometer los asesinatos, a pesar del enorme riesgo que suponía permanecer en el escenario del crimen después de que se hubiera dado la alarma y sabiendo que la policía estaba en camino. No tenía ningún sentido, pensó Zen por enésima vez. Si el objetivo era destruir a Burolo junto con los archivos, lo lógico hubiera sido que el asesino empleara un arma con silenciador o matara también a Bini y a su mujer, a fin de tener tiempo suficiente para destruir los archivos de Burolo antes de darse a la fuga. Y si los discos y las cintas habían sido destruidos después de que los Carabinieri los incautaran, y no había duda de que la amplia influencia del Palazzo Sisti era muy

capaz de ello, entonces, ¿por qué había bajado el asesino a la bodega para volcar todas las estanterías?

No tenía sentido, ningún sentido, aunque Zen tenía la inquietante sensación de que la solución estaba delante de sus narices. Pero en cualquier caso, no era asunto suyo. La razón por la que había ido a la villa no tenía nada que ver con una inspección del escenario del crimen. Sin embargo, por mor de las apariencias, dejó que Bini le mostrara la bodega antes de salir al jardín. El mayordomo tiró de una anilla de cobre y abrió la trampilla que cubría una escalera que conducía al sótano.

—¿No está cerrada con llave? —preguntó Zen.

Bini oprimió un interruptor adosado a la pared y dos tubos de neón empezaron a parpadear en la bodega.

—Aquí no hay cerrojos —repuso—. Si uno guarda las joyas en una caja fuerte, no es necesario que cierre el joyero con llave.

La bodega era una estancia de proporciones generosas y una anchura igual a la de la granja. Zen husmeó el aire.

—El aire es muy fresco y limpio.

El criado señaló una fisura que estaba ras de suelo.

—El aire entra por allí. En los viejos tiempos, utilizaban la bodega para curar quesos y jamones. Se está fresco incluso en verano.

Zen asintió. Sin duda Oscar había elegido esta habitación como archivo a causa de la temperatura. Pero ahora los tubos gemelos de neón iluminaban una estancia vacía de paredes blanqueadas y suelo desnudo de piedra. Nada indicaba que aquel lugar hubiera sido el centro de una operación que, en apariencia, había conseguido cumplir el sueño de los alquimistas, es decir, el sueño de convertir escoria en oro.

Una vez arriba el criado guio a Zen a la terraza.

—La piscina —anunció.

Las locuras salvajes y los estúpidos caprichos mueren con el ego excéntrico que las ha creado, y sus cadáveres ofrecen un aspecto deprimente. Aunque haya sido vaciada y cubierta, una piscina siempre es una piscina, pero la playa de Oscar era una cuestión de extremos, de todo o nada. Ahora que habían quitado el tapón y desconectado la maquinaria, aparecía como lo que era: una monstruosidad de lo más cursi y ostentosa. La arena trasplantada estaba sucia y gastada, las rocas mostraban las juntas de cemento y el misterio de las profundidades azules había sido desentrañado: una capa de pintura aplicada en el fondo de la vasta depresión, donde el cadáver de un animalito yacía ahogado en un charco de agua que se iba evaporando lentamente.

—Se puede poner todo en funcionamiento de nuevo —aseguró Bini al visitante—. Todo está preparado.

Pero su tono carecía de convicción. Aun si un extranjero chalado compraba la casa, nada volvería a ser igual. Villa Burolo no era una casa, sino un espectáculo, y ahora que la estrella había muerto, sería siempre un estrepitoso fracaso.

—Bueno, parece una finca muy agradable e impresionante —comentó Zen con una falta de entusiasmo muy suiza—. Ahora me gustaría dar una vuelta por los jardines, a solas.

Bini regresó al interior de la casa, visiblemente aliviado por haber superado al fin tan dura prueba.

Cuando se hubo alejado, Zen caminó lentamente por la terraza y dobló la esquina de la granja. A pesar de las alambradas que rodeaban el lugar, no se tenía la sensación de estar encerrado, ya que los sistemas de protección habían sido dispuestos de tal forma que no podían verse desde la casa. Se disfrutaba de una vista magnífica. Podía verse el mar, el valle que había atravesado en el Mercedes y las laderas de las montañas, por una de las cuales asomaba el pueblo como un tiznón molesto.

Cuando llegó a la ventana del comedor, miró en torno suyo para asegurarse de que nadie le observaba y se agachó para examinar las zonas desvaídas que indicaban el lugar exacto en el que Rita Burolo se había desangrado. Otro punto que no tenía ningún sentido, se dijo. Ninguno de los investigadores había llamado la atención sobre el hecho de que el asesino no se molestara en averiguar si la señora Burolo estaba muerta o no, lo cual era muy extraño. Lo cierto es que la mujer había entrado en un coma irreversible cuando fue hallada, pero ¿cómo podía saber eso el asesino? Unos cuantos minutos de diferencia, una constitución más robusta o una pérdida menos cuantiosa de sangre y el caso Burolo habría quedado resuelto antes de empezar.

Y no era el único detalle en el que el asesino había dado muestra de un comportamiento negligente, de aficionado. Porque aunque Oscar Burolo había colocado cámaras ocultas por toda la villa para filmar todo el material comprometedor que guardaba en el sótano, había camuflado estas operaciones clandestinas mediante su obsesión, conocida de todo el mundo, por filmar reuniones al borde de la piscina y cenas informales. Por ello no se había molestado en ocultar la enorme cámara colocada en un rincón del comedor. Daba la casualidad de que la cámara no había captado ninguna imagen del asesino, pero ¿cómo podía este estar tan seguro de que sería así? Y si existía la más mínima posibilidad de que la cámara captase alguna imagen, por insignificante que pareciera, que lo incriminase, ¿por qué no había sacado la cinta de la cámara para destruirla?

Una vez más, Zen se vio acometido por la sensación de que había algo muy extraño en el caso Burolo. ¿Qué podía significar aquella indiferencia casi sobrenatural sino que el asesino sabía que era invulnerable? No tenía ninguna necesidad de tomar precauciones. Todos los esfuerzos que realizaban la policía y los jueces era inútiles. Nadie podía capturar al asesino, del mismo modo que nadie podía detenerlo.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia la fachada occidental de la casa. Detrás de las deprimentes ruinas de la piscina, una empinada cuesta ascendía hasta el ridículo bosque que le había llamado la atención antes. Se trataba de un grupo de

algún tipo de coníferas, hacinadas en una masa compacta y ordenada que les daba la apariencia de un proyecto de repoblación forestal. Más allá del bosque se alzaba la cordillera principal, una masa de granito quebrantado, interrumpido en un punto determinado por una pared gris y lisa, que probablemente era un dique. Zen continuó caminando por la terraza hasta el muro que ocultaba los alojamientos del servicio y la pista de aterrizaje para el helicóptero. La pared era una imitación mediocre de los cercados de los campos de pasto, aunque era más alta y las piedras habían sido unidas con cemento. Al otro lado se veía un agradable huerto, surcado por un sistema de canales que transportaban agua a las hortalizas desde una manguera conectada a un grifo exterior. Zen tomó un sendero que ascendía por la colina hasta un conjunto de casetas bajas de cemento, situadas a unos cincuenta metros de la casa y semiocultas por una hilera de cerezos.

Cuando pasó junto a los cerezos, un suave rugido vibró en el aire con un eco melancólico que le puso la carne de gallina. Había tres casetas, una pequeña y dos más grandes que daban la espalda a la alambrada. Ambas tenían puertas metálicas montadas sobre guías. El sonido procedía de una de ellas, que estaba entreabierta.

En el interior de la caseta reinaba la más completa oscuridad. Un olor acre, espeso y sofocante llenaba el aire. Algo crujía insistentemente en las profundidades de la caseta. Cuando los ojos de Zen se acostumbraron a la oscuridad, distinguió una silueta inclinada sobre un bulto tendido en el suelo. De nuevo la atmósfera se estremeció a causa de la vibración resonante de un rugido, parecido al de un gigante exhalando los estertores de un sueño de borracho. De repente, la silueta inclinada se volvió como si la hubieran sorprendido haciendo algo malo.

—¿Quién es usted?

Zen dio un par de pasos hacia el interior de la caseta.

—¡No se mueva!

El hombre se acercó a él con pasos rápidos y ligeros. Era bajo y robusto, de pelo negro y estropajoso y las facciones de un gnomo belicoso.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Dar una vuelta por la casa.

—Esto no es la casa.

Zen echó mano de su fatua sonrisa suiza.

—Por la propiedad, quería decir.

El hombre le miraba con suspicacia.

—¿Quién es usted? —repitió.

Zen extendió la mano, pero el otro hizo caso omiso del gesto.

—Reto Gurtner.

—¿Es usted italiano?

—No, suizo.

Se volvió a oír el suave rugido. Allí, en el interior de la caseta, la carga emocional del sonido era mucho mayor, una manifestación de sufrimiento y pérdida casi

insoportable.

—¿Qué es este sonido? —preguntó Zen.

El hombre siguió mirándole con franca hostilidad, como si quisiera fulminarlo.

—Un león —repuso al fin.

—Ah, un león.

La voz de Zen conservó un tono cortésmente casual, como si los leones fueran un accesorio imprescindible sin el que ningún hogar está completo.

—¿De qué parte de Suiza? —preguntó el hombre.

Llevaba vaqueros y una camiseta. De su cinturón colgaba un largo cuchillo de cazador metido en una funda de cuero. Sus brazos desnudos eran peludos y musculosos, y una larga cicatriz blanca surcaba en línea recta su antebrazo, desde el codo hasta la muñeca.

—De Zúrich —repuso Zen.

—¿Quiere comprar la casa?

—No personalmente. He venido en nombre de un cliente.

Las palabras del joven del Palazzo Sisti resonaron en sus oídos. *Visitará el escenario de los asesinatos, hablará con los testigos, interrogará a los sospechosos. En el curso de sus investigaciones descubrirá pruebas concluyentes que desbaraten la coartada de Pizzoni y lo relacionen con el asesinato de Oscar Burolo. Esto no le llevará más que un par de días a lo sumo.*

Un objeto increíblemente grande y rápido sobrevoló la caseta, ocultando por un instante la luz del sol como si se hubiera producido un eclipse fugaz de sol. Un momento después llegó a sus oídos un estruendo ensordecedor, como si sobre el tejado de la caseta hubiera caído una lluvia de piedras. El eco del sonido siguió oyéndose durante varios segundos.

El cuidador de leones estaba de rodillas en el extremo más alejado de la caseta, inclinado sobre el bulto tendido en el suelo. Zen empezó a acercarse a él, haciendo crujir a cada paso la paja esparcida bajo sus pies.

—¡No se mueva! —gritó el hombre.

Zen se detuvo y recorrió con la mirada la caseta calurosa, fétida y oscura. Dos horcas, unos cuantos cubos grandes de plástico, una pala, varios rollos de cuerda y largas extensiones de cadena yacían esparcidos por el suelo en completo desorden. De unos clavos insertados en las vigas del techo colgaban una escopeta de repetición y un látigo enrollado.

—¿Qué ha sido ese ruido? —inquirió Zen.

—Las fuerzas aéreas. Viene a practicar vuelo a baja altura sobre las montañas. Cuando el señor Burolo...

Se interrumpió bruscamente.

—¿Sí? —intervino Zen.

—Antes no nos molestaban.

Claro que no, pensó Zen. Unas cuantas llamadas y una sustanciosa contribución a

los fondos de los militares habrían solucionado la cuestión, sin lugar a dudas.

El rugido suave y melancólico se repitió una vez más, como si fuera el eco del estruendo causado por el avión, como un niño que intentara repetir una palabra que no entiende.

—El león parece estar bastante triste —observó Zen.

—Se está muriendo.

—¿De qué?

—De viejo.

—¿Le molestan los aviones?

—Los desconocidos también.

El hombre hablaba en tono inexpresivo. Zen señaló la cicatriz del antebrazo.

—Pero al parecer sigue siendo peligroso.

El hombre pasó junto a él y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Pero es una cicatriz muy limpia —comentó Zen al tiempo que salía en pos de él—. Parece más una herida de cuchillo o de bala que una herida producida por unas garras.

—¿Sabe mucho de leones? —preguntó el cuidador con sarcasmo cuando salieron al exterior, bañado por la brillante luz del sol y el aire puro.

—Solo lo que he leído en los periódicos.

El hombre fue a la caseta pequeña y sacó un cubo de plástico lleno de una sanguinolenta mezcla de corazones, pulmones e intestinos.

—He visto que tiene una escopeta —insistió Zen—. Así que me imagino que existen buenas razones para tener miedo.

El hombre le dedicó una mirada inexpresiva.

—Siempre hay buenas razones para tener miedo cuando se trabaja con criaturas que llevan el instinto asesino en la sangre.

Viéndolo allí de pie, en actitud de abierto desafío, con el cubo lleno de entrañas en las manos, a punto de dar de comer a las enormes bestias que podía manejar sin ayuda de nadie, Zen pensó que no resultaba difícil adivinar su inclinación por cierta clase de mujeres. Rita Burolo había ido a aquellas casetas de cemento a revolcarse con el cuidador de leones, sin saber que la cámara de vídeo por infrarrojos que su marido había instalado en el techo inmortalizaba todas sus travesuras.

¿Qué habría sentido Oscar al ver aquellas cintas que, según morbosas fuentes de la oficina del juez, hacían que las películas de porno duro parecieran niñerías en comparación? ¿Era un simple *voyeur* o es que pretendía chantajear a su mujer? ¿Tenía ella dinero propio? ¿Había esperado él salvarse así de la bancarrota hasta que sus amenazas obligaran a *l'onorevole* a intervenir para ayudarlo? Supongamos que mencionara la existencia de las cintas a su mujer y esta se lo dijera a su amante. A los ojos de un sardo orgulloso y fiero, el hecho de que una cámara hubiera filmado sus escarceos amorosos para la posteridad bien podría haber sido motivo suficiente para asesinar al responsable. O mejor dicho, era bien posible hacer que pareciera que era

eso lo que había ocurrido, pensó Zen huraño mientras bebía a sorbos la *vernaccia*. Y eso era lo único que le interesaba.

El bar se había vaciado, ya que los hombres se habían marchado a sus casas para comer lo que sus mujeres y madres habían comprado por la mañana. Zen echó un vistazo a su reloj con ojos legañosos, y al cabo de unos momentos de esfuerzo consiguió ver que eran las nueve menos veinte. Apartó la silla, se incorporó con gesto inseguro y se encaminó a la barra, tras la cual el corpulento propietario enjuagaba unos vasos.

—¿Cuándo podré comer algo?

A buen seguro, Reto Gurtner habría formulado la pregunta de un modo mucho más cortés, pero se había quedado en la mesa.

—Mañana —repuso el propietario sin levantar la vista.

—¿Cómo que mañana?

—Fuera de temporada el restaurante solo abre los domingos al mediodía.

—¿Y por qué no me lo ha dicho antes?

—No me lo ha preguntado.

Zen se volvió mascullando un juramento por lo bajo.

—Hay una pizzería siguiendo la calle —agregó el propietario de mala gana.

Zen salió del hotel tambaleándose. La plaza estaba desierta y en silencio. Al pasar junto al Mercedes, Zen le dio unas palmaditas como si se tratara de un animal doméstico leal y cariñoso, una presencia alentadora en aquel lugar extraño. Se oyó el retumbar de un trueno, más cercano ya, aunque no muy estruendoso, un estruendo poderoso, pero reprimido.

En una de las esquinas de la plaza estaba la única cabina telefónica pública del pueblo, una estructura de vidrio de alta tecnología que parecía proceder del espacio exterior. Zen la miró ansioso, pero corría un riesgo demasiado grande. A aquellas alturas, Tania ya habría tenido tiempo de pensar en el asunto. ¿Y si se mostraba brusca o indiferente o fría, para compensar sus excesivas muestras de cariño del día anterior? Tenía que contar con esa posibilidad, por supuesto, pero no en aquel momento, no en aquel lugar, no con todos los problemas que ya tenía.

En el pueblo reinaba el silencio propio de una ciudad fantasma. Zen siguió caminando en busca de la pizzería. De repente, se detuvo, se volvió bruscamente y recorrió la calle con mirada escrutadora. No había nadie. ¿Qué había sido? ¿Un ruido? ¿O solo imaginaciones de un borracho? «Sin duda dieron con algo que no deberían haber visto», había dicho el carabiniere del matrimonio asesinado en su furgoneta. «Y eso le puede pasar a cualquiera por aquí. Basta con estar en el lugar equivocado en el momento menos apropiado».

La neblina provocada por el alcohol que se había apoderado de la mente de Zen se disipó por un instante, y creyó entrever a un niño que corría por una callejón paralelo a la calle principal y aparecía de vez en cuando en los callejones de escaleras perpendiculares a la calle. Un niño jugando al escondite en la oscuridad. Pero ¿lo

había imaginado o realmente había visto algo por el rabillo del ojo, en el extremo más alejado de su campo de visión, algo que había visto, pero que no había registrado hasta aquel momento?

Sacudió la cabeza vigorosamente, como si quisiera expulsar de ella todas esas tonterías, y reemprendió la marcha a paso algo más rápido.

La pizzería estaba en la esquina a partir de la cual la calle se convertía en una pendiente. Era uno de los edificios nuevos de las afueras del pueblo y desde afuera ofrecía un aspecto bastante primitivo, con estructuras de cemento armado, paredes de ladrillo desnudo y un cartel de letras de plástico adhesivas que rezaba *Pizzería Tavola Calda*. Pero el interior del local era luminoso, brillante y alegre, decorado con máscaras tradicionales, muñecas, cestas de mimbre y tapices tejidos y bordados. Zen se llevó una gran sorpresa al comprobar que el joven que atendía el restaurante le acogía con toda amabilidad. Estaba claro que las cosas empezaban a ir mejor.

Después de unos suculentos entremeses consistentes en jamón y salami curados al viento, una enorme *pizza* y casi una botella entera de vino tinto, las cosas empezaron a ir mucho mejor todavía. Zen encendió un cigarrillo y observó al grupo de adolescentes agrupados con aire conspiratorio en un rincón del local, junto a una mesa repleta de botellas de refresco vacías. Solo le faltaba alguien con quien hablar para que todo fuese perfecto. Pero lo único que tenía para entretenerse era la etiqueta de la botella de agua mineral que había pedido. Un médico de la Universidad de Cagliari aseguraba que el agua no contenía impurezas microbiológicas, y elogiaba sus virtudes de tal forma que parecía que, ingerida en cantidades suficientes, aquella agua podía curar cualquier cosa salvo la vejez. Zen repasó la composición química, en la que se mencionaban, entre otras cosas, los *abbassamento crioscópico*, *concentrazione osmótica*, y *conducibilità elettrica specifica a 18 °C*. Cada litro de agua contenía 0.00009 gramos de bario. ¿Eso era bueno o malo?

La puerta se abrió para dar paso a la enana medio retrasada que había visto aquella mañana frente a la oficina de Confalone. Estaba empapada, y de repente Zen se dio cuenta de que el leve sonido que llevaba oyendo desde hacía un buen rato, parecido al de las interferencias en una radio, lo provocaba el chaparrón que caía. Al cabo de unos segundos retumbó un trueno con gran fuerza, como si estallara justo encima de la pizzería. Uno de los adolescentes lanzó un chillido de fingido terror y los demás soltaron risitas nerviosas. La mendiga cojeó exageradamente hasta la mesa de Zen y le pidió dinero.

—Ya le he dado esta mañana —replicó Reto Gurtner con voz disgustada.

El propietario gritó unas palabras en sardo y la mujer se volvió con una expresión tan pétrea como la de las máscaras carnavalescas de madera que colgaban de la pared y fue a sentarse a una mesa cercana a la puerta para contemplar la lluvia torrencial. De tonta no tenía un pelo, pensó Zen. Siempre de aquí para allá, protegida por su locura.

Cuando el propietario se acercó para llevarse los platos de la mesa de Zen, se

disculpó por lo que había hecho la mujer.

—Intento mantenerla alejada de aquí, pero ¿qué puedo hacer? No tiene a dónde ir.

—¿No tiene casa?

—Tiene un hermano, pero no quiere vivir con él. Dice que es un impostor. Duerme donde puede, en cuevas y cabañas de pastor, incluso en la calle. Es inofensiva, pero está loca. No es de extrañar después de lo que le pasó.

No se molestó en bajar la voz a pesar de que la mujer estaba muy cerca de ellos, retrepada en su silla como una enorme muñeca. Zen le lanzó una mirada, pero ella seguía con la vista clavada en la puerta.

—No pasa nada —aclaró el propietario—. No entiende italiano; solo dialecto.

Zen se aferró como un náufrago a esta ocasión que se le brindaba para hablar.

—¿Qué le sucedió?

El joven sacudió la cabeza y lanzó un suspiro.

—Yo no estaba aquí por aquel entonces, pero dice la gente que un buen día desapareció. Tenía unos quince años. Su familia dijo que se había ido a vivir con unos parientes que se habían trasladado a la Toscana. Al cabo de unos años sus padres murieron en un... en un accidente. Por aquel entonces, el hijo estaba haciendo el servicio militar. La policía fue a la casa y encontró a Elia encerrada en la bodega como si fuera un animal, casi ciega, cubierta de inmundicia y medio loca.

Reto Gurtner adoptó un expresión adecuadamente escandalizada ante este ejemplo de barbarismo mediterráneo.

—Pero ¿por qué?

El joven suspiró de nuevo.

—Hoy en día este pueblo es igual que cualquier otro sitio. Televisión, música pop, motos.

Señaló a los adolescentes del rincón.

—Los jóvenes salen hasta muy tarde, incluso las chicas. Hacen lo que les viene en gana. Hace veinte años las cosas eran diferentes. La gente decía que Elia salía con un muchacho de una granja cercana. Quizás una noche salió hasta más tarde de la cuenta y...

Se interrumpió al ver que la puerta se abría de golpe y entraban tres hombres. La mendiga se levantó de un salto, mirándolos como un animal salvaje a punto de atacar o huir. Uno de los hombres le espetó unas palabras en dialecto. La mujer retrocedió como si la hubieran golpeado y salió corriendo del local. La lluvia había cesado tan súbitamente como empezara.

Los tres recién llegados iban ataviados con la ropa pesada, resistente, anodina y fabricada en serie, tan característica del lugar, pero su comportamiento era todo menos convencional. Invadieron la pizzería como si fuera el punto de reunión de una fiesta celebrada en su honor. El cabecilla, que a todas luces ya había bebido unas cuantas copas de más, se movía por el local como Pedro por su casa. Se metió detrás de la barra y probó los aderezos dispuestos en platos mientras hablaba sin cesar en

voz alta y ronca. Zen no entendía una sola palabra, pero aunque el propietario no dejaba de sonreír y de responder en el tono jocosos que de él se esperaba, su actitud era forzada, y Zen pensó que hubiera preferido que los hombres se marcharan.

Después de darse una vuelta por el local, tomar el pelo al propietario y a su mujer y coger un plato de aceitunas y salami, los tres hombres se sentaron a la mesa situada junto a la de Zen. Después de su exhibición de buen humor, adoptaron una actitud sombría, como si les hubieran infligido ofensas que jamás podrían ser reparadas. El cabecilla, en concreto, no sólo tenía un aspecto terriblemente enojado, sino que miraba furioso a Zen como si fuera la causa de todas sus desdichas. La barba hirsuta de color negro azabache, el cabello rizado y la enorme nariz ganchuda le conferían un aire de Oriente Medio, como una reversión al pasado fenicio de la isla. A Zen le recordaba a alguien que había visto con anterioridad, aunque no recordaba de quién se trataba. De vez en cuando, entre dos vasos de vino, el hombre mascullaba unas palabras en dialecto a sus compañeros, amargos comentarios que no obtenían respuesta.

Zen empezó a asustarse. El hombre estaba muy borracho, de un humor violento e imprevisible, y le miraba cada vez con mayor insistencia, como si darle una paliza al forastero fuera lo único que faltara para redondear la noche. A fin de apaciguar la situación antes de que se le fuera de las manos, Zen decidió pasar a la acción y se volvió hacia los tres hombres.

—Disculpen —empezó con sus mejores modales marca Reto Gurtner—. ¿Podrían decirme dónde hay un taller por aquí?

—¿Un taller? —replicó el hombre tras una breve vacilación—. ¿Para qué?

Zen les explicó que su coche hacía un ruido extraño y que temía que pudiera convertirse en algo más serio.

—¿Qué coche es?

—Un Mercedes.

Después de intercambiar unas frases en dialecto con sus compañeros, el hombre le dijo que Vasco reparaba coches algunas veces, pero que no tendría recambios para un Mercedes. También había un mecánico en Lanusei, pero al día siguiente estaría cerrado, ya que era domingo.

—¿Está de vacaciones? —preguntó.

A medida que Zen recitaba su habitual cantinela acerca de quién era y lo que hacía, la expresión del hombre perdió todo signo de hostilidad y se tornó cada vez más amable. Al cabo de unos minutos invitó a Zen a sentarse a su mesa. Zen vaciló tan solo un instante. Era una invitación que sin duda sería muy insensato rechazar.

Después de tres cuartos de hora y otra botella de vino, los hombres ya le trataban casi como a un viejo amigo. El hombre de la nariz ganchuda, cuyo nombre era Turiddu, estaba encantado de tener un oyente nuevo para sus monólogos interminables y más bien confusos. Sus compañeros apenas pronunciaban palabra. Turiddu hablaba y Zen escuchaba, intercalando de vez en cuando alguna pregunta

cortés que reflejaba su fascinación desinteresada e infinita por todo lo sardo. Los agravios de los que se quejaba Turiddu no eran personales, sino más bien universales. Todo estaba mal, todo andaba mal y cada vez andaba peor. El país, que para él parecía ser aquella parte concreta de la Oliastra, estaba sumido en el caos. Un desastre. El gobierno de Roma invertía dinero, pero todos los recursos se desperdiciaban, se iban al garete a través de conductos tales como agencias por el desarrollo, inspectores provinciales de agricultura, consorcios de irrigación y organismos de reclamación de tierras.

—En los viejos tiempos, el terrateniente lo manejaba todo, lo decidía todo. No podías ni tirarte un pedo sin su permiso, pero por lo menos solo había uno. Y ahora tenemos a esos jefes nuevos, esos chupatintas del gobierno regional, ¡y son cientos y cientos! ¿Y qué es lo que hacen? Lo mismo que el terrateniente, o sea, ¡velar por sus propios intereses!

Turiddu se detuvo un momento para tomar un sorbo de vino y aceptar el cigarrillo que le ofreció Zen.

—Y cuando por fin se deciden a hacer algo, ¡todavía es peor! Los terratenientes de antes entendían la tierra. Les pertenecía, así que movían el culo para que las cosas marcharan bien, aunque tuviéramos que matarnos a trabajar. Pero estos burócratas, ¿qué sabrán ellos? ¡Lo único que hacen es quedarse todo el santo día sentados en alguna oficina de Cagliari mirando mapas!

Los compañeros de Turiddu escuchaban esta arenga con una sonrisa condescendiente y ligeramente avergonzada, como si lo que decía Turiddu fuera cierto, pero no tuviera sentido y fuese incluso degradante hablar de ello, sobre todo con un desconocido.

—En las montañas hay un lago —prosiguió Turiddu al tiempo que encendía una cerilla con la uña del pulgar—. Desde allí corría un río hasta el valle, que después se convertía en una corriente subterránea y fluía por las cuevas. La roca es demasiado blanda, y el agua la traspasa. ¿Y sabe lo que hicieron esos cabrones de Cagliari? Consultaron sus mapas, vieron ese río que parecía no ir a ninguna parte y dijeron: «Vamos a cambiar el curso del río, de modo que en lugar de que se pierda toda el agua, podamos encauzarlo hacia Oristano para regar los cultivos».

Turiddu se detuvo para gritar algo en dialecto sardo al dueño de la pizzería. El joven trajo una botella sin etiqueta y cuatro vasos más.

—Cuidado —advirtió a Zen con fingida seriedad mientras daba unos golpecitos a la botella—. ¡Es dinamita!

—Y una mierda, dinamita —gruñó Turiddu cuando el joven se alejó—. Tengo algo en casa, algo fuerte de verdad, que hace que esto parezca agua en comparación.

Llenó los cuatro vasos hasta el borde, derramando algo sobre el mantel, y apuró el suyo de un solo trago.

—En fin, lo que esos capullos tan inteligentes de Cagliari no sabían era que el agua del río simplemente no desaparecía, estaba allí, bajo tierra, y podías encontrarla

si sabías dónde buscar. Todas las granjas de por aquí estaban construidas sobre cuevas subterráneas por las que corría el río. Con eso y un poco de forraje podías mantener vivo al ganado durante el invierno, y después soltarlo para que corriera por las montañas cuando llegaba la primavera. Pero con la presa que construyeron, toda el agua, nuestra agua, se desvió para abastecer a esos malditos gandules de la costa occidental. ¡Como si no tuvieran ya una vida lo bastante fácil! Ah, claro, nos pagaron indemnizaciones. Un par de millones de liras para construirnos una casa nueva aquí en el pueblo. ¿Y qué se supone que vamos a hacer aquí? No hay trabajo. Las montañas se quedan con la poca lluvia que cae, los pastos de invierno son una pura mierda. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Por qué no bebe?

Zenapuró obediente el líquido de su vaso, del mismo modo en que lo había hecho el sardo, y le acometieron terribles arcadas. Era una grappa pesada, sin filtrar, casi alcohol puro.

—Muy buena —masculló—. Y fuerte.

Turiddu se encogió de hombros.

—Tengo algo en casa que hace que esto parezca agua en comparación.

La puerta de la pizzería se abrió de par en par. Zen se volvió a mirar y reconoció a Furio Padedda, que acababa de entrar en el local con otro hombre. Zen se volvió de nuevo hacia sus nuevos compañeros, contento de contar con su protección.

—Dígame, ¿qué es ese bosquecillo tan verde que hay al otro lado del valle? Es casi como si lo hubieran regado.

Turiddu estalló en estruendosas carcajadas que pronto se convirtieron en un acceso de tos.

—¡Exacto! ¡Eso es lo que hacemos con nuestra agua!

Volvió a llenar los vasos.

—El dique que construyeron estaba hecho con materiales de baja calidad. Un atajo de animales esos de Nápoles. Pierde agua, no mucha, pero constantemente. En la superficie la tierra es muy seca, pero esos árboles tienen raíces de veinte metros o más. El suelo del bosquecillo es como una marisma. Los árboles crecen como gansos cebados para Navidad.

Zen lanzó una mirada a Furio Padedda y a su compañero, que estaban sentados cerca de la puerta bebiendo cerveza. A pesar de estar tan borracho, Turiddu se había dado cuenta del interés de Zen por los recién llegados.

—¿Los conoce? —preguntó señalando la otra mesa con ademán desdeñoso.

—A uno de ellos sí. Nos hemos conocido hoy en la villa en la que trabaja.

Turiddu se lo quedó mirando con expresión anonadada.

—¿No estará pensando en comprar esa casa?

Zen adoptó una expresión discreta.

—Mi cliente tomará la decisión definitiva. Pero parece una casa muy agradable.

Los tres hombres intercambiaron miradas significativas, como sordos que se comunicaran por señas.

—¿Por qué? ¿Es que hay algo malo en esa casa?

La suave expresión de Zen no varió. Turiddu vaciló unos instantes.

—Era de mi familia —observó finalmente—. Antes de que nos quitaran el agua.

Clavó su mirada borracha en Zen, como si le desafiara a dudar de su afirmación. Zen asintió con gesto pensativo. Era posible que fuese cierto, pero lo dudaba. Turiddu era un poco fantasma, un hombre con deseos y ambiciones demasiado fuertes para aquel pueblo, pero demasiado débiles para impulsarle a marcharse.

El sardo volvió a soltar una carcajada.

—¿Ha visto las alambradas electrificadas, las puertas y todo eso? Se gastó una fortuna en ese lugar para hacer que fuera seguro, pobre idiota. ¡Y todo para nada!

Zen frunció el ceño.

—¿Quiere decir que el sistema de seguridad tiene algún defecto?

Pero Turiddu no dijo nada más al respecto. Estaba mirando en torno suyo con expresión vaga y un cigarrillo en la comisura de los labios que había olvidado encender.

—Siga mi consejo, amigo —advirtió—. Aléjese de esa casa. Ahí han pasado cosas terribles, cosas que no tienen nada que ver con el agua, aunque hubiera. Hay muchas casas hermosas en el norte, en la costa occidental, casas para extranjeros ricos. Este no es lugar para ellos. Hay demasiados chicos malos. Como ese de ahí, por ejemplo.

Señaló con la cabeza a Furio Padedda, que en aquel momento terminaba la cerveza.

—¿Es amigo suyo? —inquirió Zen.

Turiddu dio un golpe tan fuerte en la mesa que estuvo a punto de volcar la botella.

—¿Ese?! ¡No es amigo de nadie, aquí no! Es un forastero. Sus amigos están en las montañas.

Su voz se convirtió en un susurro malicioso.

—No cultivan nada allá arriba, ¿sabe? Absolutamente nada, malditos cabrones holgazanes. Simplemente cogen lo que les viene en gana. Ganado, a veces también personas. ¡Y, claro, así no tardan en hacerse muy ricos!

Uno de sus compañeros masculló unas palabras de advertencia en sardo. Turiddu frunció el entrecejo pero se calló.

Una sombra se proyectó sobre la mesa. Zen levantó la vista y vio a Furio Padedda de pie tras él.

—Buenas noches, *Herr Gurtner* —saludó subrayando la palabra extranjera.

—¿Qué coño quieres, Padedda? —gruñó Turiddu.

—Solo quería saludar a nuestro amigo de Suiza. Qué, tomando una copa, ¿eh? Bueno, varias copas, por lo que parece.

—No te importa una mierda —dijo Turiddu.

—Estaba pensando en *Herr Gurtner* —prosiguió Padedda en el mismo tono—. Debería tener cuidado. La grappa sarda puede ser algo fuerte para él.

Llamó a su compañero.

—Le presento a mi amigo Patrizio. Patrizio, *Herr Reto Gurtner*, de Zúrich.

Patrizio extendió la mano y pronunció unas palabras ininteligibles. Zen esbozó una sonrisa cortés.

—Lo siento, pero no entiendo el dialecto.

Padedda entrecerró los ojos.

—¿Ni siquiera el suyo propio?

De pronto se hizo un silencio terriblemente denso en la pizzería, un silencio que se podía sentir, gustar, oler, ver.

—Patrizio pasó ocho años en Suiza trabajando en el túnel de San Bernardo — explicó Padedda—. Habla suizo alemán con fluidez. Pero, al parecer, *Herr Reto Gurtner* no lo habla.

Lo reconocí en seguida. Se creen tan listos los demás, pero eso no les sirve de nada conmigo. Es un veneno que no me afecta, una enfermedad contra la que soy inmune. Sus trucos están pensados para ellos, los hijos de la luz para los que todo es lo que parece. El policía consiguió documentos falsos y un gran coche y ¡zas!, a sus propios ojos y a los de los demás se había transformado en un hombre de negocios extranjero que había ido allí para comprar una propiedad. Creen en la propiedad, creen en los documentos, en los papeles, los nombres y las fechas. ¿Por qué no habrían de creer en él? Ellos también vivían en una mentira, así que, ¿cómo iban a descubrir la de él?

Pero yo supe quién era desde la primera vez que le vi. Sabía por qué había venido y por qué quería ver la casa. Sabía lo que se ocultaba detrás de sus preguntas y sus insinuaciones, su manía de intentar sonsacar y de espiarlo todo.

Yo era muy valiente. Me enfrenté a él abiertamente. Él se alejó; no parecía conocerme. La oscuridad mostró su mano por un instante, como en un breve eclipse de sol, y leí la muerte en sus ojos. Ya la había visto en los animales que mi padre mataba. Sabía lo que significaba.

Tal vez él también percibió que algo sucedía. Quizás sospechó que su vida corría peligro. ¿Pero cómo podía tener la más mínima idea acerca de la persona que representaba este peligro?

DOMINGO, 07:00-11:20

S I el intento de secuestro no hubiera ocurrido cuando volvía de la iglesia, Oscar Burolo tal vez habría expresado su agradecimiento a la institución donándole un juego de campanas auténticas. Era la clase de gesto que Oscar adoraba, arreglado de forma que pareciese un impulso generoso, aunque lo cierto es que habría regateado el precio hasta la última lira, habría obtenido un descuento importante en la fundición a cambio de algún trabajo de construcción en el que se hubieran empleado materiales desechados en otro contrato. Sin embargo, la iglesia del pueblo habría tenido sus campanas. Pero, tal y como estaban las cosas, había tenido que conformarse con la grabación de un carrillón transmitida por altavoces, y eso fue lo que despertó a Aurelio Zen poco antes del amanecer del día siguiente. La grabación era muy antigua, con saltos que el cerebro embotado de Zen tradujo como disparos dirigidos contra él por un tirador apostado en el campanario. Por fortuna, cuando las balas alcanzaron su habitación, su velocidad ya se había reducido considerablemente, y al final quedaron suspendidas ante su rostro, moviéndose de acá para allá como libélulas inofensivas.

Cuando las campanas grabadas enmudecieron, Zen abrió los ojos y vio un revuelo de formas y colores, cuyo tamaño y cuya distancia no podía determinar. Esperó pacientemente a que las cosas volvieran a tener sentido, pero pasaron varios minutos y seguía sin poder enfocar los objetos, por lo que empezó a temer que su cerebro hubiera sufrido una lesión irreparable. Se incorporó a duras penas, pero volvió a caer de espaldas, golpeándose la cabeza con la cabecera de la cama.

Empezó a encontrarse algo mejor. Todavía tenía un dolor de cabeza de mil demonios, y muchísimas ganas de vomitar, pero sintió un gran alivio al ver que los objetos de la habitación, aunque de un modo vacilante, empezaban a adquirir las formas que recordaba del día anterior. Había un armario de conglomerado con una puerta que no cerraba bien y unas perchas que parecían murciélagos posados sobre una rama. También había una mesita sobre la que se veía la incómoda lámpara de cerámica, y tres sillas feas y de mala calidad, que recordaban a un grupo de refugiados en espera de malas noticias. Del techo, que estaba pintado del color de la leche agria, colgaba una lámpara de luz mortecina, cuyo grueso y basto globo de cristal sin duda había tenido un aspecto muy futurista en 1963.

Debajo del lavabo había un estante con vasos, y sobre él, una bombilla fundida. En otro lugar de la habitación había un cubo de basura con una bolsa de plástico, y la ventana con barrotes estaba abierta de par en par. A buen seguro había olvidado cerrarla antes de irse a la cama. Por ello la habitación estaba fría y el sonido de las campanas le había despertado. Sin embargo, no tenía frío dentro de la cama, probablemente porque todavía estaba completamente vestido, exceptuando la

americana y los zapatos. Con mucho esfuerzo consiguió dirigir la vista hacia el suelo, una estridente extensión blanca y negra moteada, pulida hasta arrancarle un brillo ofensivo. Allí estaban los zapatos, volcados y semicubiertos por la chaqueta desechada, como el dibujo a tiza de la silueta de la víctima de un asesinato.

Volvió a tenderse para intentar reconstruir lo sucedido la noche anterior. Aparte de que tenía la peor resaca de su vida, sabía que lo que había sucedido la noche anterior no había sido nada bueno. Pero ¿qué había sucedido?

Recordaba haber vuelto al hotel. El bar estaba casi vacío, tan solo estaba aquel viejo, Tomasso, y un hombre más joven que jugaba al millón colocado en la esquina.

El propietario llamó a Zen y le entregó su carné de identidad y una factura.

—El hotel cierra por reformas.

—¿Por qué no me lo dijo cuando llegué?

—Se lo digo ahora.

El hombre que jugaba al millón se había vuelto para observarlos, y Zen lo reconoció. Sabía incluso su nombre, Patrizio, pero era incapaz de recordar dónde y cuándo lo había conocido. ¿Qué había estado haciendo toda la noche?

Zen apartó de sí aquel problema tan complicado, puso los pies sobre el frío suelo de baldosas y se levantó. Gran error. Antes de levantarse, había tenido que luchar con la tormenta eléctrica de su cabeza, un estómago terriblemente estragado por la porquería tóxica que se paseaba en su interior, miembros agitados por espasmos, articulaciones doloridas y una boca que parecía haber sido sustituida por una réplica de plástico. Lo único bueno del asunto, en realidad, había sido que la habitación no daba vueltas y más vueltas como un tiovivo. Por eso había sido un gran error levantarse de la cama.

Las operaciones de lavarse, afeitarse, vestirse y hacer la maleta fueron para Aurelio Zen un verdadero calvario aquella mañana. Pero hasta que encendió un cigarrillo, creyendo equivocadamente que le haría sentirse mejor, y encontró dentro del paquete de Marlboro una caja de cerillas con la publicidad de la «Pizzería Il Nuraghe», no se disipó la bruma protectora que había ocultado hasta entonces los acontecimientos de la noche anterior.

Se dejó caer en una de las destartaladas sillas de madera, cuyas patas chirriaron de un modo atroz sobre las baldosas pulidas. Pero Zen ni siquiera se dio cuenta. Ya no estaba en la habitación del hotel. Estaba sentado en la pizzería, más borracho que nunca; espantosa, monstruosa y definitivamente borracho. Los cinco hombres, tres sentados y dos de pie, lo miraban fijamente con completa y maligna hostilidad. La situación estaba fuera de control. Nada de lo que dijera o hiciera surtiría efecto alguno.

Por un momento creyó que se abalanzarían sobre él, pero finalmente, Furio Padedda y su amigo Patrizio se volvieron y salieron de la pizzería. A continuación, Turiddu arrojó unos billetes sobre la mesa y se fue con sus compañeros sin pronunciar palabra.

Afuera, el aire estaba lleno de olores provocados por la lluvia: creosota, tomillo salvaje, madera mojada, orina, aceite de motor. A juzgar por el silencio que reinaba en las calles, podría haber sido de madrugada. De pronto, el rugido de una motocicleta rompió el silencio como un abrelatas basto que rasgara y rompiera los bordes del recipiente. La moto surgió de las profundidades de un callejón y se dirigió lenta y amenazadoramente hacia Zen. A la luz intermitente de la luna, vio que el conductor era Furio Padedda, que llevaba la moto como si fuera un caballo, espoleándola con las rodillas. Al hombro llevaba una escopeta de dos cañones colgada de una banda.

Delante de Zen apareció otra silueta. Uno delante y otro detrás, se dijo Zen. La típica emboscada. Lo más apropiado en aquellos momentos sería pasar a la ofensiva, derribar a uno de los dos antes de que consiguiesen cerrar el círculo. Pero si Zen hubiera hecho siempre las cosas del modo más apropiado, no estaría allí sin ningún refuerzo, en primer lugar. No podría con uno de los hombres aunque tuviera veinte años menos, y menos con los dos. Al acercarse al segundo hombre comprobó que se trataba de Turiddu. Siguió caminando con el paso resuelto de los borrachos. Diez metros. Cinco. Dos. Se preparó para el golpe en la garganta y la patada en el bajo vientre.

Pero pasó junto a él sin que sucediera nada. Sintió más que vio que Turiddu empezaba a seguirle, y que sus pasos se confundían con el ronroneo de la motocicleta de Padedda. Zen se obligó a caminar despacio y a no mirar atrás. Pasó junto a hileras de ventanas oscuras, persianas bajadas y puertas cerradas con los dos hombres pisándole los talones, y por fin llegó a la plaza y al hotel.

Al reflexionar sobre ello en su habitación, mientras los pensamientos se arrastraban por entre el naufragio de su cerebro como los supervivientes de un terremoto, Zen se dio cuenta de que había podido escapar gracias a la enemistad existente entre los dos sardos. No había duda de que ambos querían dar su merecido al impostor, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a conceder tal honor al otro, y, por supuesto, no iban a cooperar. El propietario del hotel, al que el compañero de Padedda, Patrizio, había puesto en antecedentes, le había dado un ultimátum. No había otro lugar donde alojarse en el pueblo, y además, sería una estupidez quedarse ahora que la farsa de Reto Gurtner había sido descubierta. No importaba lo que dijera o hiciera. Supondrían que era un policía, un espía del gobierno. La farsa había terminado. Iría a Cagliari y reservaría un billete para el ferri de la noche. Cuando volviera a la isla, iría como policía. Así al menos se granjearía algún respeto.

Porque el tiempo que tardaron en servirle el desayuno era un signo evidente de que ahora no inspiraba respeto alguno. Al menos media docena de lugareños habían entrado en el bar, se habían tomado sus *capuccinos* y sus pastas y habían vuelto a salir antes de que a Zen le sirvieran por fin una taza de café templado que sabía como si lo hubieran preparado con granos de café ya usados y leche aguada.

—Adiós, por ahora —se despidió del propietario al salir del hotel.

El comentario provocó una mirada intensa, desafiante y hostil. Zen se alegró por un momento antes de recordar que la amenaza implícita en estas palabras había sido el primer paso de las tácticas de la Gestapo.

El tiempo había cambiado. El cielo estaba cubierto, gris y plomizo, y la débil brisa, cargada de humedad. Zen tenía la sensación de que su resaca era un pulpo que se había aferrado con sus tentáculos a todos los rincones de su ser. A pesar de que ya se había debilitado bastante, los últimos coletazos del monstruo eran aún muy fuertes. Cada instante era una lucha denodada contra la tenaz resistencia de la bestia. El deseo más ardiente de Zen era dejarse caer sobre la tapicería de cuero del Mercedes y marcharse de aquel maldito pueblo, escuchar las noticias de Roma, aquella ciudad encantadora y civilizada en la que Tania se habría levantado ya, estaría tomando el primer café y tal vez pensando en él. Podía permitirse soñar. Teniendo en cuenta todo lo que le había sucedido, no cabía duda que se había ganado el derecho a mimarse un poco.

En el centro de la plaza, junto al monumento a los caídos del pueblo, Zen tuvo que detenerse y dejar la maleta en el suelo para recobrar el aliento. Los muertos de la guerra de 1914 a 1918 ocupaban dos lados de la losa rectangular, y había sobrenombres que se repetían seis u ocho veces, como una letanía. Los sardos habían configurado el núcleo de las divisiones de montaña del ejército italiano, de modo que la mitad de los jóvenes del pueblo habían muerto, sin duda, en Isonzo y Piave. Los conflictos bélicos posteriores habían causado menos bajas. En la guerra de 1940 a 1945 habían muerto treinta hombres, en España, cuatro, y en Abisinia, cinco.

Cuando Zen volvió a levantar la pesada maleta, se percató de que un hombre enfundado en una gabardina color crema le observaba con curiosidad. Se dijo que su engaño ya era sin duda del dominio público, y que, por tanto, cada uno de sus movimientos despertaría las sospechas de la gente. Metió la maleta en el portaequipajes del Mercedes, se sentó en el asiento del conductor y giró la llave del contacto. No pasó nada. Una prueba de la gravedad de su resaca era que le llevó varios minutos llegar a la conclusión de que no pasaría nada, por mucho que girara la llave. Al principio pensó que la batería se había descargado porque se había dejado encendidas las luces, pero al poner en marcha el limpiaparabrisas comprobó que funcionaba con normalidad. Había inventado una avería en el Mercedes para entablar conversación con Turiddu y sus compañeros la noche anterior, y, al parecer, el maldito coche se estaba vengando, haciendo el idiota cuando más lo necesitaba. En aquel momento vio el sobre atrapado debajo de la escobilla del limpiaparabrisas como un billete de aparcamiento.

Zen salió del coche y cogió el sobre. No había nada escrito sobre él, y en el interior tan solo encontró una hoja de papel. «FURIO PADEDDA ES UN EMBUSTERO», leyó. «NO ESTABA EN EL BAR LA NOCHE EN QUE LOS FORASTEROS FUERON ASESINADOS. EL CLAN MELEGA DE ORGOSOLO SABE DÓNDE ESTABA».

El mensaje había sido escrito por una mano que parecía estar habituada a sostener objetos más grandes y pesados que un bolígrafo. Las letras estaban torcidas y eran irregulares. Las primeras eran grandes y atrevidas, pero las demás se agolpaban en el margen derecho como si las aterrara la perspectiva de caerse por el borde de la página.

A pesar de lo apurado de su situación, Zen no pudo contener una sonrisa. De modo que la humillante catástrofe de la noche anterior le había reportado algún beneficio, al fin y al cabo. Turiddu no había querido desaprovechar la oportunidad de ajustarle las cuentas a su rival y sin duda había apaciguado su conciencia diciéndose que, después de todo, Zen todavía no había sido identificado oficialmente como policía. Si la información era cierta, podía ser justo lo que Zen necesitaba para acusar a Padedda y librarse del Palazzo Sisti. Por desgracia, el hecho de que Turiddu odiara al «forastero» de las montañas, fuera cual fuese la causa, no le convertía en un confidente demasiado fiable. Sin embargo, había algo en la nota que hacía pensar a Zen que no era pura invención, aunque en su estado le resultaba imposible determinar de qué se trataba.

Se metió la nota en el bolsillo mientras se preguntaba qué hacer a continuación. Decidió llamar a Tania sin pensárselo dos veces.

El teléfono era de los nuevos, de aquellos que aceptan monedas y fichas. Zen introdujo todas las monedas que tenía y marco el número lejano. Jamás le había parecido la tecnología moderna algo tan milagroso como en aquel momento. Estaba allí, encerrado en aquel pueblo de Cerdeña, hostil y azotado por la pobreza, y oía sonar el teléfono en el piso de Tania, en Roma, a años luz de distancia.

—¿Diga?

Una voz masculina, brusca y malhumorada.

—Quisiera hablar con la señora Biacis, por favor.

—¿De parte de quién?

—Del Ministerio del Interior.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no sabe que es domingo?

—¡Claro que lo sé! —replicó impaciente.

Las monedas caían con alarmante rapidez.

—¿Cree que a mí me gusta tener que trabajar en domingo?

—¿Qué es lo que quiere de mi mujer?

—Lo siento, pero es confidencial. Déjeme hablar con ella, por favor.

—¡Pues no! Y no se moleste en volver a llamar, señor, porque no está. ¡Y no estará, para usted no! ¿Entendido? ¿Cree que no sé lo que están haciendo a mis espaldas? Cree que soy imbécil, ¿verdad? ¡Un pobre imbécil! Muy bien, ¡pues se equivoca! ¡Ya le enseñaré yo a jugar con Mauro Bevilacqua! ¿Entendido? Sé lo que han estado haciendo, ¡y me las pagará! ¡Adúltero! ¡Fornicador!

En aquel momento se le acabaron las monedas y se ahorró el resto de la invectiva de Mauro Bevilacqua. Se encaminó deprimido hacia el Mercedes. El pulpo había

aflojado un poco su férreo abrazo, pero aun así le llevó cinco minutos averiguar cómo se abría el capó. Sin embargo, en cuanto lo consiguió se dio cuenta al punto de que el coche no se pondría en marcha. Y no se dio cuenta gracias a sus conocimientos de mecánica, que eran nulos. Pero incluso él podía llegar a la conclusión de que el manajo de cables cortados que asomaba por el motor significaba que alguien se había llevado una pieza esencial para el funcionamiento del coche.

Cerró el capó y miró a su alrededor. En la cabina de teléfonos estaba ahora el hombre de la gabardina color crema. Zen lanzó un profundo suspiro y se dirigió de mala gana hacia el hotel. ¿Por qué querría alguien impedir que se fuera? ¿Es que Padedda necesitaba tiempo para borrar sus huellas? ¿O es que con ese sabotaje Turiddu intentaba conciliar su nota anónima con las complicadas exigencias de la *omertà*?

El propietario del hotel recibió a Zen con un rostro totalmente inexpresivo, como si fuera la primera vez que lo veía en su vida.

—Mi coche está averiado —dijo Zen—. ¿Hay algún servicio de taxi, de alquiler de coches o algo así?

—Hay un autobús.

—¿A qué hora sale?

—A las seis.

—¿De la tarde?

—De la mañana.

Zen hizo rechinar los dientes. Entonces recordó la vía férrea que corría por el valle. Era un largo camino, pero estaba dispuesto a considerar cualquier posibilidad con tal de salir de aquel maldito lugar.

—Y el tren no pasa los domingos —agregó el propietario como si le hubiera leído el pensamiento.

En la habitación contigua empezó a sonar el teléfono, y el propietario se alejó para contestar. Zen se sentó a una de las mesas del bar y encendió un cigarrillo. Estaba al borde de la desesperación. Ahora que había obtenido una información que podría hacer de su misión un éxito, todas las puertas se le cerraban en las narices. Tal como estaban las cosas, se vería obligado a llamar a los Carabinieri de Lanusei y pedirles con toda amabilidad que fueran a recogerle. Y era lo último que deseaba. A fin de no comprometer la seguridad de su operación de camuflaje, había dejado toda su documentación oficial en Roma, así que, si el cuerpo rival se metía en el asunto, tendría que dar un sinfín de explicaciones, saldría a relucir el procedimiento extremadamente dudoso que estaba aplicando, y probablemente daría al traste con sus aspiraciones de llevar el caso a buen término. Pero, al parecer, no le quedaba otro remedio que recurrir a ellos, a menos que quisiera pasar la noche en la calle o en una cueva, como la mendiga.

Levantó la vista cuando el hombre de la gabardina color crema entró en el local. En lugar de dirigirse al mostrador, caminó directamente hacia la mesa de Zen.

—Buenos días, *dottore*.

Zen clavó la mirada en el rostro del hombre.

—¿No me reconoce? —preguntó el hombre.

Parecía desilusionado. Zen le miró con mayor detenimiento. Tenía unos cuarenta años y el aspecto pálido y enfermizo de los que apenas salen al aire libre. A primera vista parecía alto, pero Zen se dio cuenta de que daba esta impresión por su extremada delgadez y por el hecho de que Zen se había acostumbrado a la media de Cerdeña. Por lo que sabía, era la primera vez que lo veía en su vida.

—¿Y por qué tendría que reconocerle? —inquirió enojado.

El hombre apartó una silla y se sentó.

—Sí, ¿por qué? Es como en el colegio, ¿verdad? Todos los alumnos recuerdan a sus profesores, incluso al cabo de muchos años, pero no se puede esperar que los profesores se acuerden de los miles de alumnos que han pasado por sus aulas a lo largo de los años. Pero yo le reconozco, *dottore*. Le reconocí en cuanto le vi. No ha envejecido mucho. O quizás es que ya era viejo entonces.

Sacó un paquete de cigarros *toscani*, partió uno por la mitad, volvió a meter un trozo en el paquete y se llevó el otro a los labios.

—¿Tiene fuego?

Zen le alargó el encendedor. Le daba la sensación de que todo aquello le estaba sucediendo a otra persona, a alguien que tal vez comprendiera de qué iba todo aquello. Desde luego, él no comprendía nada.

El hombre encendió el cigarro con gran maestría, girándolo sin cesar y sin dejar que la llama tocara el tabaco en ningún momento. Cuando lo hubo encendido a su entera satisfacción, se metió el encendedor en el bolsillo.

—¡Oiga, que es mío! —protestó Zen como un niño al que le acaban de quitar un juguete.

—Ya no lo va a necesitar más. Lo conservaré como recuerdo.

Se levantó, se quitó la gabardina, la arrojó sobre el respaldo de una silla, fue a la barra y golpeó la superficie cromada con los nudillos.

—¡Eh, camarero!

El propietario salió de la habitación trasera echando chispas.

—Una cerveza. Y que sea algo decente, nada de esa mierda de por aquí.

Sin el abrigo, el hombre parecía todavía mucho más delgado que antes. Tenía un extraño aspecto bidimensional, como si al ponerse de perfil fuera a desaparecer por completo.

El propietario arrojó violentamente una botella y un vaso sobre el mostrador.

—Tres mil liras.

El hombre dejó caer un billete con indiferencia.

—Ahí van cinco. Tómese algo a mi salud. Tal vez le ponga de buen humor.

Se llevó la botella y el vaso a la mesa y se sirvió la cerveza con el mismo cuidado con que había encendido el cigarro, inclinando la botella y el vaso de tal manera que

solo se formó una pequeña corona de espuma.

—¡Pobres capullos, estos sardos! —comentó—. Perdóneme si no le doy la mano. Una vez me dijeron que da mala suerte, y de eso ya tengo más que suficiente. Pero es extraño que no recuerde mi cara. Tal vez el nombre le suene. Vasco Spadola.

El tiempo pasaba. Tal vez solo fue un instante, tal vez una eternidad. El hombre flaco se dedicó a beber a sorbos su cerveza y a fumarse el cigarro hasta que Zen recuperó el habla.

—¿Cómo sabía que estaba aquí?

Una pregunta estúpida. Pero tal vez todas las preguntas eran estúpidas a aquellas alturas.

Spadola cogió el abrigo, palpó los bolsillos y sacó un ejemplar de *La Nazione* del día anterior, que dejó caer sobre la mesa.

—Lo he leído en el periódico.

Zen cogió el periódico. En el centro de la página vio una fotografía suya en la que apenas sí se reconoció. Sin duda la habían tomado varios años antes y la habían desenterrado del archivo del periódico. En su opinión parecía muy inexperto y presuntuoso, ridículamente presumido. Bajo la fotografía había un artículo titulado «¿NUEVAS PRUEBAS EN EL CASO BUROLO?». Zen lo leyó por encima.

«Según fuentes cercanas a la familia de Renato Favelloni, acusado de urdir los asesinatos de Villa Burolo, se han descubierto nuevas y espectaculares pruebas que han llevado a la reapertura de una línea de investigación que ya parecía definitivamente agotada. Un destacado miembro del cuerpo de élite de la Policía Criminal del Ministerio, el vicequestore Aurelio Zen, será enviado a Cerdeña para supervisar y coordinar la investigación sobre el terreno. En breve dispondremos de información más detallada al respecto».

Zen dejó el periódico. Claro. Debería haber supuesto que el Palazzo Sisti se preocuparía de anunciar a bombo y platillo su inminente viaje, a fin de llamar la atención de los jueces sobre las «nuevas y espectaculares pruebas».

—Fue una lástima que le dejara encapar en Roma —comentó Spadola—. Giuliano se pasó una semana preparándolo todo, vigilando su piso, forzando cerraduras, dejando todos aquellos pequeños mensajes para ponerlo a tono. El viernes ya lo teníamos todo listo, pero no sabía que había pillado el coche. Aunque Giuliano siempre era un poco descuidado en esas cosas. Igual que con la cinta que le robó en lugar de la cartera. Eso le pasa por ser el hijo mayor, supongo, el favorito de mamá. Uno siempre cree que puede hacer lo que le venga en gana.

Se detuvo para dar una chupada al cigarro.

—Cuando llegó la pasma tuve que poner pies en polvorosa por la puerta de atrás. Tuve suerte de poder escapar, con la escopeta y todo eso. No me quedó más remedio que tirarla a un contenedor de basura y volver a por ella más tarde. Todo había sido en vano, y lo peor era que habían pescado a Giuliano. Sabía que no tendría cojones

para aguantar cuando empezaran a apretarle. Pensé que tendría que esconderme durante meses, esperando a que usted se cansara de que lo llevaran de la manita o de estar escondido en un lugar seguro. ¡Desde luego, no podía imaginar que dos días más tarde estaría charlando con usted en un bar!

Estalló en una carcajada jubilosa.

—¡Incluso cuando leí el artículo en el periódico, no pensé que sería tan fácil! Creía que estaría alojado en un lugar especial, protegido día y noche y escoltado a todas partes en limusinas con lunas a prueba de balas. Pero tenía que intentarlo. Nunca se sabe, me dije. ¡Pero jamás me habría imaginado que la cosa acabaría así!

La puerta del bar se abrió de golpe y Tomasso y otro anciano entraron. Saludaron al propietario a voces mientras lanzaban miradas nerviosas a Zen y Spadola.

Zen apagó el cigarrillo.

—Muy bien, ya me ha encontrado. Y ahora, ¿qué?

Spadola exhaló una bocanada de humo sobre la cabeza de Zen.

—¿Y ahora qué? Bueno, pues le voy a matar, por supuesto.

Bebió un trago de cerveza.

—Por eso no quería estrecharle la mano. Un tipo que conocí en la cárcel había sido sicario de la familia Pariolo, de Nápoles. Usted trabajó allí un tiempo, ¿verdad? Gianni Ferrazzi. ¿Le suena el nombre? Tal vez fuese después de que usted se marchara de allí. Bueno, pues el hombre había mandado al otro barrio a unos veinte o treinta tipos, ni él mismo llevaba la cuenta, y todo fue bien hasta que un día estreché la mano de un tío antes de cargárselo. No quería hacerlo, sabía que daba mala suerte, pero los presentaron, el otro extendió la zarpa y ¿qué iba hacer el tío? Habría resultado muy sospechoso si se hubiese negado a estrecharle la mano. Siguió adelante a pesar de todo, aunque sabía que aquella vez saldría malparado. Eso es lo que llamo profesionalidad de verdad. Para serle sincero, creía que con usted sería algo parecido. Quiero decir, impersonal, anónimo, como un encargo. Por desgracia, así es como fue con Bertolini. Es que la primera vez todavía no me lo había pensado bien. El hijo de puta ni siquiera sabía por qué moría. Ya tenía bastante con lo mío, con el chófer sacando un arma y su mujer gritando como una histérica desde la casa. Más tarde me di cuenta de que quería mucho más, porque si no, también podía encargárselo a alguien y ahorrarme problemas. Quiero decir que la víctima tiene que comprender de qué va el asunto, tiene que saber quién eres y por qué lo haces, porque si no, ¿qué clase de venganza es esa? Así que me juré que con Parrucci y con usted sería diferente. Desde luego, lo de Parrucci valió la pena, pero con usted la cosa ya era más difícil. Con la alarma que había cundido después de que me cargara a Bertolini, parecía demasiado arriesgado intentar secuestrar a alguien del Ministerio. Se hubieran puesto realmente duros. Y no tenía la más mínima intención de dejarme atrapar. He estado encerrado veinte años por un asesinato que no cometí, ¡así que me deben una!

Se reclinó en el asiento con una alegre sonrisa.

—¡Ah, pero nunca hubiera imaginado algo así! Aquí estamos los dos charlando

en un bar como viejos amigos, y yo le digo que le voy a matar, y usted sabe que es verdad; que va a morir. Y mientras tanto, esos dos viejos idiotas están allí discutiendo sobre el precio de la leche de oveja o alguna chorrada parecida, y el camarero está limpiando la cafetera, y se oye el televisor en la otra habitación, y el congelador de los helados zumba. ¡Y usted va a morir! ¡Lo voy a matar mientras pasa todo esto! Y seguirá pasando, cuando usted ya esté muerto. Porque usted no es necesario. Nadie lo es. ¿Se lo ha planteado alguna vez? Yo sí, he pasado veinte años pensando en eso. ¡Veinte años encerrado por un asesinato que no había cometido!

Spadola dio la última chupada de humo agrio y tiró la colilla al suelo.

—¿Quiere saber quién mató a Tondelli? Su primo, él se lo cargó. Un asunto de faldas, una pelea de bar. Al morir Tondelli, su familia pensó que podrían utilizarlo contra mí, así que pagaron a ese capullo de Parrucci para que cometiera perjurio. Y ustedes hicieron el resto. Y aunque le hubiese matado, ¿y qué? La gente muere cada dos por tres, de una forma u otra. ¿Y qué coño importa eso? Eso es lo que ustedes no son capaces de admitir. Es lo que les asusta hasta cagarse en los pantalones. Así que hacen ustedes pequeñas reglas, como en el colegio, y el que se las salte tiene que permanecer en el rincón de cara a la pared. ¡Vaya gilipollez! La verdad es que ustedes son los primeros en saltarse las reglas, en engañar, mentir y cometer perjurio, ¡para que les aumenten el sueldo, o para que les den un trabajo mejor, o una pensión de jubilación más alta! ¡Ustedes son los que deben ser castigados! Y lo crea o no, amigo mío, eso es exactamente lo que va a pasar esta vez. ¡Acéptelo, Zen! Va a morir. Pronto. Hoy. Y se lo digo, se lo advierto, y usted sabe que es verdad, y, sin embargo, no puede hacer absolutamente nada para evitarlo.

Spadola se llevó un dedo a los labios y lanzó un beso al aire, como un experto catador elogiando un buen vino.

—¡Esto es lo mejor de todo! Jamás me he sentido como en este momento. Esto lo compensa todo. Bueno, sin exagerar. Nada puede compensar todo aquello por lo que he pasado. Pero, por si le sirve de consuelo, me ha hecho usted feliz. Usted destrozó mi vida, es cierto, pero también me ha permitido vivir este momento. Mi madre, que en paz descansa, me dijo que yo estaba destinado a pasar por grandes sufrimientos y a experimentar momentos de gloria. Tenía razón. ¡Oh, cuánta razón!

Spadola se interrumpió y se mordió el labio mientras las lágrimas afloraban a sus ojos.

—Supongo que no serviría de nada decirle que yo no tuve nada que ver con las pruebas falsas que se presentaron contra usted, ¿verdad? —intervino Zen en tono apagado.

Spadola empezó a moverse adelante y atrás en la silla como si lo sacudiera un violento espasmo.

—¡No me lo creo! ¡Es demasiado! ¡Demasiado bueno para ser cierto! —se interrumpió para recobrar el aliento—. ¿Recuerda lo que dijo aquel día en la granja de Melzo? Yo le dije que era inocente. Le dije que no lo había hecho yo. Sabía que

me habían traicionado, y eso lo hacía todo mucho más insoportable. Si de verdad hubiera apuñalado a ese cabrón del sur, no me hubiera arrancado una sola palabra, pero al ver que todo estaba apañado, creí que me iba a volver loco. ¿Y sabe lo que dijo usted cuando le grité a la cara que era inocente? Dijo: «Sí, bueno, eso es lo que se dice siempre, ¿no?». Y me miró con esa expresión malvada que todas las personas educadas, como usted, adoptan cuando se sienten satisfechos de sí mismos. ¡Claro que no tenía nada que ver con el asunto, *dottore!* Es lo mismo que con esta adivinanza del nombre del político del asesinato que está usted investigando. Él tampoco tuvo nada que ver con el asunto, ¿verdad? ¡Las personas como usted nunca tienen nada que ver con el asunto!

—No, quiero decir que no puse el cuchillo allí. Quiero decir que ni siquiera sabía que lo habían puesto allí. Todo aquello se manipuló a mis espaldas.

—Entonces es que es usted un hijo de puta incompetente. Aquel era su caso, su responsabilidad. Me he pasado veinte años de mi vida, unos años que jamás podré recuperar, encerrado en una celda asquerosa, en la que apenas tenía espacio para moverme, encerrado durante horas y horas en la oscuridad húmeda y fría...

Se interrumpió a causa de los convulsos sollozos que ya no pudo contener, con las mejillas brillantes por las lágrimas.

—¡Muy bien, míreme bien, no me avergüenzo de mis lágrimas! ¿Por qué tendría que avergonzarme? Son perlas de sufrimiento, de mi sufrimiento. ¡Tendría que obligarle a que me las lamiera, una por una, antes de volarle la maldita cabeza!

—¡Corte el rollo, Spadola! —estalló Zen—. Pase que no se cargó a Tondelli, pero era usted culpable de al menos otros cuatro asesinatos. ¿Qué hay de Ugo Trocchio y su hermano? Los mató usted, y lo sabe. Nosotros lo sabíamos, todo el mundo lo sabía. No podíamos probarlo porque la gente tenía miedo de hablar. Y así sucesivamente, hasta que algunos de mis compañeros decidieron que ya era hora de ponerlo fuera de circulación. Y como no podían hacerlo por el camino más corto, tuvieron que dar un rodeo. Como ya le he dicho, yo no sabía nada. Si lo hubiera sabido, habría intentado detenerlos. Pero lo cierto es que usted se merecía no una, sino varias condenas de veinte años.

—¡No se trata de eso! —gritó Spadola con tal fuerza que los hombres de la barra se volvieron a mirarle—. ¡Por el amor de Dios, si se enviara a la cárcel a todos los que violan la ley en este país, no quedaría nadie para vigilarlos! De momento, necesitaríamos todo un equipo nuevo de políticos. Pero la cosa no funciona así, ¿verdad? ¡No es más que un juego! ¡Y yo era bueno! ¡Era brillante! No podían pillarme por ningún lado. Lo tenía todo absolutamente controlado, así que lo que hicieron ustedes fue cambiar las reglas.

—Eso también forma parte del juego.

Spadola terminó la cerveza y se levantó.

—Quizás. Pero el juego ha acabado, Zen. Lo que viene ahora es real.

Su voz había vuelto a calmarse. Permaneció de pie, mirando fijamente a Zen.

—Ya sé lo que está pensando. Cree que estoy loco porque le he contado lo que voy a hacer, porque le he avisado y le doy así la oportunidad de escapar. No podré salirme con la mía, eso es lo que está pensando, ¿verdad? No a plena luz del día, en medio de este pueblo. Bueno, ya lo veremos. Tal vez tenga razón, reconozco que cabe esa posibilidad. Quizás sea usted más listo que yo. Quizás esta vez se las ingenie para salvar el pellejo. Pero me da igual. Al final le atraparé, pase lo que pase. Y mientras tanto, esta remota esperanza será parte de su castigo, Zen, igual que me atormentaron a mí con toda esa palabrería sobre apelaciones y libertad condicional que siempre quedaba en agua de borrajas.

Se puso el abrigo.

—Probablemente se habrá dado cuenta de que su coche no funciona: He quitado el distribuidor y he cortado los cables. Para ahorrarle tiempo, le diré también que ahora la cabina telefónica tampoco funciona. Y por lo que hace a los del pueblo, no creo que le den ni la hora. Les he enseñado el periódico, sabe, les he dicho quién es usted. Es curioso; no parecen haberse llevado una gran sorpresa. Entre nosotros, creo que ya lo habían descubierto antes. Así que hasta luego, *dottore*. No le puedo decir cuándo exactamente. Eso también forma parte del castigo. Podría ser dentro de pocos minutos. Nunca se sabe cuándo me puede dar la vena. Pero también podría esperar hasta la noche. Depende del humor, de cómo me sienta. Ya sabré cuándo ha llegado el momento, lo intuiré. Y no se preocupe por el dolor. Será algo rápido y limpio, se lo prometo. Nada espectacular, como lo de Parrucci. Es que a él le debía una mucho más grande. Lo llamaban «el ruiseñor», ¿verdad? Por lo bien que cantaba, supongo. Bueno, pues al final resultó que también sabía gritar. Tuve que ir a dar un paseo; aquello era insoportable. Pero lo cierto es que era más fuerte de lo que parecía. Cuando volví, al cabo de una hora o así, todavía estaba lloriqueando. Bueno, lo que quedaba de él. Tuve que acabar con él de un tiro. Repugnante, la verdad. Bueno, me voy a mear.

Atravesó el restaurante y desapareció por la puerta que decía «Servicios».

—¡Déjeme llamar por teléfono! —urgió Zen al propietario—. Ese hombre es un delincuente peligroso. Me acaba de amenazar con matarme. Soy vicequ coastore del Ministerio del Interior. Si no me ayuda, será acusado de complicidad en un asesinato.

El propietario se lo quedó mirando impertérrito.

—Pero si su nombre es Reto Gurtner. He visto sus documentos. Es usted un hombre de negocios suizo, de Zúrich.

—¡Mi nombre es Aurelio Zen! ¡Soy un oficial de alto rango!

—Demuéstrelo.

—¡Déjeme llamar! ¡Rápido, antes de que vuelva!

—No tenemos teléfono.

—Pero lo he oído sonar hace un rato.

—Era el televisor.

Si hubiera tenido un poco más de tiempo, Zen podría haber hecho cambiar de idea

al hombre con una combinación de amenazas y súplicas. Pero los escasos segundos que quedaban antes de que Vasco Spadola saliera del lavabo eran demasiado valiosos para desperdiciarlos con una posibilidad tan remota. Además, los Carabinieri necesitaban al menos un cuarto de hora para llegar al pueblo, por lo que Spadola dispondría de tiempo de sobras para cumplir su amenaza. Zen giró rápidamente sobre sus talones y echó a correr.

Afuera, en la plaza, la gente había empezado a reunirse para dar un paseo antes de comer. Zen se detuvo indeciso junto a la entrada del hotel. ¿A quién podía acudir? ¿A Angelo Confalone? Pero era domingo; el despacho del abogado estaría cerrado, y no tenía idea de dónde vivía. Por un momento pensó en recurrir a la gente, ponerse en sus manos. Pero no tenía tiempo para andar dando discursos, y además, le consideraban un espía, un embustero de la peor ralea, un agente del detestado gobierno de Roma. Cualquiera que le ayudara se arriesgaba a comprometer su posición en la comunidad. Spadola tenía razón. Estaba solo.

Entonces vio el Mercedes y supo que le quedaba una sola, aunque remota, esperanza. Todo pendía de un hilo, pero no tenía nada que perder. Cualquier cosa era preferible a andar ocultándose en el pueblo, escondiéndose en las esquinas, esperando a ser acorralado y asesinado.

Mientras se abría paso entre la gente que rodeaba el coche, procurando no llamar la atención, vio a Turiddu en el centro de un grupo de hombres. Todos le miraban con fijeza, mientras conversaban en voz baja y señalaban un Fiat amarillo con matrícula de Roma estacionado cerca de allí. A un lado, separada del grupo, estaba Elia, la mendiga. Aunque ya era demasiado tarde, Zen se percató del parecido entre ella y Turiddu y concluyó que el hombre debía ser el hermano del que ella renegaba. Por ello se había enojado tanto al verla en la pizzería la noche anterior. En una comunidad como aquella, tener una hermana medio loca era, sin lugar a dudas, un motivo de vergüenza constante.

Quitó el freno de mano y puso punto muerto. Salió del coche y empezó a empujar con todas sus fuerzas, en un intento de vencer la inercia del coche y la ligera cuesta de la calle principal. Su dolor de cabeza volvió a cobrar vida y sus miembros doloridos empezaron a protestar. Tras muchos esfuerzos, consiguió que el coche comenzara a rodar sobre los adoquines de cemento. Zen giró el volante para encarar el coche hacia la pendiente y saltó al asiento del conductor. Al cabo de unos instantes, el vehículo ya rodaba a velocidad considerable por la pronunciada pendiente de la calle principal, y pronto dobló la curva que conducía a las afueras del pueblo. Todavía no estaba a salvo, de hecho estaba muy lejos de estar a salvo, pero su primer éxito le llenó de euforia. Cuando llegó a las casas nuevas de las afueras, el coche había alcanzado la velocidad que Zen hubiera cogido en circunstancias normales. Incluso se vio obligado a tocar la bocina en varias ocasiones para avisar a los transeúntes, ya que nadie le oía aproximarse.

Cuando lo vi marcharse creí que todo estaba perdido. Le había seguido a todas partes, escopeta en ristre, deslizándome en las sombras como un zorro al anochecer. Todo en vano. Siempre llegaba alguien para desbaratar mis planes, ¡como si lo protegiera algún dios! Y ahora se me había escapado.

Creía que estaba a salvo, y yo creí que había fracasado. Pero ninguno de nosotros comprendía que la muerte ya estaba anclada en su interior, instalada en su cuerpo como nuestros pecados en el Cristo Redentor que hay sobre la chimenea. Yo creía que el corazón del Cristo pertenecía a uno de los animales sacrificados por mi padre. Siempre esperaba ver las entrañas de la bestia en otra pared, y su polla y sus pelotas clavadas en la puerta. Una vez, la luz se fue en medio de una tormenta, y mi madre me obligó a hincarme de rodillas y rogar a Dios que me perdonara, ya que, de lo contrario, el Señor nos fulminaría allí mismo. Así que me arrodillé ante el enorme cerdo del cielo, cuyos pedos aterrorizaban a mi madre, y le rogué que no se cagara sobre todos nosotros.

Y eso fue exactamente lo que hizo al cabo de un tiempo. Cuidado con lo que rezas, porque le puedes dar a Dios alguna que otra idea.

Eché a andar sin rumbo fijo. Todos los lugares eran iguales ahora. Mis pies me llevaron allí, como un caballo que conoce el camino a casa. Él estaría lejos ya, pensé, volando como una flecha por los pasillos de la luz en su gran coche blanco.

Pero solo existía una salida en el laberinto en el que ambos estábamos atrapados. Mientras yo me sumía en la desesperación, él se dirigía hacia ella, para proporcionarme la muerte que necesitaba.

DOMINGO, 11:20-13:25

A medida que se aproximaba a las curvas en forma de horquilla que la carretera describía en dirección al valle, Zen pensó que Vasco Spadola podría haber saboteado no solo el motor, sino también los frenos del coche. En aquellos momentos, rodaba a unos cincuenta kilómetros por hora, y la velocidad seguía aumentando.

Los frenos funcionaban con normalidad, y al cabo de un instante, Zen se dio cuenta de que sus temores habían sido infundados. La opinión de Spadola sobre el modo en que debía morir no le habría permitido optar por un método tan indirecto y mecánico para cumplir su venganza. Sus deseos eran acuciantes, personales, y tenía que satisfacerlos personalmente, cara a cara, como un acto sexual perverso.

El coche descendía hacia el valle envuelto en un silencio casi completo, interrumpido tan solo por el susurro de los neumáticos y el zumbido del viento. Las curvas en forma de horquilla se sucedían casi sin descanso. A Zen el movimiento le recordaba los días en que navegaba en Venecia y variaba constantemente el rumbo de la barca para pasar por los estrechos canales que se abrían entre los islotes bajos y lodosos. El momento en que su vida había dependido del pedal de freno, como si se tratara de una moneda que se lanza al aire, le había llenado de una extraña sensación de euforia. Allá en Roma, cuando se había enterado de que alguien iba a por él, lo único que había sentido era un terror helado, un miedo que paralizaba los sentidos. Pero en medio de aquel paisaje primitivo, lo que le sucedía daba la impresión de ser perfectamente previsible y natural. Los hombres estaban hechos para esto, se dijo. Para las demás cosas tenemos que luchar, pero para esto hemos nacido. Esto es lo que sabemos hacer.

Pero aun en medio de su euforia, sabía que algunos hombres lo hacían mejor que otros, y que era evidente que Vasco Spadola era demasiado bueno para él. Si quería sobrevivir, tendría que ponerse a pensar inmediatamente. Por fortuna, su cerebro funcionaba con gran claridad a pesar de la resaca. Todavía no había rastro de Spadola, pero en cuanto saliera del hotel se daría cuenta de que el Mercedes había desaparecido, y de que solo podía moverse por la fuerza de la gravedad. Lo único que tenía que hacer era seguir la carretera en dirección al valle, y tarde o temprano, probablemente, más temprano que tarde, le alcanzaría.

Más allá, la carretera descendía hasta el cruce en el que Zen se había detenido veinticuatro horas antes para consultar el mapa cuando se dirigía hacia Villa Burolo. Recordaba que al otro lado del cruce había un camino sin asfaltar que conducía hasta la estación, construida para el pueblo en la época en que los lugareños estaban dispuestos a caminar cuatro o cinco kilómetros para hacer uso del nuevo ferrocarril. Aquella estación era la meta de Zen. Allí tenía que haber teléfono, y el jefe de

estación, que debía su lealtad, y, sobre todo, su empleo, al estado y no al pueblo, tendría que dejar llamar a Zen. Todos los oficiales de la policía criminal contaban con una contraseña de identificación, que se reemplazaba una vez al mes, que acreditaba a su poseedor para disponer de los servicios de las fuerzas del orden en cualquier rincón del país. Una breve llamada bastaría para hacer llegar a la zona a helicópteros y *jeeps* llenos de policías armados, que colocarían a Spadola ante la disyuntiva de volver a la cárcel o morir abatido por las metralletas. Lo único que tenía que hacer Zen era asegurarse de que la policía llegase antes que Spadola.

Había contado con poder conducir el Mercedes hasta su destino, pero cuando por fin divisó el camino, vio un accidente en el terreno que no estaba registrado en el mapa: una pequeña cuesta que ascendía desde la carretera hasta la estación. Resultaba difícil calcular lo empinada que era, ya que solo podría entreverla cuando saliera de una de las curvas cerradas de la carretera. Por un instante estuvo tentado de dejar que el coche tomara velocidad y rezar para que fuera capaz de llegar hasta el final de la cuesta, pero el riesgo era demasiado grande. Si no lo conseguía, se vería obligado a dejar el coche en la falda de la pequeña colina, donde podía verse fácilmente desde la carretera, lo cual revelaría a las claras sus intenciones. Cuando Spadola llegara, lo único que tendría que hacer sería seguir el sendero, y no le costaría ningún esfuerzo alcanzar a Zen antes de que este pudiese llegar a la estación a pie.

Solo faltaban unos segundos para llegar al cruce. La única alternativa era tomar la carretera principal, que seguía descendiendo suavemente después del cruce. Zen giró el volante intentando mantener la velocidad, y como consecuencia, las ruedas patinaron sobre un triángulo de gravilla acumulada en el centro del cruce. El coche derrapó y se inclinó a toda velocidad hacia la cuneta izquierda. En el último momento se lanzó de nuevo hacia la derecha, y el movimiento brusco estuvo a punto de arrancar el volante de las manos de Zen. Se colocó otra vez en el lado derecho y dio gracias al cielo por el poco tráfico de las carreteras de Cerdeña. Mientras el coche volvía a ganar velocidad, echó un vistazo hacia la montaña y a varios centenares de metros divisó una mancha amarilla que se aproximaba a la segunda curva. De pronto, un pliegue del paisaje se interpuso y Zen perdió de vista la mancha.

La carretera se perdía en la lejanía en sentido descendente. Zen sintió que su ansiedad disminuía por efecto del movimiento suave y constante del coche, pero sabía que su sensación de seguridad no era más que un espejismo. Cuando llegara a la carretera, el Fiat de Spadola daría caza en cuestión de pocos minutos al Mercedes sin motor, mientras que cada kilómetro que Zen se alejaba de la estación era un kilómetro que después se vería obligado a recorrer a pie para llegar a ella. El coche no era ya una ventaja, como le había parecido en un principio, sino un engorro. Tenía que deshacerse de él, pero no sabía cómo. Si lo dejaba al borde de la carretera, Spadola sabría que él andaba cerca. Tenía que ocultarlo en algún lugar disimulado, ganar tiempo para llegar a la estación mientras Spadola seguía peinando los caminos en busca del escurridizo Mercedes. Por desgracia, las colinas peladas, cubiertas

apenas de matojos, no ofrecían muchos lugares adecuados para camuflar siquiera una bicicleta, y mucho menos, un coche.

De pronto divisó el camino vecinal que conducía a Villa Burolo, pero no lo tomó, ya que recordaba que desembocaba en un pequeño valle en el que quedaría acorralado. Debía encontrar un camino más pequeño, menos llamativo, que pudiera pasar inadvertido a Spadola. ¡Pero el tiempo se estaba agotando a una velocidad alarmante! No dejaba de mirar atrás por el espejo retrovisor, temiendo el momento en que vería el Fiat siguiéndole de cerca. Cuando eso sucediera, habría firmado su sentencia de muerte.

Estuvo a punto de pasarse un pequeño sendero que partía del otro lado de la carretera. No había tiempo de pensárselo dos veces. A un golpe seco de su muñeca, el Mercedes atravesó la línea de asfalto con un chirrido de neumáticos y fue a parar sobre las dos roderas gemelas de tierra roja. Al cabo de un instante, el coche estuvo a punto de detenerse al tropezar con un pequeño montículo, pero la inercia venció el obstáculo y, a partir de entonces, lo único que pudo hacer Zen fue procurar no salirse del camino, que giraba sobre sí mismo, y descendía haciéndose cada vez más intransitable y empinado. El volante se debatió y retorció entre las manos de Zen hasta que el sendero dejó de descender en curvas y se convirtió en un tramo recto que desembocaba en una depresión hundida entre escarpadas paredes de piedra. En la depresión se alzaba una cabaña de piedra sin ventanas rodeada por un grupo de árboles esmirriados.

Zen detuvo el Mercedes al final del sendero para que no pudiera ser visto desde la carretera principal. Salió del coche y permaneció quieto mientras escuchaba con atención. A su alrededor, el paisaje formaba, una especie de recipiente que conservaba el silencio, un silencio tan solo interrumpido por un sonido lejano, parecido al de un insecto en pleno vuelo. Zen volvió la cabeza siguiendo al coche cuando pasó sobre él por la carretera. El rugido del motor fue alejándose hasta desvanecerse sin que se apreciara ninguna variación en su ritmo. Los miembros de Zen se relajaron. Spadola no le había visto girar ni había advertido las huellas de neumáticos en la tierra.

Se dirigió hacia la cabaña, una construcción primitiva de piedras apiladas unas sobre otras y un techo ondulado de metal. Se agachó para echar un vistazo al interior por la entrada baja y estrecha. Desde la oscuridad de la cabaña le llegó una corriente suave cargada de olor a oveja. En otros tiempos había sido, sin duda, una cabaña de pastor, utilizada para almacenar quesos y curtir pieles, pero ahora estaba abandonada. Zen se hincó de rodillas y entró arrastrándose sobre el suelo desnudo de piedra. El hedor era insoportable. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, Zen vio que estaba junto a una fisura de forma irregular que se abría en la roca. Al colocar la mano sobre ella, descubrió que la corriente que agitaba el fétido olor de la cabaña procedía de allí.

Recordó que Turiddu le había dicho que la toda la zona estaba surcada de cuevas

que antaño habían transportado el agua procedente del lago de la montaña. Pensar en agua resultaba muy tentador. La resaca le había dado una sed de mil demonios. Pero, por supuesto, no había agua desde que habían construido el dique. No cabía duda de que esa era la razón por la cual la cabaña había sido abandonada, al igual que muchas granjas del lugar, incluyendo la que Oscar Burolo había comprado por cuatro chavos. A buen seguro se encontraba junto a una de las entradas al entramado de cuevas. La fisura era lo suficientemente grande para pasar por ella, pero aun así, no sabía lo que le esperaba en la oscuridad. Tal vez había un pequeño hoyo en el que se pudiera esconder, o tal vez caería en una cueva del tamaño de una iglesia.

Sin embargo, estuvo tentado de permanecer allí. Se sentía seguro en la cabaña, camuflado y protegido como por arte de magia. Sabía que quedarse equivalía a un suicidio, y lo cierto era que ya había perdido buena parte de su valioso tiempo. La carretera que seguía Spadola empezaría a ascender pronto, y este sabía que Zen no podía haber pasado por allí. La red de caminos vecinales entorpecería su caza durante un rato, pero al final, no cabía duda de que encontraría aquella depresión y el Mercedes por eliminación. Y lo primero que haría sería registrar la cabaña.

Pero aun sabiendo lo que le esperaba, la otra alternativa no se le antojaba nada atractiva. La idea de echar a andar campo a través sin saber a dónde se dirigía le parecía espantosa. Sus conocimientos de la naturaleza se limitaban al paisaje divisado desde las ventanillas de los trenes cuando viajaba cómodamente de una ciudad a otra. Podía enfrentarse a todos los artilugios creados por el hombre, pero en la naturaleza estaba tan indefenso como un zorro en la ciudad, su instinto de supervivencia era nulo y su ingenio, realmente parco. Solo la certeza de que su vida estaba en peligro inminente podía impulsarle a salir de la cabaña y empezar a trepar por la pared de piedras del otro lado de la depresión.

Escaló la pared con dificultad, aferrándose a las piedras y los arbustos en los tramos más empinados. Su ropa y sus zapatos ya estaban tapados por una capa de tierra roja, y el cielo cubierto y pesado se cernía sobre él sin piedad. Se sentía muy mal. La sed le atormentaba cada vez más, y su dolor de cabeza había adquirido proporciones de pesadilla. Se detuvo a medio camino de la cima para descansar. Mientras intentaba recobrar el aliento, dolorosamente consciente de lo mal que se le daban aquellas lides, le cruzó por la mente una idea que su cerebro se había reservado hasta entonces. La nota anónima que había encontrado bajo el parabrisas del Mercedes decía que el «clan Melega de Orgosolo» sabía dónde había estado Padedda la noche de los asesinatos de Villa Burolo. El nombre parecía constituir una prueba de la autenticidad de la información. Un poco tarde, Zen recordó que Antonio Melega era el joven pastor que había sido enterrado unos días después del intento fallido de secuestrar a Oscar Burolo, y que había muerto atropellado por un coche que se había dado a la fuga.

El lejano zumbido de un coche que pasaba rompió el pesado silencio. Desde donde estaba Zen no se veía aún la carretera principal, y no había razón para suponer

que el coche que había pasado fuese el Fiat amarillo de Spadola. Pero el sonido recordó a Zen que la colina, que se alzaba sobre la depresión en la que el Mercedes destacaba como un frigorífico abandonado en un barranco, no era un lugar demasiado apropiado para ocultarse. Zen desterró cualquier otro pensamiento de su mente y atacó la pared como si de un enemigo se tratara, propinándole bofetadas, asestándole puñetazos, gruñendo y jadeando hasta que por fin llegó a la cima, donde el terreno se volvió llano y admitió su derrota.

El paisaje se extendía interminable ante sus ojos, coronado por horizontes nada atractivos. Zen se abrió paso por entre los matojos, que por los signos de vida que mostraban, lo mismo daría que estuvieran muertos. A fin de no pensar en la despiadada realidad a la que se enfrentaba, Zen intentó concentrarse en el modo de aplicar la información que había obtenido a la resolución del caso Burolo. Y cuanto más pensaba en ello, tanto más se convencía de que había dado con la clave del enigma.

Resultaba irónico que lo hubieran enviado a Cerdeña a amañar el caso Burolo incriminando a Padedda y que ahora estuviese en posesión de unas pruebas que indicaban que, efectivamente, el sardo era culpable. Un hombre que se hacía llamar Furio Pizzoni había llegado a la finca de Oscar Burolo a cuidar de sus leones. El Palazzo Sisti había averiguado que su verdadero nombre no era Pizzoni, sino Padedda, y que no era natural de las montañas de Abruzzo, sino de Nuoro. Y los amigos de Padedda, según las revelaciones de un Turiddu borracho la noche anterior, aparte de dedicarse al tradicional robo de ovejas se dedicaba a una variante más moderna y lucrativa: el secuestro. Sus compañeros le habían hecho callar en aquel momento, pero el asunto había quedado bien claro.

Nadie había dudado ni por un instante de que la familia Melega, que tenía que vengar a uno de sus miembros, tenía un buen motivo para matar a Oscar Burolo y además, la suficiente crueldad para cometer el asesinato. Pero nadie había sido capaz de aclarar cómo un banda de pastores sardos había podido entrar en la villa a pesar de su sofisticado sistema de seguridad, pero si tenían un cómplice en el interior, entonces podrían haber salvado aquel obstáculo sin mayor dificultad. Según sus declaraciones, Alfonso Bini y su mujer estaban viendo la televisión en el momento de los asesinatos. Si Padedda, en lugar de estar tomándose unas copas en el bar del pueblo, se había escondido en algún lugar de la villa, nada podría haberle impedido entrar en la sala de control del sistema de seguridad y desconectarlo. Asimismo, podría haber cometido los crímenes personalmente. Zen había visto en su brazo una herida, que tenía un sospechoso parecido con una herida de bala, y Vianello había herido ligeramente al asesino. Sin duda, Padedda habría empleado su propia escopeta, en la que confiaba, para cometer los asesinatos, y después habría robado un arma del estante de Burolo para confundir a la policía. Zen recordó la abertura de ventilación que se abría en la pared de la cámara subterránea y a la que conducían las huellas de sangre. ¿La habrían registrado para ver si estaba allí la escopeta que faltaba? ¿Habían

sido comparados los cartuchos de la escopeta que Padedda guardaba en la caseta de los leones con los que se habían hallado en el escenario del crimen? Estas comprobaciones debían formar parte de la investigación rutinaria, pero Zen sabía perfectamente que a menudo la policía pasaba por alto la rutina a causa de sus ideas preconcebidas sobre la culpabilidad y la inocencia.

De pronto llegó hasta él el ruido de un coche, procedente de la nada, y se arrojó al suelo a toda prisa. Permaneció tendido conteniendo el aliento, con el rostro presionado contra el suelo, intentando protegerse entre los escasos matorrales cuando un coche amarillo pasó a pocos metros de él. Era casi imposible que no le hubiera descubierto, pero lo cierto era que el coche no aminoró la marcha y al cabo de unos instantes había desaparecido.

Se incorporó con cautela mientras se frotaba los cortes que se había hecho en las manos y en el rostro al arrojarse violentamente sobre los matorrales llenos de pinchos. Ahora que sabía que estaba allí, podía ver la delgada línea de asfalto que cortaba el paisaje a pocos metros delante de él. No había tiempo que perder. Spadola se dirigía hacia el valle. Vería que el Mercedes no estaba allí y que no podía haber llegado al final de la cuesta, de modo que tacharía aquel camino de su lista, daría media vuelta y seguiría buscando. El único consuelo de Zen consistía en que Spadola todavía no había encontrado el coche abandonado, y que por tanto no sabía que Zen iba a pie.

Atravesó a la carrera la línea de asfalto y siguió corriendo por entre los arbustos que crecían al otro lado hasta que las colinas lo protegieron de la carretera. Ya divisaba la vía ferroviaria, que corría por una cornisa abierta en la falda de la montaña. Pero Zen no bajó hasta allí para seguir la vía, sino que siguió corriendo por la cima de la colina, siguiendo una ruta que, así lo esperaba, le llevaría más o menos directamente a la estación. Entretanto, las piezas del rompecabezas que estaba armando en su mente se iban juntando sin ningún esfuerzo por su parte.

Al igual que en el caso de Favelloni, era imposible saber si Padedda había cometido los asesinatos personalmente o si se había limitado a dejar entrar al asesino. Después de reflexionar unos instantes, Zen se inclinó por la segunda posibilidad. Al igual que Vasco Spadola, el clan Melega habría querido cumplir su venganza personalmente. Ello también explicaba el hecho de que no hubieran intentado destruir la cinta de vídeo en la que habían quedado grabados los asesinatos. Cabía la posibilidad de que unos hombres de tan poca cultura como los miembros del clan Melega pensaran que la cámara de vídeo no era sino otro de los objetos extraños e inútiles que poblaban la casa. Después de los asesinatos, los Melega no hubieran tenido ningún problema en convencer a un par de lugareños para que declararan haber visto a Padedda en el bar aquella noche, y las centenarias tradiciones de la *omertà* impedirían a los demás contradecir su testimonio. Tenía sentido, todas las piezas encajaban.

Zen seguía corriendo, intentando mantener un ritmo rápido. A su derecha, el valle

se extendía hasta la cresta sobre la que se alzaba Villa Burolo, que desde donde estaba no era más que una mancha blanca e imprecisa. Más arriba, en las montañas, el verde artificial del bosque regado por las goteras del dique estropeaba el paisaje como el vertido de alguna sustancia contaminante. Un rugido lejano le hizo detenerse por un instante, hasta que averiguó que no se trataba de un coche, sino de dos aviones. Al cabo de un momento distinguió dos motas negras y veloces que volaban junto a la ladera de la montaña en sus ejercicios de vuelo a poca altura. Después desaparecieron en un valle y volvió a reinar el silencio. Echó a correr de nuevo, debatiéndose entre la satisfacción por haber resuelto el caso Burolo y la frustración al pensar que, como no encontrara un teléfono antes de que lo atrapara Spadola, los del pueblo callarían para siempre y Renato Favelloni iría a la cárcel por un asesinato que no había cometido. Por supuesto que Favelloni merecía si duda un montón de sentencias por otros delitos de los que jamás sería acusado, gracias a la protección de *l'onorevole*, pero tal como había señalado Vasco Spadola, no se trataba de eso.

Le resultaba difícil avanzar. Sobre la tierra, endurecida por largos meses de sequía, tan solo crecían arbustos bajos, tan llenos de pinchos como un puercoespín, de ramas nudosas, hojas abrasivas y espinas afiladas que le rasgaban la ropa a cada paso. Por fortuna, las plantas nunca crecían muy juntas, y casi siempre era posible abrirse paso entre ellas. Pero al no poder correr en línea recta, la distancia a recorrer aumentaba, y el avance se hacía mucho más lento y agotador. Y desde luego, estaba agotado. Los excesos de la noche anterior tan solo le habían permitido conciliar un sueño ligero y ebrio que no había hecho más que arañar la superficie de su terrible cansancio.

Por fin llegó a la cima de una pequeña colina que había configurado su horizonte hasta entonces, y por vez primera divisó la estación, un edificio rectangular de tejado inclinado que se encontraba a unos quinientos metros a su derecha. Desde donde se hallaba no veía las vías, por lo que daba la sensación de que el edificio había sido construido al azar, en medio de la nada. Más abajo, el camino que al principio había querido tomar para llegar a la estación estaba cubierto de arbustos. Zen corrió colina abajo para tomarlo. Al parecer, hacía tiempo que nadie pasaba por allí, ya que la maleza crecía a su antojo, y las roderas estaban llenas de piedras. Pero Zen ya veía su objetivo, y caminaba por el camino con tranquila seguridad.

Lo primero que despertó sus sospechas fue que uno de los aleros del tejado de la estación se había desprendido. Al cabo de unos instantes, comprobó que las ventanas y las puertas no eran más que agujeros. Cuando llegó al andén, ya no cabía duda de que la estación estaba abandonada. Las habitaciones de la planta baja estaban semiderruidas, sembradas de cascotes y fragmentos del tejado caído, y en un rincón, la pared estaba chamuscada en el lugar donde alguien había encendido una hoguera. Afuera, el aguilón todavía anunciaba el nombre del pueblo y la altura sobre el nivel del mar en letras desvaídas, pero era evidente que hacía muchos años que la estación estaba fuera de servicio. Toda aquella línea no era más que un estúpido anacronismo,

y el tren que pasaba una vez al día no servía más que para conservar las sustanciosas subvenciones que llegaban de Roma.

Zen sacudió la cabeza. No daba crédito a sus ojos. Aquello era como una pesadilla. Cogió un cigarrillo antes de acordarse de que Spadola se había quedado con su encendedor. Masculló un terrible juramento y se obligó a pensar. La idea de pasar la noche en la estación para tomar el tren a la mañana siguiente resultaba tentadora, pero tan estúpida como quedarse en la cabaña del pastor. Y también sería una tontería echar a andar campo a través. La Barbagia era una de las zonas más salvajes y menos pobladas del país. Sin un mapa y una brújula corría el peligro de perderse y morir de hambre o de frío.

Así pues, solo le quedaban dos alternativas: podía retroceder por el sendero hasta la carretera principal e intentar detener un coche para que le llevara a la población más cercana, o podía seguir la vía ferroviaria en dirección a las montañas. Si volvía a la carretera corría el riesgo de que Spadola pasara por allí. Seguir la vía resultaría difícil y agotador, y tal vez se vería obligado a pasar la noche al raso. Pero en el peor de los casos podría hacer que el tren se detuviera a la mañana siguiente, o incluso saltar a bordo, teniendo en cuenta la velocidad a la que viajaría. Sin embargo, lo más importante era que resultaba imposible ver la vía ferroviaria desde la carretera, y era allí donde Spadola le estaría buscando cada vez más desesperado.

Con el cigarrillo apagado que pendía de las comisuras de sus labios, Zen atravesó el paso a nivel abandonado, donde los cactus crecían en completa anarquía, y echó a andar por la vía oxidada que giraba hacia la derecha, siguiendo los contornos de la colina. Había creído que caminar por la vía resultaría aburrido, pero relativamente fácil, pero en realidad era tan complicado como caminar por los arbustos. Las viejas traviesas, primitivas, estropeadas y astilladas, estaban colocadas demasiado juntas para pasar de una a otra, y demasiado separadas para tomarlas de dos en dos. Además, el balasto que había entre ellas era desigual y estaba invadido por hierbajos.

De nuevo llegó a sus oídos un rugido lejano procedente del cielo. Zen se detuvo y al mirar hacia arriba vio los aviones realizando sus ejercicios en las montañas. Le llevó unos instantes darse cuenta de que este ruido cavernoso le había impedido escuchar otro sonido, un ronroneo rítmico, mucho más suave que el de los aviones, pero mucho más cercano. Por un instante creyó que procedía de la vía, y sus esperanzas se reavivaron, pero al volverse vio que el Fiat amarillo rodaba por el camino que conducía a la estación.

Instintivamente se agachó en un intento por esconderse, pero era demasiado tarde. Con el motor terriblemente revolucionado, el Fiat había abandonado el sendero y se abría paso entre los arbustos hacia el lugar en el que estaba Zen. Se levantó y echó a correr con todas sus fuerzas para alejarse del coche. De pronto, tropezó con un cable oxidado y salió despedido hasta aterrizar sobre un pequeño canto rodado. Se había torcido el tobillo. Detrás de él, el rugido del motor aumentó y de pronto se extinguió. Una puerta se cerró de golpe. Zen se obligó a ponerse de rodillas. El Fiat amarillo

había quedado atrapado en un grupo de arbustos. Junto al coche estaba Vasco Spadola con una escopeta en las manos.

Zen intentó ponerse en pie, pero el tobillo izquierdo se negó a obedecer y volvió a caer al suelo. Lo intentó de nuevo. Esta vez el tobillo aguantó, aunque le dolía de un modo atroz. Pero aunque sabía que Spadola iba a matarlo, no podía quedarse quieto y esperar a que lo hiciera, aunque ello significara atormentarse en vano. Intentó alejarse lo más posible, jadeando a cada paso. Tropezó varias veces, perdió el equilibrio y aterrizó de manos y rodillas sobre el suelo duro y polvoriento. Pero no miró atrás. No servía de nada. Por mucho que corriera, Spadola le alcanzaría en cuestión de pocos minutos. Se preguntó si Spadola tendría buena puntería y si oiría el disparo que lo mataría.

Cuando por fin se detuvo para mirar atrás, vio que Spadola todavía estaba a unos cincuenta metros de distancia, paseando con gesto indolente y sosteniendo la escopeta como al descuido. Zen lanzó un gemido y siguió cojeando. Así que eso es lo que quería Spadola. No tenía ninguna prisa por acabar con él. Al contrario, cuanto más larga fuera la agonía, más completa sería la venganza. Tenía tiempo hasta la caída de la noche, ya que, si esperaba más, corría el riesgo de que la presa se le escapara protegida por la oscuridad. Pero todavía faltaban muchas horas para la puesta de sol. Hasta entonces, se conformaba con pisarle los talones, sin alcanzarle, pero sin dejarle descansar tampoco, hostigándole hasta el sangriento final.

Zen siguió cojeando a ciegas, sumido en una pesadilla de dolor, confusión y desesperación. Ya no sabía en qué dirección iba, pero tampoco le importaba. Todas sus esperanzas y sus cálculos habían quedado en agua de borrajas. A menos que el Palazzo Sisti no consiguiera abortar el proceso en el último momento, Renato Favelloni sería sentenciado por los asesinatos de Villa Burolo, mientras que Furio Padedda y la familia Melega observaban el panorama con sonrisas irónicas, sin saber que debían su libertad a una *vendetta* muy parecida a la que había costado la vida a Oscar y a sus invitados. Para colmo, lo más probable era que Spadola también saliera impune del asunto. Los del pueblo mantendrían la boca cerrada, sobre todo teniendo en cuenta que si hablaban los acusarían de complicidad en el asesinato de Zen. Cuando descubrieran su cadáver, llegarían a la conclusión de que había muerto víctima de la eterna lucha entre los isleños y el estado. Sus compañeros de Roma sacudirían la cabeza y coincidirían en afirmar que había sido una locura improvisar solo una operación secreta de aquellas características, sin tan siquiera contar a nadie lo que se proponía. «¡Se la estaba buscando!», gritaría Vincenzo Fabri en tono triunfal. Lo mismo que había dicho todo el mundo cuando Oscar compró una casa tan cerca de la guarida de los secuestradores. Nadie insistiría demasiado en atar los cabos sueltos que quedaban. Zen sabía que la policía formaba parte de las fuerzas del orden en más de un sentido. Les gustaba que las cosas tuvieran sentido; les gustaba cerrar expedientes. Y si la solución se correspondía con la verdad, mejor que mejor, pero en cualquier caso, preferían encontrar una solución falsa a no tener ninguna. Desde

luego, nadie tenía el menor interés por sacar las cosas de su cauce, de modo que nadie se molestaba en sugerir que tal vez las cosas no eran lo que parecían.

De pronto, sin previo aviso, un objeto demasiado rápido para sus gigantescas proporciones ensombreció el mundo y el cielo se abrió con un rugido infernal. En el primer momento, Zen creyó que Spadola le había disparado. Pero al volverse vio que el segundo avión se dirigía silenciosamente hacia él a toda velocidad. Aunque era totalmente absurdo, ¡se puso a hacer gestos frenéticos con los brazos para pedir ayuda! Vasco Spadola estalló en una carcajada llena de desprecio, que quedó ahogada por el estruendo del avión que los sobrevolaba en aquel momento, sin dignarse a advertir las travesuras de las figuras de juguete que retozaban en el lecho de aquel mar de aire que utilizaba como patio de juegos.

A partir de aquel instante, Zen perdió por completo la noción del tiempo. La realidad quedó reducida a una mancha de tierra roja que se extendía ante él, siempre igual y siempre diferente. Su único objetivo consistía en abrirse paso por entre los espesos y abrasivos arbustos que crecían por allí. A veces estaban muy separados entre sí, y entonces podía concentrarse en su lucha contra el dolor agudo y constante de su tobillo, la terrible sed y el dolor de cabeza martilleante. Pero, por lo general, las plantas crecían muy juntas, formando un muro que dificultaba todos sus movimientos como piezas enemigas en un tablero de ajedrez. Entonces se veía obligado a levantar la vista y buscar un camino entre la maleza. Si no lo encontraba, o si las plantas se cerraban por completo delante de él, entonces tenía que caminar a través de ellas. Las ramas le golpeaban, las espinas le rasgaban la ropa y le arañaban la piel. Estuvo a punto de quedar atrapado en los matorrales en varias ocasiones, pero se volvía a zafar del abrazo maligno de las plantas sacando fuerzas de flaqueza. Pero no podía detenerse ni volver atrás, aunque a aquellas alturas apenas sí recordaba por qué.

En un momento de su interminable tormento se vio enfrentado a un nuevo obstáculo que no estaba previsto en las reglas del juego al que hasta entonces había estado jugando. Se trataba de una valla de alambre, de unos cuatro metros de altura, sostenida por postes de cemento, que se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Detrás de ella se veía otra valla parecida de alambre de espinos.

Al principio Zen creyó que se trataba de una zona militar. Pero cuando vio un cartel que rezaba «Cuidado con los Leones» se dio cuenta de que había llegado a la valla que delimitaba Villa Burolo. Empezó a seguir la valla colina arriba. Pero mientras que la valla cortaba sin dificultad la maleza, dividiendo la espesura en dos con precisión surrealista, Zen tenía que trepar, arrastrarse, deslizarse y avanzar a duras penas. La maleza cada vez más espesa le obligaba a buscar a cada paso rutas alternativas, y a medida que su cuerpo estaba más y más exhausto, perdía pie una y otra vez en la escarpada cuesta, y muy pronto sus manos estuvieron cubiertas de arañazos, su ropa rasgada y sus piernas llenas de heridas y sangre.

Unos momentos después se le ocurrió que podría conseguir ayuda si activaba las alarmas de la villa. Si lograba hacer sonar las sirenas, tal vez el mayordomo

encendería los monitores de circuito cerrado y al ver a Spadola armado llamaría a la policía. El problema era que a fin de evitar el exceso de falsas alarmas, la valla exterior no estaba conectada al sistema, de modo que se vio obligado a lanzar piedras a la valla interior, que sí contaba con detectores. La valla interior consistía en rizos aislados de alambre de espinos, por lo que resultaba muy difícil darle. La puntería de Zen mejoraba a cada lanzamiento, pero antes de que ninguna de las piedras alcanzara el objetivo, sintió que algo muy parecido a un enjambre de abejas pasaba a toda velocidad por encima de su cabeza. Un instante después oyó el disparo.

Cuando se volvió, Spadola ya había abierto la escopeta y la estaba cargando de nuevo. Gesticuló enojado en dirección a Zen para que se alejara de la alambrada. Este incidente recordó a Zen que se encontraba en una situación muy delicada. El sonido del disparo sobre su cabeza sugería que había volado a velocidad suficiente para causarle graves daños en las manos, el rostro y la nuca. En el mejor de los casos, unas heridas de tales características producirían una pérdida importante de sangre, lo cual le sumiría en un estado de *shock* y ya no podría seguir resistiéndose. Spadola podía hacerlo cuando le viniese en gana. El hecho de que hubiera apuntado demasiado alto lo probaba. Tenía la situación bajo control, y le mataría cuando lo considerase oportuno, y no antes. Entretanto, lo único que podía hacer Zen era debatirse como un animal de laboratorio, cuya agonía observan los científicos con atención desapasionada, y cuyos débiles intentos por escapar son tan previsibles como inútiles.

Más allá, la alambrada cambiaba de rumbo y corría en dirección a la montaña, obedeciendo a los caprichos olvidados de un hombre muerto. Zen tenía que escoger entre seguir el curso de la alambrada y adentrarse en terreno desconocido o continuar subiendo por la ladera de la montaña hasta el ridículo bosque verde que se alzaba en la cima del valle ahora cerrado por el dique. Y tenía que tomar una decisión rápida, porque Spadola había apretado el paso. Pero cuando vio que su presa seguía trepando hacia una espesura cada vez más intrincada, volvió a tranquilizarse y a caminar más despacio. Creía que la intención de Zen era rodear la propiedad de Burolo para llegar a la carretera principal. Si acaso se preguntaba por qué su víctima había escogido el camino más difícil y carente de sentido, lo más probable era que lo atribuyera a su confusión y desorientación cada vez mayores.

Zen siguió avanzando con dificultad por las crestas de la ladera de la montaña, en dirección al bosquecillo. El contraste entre el color verde estridente de las coníferas y los tonos sombríos del paisaje árido y monótono ya no era tan fuerte como cuando se contemplaba el conjunto desde lejos. De cerca, lo que ofendía la vista no era la superficie del bosque, sino sus profundidades, una depresión de apagado color marrón, derrotada por los esbeltos vencedores en la lucha por la supervivencia. Sus frondosas ramas formaban una especie de tejado que impedía totalmente el paso de la luz al interior, por lo que condenaba tanto a sus propias ramas bajas como a los perdedores en la lucha, cuyos esqueletos esmirriados surgían de un lecho de ramas putrefactas y pinaza. Y en ello había cifrado Zen todas sus esperanzas. Vasco Spadola

creía que podía jugar al gato y al ratón con su víctima hasta la caída de la noche. Pero no había tenido en cuenta que en el interior de aquel bosque artificial, bajo aquellos árboles empapados en el agua procedente de las goteras del dique, siempre era de noche.

Zen se volvió y vio que Spadola había echado a correr. Zen le imitó con los dientes apretados para amortiguar el agudo dolor de su tobillo. Corrió con la desesperación del hombre que sabe que su vida depende de ello, y en los primeros momentos, los decisivos, consiguió aumentar la velocidad. Al cabo de unos instantes, Spadola había reducido considerablemente la distancia que mediaba entre ellos, pero era demasiado tarde; Zen ya se había puesto a cubierto bajo los árboles. Se oyó otro disparo, y un dolor intenso se extendió por los brazos, las piernas y la espalda de Zen. Se llevó la mano al cuello, como si quisiera matar un mosquito, y cuando se la miró, la tenía cubierta de sangre y de perdigones, pequeñas bolitas negras incrustadas en su piel que parecían las entradas a un hormiguero.

Mientras Zen intentaba llegar a las profundidades del bosque, se decía que Spadola ya no le daría ningún respiro. El placer sádico de matar a su presa poco a poco había sido reemplazado por la urgente necesidad de acabar con ella antes de que fuese demasiado tarde.

Después de pasar tanto tiempo al aire libre, entrar en el bosque era como entrar en un edificio de proporciones gigantescas, un edificio profundo, misterioso, tenebroso, de detalles íntimos y dimensiones generosas. Zen siguió abriéndose paso por entre los zarcillos quebradizos que surgían de los troncos como algas en el fondo del mar. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, las tinieblas absolutas se convirtieron en una luz mortecina que proporcionaba una visibilidad de un radio de diez metros, excepto en los claros causados por montículos rocosos que abrían un agujero en el espeso tejido del bosque. En uno de aquellos claros vio de pronto una enorme pared de cemento que se alzaba majestuosa por encima de los árboles. La idea de estar tan cerca de aquella especie de lago colgante le hizo sentir con más fuerza que estaba debajo del agua. No podía ver nada detrás del círculo inmediato de troncos desnudos y parecidos a columnas. A pesar de la humedad que desprendían las grietas del dique, a causa de la cual el suelo siempre se mantenía empapado, no crecía absolutamente nada debajo del manto asesino de los árboles. El bosque era un remanso de silencio y oscuridad. Ni un soplo de brisa, ni un solo movimiento.

El suelo cubierto de excrementos de animales chapoteaba bajo sus pies. Zen sabía que aquel sonido le delataría. En las silenciosas profundidades del bosque, cualquier sonido revelaría su posición, y era imposible moverse sin hacer ruido. Pero por la misma regla de tres, Spadola solo podría oír a Zen si se detenía, por lo que se quedaría atrás y los sonidos cada vez serían más débiles y confusos. Así que Zen decidió seguir sin detenerse y sin mirar atrás, y una vez en las profundidades del bosque, se ocultaría sin hacer ningún ruido. Así los papeles se invertirían. Si Spadola no tenía ni la menor idea del paradero de Zen, lo único que podría hacer sería andar

por el bosque sin ton ni son, y el ruido avisaría con tiempo a Zen de su llegada. Si era necesario, Zen podía repetir la operación hasta la caída de la noche. Los astros estaban de su parte.

El bosque giraba suavemente hacia el este, siguiendo los contornos de la invisible ladera de la montaña. Zen siguió caminando con el brazo levantado para protegerse el rostro de las ramas muertas que sobresalían de los troncos de los árboles. Tropezó varias veces, y en una ocasión se topó con una raíz que surgía de la tierra como un gusano gigantesco y cayó sobre una rama rota que le hizo un corte en la frente. Pero no sintió nada hasta que se detuvo satisfecho del trecho que había conseguido recorrer. En aquel momento, todas sus heridas cobraron vida y empezaron a protestar. Zen se tendió en el suelo completamente exhausto y cerró los ojos.

Le despertaron unos sonidos, crujidos cercanos e invisibles en la oscuridad. Se volvió con brusquedad sin saber por un momento dónde se encontraba. Entonces vio la línea de huellas impresas en la tierra blanda y las ramitas que había roto durante su imprudente huida, y lo comprendió todo. No había conseguido ocultarse en las profundidades del bosque, sino que había dejado un rastro que hasta un niño podría seguir. Pero el que le seguía no era un niño, y además estaba a punto de alcanzarle.

Sabía que todo había terminado. Estaba físicamente agotado por la dura prueba a la que había estado sometido, debilitado por el hambre, la sed y la pérdida de sangre, y este último golpe también había minado terriblemente su fuerza moral. Era inútil seguir resistiéndose. Todos los esfuerzos que había hecho desde que saliera del pueblo habían sido en vano. Habría sido lo mismo pedir una última copa, quedarse sentado en el bar y esperar la muerte. Pero aunque le pesara, no podía permitir que los acontecimientos siguieran su curso sin hacer nada por impedirlo, ya que le parecía un signo de debilidad, una cobardía. En lugar de ello, siguió arrastrándose por aquellos parajes hundidos, sobre aquel suelo de plantas muertas, aunque fuera sin rumbo fijo, sin control alguno sobre la situación, pero resistiendo hasta el final.

Nada causaba extrañeza a Zen en su actual estado de ánimo, ni siquiera el sendero con el que se topó y que serpenteaba por el bosque como un camino por un valle inundado. La superficie pisoteada indicaba que el sendero había sido utilizado recientemente, probablemente por animales, aunque no había rastro de excrementos. Por un lado el sendero corría pendiente abajo, probablemente hacia la parte inferior del bosque. Zen optó por seguir en la dirección opuesta. Las ramas que habían invadido el sendero ya estaban rotas, y sus propias huellas quedaban disimuladas en el desorden del suelo del bosque. Si Spadola seguía la dirección equivocada al llegar al sendero, Zen tendría tiempo de sobras para encontrar un lugar seguro en el que ocultarse. Volvió a albergar esperanzas y a desterrar la calma absoluta que se había adueñado de su ser a causa de la resignación.

El sendero ascendía colina arriba de un modo perezoso y al tiempo resuelto que atrajo la atención de Zen. De pronto se vio al borde de un abismo que abría sus fauces en el suelo del bosque. Escudriñó la oscuridad que se alzaba ante él, pero no veía

absolutamente nada. No había sendero, ni suelo, ni árboles. Era como si el mundo terminara en aquel lugar.

Tras una breve vacilación, llegó a la conclusión de que aquel barranco le proporcionaría el escondite que necesitaba si conseguía bajar por la escarpada pendiente. Sin embargo, tuvo que hacer acopio de todo su valor para decidirse a bajar, aunque sabía que su indecisión era el colmo de la estupidez. No tenía que temer a la oscuridad, sino a Spadola. Sé agachó para alcanzar un saliente de piedra y empezó a descender.

Al principio, el descenso le resultó más sencillo de lo esperado, ya que había numerosos salientes y plataformas en los que apoyarse. Pero a medida que bajaba, más débil era la luz procedente de lo alto del abismo, hasta que llegó un momento en que apenas distinguía el lugar donde tenía que apoyar el pie. La perspectiva de perder pie y precipitarse al vacío le empapó las manos en sudor y sus miembros temblaban del tal modo que aumentaban, efectivamente, todas las probabilidades para que aquello sucediera. La única pista acerca de la profundidad del abismo se la daba el ruido de las piedrecillas que se desprendían y caían mientras bajaba. El sonido de las piedrecillas se fue haciendo cada vez más fuerte, y al final Zen vio que había llegado al fondo del barranco.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió las siluetas de altas paredes de roca, y concluyó que se hallaba en el lecho seco del río que había fluido desde el lago antes de que construyeran el dique. La enorme fuerza de la corriente habría arrastrado las grandes rocas que ahora cubrían su lecho seco.

Cuando oyó el repiqueteo de piedrecillas caer detrás de sí creyó al principio que el dique había cedido y la enorme ola negra se abalanzaba con toda su furia sobre él, arrastrando consigo todo lo que se interponía en su camino. Pero en seguida se dio cuenta de que el sonido procedía de lo alto del barranco.

Desesperado empezó a abrirse camino por el lecho del río, trepando a los enormes bloques de granito, intentado alejarse lo más posible del asesino que le pisaba los talones. Cuando Spadola llegara al pie del barranco podría ocultarse en algún rincón o en alguna grieta. Un ejército tardaría semanas en peinar aquella selva de piedra.

Pero se sintió desfallecer al ver que el canal terminaba casi de inmediato y se ensanchaba hasta formar una torrentera circular interrumpida por una pared de roca lisa. En aquel lugar, el follaje había desaparecido para dar paso a un terreno desnudo, que dejaba pasar un poco más de luz a las profundidades del bosque. Zen contempló la formación rocosa que se alzaba ante él. No comprendía cómo había sucedido, pero una cosa estaba clara: la pared de piedra tenía al menos diez metros de altura y era completamente lisa. Zen no podría escalarla bajo ningún concepto, y con Spadola pisándole los talones, tampoco podía retroceder. Había caído en una trampa natural perfecta, una tumba de la que no podría escapar.

El crujido de las piedras a sus espaldas le avisó de que el cazador se aproximaba. Como impulsado por la inercia, Zen se arrodilló y se introdujo con dificultad en una

grieta estrecha que se abría debajo de una roca inclinada. En cuanto Spadola llegara al final de la torrentera, se daría cuenta de que Zen no podía haber escalado la pared y que, por tanto, tenía que estar escondido por los alrededores. Le descubriría casi al instante. No cabía duda de que todo había terminado. Tan solo cabía esperar. Permaneció completamente quieto, como si una parte de la roca lo aplastara.

—¡Que me aspen!

Zen se sentía tan solo y estaba tan asustado que aquellas palabras, las primeras que oía desde que se marchara del pueblo, hicieron aflorar lágrimas a sus ojos. De pronto, sintió el deseo desesperado de seguir vivo y se apoderó de él un terrible miedo a morir, a extinguirse, a precipitarse a lo desconocido. ¡Qué valiosos eran los momentos triviales de la vida diaria, precisamente porque eran tan triviales!

Un poderoso rugido resonó en la torrentera rodeada por los muros de piedra. Cuando se extinguió el eco del disparo, Zen oyó las carcajadas dementes de Spadola.

—¡Salga de ahí, Zen! El juego ha terminado. Ha llegado el momento de pagar las deudas.

La voz sonaba muy cerca, pero Zen no podía ver nada salvo la roca que lo envolvía.

—¿Va a salir y morir como un hombre o prefiere jugar al escondite? La decisión es suya, pero como me cabree es posible que decida matarle un poco más despacio. Tal vez un disparo en las pelotas, para empezar. No soy una persona vengativa, pero mi paciencia tiene un límite.

Todas las facultades de Zen habían abandonado su cuerpo atrapado en aquella tumba de roca como ratas que abandonan un barco a punto de hundirse. No podía moverse, hablar ni pensar; era como si ya estuviera muerto.

Spadola lanzó una carcajada.

—¡Ah, conque está ahí! Ha decidido ahorrarme la molestia, ¿eh? Muy sensato.

Zen todavía no veía a Spadola, pero este le había descubierto. Aquello no le sorprendió, ya que le parecía coherente después de todo lo que había sucedido hasta entonces. Los pasos se aproximaban cada vez más. Zen intentó pensar en algo importante antes de morir, pero no lo logró.

Algo agitó el aire junto a su rostro. A menos de un metro de distancia, tan cerca que podía tocarla, una bota pisó el suelo y pasó una pierna enfundada en pantalones.

—No sirve de nada esconderse —gritó Spadola. Su voz resonó ligeramente en el espacio cerrado—. Todavía no le veo. Acabemos de una vez, ¿de acuerdo? Ha sido divertido, pero...

De pronto se oyó el estruendo de un disparo, seguido de un grito enfurecido. Al cabo de un instante dos disparos más estallaron al unísono. El primero sonó tan cerca de Zen que estuvo a punto de quedarse sordo, y el segundo era la repetición del primero. Los perdigones cayeron sobre las rocas repiqueteando como piedras de granizo.

Parecía imposible que después de aquel estruendo ensordecedor pudiera

restablecerse el silencio, pero al cabo de unos instantes, el eco de los disparos se extinguió como si no hubiera sucedido nada. De hecho, Zen no tenía ni la menor idea de lo que había sucedido, de modo que pasó un buen rato escuchando con atención el silencio antes de salir de su escondrijo. Encontró a Spadola casi al instante. El hombre yacía de espaldas sobre las rocas, un carapacho flácido y olvidado. La escopeta estaba tirada cerca de él, entre dos rocas.

Zen le registró con gesto rutinario los bolsillos, sacó el encendedor, se sentó en una roca y encendió un cigarrillo. Desde donde se encontraba divisaba el extremo más alejado de la torrentera. Bajo la pared de piedra blanca se abría una caverna en forma de canal, de bordes limpios y redondeados, que descendía hacia el interior del muro. Sentado allí, con el cigarrillo entre sus dedos, Zen recordó lo que Turiddu había dicho acerca de las rocas duras y las blandas, y se dio cuenta de que la superficie blanca que cerraba el claro era la piedra caliza que recubría el granito en este lugar y describía una suave curva esculpida por la corriente de agua antes de desaparecer en la oscuridad que partía de la base del risco, convertido ahora en la entrada principal del entramado de cuevas de la zona.

Un objeto brillaba en las sombras de la entrada de la cueva. Como el inmortal que había creído ser cuando jugaba a Dios con el vídeo de los asesinatos de Villa Burolo, Zen se dirigió hacia allí como si fuera inmune al peligro. Sobre la piedra gris se veían unas manchas que, al olerlas, identificó como sangre. Junto a ellas yacía una Remington de dos cañones todavía caliente. A la luz vacilante de su encendedor, Zen leyó las palabras grabadas en el cañón: «A Oscar de su amada esposa Rita, Navidad de 1979».

¡Menudo error había cometido! ¡Y cuánta razón tenía! Sí, hacía falta una muerte, y él la consiguió. Pero ¿cómo es que no me di cuenta de que la persona cuya muerte necesitaba para liberarme era yo?

La oscuridad se cierra en torno a mí, me toca, me habla como un amante. También esta vez se derramó sangre. Nadie me había dicho nada. Creí que iba a morir. Pero no morí, aquella vez no. Sin embargo, mi misión está a punto de finalizar, y estoy a punto de entregar la muerte que he llevado auestas todos estos años. Un poco más de dolor, y todo habrá terminado. No queda ya nada por hacer.

¿Y después? He intentado ser una buena chica, pero las buenas intenciones no bastan. Todo depende de su misericordia o de su indiferencia. A veces puedes salirte con la tuya en las situaciones más sorprendentes, y, en cambio a veces te da una paliza sin motivo alguno. Así que por fin se ha hecho justicia. ¿Quién sabe? ¿Servirán de algo mis sufrimientos y mis buenas acciones? ¿Me considerarán esta vez digna de perdón? ¿De amor?

ROMA

VIERNES, 11:20-20:45

—¿AMENAZÓ con matarme?

—Oh, sí, y a mí también, por cierto. Pero no son más que palabras. Tiene que llamar a su madre incluso cuando encuentra una araña en la bañera. Eso sí, si lo dijera ella, entonces sí que habría razón para preocuparse.

El café de la Via Venetto reflejaba con fidelidad la gloria empalidecida de toda la calle. Predominaban los matices del mármol, el cuero y la madera. La iluminación mortecina ponía discretamente de relieve el esplendor de un local tan prestigioso que no tenía por qué exhibir sus virtudes. Su famoso nombre aparecía por todas partes: en las tazas, los platillos, las cucharas, el azucarero, el cenicero, las servilletas de color melocotón, el mantel y las chaquetillas azules del personal. Los camareros se conducían como los criados más antiguos de la familia, con estudiada cortesía, pero sin el más leve asomo de familiaridad. En el lugar reinaba un ambiente tranquilo y suntuoso.

La cafetería estaba muy lejos del Ministerio, de modo que no la frecuentaban sus empleados, los cuales, en cualquier caso, se hubieran negado a pagar cuatro mil liras por un café que podían tomar en cualquier otro lugar por ochocientas y obtener además una buena dosis del estruendo característico de Roma. Esta era una de las razones por las que Zen había invitado a Tania a aquel lugar en su primera cita después de volver de Cerdeña. La otra razón era un deseo que no acababa de comprender, una necesidad de hacer las cosas de un modo diferente, de romper la rutina de siempre, de cambiar su vida, su personalidad.

—¿Y cómo se enteró?

Tania esbozó una sonrisa traviesa al pensar en la reacción de él.

—Contrató a un detective privado.

—¿Para que te siguiera a ti?

—¡No, para que te siguiera a ti!

Así que Cazadora de Cuero no trabajaba para Spadola ni para Fabri, ¡sino para Mauro Bevilacqua! Podría habersele ocurrido antes si no hubiera sido porque le parecía una tontería creer que el marido de Tania pudiera tener alguna razón para estar celoso de él.

—Ni siquiera quería confesar a su propio detective que era posible que su mujer le fuera infiel —prosiguió Tania—. Tenía miedo de que todos se burlaran de él y lo llamaran cornudo.

—Lo cual no era, quiero decir, no es.

—Bueno, depende de cómo te lo mires. Desde un punto de vista estrictamente teórico, un marido es un cornudo cuando su mujer siquiera piensa en serle infiel.

Sus miradas se encontraron.

—En tal caso, todos somos unos cornudos —repuso Zen en tono casual.

—Por eso Mauro afirma que el hecho de que contratara un detective está plenamente justificado.

Ambos estallaron en carcajadas.

Zen encendió un Nazionale y contempló a la joven sentada frente a él, con las piernas cruzadas y el pie derecho subiendo y bajando al son de su pulso. Había cambiado respecto a la última vez que la había visto. Iba vestida a la moda, con un abrigo de tres cuartos negro, falda corta negra y medias con dibujos también negras. Pero no le importaba que tuviera un aspecto diferente. Una semana antes lo hubiera encontrado espantoso, pero la vida que parecía haberle sido devuelta en Cerdeña como por obra de un milagro ya no era la misma que llevaba antes de pasar por tan dura prueba.

—Pero tiene que ser una pesadilla para ti —observó con el rostro muy serio—. Ya era espantoso vivir ahí antes, pero ahora que sus sospechas han quedado confirmadas, al menos, en apariencia...

—Ya no vivo ahí.

Por un instante permanecieron en silencio, mientras las novedades quedaban suspendidas sobre su mesa como una carta sin abrir.

Tania cogió el paquete de Nazionali y le dio unos golpecitos para sacar un cigarrillo.

—¿Puedo?

—No sabía que fumaras.

—Ahora sí.

Zen le dio fuego y ella empezó a fumar con timidez, como una colegiala.

—Me pegó.

Zen contuvo el aliento.

—Así que yo también le pegué. Con una sartén que todavía tenía aceite caliente. No mucho, pero lo suficiente para producirle una buena quemadura. Cuando su madre se enteró pensé que me atacaría con el cuchillo de trinchar la carne, pero en el último momento se contuvo y empezó a murmurar para sí de un modo espantoso, controlada pero histérica, diciendo que yo era una bruja del norte que había echado el mal de ojo a su hijo, pero que ella sabía cómo destruir mis poderes. Estaba muerta de miedo. Y en aquel momento supe que me tenía que ir de allí.

—¿Y dónde vives ahora?

Hizo la pregunta en tono casual, fruto de su larga experiencia como interrogador, como si la cuestión no tuviera mayor importancia.

—En casa de una amiga.

—Una amiga.

Tania sacó de su bolso un bloc de notas y un bolígrafo, apuntó una dirección y se la dio. Tania Biacis, c/o Alessandra Bruni, Via dei Gelsi 47. Tel.: 788447.

—Está en Centrocelle. Me quedaré allí un tiempo, hasta que encuentre piso. Ya

sabes lo difícil que es.

Zen asintió.

—¿Y Mauro?

—¿Qué pasa con Mauro? Sigue viviendo con su mamá.

Todo en ella había cambiado, y Zen no podía asegurar si sus sarcásticas palabras hacían referencia también a su propia situación.

—El restaurante de la plaza Navona está abierto esta noche —comentó sin hacer caso de las palabras de ella.

Ella esperó a que Zen terminara de hablar.

—¿Tú crees que... quiero decir... supongo que tendrás un compromiso o algo así, pero...?

—Me encantaría.

—¿En serio?

Tania lanzó una carcajada, esta vez exenta de malicia.

—¡No te sorprendas tanto!

—Pero es que me sorprende.

Tania dejó de reír.

—A mí también, te lo aseguro. No sé cómo hemos llegado hasta aquí, pero aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —corroboró él mientras hacía una seña al camarero.

Afuera, en la ancha acera, Zen estrechó a Tania contra sí y le dio un beso en cada mejilla, en gesto que podía parecer meramente amistoso si ellos hubieran sido amigos. Ella se ruborizó ligeramente, pero no dijo nada. Después de acordar encontrarse aquella noche en el restaurante, Tania paró un taxi para ir al Palazzo de Montecitorio, el edificio del parlamento, donde tenía que hacer un recado par Lorenzo Moscati, y Zen se dispuso a regresar a pie al Ministerio.

El sol de invierno caldeaba la atmósfera cargada de contaminación y aliviaba los dolores que atormentaban a Zen. Un cirujano de Nuoro había pasado tres horas extrayéndole perdigones de los miembros y de la parte baja de la espalda, pero aparte de algunas heridas superficiales y un tobillo ligeramente inflamado, la dura prueba a la que se había visto sometido no había dejado secuelas duraderas. Siguió paseando sin prisas, empapándose en las imágenes y los sonidos. Qué valioso parecía todo, que rico y variado, único y nítido. Pasó cinco minutos contemplando a un anciano que recogía y doblaba cajas de cartón junto a una zapatería. Una camioneta gris de reparto con cristales ahumados en la parte trasera y sin publicidad de ninguna clase pasó junto a él y se detuvo junto al bordillo tras aplastar una de las cajas. El anciano agitó el puño con rabia e impotencia, recogió la caja, la alisó y la limpió antes de ponerla sobre el montón que ya había acumulado en su vieja carretilla.

Zen pasó junto a la puerta abierta de una carnicería, a través de la cual se percibían fuertes golpes y un intenso olor a sangre. La camioneta de reparto pasó con un rugido y se detuvo en la esquina sin apagar el motor. Delante de una tienda de

animales colgaba de una barra una hilera de bolsas de plástico llenas de agua. En cada bolsa había un pez de colores que iba y venía agitado, encerrado en su frágil mundo compuesto de una burbuja. Un vehículo de limpieza pasó junto a él dejando una tira de asfalto brillante tras de sí y se desvió para esquivar la camioneta de reparto gris. Nadie entró ni salió de la camioneta. Nadie cargó ni descargó nada de ella. Al volante se sentaba un hombre de aspecto duro, de pelo corto y mejillas recién afeitadas. Miraba fijamente hacia adelante, y no prestó atención alguna a Zen.

En las oficinas de la Policía Criminal del tercer piso, los oficiales estaban enzarzados en una animada discusión cuyo centro era Vincenzo Fabri.

—Los ingleses sí que saben hacer las cosas —exclamaba Fabri en aquel momento—. Atraparlos con las manos en la masa y pegarles un tiro. Nada de tonterías legales.

—¡Pero esto es diferente! —protestó Bernardo Travaglini—. Los del IRA son terroristas.

—¡Es igual! ¡Sicilia, Nápoles, Cerdeña, esos lugares son nuestra Irlanda del Norte! Pero nosotros somos lo suficientemente estúpidos para respetar los derechos de todo el mundo y seguir las reglas del juego.

—No se trata de eso, Vincenzo —intervino De Angelis—. La Thatcher tiene la mayoría absoluta, puede hacer lo que le venga en gana. Pero Italia es una democracia. Hay que tener en cuenta la opinión del pueblo.

—¡A la mierda la opinión del pueblo! —estalló Fabri—. ¡Esto es la guerra! Lo único que importa es quién va a ganar, el estado o un atajo de gánsteres. Y la respuesta es que ganarán los gánsteres, a menos que dejemos de hacer el gilipollas y seamos tan despiadados como ellos.

De pronto vio a Zen, que intentaba pasar sin llamar la atención, y se interrumpió.

—Aquí tenemos a uno que sí sabe hacer las cosas —exclamó—. Mientras los demás nos rompemos los cuernos en Nápoles, intentando proteger a un atajo de malhechores que estarían mejor muertos, aquí Aurelio se va a dar una vuelta por Cerdeña y descubre, cito textualmente, nuevas pruebas relacionadas con el caso Burolo, las cuales, ya no cito textualmente, consiguen librar de la cárcel a un íntimo de cierto político. ¡Así se hace! Qué importa lo que es correcto y lo que no lo es. Los resultados son lo único que cuenta.

Zen se encaró con su atormentador con un gesto de resignación. No podría zafarse de aquella situación.

—¿Qué quieres decir con eso?

Fabri esbozó una sonrisa de falsa complicidad.

—¡Vamos! ¡Déjate de sentimentalismos! En tu lugar yo habría hecho lo mismo. Pero esto no hace más que demostrar lo que he dicho. ¿De qué sirve hacer las cosas en plan legal como nosotros, pobres diablos? Un montón de quebraderos de cabeza, un montón de horas de trabajo, y una patada en el culo cuando las cosas salen mal. ¡Mientras que si cuidas bien al jefe, cultivas los contactos adecuados y te olvidas de los procedimientos estipulados, te cubres de gloria, todos los periódicos hablan de ti y

te haces muchos amigos en las altas esferas!

—Para ser justos, creo que una parte del mérito es tuya —replicó Zen.

—¿Yo? ¿De qué estás hablando?

—Bueno, tú me recomendaste, ¿no?

Los ojos de Fabri se entrecerraron amenazadoramente.

—Recomendarte, ¿para qué?

—Me recomendaste al Palazzo Sisti.

El silencio que se produjo tras estas palabras quedó interrumpido por la risa forzada de Vincenzo Fabri.

—Hazme un favor, ¿quieres? Yo no me voy a la cama con políticos, y si lo hiciera, te aseguro que no elegiría a un atajo de fracasados.

—No pasa nada, Vincenzo —lo tranquilizó Zen—. Ellos me lo contaron todo. Les pregunté quién les había hablado de mí, y me dijeron que había sido su contacto en el Ministerio.

Fabri lanzó una carcajada llena de desprecio.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Bueno, dijeron que esa persona ya había intentado amañar el caso Burolo para ellos, pero que había hecho una chapuza increíble. Por lo que sé, eres el único que ha trabajado en este caso.

—¡Estás mintiendo!

Ahora le tocaba a Zen esbozar una sonrisa de complicidad.

—Mira, Vincenzo, no pasa nada. Estamos entre amigos. Déjate de sentimentalismos, como tú mismo has dicho. Por mi parte no te guardo rencor. Claro que, por otro lado, no soy quién para juzgar.

Fabri lo fulminó con la mirada.

—¡De una vez por todas, no tengo absolutamente nada que ver con el Palazzo Sisti! ¿Queda claro?

Zen pareció acobardarse ante aquella afirmación tan rotunda.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro, joder!

Zen sacudió lentamente la cabeza.

—En fin, es muy extraño. De verdad, muy extraño. Lo único que sé es lo que me han contado, pero si tú dices que no es cierto...

—¡Claro que no es cierto! ¿Cómo te atreves a insinuarlo siquiera?

—Reconozco que no puedo probar nada —murmuró Zen.

—¡Claro que no puedes!

—¿Y tú sí puedes?

La réplica había sido rápida y certera. Fabri retrocedió como si le amenazaran con un puñal.

—¿Qué? ¿Si puedo qué?

—¿Puedes probar que las afirmaciones del secretario personal de *l'onorevole* son

falsas?

—¡No tengo ninguna necesidad de probarlo! —gritó Fabri.

Nadie se había movido, sin embargo Zen tuvo la sensación de que la disposición del grupo había experimentado una sutil transformación. Antes del enfrentamiento se había visto frente a una masa compacta de policías unidos por su desprecio al marginado. Pero ahora, la masa se había aflojado un poco, y los hombres congregados en la habitación se movían inquietos mientras miraban alternativamente a los dos contendientes.

—¿Ah, no? —replicó Zen con toda la calma del mundo—. Bueno, pues en ese caso, no hay nada más que decir, por supuesto.

Se alejó del grupo.

—¡Exacto! —le gritó Fabri—. ¡No hay nada más que decir!

Cuando llegó al biombo detrás del cual se encontraba su escritorio miró atrás. El grupo de oficiales se había disuelto y se habían formado pequeños corros de hombres que conversaban en voz baja. Vincenzo Fabri hablaba a toda velocidad y gesticulaba para dar mayor énfasis a sus palabras, intentando atraer la atención de todos, que, según él, le correspondía por derecho. Pero algunos de los que le escuchaban tenían los ojos fijos en el suelo, lo cual sugería que no les convencían demasiado las protestas de Fabri. Admitían que Zen era un tipo poco escrupuloso y corrupto, pero la diferencia radicaba en que ahora sospechaban de que Fabri también lo era, y que su enojo no obedecía a un sentimiento de justa indignación, sino al hecho de que su adversario tenía más éxito que él.

Giorgio De Angelis, siguiendo su costumbre de tener un pie en cada bando, palmeó el hombro de Fabri con un ademán un poco protector y a continuación se dirigió al despacho de Zen.

—Felicidades. Ya era hora de que algo así le pasara a Vincenzo.

Zen esbozó una pálida sonrisa.

—¡Cuéntamelo todo! —prosiguió De Angelis—. ¿Cómo narices te las arreglaste para conseguirlo?

La sonrisa de Zen se desvaneció. Con De Angelis mantenía una relación mucho más estrecha que con el resto de sus compañeros, pero aun así, el calabrés estaba convencido de que Zen había «amañado» el caso Burolo. En fin, si de todas formas no iba a conseguir que le creyera, bien podía atribuirse todo el mérito del supuesto engaño.

Volvió a esbozar una sonrisa.

—Lo más curioso es que al principio no tenía intención de utilizar a la mujer. La persona que tenía en mente era Furio Padedda. Era el candidato perfecto, eso es lo que decían todos.

—Pero Padedda también estaba involucrado en el asunto, ¿no? —inquirió De Angelis.

Zen sacudió la cabeza. Al parecer, nadie quería escuchar la verdad, sin duda

porque lo único que le interesaba a todo el mundo era el titular que los medios de comunicación, espoleados por el Palazzo Sisti, habían difundido a los cuatro vientos durante toda la semana: las acusaciones contra Renato Favelloni carecían de consistencia.

—Padedda y la familia Melega planeaban secuestrar a Burolo y exigir una suma exorbitante a la familia. Tal vez también le hubieran matado después de cobrar el rescate, pero aquello no eran más que especulaciones. La noche de los asesinatos, Padedda estaba en una reunión de la banda, en las montañas. Pero no cabe duda de que podría haber recurrido a él si todas las demás tácticas hubieran fracasado. Incluso tenía una herida muy oportuna en el brazo. Su grupo sanguíneo es distinto del de las huellas que encontramos en la villa, pero eso podríamos haberlo arreglado de alguna forma.

Uno por uno, los oficiales se habían acercado a escuchar el relato de Zen. Era una sensación nueva para él, y lo cierto es que se sentía algo incómodo. En oposición a Fabri, jamás le había gustado ser el centro de atención. Pero las cosas habían cambiado. Del mismo modo que la estrella de Fabri se extinguía sin que pudiera hacer nada al respecto, Zen no podía zafarse de la aureola de fama, o mejor dicho, de notoriedad, que le habían endosado.

—Pero lo cierto es que no hizo falta recurrir a Padedda. En cuanto llegué al pueblo supe que lo conseguiría. Como sabrás, Villa Burolo había sido una granja antes de que la comprara él. Todas las granjas de la zona estaban construidas sobre un entramado de cuevas subterráneas que llevaban el agua de un río del que se abastecían. Cuando estuve en la bodega de Villa Burolo, me di cuenta de que allí el aire era muy fresco. El criado me explicó que la bodega estaba dotada de un sistema de ventilación natural y me mostró una abertura que había a ras del suelo. Dado que estábamos bajo tierra, concluí que el aire que entraba en la bodega solo podía proceder de las cuevas.

Los oficiales acogieron sus palabras con gestos de admiración.

—A nadie se le había ocurrido pensar que la bodega pudiera ser la solución del problema de la entrada, por la sencilla razón de que la abertura era demasiado pequeña para que pudiera pasar un adulto de constitución normal. Pero fue precisamente eso lo que me dio la idea. Ya teníamos algunos indicios de que el asesino tenía que ser una persona excepcionalmente menuda. Por un lado, el ángulo de los disparos, y por otro, el hecho de que, en el vídeo, Burolo e incluso la señora Vianello, que era muy menuda, miraran hacia abajo cuando se encaraban con el asesino. También teníamos al fantasma que aquella niña decía haber visto una noche, una mujer que parecía una bruja vieja y bajita. En cuanto se me acercó aquella mujer, Elia, en el pueblo para pedirme dinero, sumé dos y dos y obtuve cinco.

Sus palabras desencadenaron un coro de risas aprobadoras.

—Pero ¿no podría haberlo hecho ella? —preguntó Carlo Romizi con toda seriedad—. Quiero decir que en la televisión insinuaban que...

Zen le interrumpió con un gesto de impaciencia.

—¡Claro que podría haberlo hecho! Si no, no me habría servido de nada, ¿no crees?

—No, me refiero a si podría haberlo hecho de verdad.

—Ah, te refieres a si podría haberlo hecho de verdad —repitió Zen frunciendo el ceño.

Se volvió hacia los demás.

—¡Deprisa! ¡Que alguien vaya a llamar al Palazzo Sisti! Mañana saldrá tu jeta en todos los periódicos, Carlo. «Italiano cree en inocencia de Favelloni. Después de varios meses de investigaciones, el Palazzo Sisti anunció anoche que habían localizado a una persona que cree en la inocencia de Renato Favelloni. “Es cierto que es de Umbra —reconoció el portavoz de *l'onerevole*—. Pero creemos que puede tratarse del principio de un cambio importante en la actitud de la opinión pública”».

Zen se detuvo dejando que cayera sobre él la lluvia de risas de sus compañeros. Podría llegar a gustarme esto, se dijo, esas bromas maliciosas, aunque bienintencionadas, la admiración recíproca que se profesaban los representantes de la sociedad masculina. Zen había perdido a su padre cuando era muy pequeño, y nunca había tenido a una persona que le enseñara a jugar a aquel juego con la confianza y la naturalidad requeridas. Pero tal vez todavía estaba a tiempo.

—Sigo sin entender cómo conseguiste atar todos los cabos con tanta precisión —insistió Travaglini.

—No tiene ningún mérito —repuso Zen con modestia—. Había varias formas de hacerlo, pero cuando Spadola apareció en el pueblo creí que podría matar dos pájaros de un tiro, por así decirlo. No podía prever lo que sucedería si él y Elia se encontraban, pero era bastante probable que uno de los dos, o incluso ambos, acabaran muertos. Lo cual me iba de perlas, por supuesto. Lo último que quería es que la interrogase un juez.

—¿Han encontrado ya su cadáver? —preguntó alguien.

Zen sacudió la cabeza.

—La red de cuevas es muy extensa y no figura en ningún mapa. Como os podéis imaginar, la gente del pueblo no tiene demasiado tiempo para dedicarse a la espeleología. Utilizaban las bocas de las cuevas como almacenes y refugios, pero la única que se había aventurado a explorarlas en profundidad había sido Elia. Los Carabinieri enviaron a un equipo especial de fontaneros...

—Provistos de trajes de goma diseñados por Armani —intervino De Angelis.

Todo el mundo se echó a reír. La aureola de prestigio que envolvía a sus rivales de las fuerzas paramilitares siempre había provocado roces con la policía.

—El miércoles ya se habían perdido dos de los Carabinieri —prosiguió Zen—. Y los demás se dedicaban a buscarlos. El único rastro que encontraron de la mujer fue una serie de manchas de sangre que coincidían con las que se habían hallado en la finca y unos trastos que, al parecer, había robado de la casa, pero nada de valor.

Travaglini ofreció a Zen un cigarrillo que este se sintió obligado a aceptar, a pesar de que no era de una marca que le gustara demasiado. Inconvenientes de la popularidad, se dijo.

—¿Y qué hay del móvil?

—Muy sencillo. Uno de los del pueblo, un hombre llamado Turiddu, me dijo que la granja que había comprado Burolo había pertenecido antes a su familia. En aquel momento creí que fanfarroneaba, pero más tarde resultó ser cierto. Los Carabinieri también confirmaron que Elia era la hermana de Turiddu, y que había estado encerrada en una bodega. Parece ser que cuando tenía quince años, se enamoró de un hombre al que su padre desaprobaba. El hombre le propuso dejarla embarazada para obligar a su padre a permitirles que se casaran. La inocente de Elia accedió. Después de hacer el amor con ella unas cuantas veces, el muchacho cambió de parecer, claro. Aunque no estaba embarazada, Elia le contó a su padre lo que había sucedido con la esperanza de que obligaría al muchacho a cumplir su promesa. Por desgracia, su amante se enteró y se largó a vivir a Turín, a casa de unos parientes. Como ya no podía echarle el guante al chico, el padre se vengó en su hija, la encerró en la bodega y le contó a todo el mundo que se había ido a vivir a la península con unos parientes. Elia pasó los trece años siguientes encerrada en aquel lugar, sola, a oscuras, durmiendo sobre su propia porquería. Su madre le traía comida dos veces al día, pero jamás volvió a dirigirle la palabra o a tocarla. Turiddu nos confesó que tenía prohibido mencionar su existencia, incluso en el círculo familiar. Por supuesto, aquello despertó su curiosidad acerca de aquella hermana tan extraña que había cometido un delito tan inconfesable. Así que empezó a merodear por la bodega cuando sus padres no estaban, para echar un vistazo a la chica. Y un día, para su sorpresa, descubrió que no estaba.

No podía estar escondida en ninguna parte, y era imposible que hubiese pasado por la puerta cerrada a cal y canto que conducía a la parte superior de la casa. Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que tenía que haber salido por la abertura que daba al sistema subterráneo de cuevas. Apagó la lámpara y esperó, y, en efecto, al cabo de unas horas la oyó volver. Encendió una cerilla y la sorprendió deslizándose por la abertura, que había conseguido ensanchar a base de arañar los bordes, hasta que llegó un momento en que pudo pasar por ella. Puesto que su padre le había prohibido terminantemente mencionar la existencia de Elia, Turiddu no podía delatarla aunque hubiera querido. Y de todas formas, le pareció que la cosa carecía de importancia. Por lo que sabía, las cuevas por las que corría el río solo llegaban hasta el final de la casa. Así pues, la cárcel de Elia era quizás más grande de lo que creía su padre, pero seguía siendo una cárcel.

Averiguamos todo esto al interrogar a Turiddu el martes y el miércoles. Primero se puso duro, pero cuando le dijimos que su hermana había muerto, que la harían responsable de los asesinatos y que, a menos que cooperara, le echarían de cinco a diez años por encubrimiento, se lo pensó mejor. Detrás de esa fachada de matón había

un cobarde con la conciencia intranquila. Su familia y uno de los clanes de las montañas andaban a la greña desde hacía años. Lo de siempre: robo de ganado y apropiación indebida de tierras. Durante una cacería, el padre de Turiddu mató «por accidente» a uno de los hombres del clan de las montañas, así que los otros se vengaron tendiendo una emboscada a la camioneta del padre. Tanto él como la madre de Turiddu murieron. El encargado de vengarlos era Turiddu, pero nunca se preocupó de hacerlo. La vergüenza por su fracaso alimentó el odio que sentía hacia todos los hombres de la montaña, como, por ejemplo, Padedda. Sin embargo, nos proporcionó lo que queríamos. Cuando empezó se puso a dar detalles con tanta rapidez que el sargento que tomaba notas apenas podía seguirle. «Oiga, perdone, ¿le importaría confesar un poco más despacio?», decía a cada momento.

Una vez más, los oficiales que rodeaban a Zen, pendientes de sus palabras, estallaron en carcajadas.

—Así que el motivo era la venganza —señaló De Angelis—. En lo que respecta a esa mujer, cualquiera que viviese en la casa era el culpable de sus sufrimientos.

Zen se encogió de hombros.

—Más o menos. De todas formas, eso no importa. Estaba loca, era capaz de cualquier cosa. Y no necesitamos una confesión. La escopeta que dejó caer después de matar a Spadola era la que se utilizó en los asesinatos de Villa Burolo, y sus huellas encajan con las huellas no identificadas que se hallaron en la estantería de las armas de la casa.

—¿Pero cómo explicas que las cintas y los discos de Burolo hayan sido manipulados? —intervino Travaglini.

—Muy sencillo. No fueron manipulados. Según nuestra versión de los hechos, el desorden de la bodega se debía a que las nuevas estanterías de Burolo bloqueaban la abertura por la que Elia entraba y salía de su hogar. La noche de los asesinatos aflojé los tornillos y los soportes, volqué las estanterías, y todas las cintas y los discos salieron despedidos. De ahí el estruendo que se oía en la cinta de vídeo. Por cierto, chicos, ¿cómo creéis que se pondrán nuestros amigos los Carabinieri? Ellos incautaron todo el material inmediatamente después de los asesinatos. Si nuestro asesino no borró los datos comprometedores de los archivos, entonces, ¿quién lo hizo?

De Angelis sacudió la cabeza en un gesto de admiración.

—¡Eres un genio, Aurelio! ¿Cómo coño te las arreglaste para cagarla de tal manera en el caso Moro?

Por un instante, Zen creyó que su fachada de tranquilo cinismo se iría al garete. Aquello le llegaba al alma. Dolía demasiado. Pero tras un momento de pánico logró sobreponerse.

—Todos cometemos errores, Giorgio. Lo único que podemos hacer es procurar no cometer los mismos una y otra vez.

—Sigo sin entender cómo conseguiste que la escopeta empleada en los asesinatos

de Villa Burolo apareciera en la cueva en la que se escondía esa Elia —insistió Romizi—. Y cómo amañaste lo de las huellas.

Zen esbozó una sonrisa condescendiente.

—Vamos, vamos. No esperarás que te descubra todos mis pequeños secretos.

—Así pues, Renato Favelloni se ha librado de una buena —concluyó Travaglini en tono solemne.

—Por no hablar de *l'onorevole* —agregó Romizi.

Durante un instante pareció que el ambiente que reinaba en la oficina se iba a agriar, pero de pronto De Angelis adoptó una pose teatral y declamó:

—«He examinado mi conciencia» —declaró, citando una afirmación muy conocida de la personalidad en cuestión—, «y he comprobado que está completamente limpia».

—No me extraña —intervino Zen—, teniendo en cuenta que nunca la utiliza.

La reunión se disolvió en medio de estruendosas y cínicas carcajadas.

Antes de encontrarse con Tania Biacis para cenar, Zen tenía que hacer unos cuantos recados. En primer lugar, tenía que devolver el Mercedes. El lunes por la mañana, un *jeep* de los Carabinieri había remolcado el coche hasta Lanusei, donde había sido reparado. Una vez en Roma, Zen había dejado un mensaje para Fausto Arcuti en el Bar Rally, y aquella mañana Arcuti le había llamado para decirle que dejara el coche delante de la entrada principal del antiguo matadero.

—¿Cierro con llave o no? —había preguntado Zen.

—Cierre, *dottore*, cierre. El barrio de Testaccio es un antro de ladrones.

—¿Y qué hago con las llaves?

—Déjelas dentro del coche.

—¿Y cómo lo vas a abrir?

—¿Cómo cree que lo abrimos la primera vez?

Ahora que ya no temía por su vida, el confidente había recuperado su talante irreverente.

Después de comer con Travaglini y De Angelis, Zen se dispuso a devolver el Mercedes, mientras repasaba sus sentimientos acerca de haber sido admitido en la francmasonería masculina que manejaba no solo las oficinas de la Policía Criminal, sino todo el Ministerio, la Iglesia y el gobierno. En primera instancia se le antojaba muy tranquilizador y atractivo, el hecho de hacerse favores recíprocos, darse jabón, compartir los mismos valores y corroborar todas las afirmaciones de los demás. Pero antes de acabar de comer empezó a sentir una suerte de rechazo y a pensar que las pequeñas pullas y la innata actitud de superioridad eran algo aburridas y pesadas, que recordaban un poco demasiado el nacionalismo pagado de sí mismo de la época fascista. Sucudiese lo que sucediese entre él y Tania, sabía que no sería fácil. Pero tal vez era precisamente esta certeza la que hacía que mereciera la pena.

Mientras se integraba lentamente en el intenso tráfico de los alrededores del Coliseo, reparó en una camioneta de reparto gris que estaba tres o cuatro vehículos

por detrás de él. Ajustó el espejo retrovisor para poder ver al conductor. No parecía ser el mismo que había visto por la mañana, pero, por supuesto, era bien posible que trabajaran por turnos.

Continuó hacia el sur, pasó junto al monte Palatino, giró hacia el Circo Máximo y cruzó el puente en dirección al barrio del Trastevere. La camioneta gris le seguía como un perrito fiel. Le estaban vigilando. Aquello ya era espantoso de por sí, pero lo peor era que en esta ocasión, Zen sabía con certeza quién era el responsable.

A pesar de sus fanfarronadas, Vasco Spadola sabía sin duda que su *vendetta* en solitario podía fracasar. Siempre puede fallar algo; por eso la gente contrata seguros. No cabía duda de que la camioneta gris era el seguro de Spadola. Los hombres que había visto en la furgoneta no eran psicópatas terminales a los que se les ponía dura solo de pensar en matar, ni vaqueros de pacotilla como Cazadora de Cuero. Eran profesionales que hacían aquello por lo que les habían pagado, que cumplían el encargo de matar a Zen en caso de que Spadola muriera. Si no era así, la única explicación que quedaba era que Mauro Bevilacqua pretendiera vengarse a través de terceros, pero era muy poco probable. Era evidente que Tania no había tomado en serio sus amenazas. En cualquier caso, los matones no se anuncian en las páginas amarillas, y un empleado de banca no sabría cómo dar con uno.

Zen se dirigió a Lungotevere y condujo al azar por las callejuelas que rodeaban la fábrica en la que producían sus cigarrillos favoritos, los Nazionali. El incidente lo había sumido en la desesperación. Aquellos hombres no se detendrían ante nada; tenían que pensar en su reputación. No tenía sentido arrestar a toda la cuadrilla, ya que sería reemplazada por otra. Su única esperanza, aunque remota, consistía en averiguar quién trabajaba para Spadola e intentar negociar con ellos. Pero no era cuestión de preocuparse de eso ahora. Lo más urgente era despistarlos. Por desgracia, aquello requería ciertas habilidades al volante que Zen no poseía.

Pero, al final, su incompetencia misma lo salvó. Cuando salió de los callejones, a la altura de Porta Pórtese, estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el semáforo acababa de ponerse rojo. El Mercedes blanco consiguió a duras penas escurrirse por entre las dos olas de tráfico que se abalanzaban sobre él desde ambos lados, pero la furgoneta quedó atrapada. Zen volvió a cruzar el río, dobló por la Via Marmorata y cuando perdió de vista la furgoneta entró en el barrio de Testaccio. Estacionó el coche, dejó las llaves puestas, tal como le había pedido Arcuti, retrocedió a pie hasta la Via Marmorata y se ocultó en el vistoso portal del edificio de los bomberos hasta que llegó un tranvía número treinta.

Se bajó del tranvía cerca de Porta Maggiore y caminó hasta el piso de Gilberto Nieddu, en el que su madre había pasado la última semana. Zen había prometido ir a recogerla aquella tarde, pero ahora se veía obligado a pedir un poco más de tiempo. Gilberto había afirmado una y otra vez que todo había ido sobre ruedas, pero ¿qué iba a decir? Zen sabía que cuidar de su madre tenía que haber sido un calvario, y que no tenía más remedio que prolongarlo. Su madre no podía volver a casa hasta que

solucionara el problema de la furgoneta gris. Lo cierto era que no le apetecía demasiado dar la noticia a los Nieddu.

Gilberto estaba trabajando, de modo que fue Rosella Nieddu la que recibió a Zen en la entrada de su moderno y agradable piso de la Via Carlo Emanuele. Zen se llevó una sorpresa mayúscula al ver que su madre estaba jugando a un juego de salón con las dos hijas pequeñas de los Nieddu. Hacía tanto tiempo que no hacía otra cosa que vegetar en estado comatoso delante del televisor que verla en el centro de aquella escena tan cotidiana de la vida familiar se le antojaba tan extraña y alarmante como si el tranvía en el que había llegado se hubiese salido de los carriles y hubiese empezado a rodar libremente por las calles, poniendo en peligro la seguridad de los transeúntes.

—¡Hola, Aurelio! —exclamó alegremente al tiempo que le dedicaba una sonrisa distraída—. ¿Todo va bien?

Se volvió de nuevo hacia las niñas sin esperar respuesta.

—¡No, ahí no! O si no, os mataré así, ¡bang bang bang bang!

Las niñas lanzaron risitas nerviosas.

—Pero, tía, no puedes ir por ahí, es dirección contraria —señaló la mayor.

—¡Ah, sí, es verdad! Vieja tonta. Vieja tía tonta.

Zen sintió una punzada de celos, sobre todo porque aquello era absurdo. No es vuestra tía, tenía ganas de gritar. ¡Es mi mamá! ¡Mía! ¡Mía!

Llevó a Rosella Nieddu aparte y le preguntó en tono vacilante si su madre se podía quedar con ellos una noche más.

—¡Es estupendo! —repuso ella interrumpiendo sus explicaciones vagas—. ¿Habéis oído, niñas? Tía Zen no se marcha hoy.

Los ojos de las niñas se iluminaron, y de inmediato empezaron a representar una especie de danza guerrera alrededor de la anciana mientras gritaban a pleno pulmón y ella las miraba con expresión feliz, como un tótem bondadoso.

—¡Tu madre es un encanto! —aseguró Rosella Nieddu.

—Bueno, esto, sí, claro.

—No ha parado con estas dos. Claro que las quiero muchísimo, pero a veces tengo la sensación de que me van a volver loca. Pero tu madre tiene una paciencia de santo. Y conoce un montón de juegos, historias y trucos. No he tenido que hacer nada. Han sido unas verdaderas vacaciones para mí. Por fin he podido dedicar un poco de tiempo a mis cosas. Gilberto ayuda todo lo que puede, pero está tan ocupado últimamente. En fin, que hemos decidido que tu madre venga una vez a la semana a partir de ahora. Bueno, espero que te parezca bien.

Zen la miraba con fijeza.

—¿Queréis que venga?

El rostro de Rosella Nieddu adoptó una expresión extrañada.

—¡Pues claro que sí! Y lo que es más importante, ella también quiere... Ha dicho que estaba..., bueno, ha dicho que quiere venir.

Zen le lanzó una mirada escrutadora.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—No creo que lo dijera en serio.

—¿El qué?

—Bueno...

—¿Y bien?

—Seguro que hablaba por hablar, sabes, pero ha dicho que estaba harta de quedarse encerrada en casa.

—¿Encerrada? —gritó Zen enojado—. ¿A qué narices te refieres? ¡Es ella la que se niega a salir de casa!

—Bueno, ha salido mucho esta semana.

—En primer lugar, no quería venir aquí. ¡Odia Roma!

—¡No es verdad! Fuimos al parque Borghese el domingo, y no podía creer que hubiera tanta gente corriendo, tantos ciclistas y tantos padres empujando cochecitos de bebé. Después fuimos al zoo y a comer a un restaurante. Lo pasamos muy bien. Dijo que hacía años que no disfrutaba tanto.

Zen escuchaba boquiabierto. Esta no es mi madre, quería protestar, ¡es una impostora! Mi madre es una anciana hosca que se pasa las horas encerrada en casa delante del televisor. ¡No quiero a esta anciana maravillosa, paciente e ingeniosa! ¡Quiero a mi mamá! ¡Quiero a mi mamá!

—Me alegra mucho oír eso, te lo aseguro —dijo con sequedad—. De modo que no hay problema si se queda una noche más, ¿verdad?

—Será un placer.

Zen bajó en ascensor a la planta baja, sintiéndose irritado, aliviado y al, mismo tiempo, culpable. No era culpa suya, claro que no. Era imposible. No había encerrado a su madre en el piso. Se había encerrado ella misma. Era cierto que él no se había opuesto, porque era muy cómodo, porque le daba libertad para hacer lo que le viniera en gana, sobre todo cuando salía con Ellen. Siempre había eludido hablar con su madre de su relación con Ellen, ya que había preferido mantener a su amante fuera de aquella parte de su vida. Al parecer, esa era una de las razones por las que Ellen le había dejado. Tal vez sí que era culpa suya, en parte. No había creado aquella situación, pero no se había opuesto a ella; la había aprobado. No se trataba de que hubiera sido cruel, sino de que había sido demasiado perezoso. Un egoísta.

Se detuvo en el primer bar que vio y llamó al portero de su casa. A continuación retrocedió hasta Porta Maggiore y tomó a un tranvía número diecinueve hasta la última parada, que se encontraba a pocos minutos a pie de su casa. Tal como había esperado, no había rastro de la furgoneta gris, pero lo más probable era que tuvieran vigilado el edificio. Zen entró como al azar en la tienda que había junto a su casa, un establecimiento anticuado que vendía de todo, desde sacacorchos y botellas de agua caliente hasta alubias secas y remedios a base de hierbas. Más que una tienda parecía un museo, y la anciana que la llevaba tenía los modales altivos e indiferentes de un conservador.

—¿Es de la compañía eléctrica? —preguntó mientras Zen se abría paso entre estanterías y aparadores hasta el mostrador.

—Exacto.

La mujer señaló con el dedo la puerta de la trastienda. El montón de escobas y mochos que por lo general la disimulaban había sido apartado a un lado.

—¡No se atreva a tocar nada! —advirtió—. ¡Sé perfectamente dónde está cada cosa! Si desaparece algo, se meterá en un buen lío, se lo aseguro.

Zen abrió la puerta y recorrió un oscuro pasillo repleto de cajas de todos los tamaños. Al final había otra puerta que daba al patio de su casa. Encontró a Giuseppe en el vestíbulo y le dio las gracias por hacer que la mujer de la tienda abriera las puertas.

—Bueno, ¿qué es lo que sucede, *dottore*? —preguntó el portero en tono ansioso.

—Nada, un marido celoso.

Giuseppe lanzó una risita ahogada y colocó un dedo índice junto a cada sien.

—¡Alguna razón tendrá, digo yo!

Zen se encogió de hombros en ademán de modestia. Giuseppe lanzó una risita más fuerte.

—¡Como decimos en Lucania, puede haber nieve en el tejado, pero todavía arde el fuego en el horno! ¿Eh, *dottore*?

Después de ducharse y afeitarse, Zen se puso un traje muy elegante desenterrado del armario de madera de roble, en el que había quedado olvidado desde la última vez en que había tenido ocasión de asistir a una reunión formal. Se puso a andar de un lado a otro por el salón, luchando contra el nudo que se le había hecho en la garganta. Sin su madre y Maria Grazia, la esencia del lugar, el piso aparecía vacío e irreal, como un decorado que no convence a pesar de la profusión de detalles.

Al ver su imagen reflejada en el espejo colgado sobre el bufete, se llevó una sorpresa al comprobar que no tenía un aspecto aturrullado y absurdo, sino elegante y distinguido. ¡Qué lástima que Tania no pudiera verlo con aquel atuendo! Pero era evidente que no podía quedar con Tania mientras los asesinos contratados por Spadola para proseguir su venganza desde ultratumba anduvieran pisándole los talones. Ya había puesto en peligro su seguridad demasiadas veces.

Cogió la tarjeta de cartulina insertada en el marco del espejo y recorrió con la mirada las líneas de letras grabadas de gran hermosura, en las que se le invitaba cordialmente a asistir a la recepción que tendría lugar a las siete de la tarde en el Palazzo Sisti. Ni siquiera *l'onorevole* y sus secuaces tenían estómago para celebrar en público la feliz interrupción del caso contra Renato Favelloni, de modo que, oficialmente, la recepción se celebraba en honor de una de las personalidades en auge del partido, que acababa de obtener una importante cartera en el gobierno recién reestructurado. Zen había vacilado en aceptar la invitación, pero la presencia de la furgoneta gris había disipado todas sus dudas.

No serviría de nada intentar comprar a los matones de Spadola. Aun en el caso de

que dispusiera de dinero suficiente para hacerlo, en los bajos fondos existía un estricto código de protección al consumidor en tales casos. A buen seguro, Spadola les habría pagado una sustanciosa suma por adelantado, y habría confiado el resto a una tercera persona. El pago a cuenta ya no se podía devolver ahora que Spadola había muerto, por lo que si los matones fracasaban, serían acusados de violar el contrato. Las normas de conducta eran extremadamente severas. La única posibilidad de Zen consistía en intentar convencer a la organización de que les interesaba hacer una excepción en su caso. No tenía la influencia necesaria para hacerlo, pero *l'onorevole* sí o, al menos, conocería a alguien que pudiera encargarse del asunto. Y *l'onorevole* le debía una.

Cogió el teléfono y marcó el número que Tania Biacis le había dado por la mañana para cancelar la cita, pero no contestó nadie. Ya eran las siete menos diez, y todavía no había rastro del taxi que había pedido, de modo que llamó para reclamar. Para su sorpresa, en la centralita del servicio de taxis no solo negaron haber recibido su llamada, sino que incluso insinuaron que Zen se la había inventado para ahorrarse los cuarenta y cinco minutos reglamentarios. Después de un intercambio verbal bastante desagradable, Zen colgó el auricular de un golpe y se dirigió hacia la puerta. La noche era serena y no tenía que caminar mucho. Aun cuando no consiguiera un taxi por el camino, solo llegaría elegantemente tarde.

Bajó las escaleras de dos en dos mientras intentaba formular en su mente la petición que tenía que hacer, ya que no quería dar la impresión de que contaba por adelantado con las conexiones clandestinas del Palazzo Sisti. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se percató de que la furgoneta gris de reparto estaba estacionada en segunda fila en su calle, ni de que una silueta oscura había salido de un portal cercano y empezaba a seguirle.

Tomó el mismo camino que había tomado con Tania la semana anterior: pasó junto a los juzgados, atravesó el río y se dirigió hacia el sur por la Piazza Navona. Caminaba a buen paso, sin percibir las miradas de los transeúntes, que observaban con curiosidad a aquel puntal del buen gusto y la elegancia que paseaba por sus calles vulgares, como Cenicienta cuando regresaba a casa desde el baile.

Al llegar a la pequeña plaza en la que se alzaba la iglesia de Sant'Andrea della Valle, se vio obligado a detenerse para dejar paso a los automóviles que circulaban por el Corso Vittorio Emanuele. Una mujer que salía de un coche gritó y señaló algo con el dedo. Cuando Zen se volvió, se encontró frente a frente con un hombre bajo y moreno que le apuntaba con una pistola.

—Ha ensuciado mi lecho matrimonial y...

Se interrumpió para recobrase del esfuerzo realizado para no perder de vista a Zen.

—... ¡y ha traído la deshonra a mi casa! ¡Me las pagará por esto como me llamo Mauro Bevilacqua!

Así que es así como acabará todo, pensó Zen. Estuvo a punto de echarse a reír al

pensar que había sobrevivido a Vasco Spadola tan solo para morir a causa de la rabieta de un empleado de banca celoso.

—Creían que lo tenían todo controlado, ¿verdad? —espetó Bevilacqua—. Creían que podían reírse y pasarlo bien a mis expensas y salir de ello impunes. Pues déjeme decirle que...

Se oyó un chirrido de frenos cuando la furgoneta gris se detuvo bruscamente junto al pulcro bloque de oficinas fascista situado al otro lado de la plaza. Del vehículo se apearon unos hombres armados con metralletas y enfundados en monos grises que exhibían la palabra POLIZIA en letras fluorescentes.

—¡No se mueva! —gritó una voz ronca y amplificada—. Tire el arma.

Mauro Bevilacqua miró en torno suyo con expresión desconcertada. Se volvió para encararse con la furgoneta sin soltar la pistola. Sonó una salva de disparos. Se oyó un estruendo de cristales rotos y el grito de una mujer.

—¡Por el amor de Dios, tire el arma antes de que nos maten a todos! —susurró Zen.

La pistola rebotó sobre los adoquines.

—No es de verdad —farfulló Bevilacqua.

La mujer que había alertado a Zen miraba con expresión anonadada las lunas de su coche, resquebrajadas y surcadas de agujeros de bala. Dos de los hombres de mono gris, arrojaron a Bevilacqua contra el coche, le obligaron a colocar los brazos sobre el techo y lo cachearon sin ningún miramiento. Otro de los hombres se acercó a Zen y se cuadró.

—¡Inspector Ligato, unidad NOCS 42! ¿Está usted bien, señor? Siento que hayamos perdido contacto esta tarde. Fue usted demasiado rápido para nosotros en el semáforo. Sin embargo, no ha sucedido nada. Llegamos en el momento justo.

Se aproximó a Bevilacqua, que ahora estaba tendido boca abajo, con el rostro aplastado contra los adoquines y los brazos retorcidos a la espalda y le propinó una patada exploratoria en las costillas.

—Por lo que respecta a ti, hijo de puta, ¡ya puedes estar contento de seguir vivo!

Zen apoyó la mano en el hombro del inspector para apaciguarle.

—No sea demasiado duro con él —rogó—. Su mujer acaba de abandonarle.

El Palazzo Sisti estaba iluminado y rezumaba actividad. Zen atravesó el patio con paso seguro y pasó junto a una cola de limusinas que aguardaban para dejar salir a sus ilustres pasajeros. Las cosas empezaban a ir mejor, se dijo. A este paso incluso podría llegar a tiempo a su cita con Tania. Pero antes tenía que apechugar con la recepción.

El portero menudo, ofuscado por la solemnidad de la ocasión, reprendía a un chófer que pretendía estacionar en un lugar reservado para alguna personalidad destacada del partido. Zen pasó junto a él y subió las escaleras. Al llegar arriba se encontró con el personaje con aspecto de mono que se había disfrazado de paisano sin conseguir dar el pego.

—Buenas noches, Lino.

El guardaespaldas miró a Zen con odio.

—Por aquí —recitó mientras indicaba el camino con el dedo.

—¿Por aquí? —inquirió Zen en un alarde de brillantez.

La expresión furiosa de Lino se intensificó.

—¡No me provoque! —advirtió.

—Lo siento, ha llegado tarde. Ya me han amenazado de muerte esta tarde. De hecho, me temo que hay una lista de espera. Puedo darle hora para algún día del mes que viene.

—Está loco —masculló Lino.

Zen pasó junto a un busto clásico mutilado que traía a su mente vividos recuerdos de un caso de asesinato especialmente desagradable en el que había trabajado en cierta ocasión. Unas puertas de madera de palo de rosa daban acceso a unos salones cuyas dimensiones modestas y decoración exquisita reflejaban el aire de todo el palacio. Todas las estancias estaban atestadas de gente. Los que estaban más cerca de las puertas lanzaron una breve mirada a Zen antes de volverse. Pero aunque ellos no le reconocían, Zen vio muchos rostros que le sonaban de la televisión y los periódicos. Mientras pululaba al margen de la reunión, incapaz de integrarse, le vino a la memoria el bar de aquel pueblo de Cerdeña. Las diferencias entre ambos lugares eran tan evidentes como las similitudes. Tampoco aquí podía conseguir que le sirvieran una copa, ya que los camareros enfundados en chaquetillas blancas siempre pasaban demasiado lejos de él y hacían caso omiso de sus señas. Pero lo más importante era que también aquí se sentía como un intruso, un advenedizo que se había colado en un club privado. Todas estas personas eran parte de las vidas de los demás, se encontraban con regularidad en reuniones como aquella, por no hablar de reuniones de mucha más envergadura. Ninguno de ellos permanecía indiferente a las palabras o los actos de cualquiera de los demás. Eran una familia, una tribu a la que Zen no pertenecía. Se habían sentido obligados a invitar al hombre que les había hecho el trabajo sucio, pero, en realidad, su presencia constituía un estorbo, tanto para él mismo como para todos los demás.

Zen se sobresaltó al ver que la primera persona a la que reconoció era Vincenzo Fabri, imponente en su traje de corte aerodinámico que hacía que el de Zen pareciera alquilado en una tienda de vestuario elegante. Fabri se aproximó a él exhibiendo una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—No sabía que habías venido, Zen.

—La vida está llena de sorpresas.

—Sí, ¿verdad?

Fabri le hizo una seña con el dedo para que se acercara.

—¿Sabes qué?

Zen se lo quedó mirando con caras de pocos amigos.

—Me han ascendido a questore —susurró Fabri en tono triunfante.

Golpeó a Zen en el pecho con el dedo índice.

—Para ser justo, creo que una parte del mérito es tuyo, como bien has dicho esta mañana. Pero, al fin y al cabo, lo que cuenta son los resultados, ¿no? Bari o Ferrara son los destinos más probables, a menos que decida tomarme unos meses de vacaciones y esperar a que surja algo mejor. Dicen que Pacini no durará mucho más en Venecia. Da qué pensar, ¿eh? Tengo que irme. Nos veremos en el Ministerio cuando vaya a recoger mis cosas.

Zen sabía que tenía que salir de allí lo antes posible, antes de que se le escapara algo que el otro jamás olvidaría. Cuando intentaba abrirse paso entre la multitud, sintió que alguien le agarraba por el brazo.

—Pero ¿dónde va con tantas prisas, *dottore*? Estaba a punto de..., esto... es decir, me disponía a, esto, presentarle a alguien que ha seguido con gran interés los acontecimientos de los últimos días.

El joven secretario condujo a Zen hacia un hombre de unos sesenta y pocos años, que concedía una suerte de audiencia oficial en el centro del salón, rodeado de una apretada multitud. Zen le reconoció inmediatamente. Al contrario que en el caso de otras celebridades, que al natural tenían un aspecto sospechosamente distinto al que sugerían las etéreas imágenes que de ellos aparecían en los medios de comunicación, la apariencia de aquel hombre coincidía exactamente con las fotografías que había visto Zen. Mayor, pero no frágil, experimentado, aunque no resignado, con aspecto de haber alcanzado la flor de la vida.

—Hemos estado hablando de usted —prosiguió el joven mientras él y Zen entraban sin dificultad en el círculo de los iniciados—. En fin, confío en que no me juzgará indiscreto si le digo que *l'onorevole* no dudó en señalar que había contraído una gran deuda con usted por su, esto, su intervención oportuna y eficaz.

El distinguido personaje, enfrascado en una conversación con dos hombres más jóvenes cuyo servilismo provocaba vergüenza ajena, no le prestó la menor atención.

—No considero una exageración observar que el Partido se ha ahorrado una terrible prueba como consecuencia de su, esto, iniciativa —continuó el joven—. Es cierto que al principio nos sorprendieron un poco sus métodos..., es decir, nos sorprendió el hecho de que quedara demostrado que aquella mujer era la culpable. Sin embargo, y tras una madura reflexión, aplaudimos esta solución sin reservas, en especial porque deja abierta la alternativa de Padedda en el caso de que surjan problemas en el futuro. Le estamos muy agradecidos, de veras, muy agradecidos. ¿No es así, *onorevole*?

Los ojos del anciano se posaron en el rostro de Zen durante un instante como el foco giratorio de un faro.

—Si necesita alguna cosa... —murmuró.

Zen emitió los sonidos apropiados y a continuación se retiró con elegancia. Mientras se dirigía a la puerta, a su cita con Tania, las palabras del político seguían resonando en sus oídos. Mejor que tener dinero en el banco, se dijo. ¡Mucho mejor

que tener dinero en el banco!